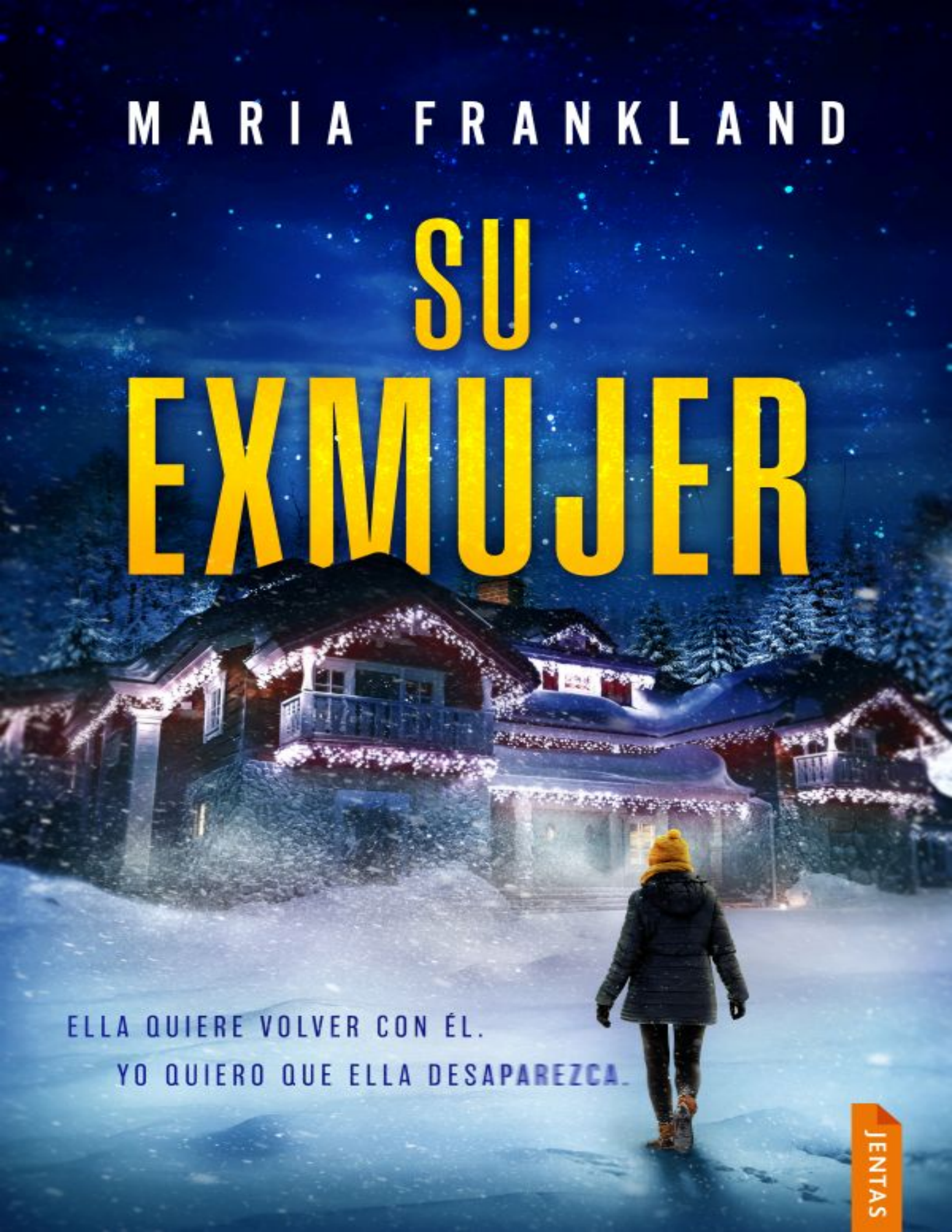
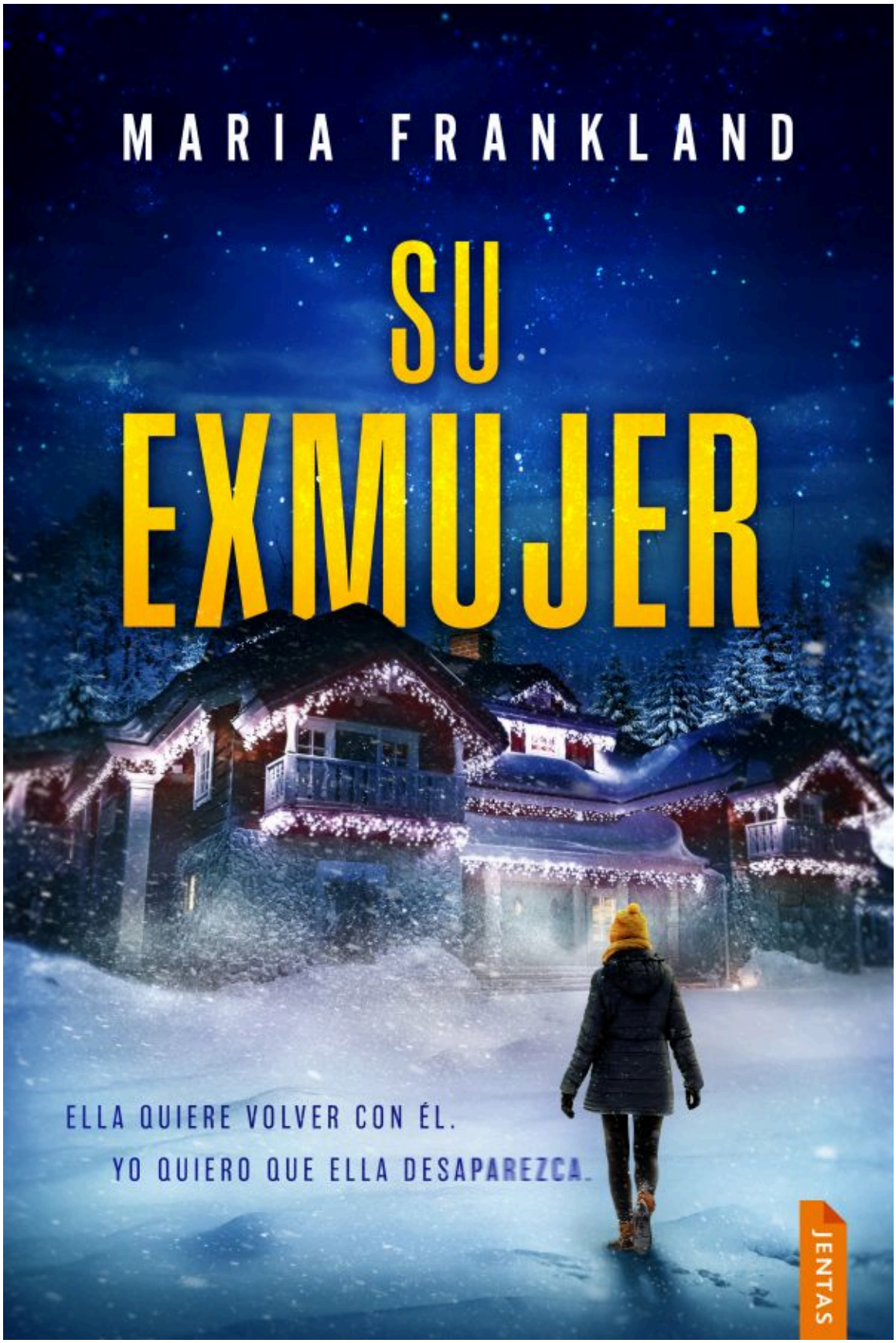
MARIA FRANKLAND

SU EXMUJER



ELLA QUIERE VOLVER CON ÉL.
YO QUIERO QUE ELLA DESAPAREZCA.

JENTAS


MARIA FRANKLAND
SU EXMUJER
ELLA QUIERE VOLVER CON ÉL.
YO QUIERO QUE ELLA DESAPAREZCA.
JENTAS

Su exmujer

Maria Frankland
Su exmujer
Título original: His Ex-Wife
Copyright © Maria Frankland, 2024.
Copyright © Jentas A/S, 2026
Traducción: Mariana Caruso © Jentas A/S
Cubierta: Jentas A/S
ePub: Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1452-9

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in the English language in 2024 by Storyfire Ltd, trading as Bookouture.

PRÓLOGO

El miedo se apodera de mi garganta. No hay dolor, solo sangre. Más sangre de la que he visto en toda mi vida.

Instintivamente, tanteo mi brazo con la otra mano. Pero, en una fracción de segundo, la sangre inunda mis dedos.

Las expresiones de los que se han reunido a mi alrededor me dicen todo lo que necesito saber. Es grave, muy grave.

—Ayúdenme. —Las palabras se forman de alguna manera en mi boca mientras me tambaleo hacia atrás contra la encimera, buscando algo, *cualquier cosa*, para presionar sobre la hemorragia.

Ellos continúan mirándome, inmóviles como estatuas, sin hacer nada, con los ojos llenos de horror. ¿Cómo puede una simple acción, el corte de una navaja, producir tanta sangre?

Deben saber que no hay nada que puedan hacer para ayudarme. Probablemente se ha seccionado una arteria.

Yo tampoco puedo hacer nada.

Excepto dejarme caer al suelo y esperar que la muerte me llegue sin oponer resistencia.

Y sin todo el dolor que la vida me ha estado trayendo.

NATALIE

1

—Nunca olvidaré la primera vez que vine aquí. —Intento romper el silencio que se ha instalado entre Dominic y yo durante los últimos diez minutos, pero él no parece darse cuenta de que le acabo de hablar—. Dominic, ¿estás ahí? —Me inclino sobre la palanca de cambios y le aprieto la pierna.

—¿Eh?

—Parece que tuvieras la cabeza en otro lado . ¿Qué pasa?

—Oh, es que estoy muy concentrado en esto. —Señala la nieve y aprieta los dientes cuando se activa el sistema antibloqueo de los frenos—. Lo siento, ¿qué decías?

—Solo que no podría ser más distinto de cuando me trajiste aquí *por primera vez*, ¿sabes? Y no me refiero solo al tiempo.

No responde nada. Sin embargo, voy a tener paciencia: es lógico que esté concentrado en que lleguemos sanos y salvos a la casa de sus padres sin estrellarnos contra un árbol; probablemente debería intentar no distraerlo.

Han pasado dieciocho meses desde mi primera visita aquí, y mientras avanzamos por este amplio camino bordeado de árboles que conduce a la casa de los padres de Dominic, la ansiedad ha ganado terreno sobre mi entusiasmo y expectativas iniciales. En ese entonces, no sabía en qué me estaba metiendo, pero esta vez tengo una idea mucho más clara. Aun así, me he prometido a mí misma aprovechar al máximo nuestra visita para que, al menos, Dominic y yo podamos disfrutar de un tiempo juntos sin que el trabajo nos interrumpa.

En aquella primera visita, todo en The Elms era verde, frondoso y exuberante. Las expectativas del verano danzaban en la brisa mientras llegábamos en el descapotable de Dominic, sintiendo el sol

en la cara. Conocerlo había cambiado mi vida por completo. Solo necesitaba la aprobación de sus padres para ponerle la guinda al pastel.

Estaba tan nerviosa que debí cambiarme de ropa diez veces: realmente quería causar una buena impresión. Deseaba, contra toda esperanza, que me aceptaran tal y como era, en lugar de juzgarme por lo que habían oído sobre mí. Sin embargo, no tenía la más mínima oportunidad.

—Espero que tus padres me acepten. Seguro que, al ser Navidad, van a...

—¿Puedes esperar un momento, Nat? Se me está haciendo muy difícil ver bien el camino. Lo siento, cariño.

Miro a través de los frenéticos limpiaparabrisas, que intentan en vano despejar los copos de nieve que caen sin cesar. Caen tan densos y rápidos que me marean, así que Dios sabe cómo le estarán afectando a Dominic mientras conduce por las curvas que nos acercan cada vez más a la puerta principal. A medida que nos aproximamos, siento una ansiosa opresión en el pecho y me cuesta cada vez más regular la respiración.

—¡Maldita sea! —exclama—. La nieve se congela apenas toca el suelo. No creo que podamos salir de aquí deprisa.

No respondo. ¿Qué podría decir? Su tono deja claro que el viaje le ha estresado, pero tengo la impresión de que hay algo más que lo tiene preocupado, sobre todo lo he notado en los últimos días. Espero que se sienta un poco mejor después de una ducha y una cerveza y me cuente qué le pasa.

Al acercarnos a la última curva, podemos ver cómo las luces navideñas brillan entre los copos de nieve. Quiero decirle a Dominic que nunca he visto nada más bonito, con el cielo oscureciéndose de fondo, pero mejor me callo para que pueda concentrarse. No cabe duda de lo mágica y acogedora que mis suegros han puesto la casa

para recibir la Navidad. O, mejor dicho, lo mágica que la han dejado sus empleados. No debo olvidarme de comentárselo cuando nos abran la puerta.

—Bueno, es nuestra primera Nochebuena como casados —digo mientras Dominic detiene el coche. Intento que mi voz refleje cierto tono de emoción; al fin y al cabo, él estará deseando ver a sus padres, a pesar de mis nervios. Ojalá pudiéramos pasarla por nuestra cuenta, solo nosotros dos. Quizá, cuando tengamos hijos, las cosas sean diferentes y no tengamos que trasladarlos de un sitio al otro.

—Pues sí —responde él, mirando los alrededores de The Elms, la casa en la que creció.

Desde fuera parece tan acogedora que, si no presintiera la poco entusiasta bienvenida que probablemente nos espera al otro lado de la puerta, estaría deseosa de entrar.

La luz de las lámparas se filtra por todas las ventanas y puedo imaginar las chimeneas encendidas y el olor a Navidad que nos envolverá nada más entrar.

Con nuestras maletas y los regalos cuidadosamente elegidos colgados al hombro, subimos los escalones que llevan a la puerta principal. Me quedo un poco atrás, con la esperanza de que Dominic se gire y me ofrezca la mano. Funciona, siempre funciona. Por muy estresado o distraído que esté, siempre se comporta como todo un caballero.

—Vamos. —Tira de mi mano para que suba los últimos escalones—. Entremos, que allí se está calentito. —Toca el timbre.

Pasan unos segundos.

—¿Dónde están? —Se gira hacia mí con cara de desconcierto—. No me apetece nada volver a casa en coche, ni siquiera creo que podamos hacerlo esta noche.

Quizá no respondan y podamos irnos, sin importar cuánto tiempo tardemos, y pasar una Navidad encantadora en nuestra propia casa.

Sin embargo, no puedo imaginarme ni en un millón de años a Dominic subiéndose de nuevo al coche y yo, desde luego, no sería capaz de conducir con esta nieve.

—Lo intento otra vez, ¿quieres? —En esta ocasión, pulsa el timbre dos veces. Seguimos esperando, ambos mirando la puerta, expectantes.

—Ellos sabían que estábamos a punto de llegar —digo—. Seguro que están atentos, sobre todo con este tiempo.

—Probaré por la puerta de atrás. —Me suelta la mano.

Justo cuando Dominic está a punto de resbalar en el último escalón, la gran puerta de roble que tenemos delante se abre con un chirrido y, al oírlo, se me encoge el corazón.

2

—Le vendría bien un poco de WD40 —se ríe Dominic.

Yo también me río. Mejor empezar con buen pie, amables y alegres.

—Has hecho bien en venir, hijo.

Sonrío a Roger, mi suegro, mientras me digo a mí misma que solo estoy imaginando el tono de decepción que parece teñir sus palabras, como si hubiera estado esperando a otra persona.

Da un paso atrás para dejarnos pasar. Pisoteo con fuerza el felpudo y entrecierro los ojos ante la luz repentina, mientras él señala tanto los zapatos de Dominic como mis botas cubiertas de nieve.

—Será mejor que os las quitéis. —Su voz resuena en el pasillo—. Ya sabes lo quisquillosa que es tu madre.

—Menos mal que me he traído las zapatillas. —Me río sin ganas, aunque mi comentario no tenga ninguna gracia. De momento, me siento tan bien recibida como una gripe, y eso que acabamos de llegar. Me pregunto por enésima vez cómo he podido dejarme convencer para venir.

—No puedo creer lo rápido que está cayendo la nieve —dice Dominic mientras guardamos el calzado en el zapatero.

Le paso mi mochila a Dominic y extiendo los brazos hacia mi suegro.

—Me alegro de verte, Roger. —Intentaré abrazarlo, le guste o no. Quizá sea más fácil ablandarlo a él que a Ann-Marie—. Gracias por invitarnos a pasar la Navidad con vosotros.

—Sí, eh, bueno…

Se queda rígido como una tabla mientras lo abrazo, pero ya estoy acostumbrada. Incluso el día de nuestra boda, después de unas copas, no fue capaz de soltarse. Ni siquiera recuerdo que nos felicitara: parecía como si fuera incapaz de eso. No sé si solo

mantiene la distancia conmigo o si también le cuesta relajarse con otras personas. Tendré que consultarlo con mi cuñada cuando llegue. Su coche no estaba fuera, así que probablemente también esté luchando por abrirse camino. Sophie suele responder con gusto a mis preguntas.

—Teníamos muchas ganas de venir —añado, con una voz tan alegre como las luces navideñas que acabamos de pasar. Si lo repito muchas veces, quizá incluso me lo termine creyendo.

Hace un par de días, cuando me quejé a mi hermano de la situación, me aconsejó que siguiera siendo yo misma; según él, con el tiempo, acabaría ganándomelos. Sus palabras exactas fueron: «¿Cómo podría alguien no encariñarse contigo, Nat?». Pero, desde el instante en que colgué el teléfono, me he estado sintiendo culpable de haberme quejado. Al fin y al cabo, el lugar donde voy a pasar la Navidad no podría ser más diferente del suyo.

—Me alegro de que estéis aquí. —Roger se aleja de mí, dejándome con el deseo de que su actitud hacia mí coincidiera con sus palabras —. Esperemos que tu hermana pueda llegar. —Por encima de mi hombro, dirige la mirada a Dominic.

—¿Sabes algo de ella?

Roger abre la boca para hablar, pero la vuelve a cerrar cuando el reloj de pie que hay detrás de él empieza a dar las cuatro. Eso me da un momento para respirar y sentir el aroma de lo que se está cocinando en la cocina, lo que hace que mi estómago gruña.

Puede que mis suegros no estén encantados de tenerme aquí, pero al menos cuentan con empleados que saben cómo crear un ambiente cálido y navideño. El personal habrá preparado un festín, y estoy deseando probarlo. Tendré tantas ocasiones de alabar a mis suegros durante los próximos días que todo estará bien para cuando volvamos a casa. En mis momentos de mayor ansiedad, me he estado repitiendo a mí misma que los próximos días de convivencia familiar

podrían hacer nacer lazos que empiecen a unirnos. Sin embargo, con el tiempo que hace, me preocupa que acabemos quedándonos aquí algo más que un par de días.

—¿Habéis llegado? —Ann-Marie aparece por una puerta al final del pasillo y se dirige hacia nosotros. Bueno, en verdad se dirige hacia Dominic, y madre e hijo se abrazan un instante—. Hicisteis bien en salir temprano. —Señala la ventana del pasillo, donde se arremolinan los copos de nieve, antes de centrar su atención en mí—. Natalie. —Me saluda con una sonrisa forzada antes de ofrecerme sus brazos para que me apoye en ellos, apenas. Incluso cuando sonríe, Ann-Marie parece estar frunciendo el ceño. Probablemente tenga que ver con los ojos tan juntos que ha heredado Dominic, aunque su mirada es menos severa cuando la posa sobre él. Me da un abrazo aún más rígido que el de Roger—. Nos alegra que los dos estéis aquí.

Al igual que Roger, hay un deje en sus palabras que sugiere que está lejos de *alegrarse*. Le dedico una amplia sonrisa. Me ganaré a esta mujer aunque sea lo último que haga.

—Bueno, no estaría en ningún otro sitio en nuestra primera Navidad de casados, ¿verdad? —Fuerzo una carcajada y le hago un gesto a Dominic. Sin embargo, Ann-Marie no se ríe. Tampoco lo hace nadie más. Se produce un silencio incómodo mientras me esfuerzo en encontrar algo más que decir. De verdad espero que Sophie llegue pronto. Su presencia aquí lo cambiaría todo—. Tu pelo está precioso, Ann-Marie, ¿te lo acabas de arreglar?

Se acaricia las ondas peinadas que le caen sobre los hombros y la expresión de su rostro por fin se suaviza.

—Sí, mi peluquero ha venido hoy a primera hora. Muchas gracias por fijarte. —Le lanza una mirada a su marido que parece decir: «No como tú». Un punto para mí.

—Vuelvo en un momento —dice Dominic mientras se dirige al baño, dejándome para que entable conversación con sus padres.

—¿Sophie está de camino? ¿Ha llamado para decir cuánto tardará? —pregunto, rezando para que llegue pronto.

—No, esperemos que tan solo esté concentrada en la carretera. —Ann-Marie entrelaza sus manos de uñas recién arregladas y da un paso atrás. Lleva un vestido rojo con destellos dorados, el color más solicitado por mis clientas este mes. No puedo imaginármela yendo a un salón de belleza para hacerse la manicura. Probablemente tenga a alguien que viene a su casa para eso—. No estaré del todo tranquila hasta que llegue.

Tengo la impresión de que ella y Sophie no son muy cercanas, pero entiendo su preocupación. Está nevando mucho ahí fuera.

—Seguro que llega enseguida. —Espero a que me invite a pasar, pero todos seguimos inmóviles en el vestíbulo, mirándonos.

—Me temo que el pronóstico indica que empeorará —dice Roger, señalando vagamente hacia la ventana.

El silencio entre nosotros se prolonga aún más esta vez, y la tensión es palpable mientras espero a que alguien la rompa. Ojalá que no sea así durante toda la visita. Silencios incómodos y yo preguntándome qué diablos decir.

—El árbol está precioso —comento finalmente—. Debe ser estupendo tener un pasillo tan grande para poner un árbol. El nuestro apenas tiene espacio para los zapatos. —Me río, pero, de nuevo, soy la única. A este paso, se me van a acabar muy rápido los temas de conversación que tenía en mente.

—Te dejo para que te acomodes. —Roger se dirige hacia la habitación que él llama su despacho. Sophie me dijo una vez que prácticamente vive allí—. Ann-Marie te acompañará a tu habitación.

—¿No deberíamos esperar a Dominic? —En realidad, me pregunto por qué aún no nos han ofrecido nada de beber. Es lo primero que hace la mayoría de la gente: poner la tetera al fuego. Pero no, aquí no.

Aunque quizá sea mejor que me refresque primero en el baño. Al fin y al cabo, ni siquiera he podido arreglarme antes de presentarme ante mis suegros. Seguro que se me ha corrido el rímel y tengo el pelo encrespado por haber parado en la estación de servicio de la autopista, además de haber esperado lo que ha parecido una eternidad en la puerta de su casa.

Dominic reaparece en el pasillo justo cuando empiezo a seguir a Ann-Marie por la sinuosa escalera, pasando por ventanas con jarrones ornamentados en los alféizares. Probablemente debería pintar las uñas de unas quinientas mujeres para reemplazar uno solo de esos objetos, así que tengo mucho cuidado con mi mochila.

También evito rozar las paredes o, para ser más precisa, derribar ningún cuadro. Se me pasa por la cabeza comentar algo acerca de ellos, aunque solo sea para entablar conversación, pero, de cualquier modo, no los entiendo, así que probablemente sea mejor callarme. Creo que *abstractos* sería una palabra adecuada, pero, aparte de eso, no tengo ni idea.

—¿Cómo estás, mamá? —pregunta Dominic mientras camina despacio detrás de nosotras. Nunca es muy conversador con sus padres, a menos que estén hablando de negocios; solo entonces la conversación se anima. Parece ser el único tema que tienen en común.

—Ya sabes, ocupada, en especial con todo lo que tenemos que resolver ahora mismo. —Se ha detenido en lo alto de las escaleras para responder a Dominic por encima de mi cabeza, como si yo ni siquiera estuviera aquí, entre ellos.

—¿Qué tenéis que resolver, Ann-Marie? —Puede que solo sea una manicura, y no una abogada exitosa como Carla, la exmujer de Dominic, pero soy mi propia jefa y tengo un negocio que me da para pagar las facturas. Seguro que podemos encontrar algo en común.

—Oh, es demasiado para explicar. —Desestima mi pregunta con un

gesto de la mano mientras la seguimos por el rellano, pasando varias puertas.

Mis pies se hunden en la alfombra al llegar al umbral de una puerta al final del pasillo.

—Bueno, tengo toda la noche. —Me río mientras ella se gira hacia mí—. Y soy buena escuchando.

—Seguro que no quieres aburrirte con los detalles del negocio de mis padres. —Ahora es Dominic quien se ríe—. No en Nochebuena.

—Cierto —asiente Ann-Marie—. En fin, aquí estamos.

—¿No nos quedaremos en nuestra habitación habitual, la que tiene baño privado? —pregunta Dominic, señalando la habitación frente a la que está esperando Ann-Marie.

Me alojé allí con él cuando asistimos a una barbacoa aquí a principios de año; también es la habitación en la que nos alojamos la Navidad pasada, cuando aún estábamos comprometidos.

—Eh, no, esta vez no, lo siento. —Ann-Marie pasa junto a nosotros y abre de golpe la puerta de la que será nuestra habitación—. Entrad. —Nos hace un gesto con el brazo y enciende la luz—. Está todo preparado para vosotros y, bueno, no está lejos del baño principal, ¿no?

Ojalá tuviera una familia propia con la que poder alternar las navidades. Todavía faltan unos años para que volver a pasarla con mi hermano sea una opción. En su lugar, parece que venir *aquí* cada año se va a convertir en la nueva norma.

Según Dominic, que él y Sophie vengan aquí *todos* los años es algo que se da por hecho, algo con lo que parece estar bastante contento. O, al menos, parecía bastante contento con ello *hasta ahora*.

—Prefiero que nos quedemos en la habitación con baño, si no te importa, mamá.

Dominic permanece en la entrada mientras yo la sigo dentro. Es una habitación bonita, rústica y blanca. No tengo ninguna queja.

—Bueno, esta vez os quedareis aquí.

—¿Por qué? Sophie no se va a quedar en nuestra habitación habitual, ¿verdad?

—En realidad —una especie de mirada de disculpa cruza el rostro de Ann-Marie—, quería enviarte un mensaje para avisarte antes, pero sabía que estarías conduciendo y no quería molestarte.

—¿Decirme qué? —pregunta Dominic, frunciendo el ceño.

—Sophie compartirá el baño principal con vosotros.

—¿Y qué hay de malo con esa habitación? —pregunta mientras señala la puerta de nuevo. Está claro que no va a cambiar de tema.

—Carla se va a quedar en esa habitación. Lo pidió expresamente, así que no podía decirle que no, ¿verdad? —Ann-Marie mantiene la mirada al frente, como si evitara fijarla en ninguno de los dos.

Carla. Mi corazón literalmente se detiene en mi pecho.

—¿Cómo que Carla se va a quedar en esa habitación? —Dominic entra detrás de mí, ladeando la cabeza mientras espera la respuesta de su madre.

—Va a pasar las navidades con nosotros. —La voz de Ann-Marie suena aún más viva que cuando llegamos—. No puede volver a su casa por la tormenta de nieve, así que, claro, hemos tenido que invitarla a quedarse aquí.

—¿Invitarla? —repite Dominic, aunque no parece tan molesto por la situación como cabría esperar de un exmarido.

—Bueno, como siempre le he dicho, sigue siendo parte de la familia, ¿no?

3

Dominic se recuesta en el asiento de la ventana mientras mira a su madre. Se le ha subido el color a la cara, pero su expresión es indescifrable. Quiero que alce la voz, que diga algo como que Carla dejó de ser parte de la familia en el momento en que se divorciaron o, mejor aún, que ahora yo soy su familia. Pero sé que no lo hará. Nunca se enfrenta a sus padres.

Las líneas de la frente de Ann-Marie se acentúan cuando frunce el ceño.

—No podemos dejar sola a la pobre chica, y a Natalie no le importará, ¿verdad?

Su pregunta me pilla por sorpresa. Como si me estuviera pidiendo aprobación *a mí*.

—Bueno, no, claro que no, yo…

—No querrás dejar sola a una persona que no puede volver con su familia, ¿verdad, Natalie? Especialmente en Navidad. —Su tono es casi desafiante, como si me retara a discrepar.

—Por supuesto que no, es…

—Entonces, está decidido.

—Pero ¿por qué se queda ella con la habitación con baño privado? —A Dominic parece preocuparle más eso que cualquier otra cosa.

—Es donde se siente más cómoda cuando está aquí, eso es todo.

—Debe ser horrible para ella no poder volver con su familia —digo —. Además, en Nochebuena.

Puedo hacerlo. Tengo que sobreponerme a lo alterada que me siento. Nunca he tenido mucho que ver con Carla, pero, como parece llevarse tan bien con Ann-Marie, quizá pueda darme algunos consejos para ganarme a mis suegros. Al fin y al cabo, no parece que tenga otra opción más que aceptar que va a quedarse aquí.

—Ya está bastante estresada —responde Ann-Marie— por no poder volver a York como había planeado. Así que no queríamos añadirle más estrés haciéndola dormir en una habitación desconocida.

—Lo entiendo perfectamente —digo—. Y no me importa dónde vaya a dormir, siempre que esté con Dominic.

Le cojo la mano. Es verdad. Puedo aguantar cualquier cosa después de las navidades que pasé con mi ex, Kyle. Era siempre una lotería saber de qué humor iba a estar: no era tanto una cuestión de si arruinaría el día, porque siempre lo hacía, sino más bien de hasta qué punto lo conseguiría. A diferencia de Dominic, a Kyle no le gustaba pasar las fiestas con nadie más, así que yo estaba a merced de su mal humor y sus exigencias.

Sé que con Dominic no tendré que lidiar con nada de eso, pero no puedo negar que tener a Carla durmiendo al otro lado del rellano va a ser muy incómodo. Cada vez que uno de nosotros se levante para ir al baño, ella lo oirá. Y, en cuanto a la esperanza de que ocurra algo más entre Dominic y yo, con Carla a un paso de distancia, no habrá ninguna posibilidad.

—¿Se quedará aquí toda la Navidad? —intento mantener un tono ligero, como si solo lo preguntara por curiosidad—. ¿O quizá alguno de sus familiares pueda venir a recogerla en algún momento? —Hago hincapié en la palabra «sus».

Si Ann-Marie se da cuenta, no dice nada.

—¿Tú qué crees? —Su brazo se agita en dirección a la ventana.

Dominic se gira en su asiento para mirar también, pero sigue sin decir nada.

Parece que la nieve ha comenzado a caer más rápido, incluso en el poco tiempo que llevamos aquí. Normalmente, las vistas desde las ventanas de esta casa son preciosas, con todo ese terreno, pero esta noche solo puede verse el torbellino implacable de la tormenta de nieve y una oscuridad penetrante.

—¿Cuándo se decidió todo esto? —pregunta Dominic, mirando a su madre.

—Hoy mismo. Llamé a Carla para desearle feliz Navidad y me enteré de que tenía pensado quedarse a dormir en la oficina.

—Qué horror —digo mientras me hundo en el borde de la cama—. Menos mal que la has llamado.

Dominic me lanza una mirada extraña, como diciendo: «Excelente actuación, Nat». Pero lo digo en serio; exmujer o no, nadie debería quedarse varado solo en una oficina en Navidad.

—Tampoco es que York quede a miles de kilómetros —dice Dominic. Al menos, por una vez, está intentando argumentar algo.

—¿No has escuchado las noticias? —le espeta Ann-Marie—. Han cancelado todos los trenes. No puedo abandonarla, ¿verdad?

—Si no puede volver a su casa por el tiempo, ¿podrá viajar hasta aquí? —Intento reprimir la esperanza de que no lo logre. Sin importar quién o qué sea, es un ser humano y nunca me ha hecho ningún daño directamente. El hecho de que sea guapísima y haya estado casada con mi marido no debería tener nada que ver.

—Eso es lo que no sabía al principio. Pero ha conseguido que uno de sus clientes le hiciera un favor. Tiene un todoterreno y, como él mismo debe regresar de la ciudad pasando por esta zona, la dejará lo más cerca posible de aquí.

Definitivamente, tengo que disimular mis ojos de panda y el pelo encrespado. Lo último que quiero es que Dominic haga comparaciones desfavorables entre nosotras. No sería tan grave si su matrimonio hubiera sido un calvario terminado con una amarga ruptura. Pero, por lo poco que sé, no fue nada de ese estilo. Dominic nunca me ha revelado detalles muy precisos, pero todo parece haber sido extrañamente civilizado. E incluso Sophie se ha mostrado muy reservada cuando he intentado sonsacarle algo de información sobre

lo ocurrido. Con suerte, conseguiré sacárselo a base de insistir en los próximos días.

—Bien, os dejo para que deshagáis las maletas, ¿está bien? —Ann-Marie se da la vuelta.

—Gracias —le digo sonriendo—. Y, por cierto, es una habitación muy bonita.

—Llamadme si necesitáis algo. —La puerta se cierra detrás de ella con un suave clic.

Miro a Dominic, esperando otra reacción ahora que su madre no está aquí. Pero no hay nada. Probablemente no sabe qué decir y se siente tan incómodo como yo.

—Bueno, esto sí que es toda una sorpresa —digo al final—. Sin duda, van a ser unos días interesantes.

—Me guste o no, mamá siempre ha tenido en gran estima a Carla. —Exhala un largo suspiro—. De ninguna manera la hubiera dejado pasar la Navidad sola en su oficina. Ella nunca abandonaría a nadie.

—No pasa nada, no tienes que dar explicaciones.

—Sé que al principio te resultará un poco incómodo, pero…

—De verdad, no pasa nada —repito—. Todos somos adultos y seguro que podemos sacar lo mejor de la situación.

—Me sorprende que seas tan optimista todo el tiempo.

—Es la mejor alternativa —respondo riendo—. Además, es Navidad, ¿quién quiere mal rollo?

—Pero estabas deseando festejar nuestra primera Navidad juntos como marido y mujer.

—Y todavía lo es, ¿no? —Me levanto de la cama y me acerco a él.

Me rodea con el brazo y me apoyo en él. Puede que pasemos las fiestas con sus padres, que son bastante fríos, y con su exmujer, pero estamos *juntos* y, al final, eso es lo único que importa.

Solo he visto a Carla una vez, en la barbacoa del verano pasado, y aunque fue bastante agradable, pude ver en sus claros ojos azules lo

que pensaba de mí, la segunda futura esposa. La segundona, de segunda categoría, el segundo lugar, la sustituta, etcétera, etcétera. Así que me esforcé por ser extraamable con ella mientras Sophie nos observaba, divertida.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo ella, tomándome del brazo cuando fui a por otra copa—. Carla puede ser difícil de llevar.

—Está claro que tus padres le tienen mucho cariño. —Era más una pregunta que una afirmación. La diferencia entre nuestros orígenes y estilos de vida ya era una brecha lo bastante grande como para, además, tener que luchar por superar a Carla.

—Es su dinero lo que les impresiona —me dijo con un gesto de la mano—. En tu caso, una vez que te conozcan, les impresionarás simplemente porque eres una persona decente y trabajadora, y porque tú y mi hermano sois felices juntos.

Sin duda, Sophie se sorprenderá muchísimo cuando llegue y descubra que va a pasar la Navidad tanto con su excuñada como con la actual. Pero yo estaré muy contenta de tener una aliada. A diferencia de sus padres, ella me ha hecho sentir bienvenida desde la primera vez que nos vimos. Sin embargo, ha mantenido la boca sellada sobre lo que piensa de Carla.

Todo lo que he sabido hasta ahora gracias a Sophie es que Dominic solo se quedó tras su divorcio una pequeña —bueno, la palabra que utilizó fue «razonable»— parte de la fortuna acumulada por él y Carla, incluso después de haber hecho todo lo posible por conseguir un mejor acuerdo. Desde entonces, según Sophie, se ha visto obligado a elevar el listón en su negocio contable. Él mismo admite sin reservas que, hasta entonces, solo había estado experimentando con él. Mientras estuvieron casados, el dinero fluía con facilidad de la empresa de Carla y él no necesitaba esforzarse mucho con su propio negocio. Me lo creo: cuando la busqué en Internet, encontré que es

socia de uno de los mayores y más reconocidos bufetes de abogados de Yorkshire.

Él se aleja de mi lado y cruza la alfombra con paso firme hacia su bolsa de viaje.

—No sé tú, pero yo estoy listo para tomar una copa —dice con una sonrisa, y yo resisto la tentación de expresar mi descontento porque nadie me haya ofrecido una todavía—. Ya que estamos aquí, podríamos deshacer las maletas y empezar a celebrar la Navidad. —Abre la cremallera de la bolsa.

—Estoy de acuerdo —respondo.

Unas copas seguro que relajan a sus padres y, con suerte, alivian la tensión entre Carla y yo. Quién sabe, si no fuéramos ex y actual mujer, quizá incluso podríamos llevarnos bien.

—No puedo creer que mamá no me haya dicho nada de Carla. —Comienza a sacar ropa de la bolsa—. Seguramente tenga más opciones de gente cerca con quien quedarse si no puede ir a su casa.

—Tu madre la ha invitado *aquí*, así que, por mucho que te quejes, no cambiará nada. Tendremos que apañárnoslas.

—Supongo. —Me sonríe mientras cuelga una camisa en una percha —. Estás llevándolo demasiado bien. A la mayoría de las mujeres les hubiera dado un ataque.

—Yo no soy como la mayoría de las mujeres. —Inclino la cabeza y espero el cumplido que estoy segura de que hará. No suele dejar pasar una oportunidad.

—Lo sé. —Cuelga los vaqueros en otra percha—. Por eso me casé contigo.

No debería necesitar la reconfirmación, pero siempre me alegra oírlo. Al fin y al cabo, con mi pasado, no era precisamente lo que los padres de Dominic esperaban para él. Sin embargo, con Carla o sin ella, sigo convencida de que puedo cambiar la opinión que tienen de mí durante nuestra estancia aquí, tal y como me dijo mi hermano.

A pesar de mis mejores intenciones, se me corta la respiración cuando el timbre resuena por la casa. Dos pares de pasos se apresuran hacia la puerta.

—No dejarán *a Carla* esperando en la puerta bajo la nieve, ¿verdad? —murmura Dominic.

Aunque estoy de acuerdo, no quiero aumentar la tensión.

—Puede que sea Sophie.

—Es verdad. —Su expresión se suaviza mientras deja la bolsa sobre la cama—. Vamos a ver quién es, ¿quieres?

—Déjame arreglarme el pelo y la cara, y enseguida voy —digo.

Si en efecto es la exmujer de Dominic la que está en la puerta, no voy a bajar a recibirla sin antes cepillarme el cabello y pintarme un poco los labios. De ninguna manera.

4

—Hace un tiempo horrible ahí fuera. No estaba segura de poder llegar.

Observo desde un rincón en penumbras del rellano cómo Roger recibe a Carla con un abrazo infinitamente más cariñoso que el que me ha dado a mí al llegar. Sé que no debería hacer este tipo de comparaciones, pero no puedo evitarlo.

Aunque, en realidad, en lo que estoy pensando es en como *él* recibió mi abrazo. Probablemente habría obtenido una reacción más cálida de una tabla de planchar.

—He tenido que caminar, o más bien deslizarme, en el último tramo de camino —continúa ella—. Incluso el todoterreno se habría atascado en la entrada.

—Te habríamos traído hasta aquí como fuera —responde él—. ¿Verdad, Ann-Marie?

—Claro que sí. —Se entretiene sacudiendo la nieve del abrigo de lana de Carla—. Vamos, déjame colgarlo.

Dominic llega al pie de la escalera.

—Así que vamos a pasar la Navidad juntos. —El tono que le dirige a ella es más suave de lo que yo esperaba, considerando la conversación que hemos tenido hace unos momentos.

—Quién lo hubiera dicho, ¿eh? —ríe ella.

Por un momento, me debato entre volver y esconderme en la habitación que nos han asignado, para quedarme allí, en las sombras, donde puedo escuchar todo lo que ocurre, o bajar las escaleras y dar la cara delante de ellos. Debería haberle pedido a Dominic que me esperara para bajar juntos, mostrándonos como un frente unido. Pero ya es demasiado tarde.

—Ya lo sé, pasar la Navidad con mi exmujer —se ríe Dominic en

respuesta mientras se ubica frente a ella.

—Entonces, ¿yo también me merezco un abrazo? Tus padres ya me han dado uno.

Los observo mientras se abrazan. Definitivamente tendría que haber bajado con él. No es que esté celosa, es más bien que no creo que ella le hubiera pedido un abrazo si yo hubiera estado allí, a su lado.

—Ni siquiera el divorcio puede separarnos —dice Carla riendo aún más fuerte, al igual que Ann-Marie.

Es obvio que no tiene ni idea de que la estoy escuchando, porque si no, no haría comentarios de tan mal gusto.

—Seguro que podéis llevarlo bien sin mataros —dice Roger.

—Será difícil, pero lo haré lo mejor que pueda.

—Ya, ya. —Ann-Marie reaparece después de colgar el abrigo —. Siempre se me olvida cuán ácido es tu sentido del humor, Carla.

—No hay nada mejor que el humor ácido —se ríe Roger.

Por mucho que lo intente, la familia de Dominic es completamente diferente a lo que estoy acostumbrada y no hay duda de que Carla encaja mucho mejor con ellos que yo. Pero puedo cambiar las cosas, *puedo cambiar las cosas*. Solo tengo que seguir creyendo en ello.

La observo mientras se desenrolla la bufanda y luego se quita los guantes para calentarse los dedos con el aliento.

—Oh, Dios mío, lo siento, debes estar helada, querida. Ven a calentarte en la chimenea del salón principal. —Ann-Marie se acerca a ella y le pasa un brazo por los hombros—. Dominic llevará tu maleta a tu habitación. Y Roger, prepárale algo de beber a Carla, ¿quieres? ¿Qué te apetece, querida, lo de siempre?

—Solo una taza de té, por favor. Necesito entrar en calor después de la caminata desde la carretera principal.

Conque la han invitado a entrar y enseguida le ofrecen algo de

beber. Mientras tanto, yo sigo esperando un mínimo gesto de cortesía.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Me sobresalto al ver a Dominic aparecer delante de mí; no esperaba que subiera enseguida. Carga la maleta de Carla, de apariencia carísima, tan perfecta y elegante como ella—. No tienes por qué esconderte aquí arriba tú sola.

—Lo sé, no estaba… Es solo que… —Lo sigo hasta la habitación de Carla, mientras el piso del pasillo cruje bajo nuestros pies, incapaz de darle ninguna explicación lógica de por qué no he bajado todavía. Ni siquiera puedo explicármelo a mí misma. Pero soy consciente de lo incómoda que me siento ahora que me ha pillado espiándolos.

El eco del timbre vuelve a resonar en la casa.

—Debe ser tu hermana. —Me alegro de inmediato—. Ha llegado, gracias a Dios.

Echo un vistazo a la habitación de Carla y se me encoge el alma al ver el mullido albornoz, las cómodas zapatillas y la colección de jabones que han dejado sobre la enorme cama. O mi suegra se ha tomado la molestia de prepararlo ella misma, o le ha pedido a alguno de sus empleados que se encargue. Quizá pensaron que sería *yo* la que se alojaría en esta habitación. Tengo que mantener la esperanza, ya que en *mi* habitación no han tenido el mismo detalle.

Dominic deposita la maleta de Carla al pie de la cama y se dirige a mí, que espero en la puerta.

—Baja, Natalie. —Me coge del brazo—. No hay de qué preocuparse.

—Bajo enseguida —respondo. Ahora que he visto a Carla, voy a cambiarme de ropa y arreglarme un poco, pero no se lo digo a Dominic.

—No vas a pasar la Nochebuena escondida aquí arriba tú sola, ni hablar —insiste.

—¿Y si nos escondemos aquí juntos? —Lo miro con esperanza. Ojalá.

Él se ríe.

—Te prometo que en Año Nuevo te llevaré a algún lugar cálido y exótico para compensarte por todo esto.

—Trato hecho. —Le doy un golpecito en el brazo—. ¿Puedo elegir yo a dónde vamos?

—Por supuesto —responde—. Será como una segunda luna de miel.

De repente, me siento mucho más segura. Puede que no tenga ni la piel impecable ni la figura perfecta de Carla, pero mi marido me quiere tal y como soy, con mi pelo encrespado y todo.

—Vamos, bajemos o se preguntarán qué hacemos aquí arriba. Sophie pensará que la hemos abandonado.

Titubeo unos segundos antes de reconocer que Dominic tiene razón. Después de media hora todos juntos, todo estará perfectamente bien. Y, de todos modos, ¿por qué debería arreglarme? Solo se trata de la familia de mi marido y su exmujer. Tampoco es como si estuviera en el Palacio de Buckingham.

—¡Natalie! —Sophie sube corriendo las escaleras en mi dirección, dejando caer su bolso en el rellano entre los dos tramos para abrazarme—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Me alegro muchísimo de verte. —Mis palabras no podrían ser más sinceras. Con Sophie aquí, sin duda, todo volverá a estar en equilibrio entre nosotros.

—Creí que nunca llegaría. —Se apoya contra la pared—. He tenido que abandonar el coche y venir andando por el camino de entrada. Bueno, más bien *deslizándome*.

—Cuidado con mis obras de arte. —La voz de Ann-Marie resuena desde el pasillo.

—Lo siento, mamá. —Sophie se endereza y me hace una mueca—. He oído que tenemos compañía para las fiestas. ¿Cómo te sientes con eso?

—No me importa, de verdad. Es lo que hay.

Ella asiente.

—Después de una copa de vino, o diez, nos llevaremos todos de maravilla. ¿Cómo está mi hermano favorito?

—Tu único hermano. —Dominic pone los ojos en blanco—. Pensé que ni siquiera lo preguntarías.

—He venido a ver a Natalie, no a ti —se ríe ella.

—Tenía dudas de que pudieras llegar —responde él—, con tu forma de conducir.

—¿Cuántos intentos te costó sacarte el carné, Dom? —Sophie ladea la cabeza mientras espera una respuesta—. ¿Y cuántas veces te han multado por exceso de velocidad?

—Eso es solo porque…

—Da igual, no hablemos de eso ahora. Voy a darme una ducha y entrar un poco en calor. Nos vemos abajo en un rato.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras sigo a Dominic al salón principal, donde sus padres y Carla nos están esperando. Nada ni nadie puede arruinar nuestra primera Navidad juntos como marido y mujer.

5

—Te acuerdas de Natalie, ¿verdad?

Carla está sentada en un extremo del sofá en forma de L y los padres de Dominic están en el otro. La luz de la lámpara que hay detrás de ella forma algo parecido a un halo sobre su cabellera rubia. Sospecho que ni siquiera debe pensar en la necesidad de retocarse el maquillaje, ya que es naturalmente guapa.

—Por supuesto. —Carla apoya su taza en el posavasos sobre la mesita auxiliar y se levanta.

Estudio sus ojos, preguntándome si su respuesta estará teñida de sarcasmo o algo más.

—Hola. —Le tiendo la mano—. Siento mucho que no hayas podido volver a casa con tu familia. —¿Qué otra cosa puedo decir? Es la verdad. Sentiría pena por cualquiera que se quedara varado en la nieve, aun cuando desearía que ella no estuviera aquí.

—Perdón por infiltrarme en tu festejo de Navidad, Natalie. —Sonríe mientras me estrecha la mano, pero es una sonrisa que no se refleja en sus ojos.

—No digas tonterías. Ha sido una suerte que Ann-Marie se pusiera en contacto contigo. No me atrevo ni a imaginarme pasar la Nochebuena sola en la oficina.

Miro alrededor de la habitación mientras ella se recuesta de nuevo, preguntándome dónde se supone que debo sentarme. No me apetece sentarme al lado de Carla, pero, si no lo hago, quizá Dominic tome ese lugar, lo que me obligaría a tener que traer un taburete u otra silla. En cualquier caso, quedaría al margen de la pequeña reunión hasta que Sophie bajara, algo que prefiero evitar.

—Siéntate —dice Roger con una sonrisa—. No te quedes ahí plantada como un mueble.

Me siento al lado de Carla, con las manos juntas en mi regazo, mientras les sonrío tanto a Roger como a Ann-Marie. Seguramente lo haya dicho con ánimos de broma, pero sigo sintiéndome incómoda. Todos están tomando té, aunque a mí *aún* no me han ofrecido nada. Cruzo miradas con Dominic mientras me hundo en la suavidad del cuero.

—¿Me puedes traer algo de beber antes de sentarte, cariño?

Quizá sea mi imaginación, pero estoy segura de que Ann-Marie arquea una ceja, como si no pudiera creer que haya sido tan descortés como para preguntar eso.

—Lo que tú quieras. —Acerca el taburete al sofá—. ¿Qué vas a beber?

—Vino tinto, por favor —respondo.

Quizá debería pedir un té como todos los demás, pero qué diablos, al fin y al cabo, es Nochebuena. Además, solo estoy siguiendo el consejo de mi hermano de ser yo misma. Y yo quiero vino, no té.

Parece que ahora es Roger quien arquea una ceja.

—¿Alguien más quiere una copa? —pregunta, mirando a su alrededor.

—Yo también tomaré vino —responde Carla—. Pero solo un poco, por favor.

Roger asiente con aprobación.

—Ya que estás, trae una botella —le dice a Dominic—. De hecho, que sean dos. Conociéndola, imagino que Sophie querrá una copa cuando llegue. —Al menos Roger me respalda, lo que sin duda se siente como una pequeña victoria.

El silencio que nos envuelve mientras esperamos a que Dominic regrese es insoportable. Me devano los sesos buscando algo que decir.

—El árbol está precioso, Ann-Marie —se me ocurre finalmente,

aunque ya la he felicitado por el árbol del vestíbulo, que es igual de exquisito—. ¿Es natural?

—Por supuesto. —Su tono denota indignación—. Solo tenemos árboles de verdad. Pero me alegro de que te guste.

Echo un vistazo a los regalos cuidadosamente ordenados debajo del árbol.

—Tengo que bajar los regalos que hemos traído, aunque no están envueltos tan bonitos como esos.

—Me parece bien, querida. —Mi suegra no podría parecer menos interesada.

Miro el fuego y todos volvemos a quedarnos callados. Nos quedamos sumidos en el silencio, salvo por Dominic, que está haciendo tintinear botellas y vasos en la cocina. ¿Qué otros temas de conversación tengo en mi lista?

—Debe ser maravilloso tener una chimenea —balbuceo mientras contemplo las llamas que lamen los bordes del hogar—. Tendremos que instalar una.

Pienso, casi inconscientemente, que le estoy recordando a Carla que Dominic y yo ahora vivimos juntos. Que él ha seguido adelante con su vida, una en la que cabemos los dos, después de ella. Pensándomelo bien, creo que estoy intentando recordarle mi derecho a estar aquí no solo a Carla, sino también a Ann-Marie y Roger.

—Esas casas adosadas en las que vivís son bastante estrechas —dice Ann-Marie—. Me sorprende bastante que Dominic quisiera mudarse a un sitio así, sobre todo después de vivir donde vivía antes. —Le dirige una mirada a Carla, como si intentara evaluar su reacción.

La furia empieza a bullir dentro de mí. Ann-Marie no solo ha aprovechado la oportunidad para criticar dónde vivo, sino que tampoco ha podido resistirse a mencionar la casa en la que vivían Carla y Dominic. Mientras tanto, Carla está sentada con la

compostura de una princesa, con las piernas elegantemente juntas a un lado, al estilo de una amazona, luciendo una falda lápiz y medias transparentes. Es evidente que no se siente incómoda con los padres de Dominic y no parece sentir la misma necesidad que yo de llenar el silencio.

—Mantener una casa grande requiere mucho trabajo de limpieza y orden —dice—. Y, como todos sabemos, ninguna de esas cosas es el fuerte de Dominic.

—Tienes criadas, ¿no? —le pregunta Ann-Marie, levantando una ceja.

—Solo una limpiadora —responde Carla—. Y, sinceramente, no sé qué haría sin ella.

Criadas. Limpiadoras. Contengo el impulso de hacer una mueca de desagrado. Es solo un recordatorio de otra de las diferencias que existen entre nosotros.

—Ah, aquí estás. Empezaba a pensar que te habías perdido en la cocina. —Roger sonríe cuando Dominic vuelve a la sala, apañándoselas con dos botellas de vino tinto en una mano y seis copas cogidas por el tallo en la otra.

—Preferiría que no llevaras mis copas así. —Ann-Marie lo mira con el ceño fruncido—. ¿Sabes cuánto valen?

Ojalá no lo hubiera mencionado. Así da miedo tocar cualquier cosa en esta casa. Ya soy lo bastante torpe como para añadir la presión de beber en la cristalería más fina de mi suegra. Las copas centellean bajo el resplandor de las lámparas, como retándome a no dejarlas caer.

Dominic las apoya sobre la mesa baja que hay delante de nosotros.

—Ten cuidado con ese vino —le espeta Ann-Marie, frunciendo los labios mientras observa a Dominic, que sirve la bebida en cinco copas iguales.

Mi mirada se fija sobre la alfombra color crema. ¿Por qué demonios

pedí vino *tinto*? ¿Acaso he perdido el juicio?

«Vamos, llénalas hasta arriba», me dan ganas de decirle a Dominic, quien ahora coloca la botella vacía junto a las copas de vino, llenas apenas a un cuarto de su capacidad. Pero me toca ser la cortesía personificada. Como tendré que serlo durante toda nuestra visita.

«Sé tú misma», me dijo mi hermano. Sí, claro, como si fuera posible.

—¡Salud! —Roger levanta su copa y todos brindamos con él—. Por una muy feliz Navidad juntos y un próspero Año Nuevo.

—Salud.

Mientras nos llevamos las copas a los labios, Roger le lanza a Carla una mirada que no consigo descifrar.

6

—¿Qué hay de cenar, mamá? —pregunta Dominic, mientras empuja el taburete al otro lado de la mesita auxiliar y se acomoda sobre él—. Me muero de hambre. —De todos nosotros, él es quien está sentado más cerca de Carla, lo cual intento ignorar. Sin embargo, no puedo evitar desear que se hubiera sentado a mi lado, aunque solo fuera por lo que eso les habría transmitido a todos los presentes.

—Tú *siempre* tienes hambre —se ríe Ann-Marie—. De todos modos, te alegrará saber que Polly y Charmaine han preparado un delicioso bufé para nosotros.

—Qué bien. —Se da una palmada en la barriga—. ¿Y mañana? ¿Van a regresar?

—He tenido que dejarlas marcharse temprano hoy, obviamente, con el tiempo que hace. —Ann-Marie señala la ventana, donde solo se ven enormes copos de nieve salpicando la oscuridad, cayendo con mucha más intensidad que cuando llegamos. Suspira y vuelve a centrar su atención en nosotros—. Pero ya tenemos todo listo. —Su rostro se relaja en una sonrisa—. Solo hay que hornear la comida, pero tendremos que servirnos nosotros mismos.

Ojalá pudiera decirles que nunca he conocido otra forma de hacerlo, pero intento respetar sus costumbres. Sin embargo, no es solo la mención del personal y los cocineros lo que marca la diferencia entre nosotros. Es como si estuviéramos hablando idiomas distintos. Pronuncian cada consonante y alargan las vocales que deberían ser cortas, y viceversa. Por más que lo intentara, no podría hablar como ellos. Probablemente, ellos tampoco podrían hacerlo como yo. Cada vez que abro la boca, me siento como una campesina, por mucho que Dominic me repita que adora mi encantador acento

de Yorkshire. Es solo cuando estoy con este tipo de gente que soy consciente de él.

—Estaré encantada de echar una mano en la cocina mañana —le digo a Ann-Marie con una sonrisa, con la esperanza de ganar algún punto.

—Carla ya se ha ofrecido a ayudar con la cocina —responde—. Y contaremos con Sophie, le guste o no. Puede que crea que sus días de *catering* han terminado, pero aquí no va a librarse de ayudar.

—A quién se le ocurre meterse en semejante oficio —Roger sacude la cabeza—, después de la educación que le hemos dado.

—Dejemos ese tema para otra ocasión, ¿te parece, querido?

El trabajo de Sophie es claramente un tema espinoso para ellos. Quizá debería intervenir de alguna manera para aliviarle algo de presión.

—No me importa ayudar…

Ann-Marie vuelve a centrar su atención en mí.

—Puedes encargarte del lavavajillas y de limpiar, si no te importa.

—De acuerdo —digo, tratando de sonar positiva y no mortificarme porque me han asignado las tareas más modestas. No puedo evitar imaginarme cómo sería el ambiente en la cocina si solo estuviéramos Ann-Marie, Carla y yo. Solo espero que Sophie también esté allí. Dos son compañía, tres son multitud.

De nuevo reina el silencio, y me pregunto si alguno de ellos estará rompiéndose la cabeza por encontrar algo para decir tanto como yo. Suena la típica música navideña por los altavoces de las cuatro esquinas de la sala. No sé si alguien la acaba de poner o si es que simplemente no la había notado antes. Parece que solo soy capaz de concentrarme en una cosa en este momento: la exmujer de mi marido.

La música se detiene y una voz anuncia las noticias en Classic FM:

—Estas son las noticias de la víspera de Navidad a las seis de la

tarde. Gran Bretaña se encuentra paralizada bajo un temporal invernal. La tormenta bautizada como «la bestia islandesa» ha alcanzado su punto álgido en Escocia y el norte de Inglaterra, donde se ha aconsejado a la población que no salga de sus casas. Muchos hogares del extremo norte de Escocia se encuentran sin electricidad. Los servicios de emergencia se encuentran al límite, ya que el personal del Servicio Nacional de Salud no puede entrar ni salir del trabajo y los vehículos de emergencia tienen serias dificultades para llegar a las direcciones de las llamadas que están recibiendo. Las veintiún ambulancias aéreas de Gran Bretaña han sido suspendidas hasta que mejore la visibilidad.

—Caramba. —Dominic deja la copa sobre la mesa mientras el boletín informativo continúa emitiéndose—. La bestia islandesa. Suena como el nombre de una película de terror.

—Esperemos no necesitar una ambulancia esta noche —dice Roger.

—¿Has avisado a tu familia de que estás bien, Carla? —le pregunta Ann-Marie, mirándola por encima del borde de su copa. Apenas ha dado uno o dos sorbos, mientras que yo ya casi me he terminado la mía. Será mejor que me lo tome más despacio.

—He hablado con mi hermano —dice, tensándose mientras mira fijamente su bebida. Ann-Marie debe haber tocado una fibra sensible —. Va a decirles a mis padres dónde estoy.

—Sin duda, será un *shock* para ellos —comento—. Que estés aquí con tus exsuegros. —Antes de terminar de pronunciarlas, me doy cuenta de que mis palabras suenan como una crítica.

Carla se encoge de hombros.

—Mi hermano sabe que seguimos en contacto.

Quiero decirle que no sabe lo afortunada que es por tener a su hermano tan cerca, pero eso podría reabrir una herida que es mejor dejar en paz.

—Pero, claramente —continúa—, él preferiría que estuviéramos

juntos en York.

Todo vuelve a quedar en silencio mientras ruego que Sophie se dé prisa. Por los ruidos, parece que ya ha salido de la ducha, así que espero que no tarde mucho en unirse a nosotros. Hay una tensión en el ambiente que no consigo explicar, pero que empieza a incomodarme. Es como si todos compartieran algo que yo, sin duda, seré la última persona en descubrir.

—¿Qué tal los negocios? —Dominic gira sobre su taburete para enfrentarse a Carla.

—Nunca han ido mejor —responde ella, con una voz sorprendentemente cortante.

—Esperemos que siga así. —Roger sonríe—. Sinceramente creo que los próximos doce meses traerán oportunidades emocionantes para todos nosotros.

Se produce otro silencio. Esta vez, no soy yo quien lo rompe.

—¿Te has adaptado a la firma de contabilidad que contrataste? —pregunta Dominic, contento de seguir con esa conversación.

—No puedo creer que estés hablando de trabajo en Nochebuena —digo con una carcajada, pero es una risa forzada—. Más temprano has dicho que no lo haríamos. Así que, ¿por qué no abrimos la otra botella de vino?

—*¿Ya* te has terminado tu copa? —El tono de voz de Carla se eleva mientras mira de reojo mi copa vacía.

Dominic me frunce el ceño, como diciendo «contrólate», y no hace ningún movimiento en dirección hacia la otra botella.

Me quedo sentada un momento, preguntándome qué hacer. No era mi intención beberme el vino tan rápido, pero, si nadie me hace los honores, tendré que servirme yo misma. Espero un par de minutos más antes de coger la segunda botella, que está a los pies de Dominic.

—¿Alguien quiere que le rellene la copa? —pregunto sin mirarlo.

—De momento, no —murmura Carla.

—Espero que no os importe. —Destapo la botella y el vino comienza a fluir en mi copa con un sonido reconfortante. Hasta que Carla choca mi brazo mientras sirvo, derramando un chorro de vino tinto sobre la impecable alfombra color avena. ¡Oh, no!

—¡Mi alfombra! —Ann-Marie salta de su asiento como si una rata acabara de aparecer delante de nosotros—. Dios mío, Roger, haz algo, ¿quieres?

—Lo siento mucho —jadeo—. Pero no ha sido mi culpa, ha sido…

—Échale un poco de vino blanco. —La voz de Carla ahoga la mía—. Se supone que eso lo neutraliza.

—Voy a buscar el limpiador de alfombras. Justo lo que nos faltaba para Nochebuena. —Entonces, como si comprendiera el grado de angustia de su mujer, Roger apoya una mano tranquilizadora en el brazo de Ann-Marie—. Tranquila, cariño, se quitará. Incluso si no lo hace, no es nada más que una alfombra. —Roger sigue murmurando mientras se dirige hacia la puerta—. Ni que fuera una cuestión de vida o muerte.

Me giro para mirar a Carla, esperando que se disculpe por golpearme el brazo. Pero está demasiado ocupada limpiando la mancha de vino con pañuelos de papel. Como si *eso* fuera a servir de algo. Al estudiar su rostro, me doy cuenta de que no va a disculparse de ninguna manera. Estoy dividida entre la furia hacia Carla —ya sea que el golpe haya sido accidental o no—, y la culpa que siento porque mi deseo de una segunda copa de vino haya agriado la Nochebuena.

Mientras tanto, Ann-Marie parece tan molesta que ni siquiera puede dirigirme la mirada.

7

—Voy al baño —murmuro al levantarme.

Necesito estar a solas unos minutos para recomponerme. Las lágrimas me queman los ojos, lo cual es ridículo. Cualquiera puede tener un accidente, pero no soporto la forma en que Ann-Marie me taladra con la mirada. Ya me siento bastante sensible por la ausencia de mi hermano.

—¿A dónde vas, Natalie? —pregunta Roger mientras paso junto a él y empiezo a subir las escaleras.

—Voy a buscar algo a mi habitación. —Giro la cara hacia la pared para que no vea lo alterada que estoy. Estoy exagerando, lo sé, pero estaré bien en cuanto pueda tomarme unos minutos para respirar profundo.

Al llegar arriba, miro un instante hacia atrás, esperando que Dominic me haya seguido. Pero no es así. Evidentemente, no ha visto lo que ha pasado en realidad. O quizá está tan enfadado conmigo como su madre.

Una vez a salvo en nuestra habitación, me inclino sobre el tocador y me miro en el espejo, luchando por contener las lágrimas. Pero es inútil. Por más que lo intento, no puedo contenerlas. Se deslizan por mi rostro más rápido de lo que puedo secarlas. Por mucho que quisiera que esta fuera una Navidad perfecta, parece que en apenas un par de horas todo se ha echado a perder.

Mientras me limpio el rímel que se me ha corrido, no me queda otra que admitir que no puedo competir contra Carla, con su pinta de reina de hielo y su riqueza descomunal. Si saliera por la puerta principal ahora mismo, nadie se daría cuenta de que me he marchado, y si no fuera por el tiempo que hace, eso es precisamente lo que haría. En lugar de eso, me conformo con pasar un cepillo por

mi enmarañado pelo castaño, aunque haría falta mucho más que eso para que luciera presentable.

«Vale, basta ya, Natalie», me digo.

Esto no es propio de mí. Cuando mi madre aún vivía, me dijo una vez que yo había nacido de frente, mirando hacia la luz. Y a pesar de todos los obstáculos que la vida me ha puesto, siempre he logrado encontrar el lado positivo a las cosas. Hasta que simplemente no puedo más.

No soy capaz de volver allí, al menos, no todavía. Me acerco a mi bolso y saco una de las botellas de vino que hemos traído. Cuando vi el precio en el supermercado, casi me largo a llorar, pero Dominic dijo que era el favorito de Ann-Marie. «Ni loca tocaría un vino barato», fueron sus palabras exactas. Resistí el impulso de decirle que la mitad de los bodegueros fijan los precios según les da la gana y que, en cualquier caso, después de un par de copas, nadie distinguiría una botella de *cabernet* de cinco libras de una de *sauvignon* de cien.

Creo que esta costó unas cincuenta libras, pero no me importa, voy a abrirla. Cojo uno de los vasos de agua que hay en la mesita de noche y lo lleno hasta el borde, derramando un poco, justo cuando llaman a la puerta. «Por favor, que no sea Ann-Marie», pienso y vuelvo a tapar el vino. Terminará por creer que tengo un problema con la bebida.

—Adelante.

—Hola, ¿qué tal? —Sophie deja que la puerta se cierre detrás de sí y yo suspiro aliviada al ver que se trata de ella. Es una versión femenina de Dominic, con su rebelde melena oscura y vibrantes ojos azules. Al igual que yo, está vestida de forma casual, con vaqueros y un jersey, en contraste con el costoso atuendo de Carla. Sin duda, es más de mi tipo. Probablemente sea ese el motivo por el que mis suegros parecen preferir a Dominic por sobre ella.

—He derramado vino tinto por toda la alfombra del salón de tu madre —sollozo.

—Ah, ella y su maldita obsesión con la casa. —Sophie se acerca a mí con paso firme—. No te preocupes, ya se le pasará. —Señala el otro vaso que hay en la mesita de noche—. ¿Te apetece compañía?

Tomo el vaso y se lo alcanzo.

—Parecía muy molesta —digo, con el deseo de contarle que Carla me ha dado un golpe en el brazo, pero sin querer empeorar las cosas.

—No lo tomes como algo personal. Le gusta que todo esté impecable, eso es todo. No sabes qué divertido ha sido crecer con ella. —Se ríe y puedo notar un deje de amargura en su voz.

Aunque tanto ella como Dominic crecieron en esta opulencia, rodeados de cocineros, limpiadores y jardineros, son mucho más sencillos que Ann-Marie y Roger. Y estoy muy agradecida de eso. Quizá, sin sus padres tan cerca, ambos serían más cercanos, en lugar de rivalizar todo el tiempo. El tiempo dirá.

—Supongo que debería bajar enseguida. Va a quedar fatal que haya derramado vino tinto por todas partes y luego haya huido corriendo. He dejado a tu padre limpiando la alfombra.

—Puedes quedarte aquí cinco minutos —Sophie me aprieta el brazo —, mientras te recompones. —Echa un vistazo hacia la puerta y luego vuelve a mirarme—. ¿Seguro que no te importa que Carla esté aquí?

—No parece que me quede otra opción. —Sirvo vino en el vaso de Sophie—. Tu madre la ha salvado de tener que dormir sola en la oficina.

—Hmmm. —Frunce el ceño y aparta la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso sabes algo que yo no?

—No quiero meterme donde no me llaman. —Bebe un gran sorbo de su vaso—. Joder, qué buen vino.

—Debería serlo por las cincuenta libras que cuesta —respondo—. Sinceramente, no noto ninguna diferencia con el vino barato que

suelo beber. —Sonrío, y la verdad es que me siento mucho mejor desde que está aquí conmigo. Al menos con ella puedo ser yo misma —. En fin, cuéntame lo que sabes. Te prometo que no diré nada.

—De acuerdo, pero ni una sola palabra a Dominic. Ya tiene suficientes motivos para echarme la bronca.

No puedo dejar de notar que mi marido *todavía* no ha venido a ver cómo estoy. Pero quizá debería darle el beneficio de la duda. Tal vez solo esté ocupado ayudando a Roger a quitar el vino de la alfombra.

—Te lo prometo.

—La semana pasada, yendo en coche, pasé al lado de mamá, justo cuando estaba saliendo de la oficina de Carla.

—¿En serio? —Genial. Ann-Marie se desvía en su rutina expresamente para visitar a su exnuera. A mí jamás me ha visitado. Ni una sola vez.

—Se veía tan contenta que casi me detengo para preguntarle qué buenas nuevas traía, pero, sinceramente, prefiero mantenerme al margen del drama familiar.

Me gustaría decirle que Carla ya no es parte de la familia, pero eso sonaría a resentimiento.

—¿Te ha mencionado algo más al respecto? —En realidad, lo que quiero es preguntarle si ella también cree que Ann-Marie ha invitado a Carla a pasar las navidades aquí a propósito.

Sophie niega con la cabeza y sus ondas húmedas bailan con el movimiento.

—Carla y Dominic parecen llevarse bastante bien para ser una pareja divorciada, ¿no crees? ¿Sabes qué pasó entre ellos? Me refiero a por qué se separaron. —Envuelvo mi vaso con ambas manos mientras la miro—. Siento bombardearte con todas estas preguntas, pero es que él nunca habla de ello.

—A mí tampoco me lo ha contado nunca con detalle. Pero creo que mis padres sí lo saben.

No me sorprende nada que ellos lo sepan.

—Ya he intentado sonsacárselo varias veces. Para ser sincera, muero de curiosidad por saber la historia.

—Quizá deberías preguntárselo a ella, si él no te cuenta nada.

—No seas tonta. Eso me haría parecer muy insegura. Mira, no le dirás a Dominic que te he estado haciendo preguntas, ¿verdad? Si sospecha que he estado cotilleando sobre él, no estará contento. Sé que eres su hermana y…

—Por supuesto que no. Puedes confiar en mí al cien por cien.

—Me alegro tanto de que estés aquí, Sophie. —Tomo su mano entre las mías. Lo digo en serio. La navidad ya es de por sí una época muy emotiva para mí. Han pasado años desde que perdí a mis padres, pero los recuerdos siempre afloran en esta época del año.

Ojalá pudiera hablar con mi hermano. Hayden me haría ver lo tonto que es mi complejo de inferioridad con los padres de Dominic. Me mandaría, sin rodeos, que bajara ahora mismo las escaleras y que, si a los Elmer no les gusto y no me consideran lo bastante buena para Dominic, ¿qué más da? Dominic me quiere, y eso es lo único que importa.

Entonces, ¿por qué no ha venido a buscarme?

8

El calor de la casa nos envuelve al bajar las escaleras. Me siento un poco aturdida después de beberme casi la mitad de la botella que he abierto en la habitación, así que bajo cada escalón con cuidado. Sophie se ríe mientras hace lo mismo.

—Creo que necesitamos algo de comida para que asiente. —Se agarra a mi brazo y mira el reloj de pie—. Son casi las siete, así que pronto cenaremos.

Al llegar abajo, la conversación y las risas resuenan desde la cocina. Sophie me echa una mirada comprensiva.

—No pasa nada —le digo—. Todos tenemos un pasado.

Aunque se da cuenta de la ironía de mis palabras, no dice nada.

Apoyadas en el marco de la puerta, vemos cómo Dominic le da un golpecito en las piernas a Carla con un paño de cocina, como si fueran un par de críos. El pelo rubio platino de Carla se balancea cuando lo esquiva.

—Niños, niños. —La sonrisa de Ann-Marie se difumina al mirarnos. Cruza los brazos sobre el pecho y me doy cuenta de que se ha cambiado, ahora lleva una blusa verde de cuello alto y pantalones de lino. Me pregunto si ya me habrá perdonado por la mancha de vino.

Dominic se endereza al verme y cuelga el paño de un gancho debajo de la isla de la cocina.

—¿Estás bien, Nat? Nos preguntábamos dónde estarías.

—Claro —respondo, alegre.

Y quizá, después de beberme ese vino tan caro con mi cuñada, realmente lo estoy. Pero ni por un momento me creo que ninguno de ellos se haya estado preguntado dónde estaba. De hecho, parecen estar pasándoselo muy bien sin mí.

—¿*Ya* has estado bebiendo? —cuestiona Ann-Marie a su hija con

mirada de reprobación.

—¿Qué te hace pensar eso?

—El bigote de vino tinto te delata —se ríe Dominic—. Sigues siendo una borracha, hermanita. Quizá por eso fracasó el negocio, ¿no? Demasiado vino para ti y nada para el guiso.

—Nunca pierdes la oportunidad de soltarme puyas, ¿verdad, Dom?

Noto que Sophie se tensa a mi lado. Siempre he percibido rivalidad entre ellos dos, pero esperaba que Dominic fuera capaz de controlarse un poco más en Navidad.

—Vamos, vosotros dos —dice Carla—. No en Nochebuena.

—Ya hemos solucionado lo de la alfombra —interviene Roger—. El limpiador ha hecho maravillas.

—¿Ves? No ha pasado nada grave. —Sophie me da un codazo—. ¿Cuánto falta para la comida, mamá?

—Ya viene, ya viene. —Sonríe—. Es como en los viejos tiempos, cuando os poníais pesados con cuándo estaría lista la cena.

Sonrío. Hayden y yo hacíamos lo mismo con nuestra madre. Ella solía decir que éramos como dos pozos sin fondo, imposibles de llenar.

—¿Puedo ayudar en algo, Ann-Marie? —le pregunto. Nadie más parece estar ayudándola.

—Oh, sí, da la casualidad de que sí. —Suena gratamente sorprendida—. Gracias por preguntar. Podrías lavar esas sartenes que ha dejado el personal, si no te importa. No hay suficiente espacio en el lavavajillas.

—No hay problema. —La verdad es que me alegro de tener algo en qué ocuparme, en lugar de tener que entablar conversación. Además, quizá me ayude a recobrar la compostura.

Cuando Carla sale de la habitación, Dominic se acerca a mí.

—Pareces un poco ausente, Nat. ¿Seguro que estás bien? Solo estábamos bromeando antes, con el paño de cocina, ¿sabes?

Miro a mi alrededor y veo que Roger le lanza a Ann-Marie una mirada con los ojos muy abiertos detrás de sus gafas mientras le hace un gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Dejémoslos solos, ¿te parece?

—Claro que estoy bien. —Meto una sartén en el fregadero mientras Sophie también sale tras ellos—. Es solo que me ha dado pena la alfombra de tu madre. —Inclino la cabeza en dirección al salón.

—Ah, no te preocupes. Ya se ha solucionado. Pero *¿seguro* que no te molesta que Carla esté aquí? —Se para detrás de mí y me toma de la cintura con ambas manos—. De verdad que solo estábamos bromeando. De hecho, fue mi padre quien lo empezó.

Refriego los bordes de la sartén.

—Si no puedes echarte unas risas en Nochebuena, apañados estamos, ¿no?

Me suelta y da un paso para ubicarse a mi lado, junto al escurridor.

—Eres genial, de verdad. —Se le dibujan unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos al sonreír, y no puedo dejar de pensar en lo maravilloso que es recibir cumplidos, en lugar de los insultos sin fin que recibía cuando vivía con Kyle.

—Bueno, está visto cómo está la cosa ahí fuera. Nadie podrá salir a ningún lado por un tiempo, así que más vale que nos enfoquemos en disfrutar.

—¿Seguro que estás bien? —Se sube las mangas del jersey navideño; está claro que se ha acalorado de tantas vueltas por la cocina.

—Mira, te agradezco tu preocupación. Aparte de echar de menos a mi hermano, estoy bien.

Dominic no responde; probablemente no sepa qué decir. Nunca sabe cómo reaccionar cuando menciono a Hayden. No es un tema de conversación fácil, sobre todo porque Dominic aún no conoce ni la mitad de la historia.

Un movimiento repentino en la puerta capta mi atención y, aunque

a primera vista no parece haber nadie, se proyecta una sombra muy larga a lo largo del pasillo. No es que nuestra conversación sea demasiado interesante, pero hay alguien ahí fuera escuchándonos, estoy casi segura.

—Ve a sentarte, Nat. —Dominic me arrebata el paño de la mano—. Eres una invitada, no deberías estar fregando los platos. Yo lo termino.

Me seco las manos con el paño de cocina con el que él y Carla estaban tonteando y le tiendo los brazos.

—Tú, ven aquí.

Toma mi barbilla y la acerca a su rostro.

—Como te dije antes, te compensaré por todo esto.

Nuestras miradas se encuentran y le sonrío antes de acurrucarme en el calor de su cuello.

—No te preocupes por mí. —La repentina reaparición de Carla hace que Dominic me suelte bruscamente y se aleje de mí. Tiene que haber sido ella quien estaba escuchando a escondidas. Observo a Dominic con curiosidad. Está claro que no quiere que su ex nos pille tan cerca el uno del otro.

—Lo siento, pensé que era mi madre. —Su expresión es de vergüenza.

—¿Y qué si lo fuera? Estamos casados, ¿no? —Aprovecho la oportunidad para reafirmar este hecho una vez más delante de Carla —. No estamos haciendo nada malo.

No responde, así que me encojo de hombros y vuelvo al fregadero.

—Pensándolo bien, voy a terminar de lavar estas sartenes, Dom. Hacer lo que me pidió tu madre quizá me redima después del incidente del vino tinto.

Además, necesito mantenerme ocupada y distraída. Si tengo demasiado tiempo para pensar y dar vueltas a las cosas, puedo acabar muy borracha o muy deprimida.

—¿Quién quiere una copa? —Dominic cruza a zancadas el precioso piso de piedra y abre la nevera, en la que las botellas de vidrio retintinean.

—Yo —decimos Carla y yo al unísono.

Cuando me giro para mirarla, intercambiamos una mirada que casi podría confundirse con complicidad. Sin embargo, es evidente que está afectada por algo; puede que aún albergue sentimientos por Dominic y le haya chocado pillarnos abrazados.

O tal vez se trate de otra cosa completamente distinta.

9

—Bien, esperemos a Dominic y a Carla para sentarnos y ponernos manos a la obra. —Roger, que se ha cambiado y lleva una camisa a cuadros y unos chinos azules, está de pie junto a la ventana de lo que ellos llaman «el salón de recepción». Sonríe de oreja a oreja, orgulloso del increíble banquete que nos espera. Y con razón, porque es impresionante. Los cubiertos de plata están colocados como en un restaurante y las copas parecen tan caras que no me atrevo a tocarlas. La variedad de embutidos y la forma tan elegante en que está presentada la ensalada no se parecen a nada que haya visto antes, y casi da pena comerlo.

Mi hermano aparece en mi mente por enésima vez hoy y puedo imaginar su reacción si pudiera verme ahora mismo, en el salón de recepción de esta casa tan grande y elegante. Probablemente nos echaríamos unas buenas risas.

No he podido dejar de pensar en él desde que me levanté esta mañana y, cada vez que lo hago, me invade de golpe una enorme culpa por cómo acabaron las cosas. Pasaré la navidades bien alimentada, con vino y cerveza de sobra, en un entorno precioso y durmiendo en una habitación acogedora junto a mi flamante marido. Hoy en día vivo una vida envidiable, algo que no se puede decir del pobre Hayden. Sus fiestas no podrían ser más diferentes a las mías. Él insiste en que me lo merezco después de todo lo que he pasado con Kyle, pero aún me cuesta creerlo.

Intento quitar de mi mente la imagen de su rostro mientras recorro la habitación con la mirada. La suntuosa decoración navideña está presente incluso en la cabeza de zorro. Sí, hay una cabeza de zorro en la pared, sobre la chimenea, un elemento presuntamente decorativo

que me resulta un tanto inquietante, aunque no puedo dejar de mirarlo.

Sophie sigue mi mirada.

—Cada vez que vuelvo aquí —dice—, no puedo evitar la sensación de sentirme observada por todo tipo de animales y aves rapaces.

Hago una mueca.

—Menos mal que no hay ninguno en nuestro dormitorio, porque si no, no podría pegar un ojo en toda la noche.

—Ese lo cacé yo mismo. —Roger señala al zorro con aire orgulloso.

Me encantaría decirle lo salvajes que me parecen todos estos pretenciosos objetos decorativos, así como la práctica de adquirirlos, pero la verdad es que tengo que aceptar que vivimos en mundos muy diferentes. Sin embargo, como tantas veces me ha recordado Hayden, el hecho de que yo viva en una casa modesta, busque rebajas y tenga que hacer las compras importantes a crédito no los hace mejores que yo.

Dominic solía sacar a relucir que toda esta riqueza algún día se repartiría entre él y Sophie, aunque últimamente no lo menciona tanto. Desde que comenzaron los «problemas» de los Elmer, ya no da su herencia por sentado.

Aparto la mirada del zorro y sus pequeños y maliciosos ojos, pero noto que estos se reflejan en la superficie del piano de cola en la esquina de la habitación. En la última barbacoa del verano, Sophie y yo estábamos tocando *Chopsticks* a todo volumen cuando Ann-Marie nos cortó de raíz con un «¿Tenéis idea de cuánto cuesta ese piano?».

—Adelante, sírvete, Natalie. —Ann-Marie me ofrece un plato, pero su atención parece estar fija en lo que sea que esté ocurriendo fuera de la habitación. Sigo su mirada y veo que Carla y Dominic están discutiendo acaloradamente en el pasillo.

—¿Qué pasa ahí fuera? —Sin esperar respuesta y antes de poder

detenerme, me dirijo hacia la puerta y los fulmino a ambos con la mirada—. ¿Qué problema tenéis vosotros dos?

—No es nada. —Carla evita mi mirada, pasa a mi lado y se dirige hacia Ann-Marie, que está en el salón.

Roger le alcanza un plato y ella se sienta.

—A mí no me ha parecido que no fuera nada.

—Solo le estaba aclarando algo a Dominic, eso es todo. —Coge un trozo de quiche y lo coloca con delicadeza en su plato.

—¿El qué, exactamente? —La expresión de Ann-Marie es una mezcla de curiosidad y esperanza. Tengo la impresión de que, para mi suegra, sería la Navidad más feliz de su vida si Dominic y Carla volvieran juntos.

Cuando por fin llegue el momento de acostarnos esta noche y podamos estar a solas en nuestra habitación, no voy a parar hasta sacarle a Dominic toda la historia de por qué se separaron. Tengo derecho a saber qué pasó entre ellos y, de solo pensar en ello, me entran ganas de darme de cabezazos por haber aceptado una versión tan poco convincente de los hechos.

Aunque yo tampoco le he contado la historia completa del final de mi anterior relación.

—Solo estábamos hablando de trabajo. —Dominic entra en el salón —. Eso es todo.

—Dejemos ese asunto, ¿vale? Es Nochebuena —dice Roger, a lo que Ann-Marie le lanza una mirada—. Todos estamos al tanto de cómo están las cosas y no es como si nadie fuera a largarse de aquí en el futuro inmediato, ¿no? —Su mirada pasa de Dominic a Carla—. Así que este tema puede esperar hasta otro momento.

—Pero *yo* no estoy al tanto —digo, y ya no me importa lo insistente que pueda sonar—. Tampoco sé qué es lo que puede esperar hasta otro momento. ¿De qué estáis hablando?

—Tú ni siquiera necesitas saberlo. —Carla comienza a servirse

ensalada en el plato.

Le lanzo una mirada furiosa. Estar a su lado me recuerda inquietantemente al papel de la ex de Kyle cuando yo estaba con él. Siempre se mantuvieron en contacto y él solía compararnos. Por supuesto, ella era más divertida, mejor en la cama, cuidaba mejor de la casa, etcétera, etcétera. Sabía que Kyle solo intentaba fastidiarme, pero aun así me afectaba. Cada. Maldita. Vez. Dominic jamás saca a relucir el tema de Carla, pero sigo teniendo la sensación de que la historia se repite, aunque en este caso es casi peor, ya que tengo que estar frente a ella.

—¿Por qué estáis todos tan serios? —Sophie se sirve un poco de jamón en el plato—. ¿Es Nochebuena o un velatorio?

—De alguna manera, hemos acabado hablando de trabajo. —Roger pone cara de disgusto.

—Llenad las copas —dice Sophie, echándose el pelo hacia atrás por encima del hombro—. ¿Podríamos acordar no hablar de trabajo durante cuarenta y ocho horas?

—Por mí, perfecto. —Carla resopla mientras deja su plato sobre la mesa. Se ha quedado con el asiento entre Ann-Marie y Dominic. Salta a la vista que ha ido derechita a sentarse justo a su lado.

Quiero saber sobre qué estaban discutiendo *realmente* en el pasillo. Quizá ella esté celosa de mí y le haya hecho algún tipo de insinuación. De ser así, al menos sé que él la habrá puesto en su sitio. O eso espero.

Nuestros platos están llenos, pero aguardo a que alguien más empiece a comer.

—Pongámonos de pie. —Me sorprende la indicación de Ann-Marie, pero hago lo que pide. Ella le asiente con la cabeza a Sophie.

—Bendícenos, Señor —comienza—, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir. Amén.

Me balanceo de un pie al otro. No es que me oponga a la tradición

de dar gracias, es más bien que Ann-Marie y Roger son personas que no parecen tener ni un ápice de religiosidad, al menos no de forma genuina.

—Es una pena que no podamos ir a la misa de Navidad mañana —dice Ann-Marie mientras todos nos sentamos de nuevo, y sus palabras sugieren que necesita dejar claro que ella sí comprende el verdadero significado de la Navidad.

—Tendremos que ver la misa por televisión —comenta Roger mientras clava el tenedor en la ensalada de col.

—Según las últimas noticias —interviene Carla—, mañana no habrá muchos servicios religiosos, así que habrá que tener suerte para encontrar alguno que se pueda ver.

—Si no hay misas en directo, quizá los canales tengan que retransmitir algunas grabadas.

No se me ocurre nada peor que verme obligada a sentarme con ellos una hora delante de la televisión mañana por la mañana, cantando villancicos. Normalmente solo canto cuando estoy sola en el coche o en la ducha, y desde luego no delante de la exmujer de mi marido.

—Bueno, será un día estupendo, pase lo que pase. No importa lo que ocurra fuera, aquí tenemos todo lo que necesitamos, ¿no? —Ann-Marie nos sonríe a todos los presentes. No sé si está intentando convencernos a nosotros o a sí misma—. De verdad es un placer tenerte aquí con nosotros, Carla. No hay mal que por bien no venga —dice riendo—, como suele decirse.

—Bien dicho. —Roger levanta su copa.

Intento llamar la atención de Dominic. Me pregunto si estará pensando lo mismo que yo. Su familia debería estar brindando por nosotros. Es nuestra primera Navidad como señor y señora Elmer.

Sin embargo, mientras pienso esto, caigo en la cuenta de que no soy la *primera* señora Elmer en sentarse a esta mesa. Y, por la expresión

de los rostros de mis suegros, preferirían que ni siquiera estuviera aquí presente.

10

—La quiche está deliciosa, Ann-Marie. Tienes que darme la receta.

—Gracias, querida. Lo haré. —Apoya la copa de vino delante de su plato y me devuelve la sonrisa. Quizá, si Carla no estuviera aquí, sería más fácil conversar con Ann-Marie. Sigo sintiendo que doy un paso adelante y dos atrás, pero estoy decidida a seguir intentándolo.

—¿Cuál de tus secuaces la ha preparado, mamá? —Sophie se ríe—. Sinceramente, Natalie, siempre hace lo mismo. Todos sabemos quién hace el trabajo duro en la cocina aquí, y no es mamá.

Dominic y Roger se ríen.

—De hecho, la receta de la quiche está en la familia desde hace años. Al igual que la de la tarta de queso y frambuesas con base de nueces que tomaremos de postre.

—¿Base de nueces? —pregunto—. Lo siento, pero no podré comer…

—¿Has preparado una porción especial para Natalie, mamá? ¿Sin nueces?

Le lanzo una mirada de agradecimiento a Dominic. Me conmueve que se preocupe por mí, aunque no puedo evitar sentirme decepcionada porque su madre necesite un recordatorio.

—Sí, no te preocupes, me acordé.

—Así que eres alérgica a los frutos secos, ¿no? —Carla arremolina los fideos de su ensalada con el tenedor. Apenas me ha dirigido la palabra, así que me sorprende que de repente me hable.

—Eh, sí…

—Entonces, no debe ser tan grave, ya que hay muchos frutos secos en la casa.

Sophie resopla.

—Oye, ¿qué insinúas de nuestra familia?, ¿acaso nos estás llamando «secos»?

Todos se ríen.

—Es bastante grave, pero solo si los ingiero. —Doy unas palmaditas sobre la correa de mi bolso, que cuelga de la silla—. Por eso siempre llevo mi EpiPen encima.

—Ah, claro.

Es la primera vez que parece genuinamente interesada en algo que digo.

—Vaya, mirad ahí fuera. —Todos seguimos la mirada de Sophie hacia la ventana.

—Qué placer estar aquí dentro, donde se está calentito y a gusto, ¿verdad?

Nadie me responde, así que continúo:

—Se ve muy bonito así, nevado, sobre todo en Nochebuena; es una pena que cause tanto caos ahí fuera. —Miro a Carla—. ¿Podrás compensar el hecho de no poder pasarla con tu familia?

—¿Cómo dices? —La voz de Carla tiene un tono cortante, como si hubiera sobrepasado los límites con mi pregunta.

—Ya sabes, celebrando una segunda Navidad o algo así. Supongo que ellos también echarán de menos pasarla contigo.

—Sí, bueno, supongo que de todos modos pasaré el día con lo que más se le parece, ¿no? —Al dejar el tenedor, roza brevemente la mano de Dominic con la suya antes de coger la copa de vino—. Mi *segunda* familia.

—Que no se te olvide —dice Roger—. Salud, por la familia. —Levanta su copa para un segundo brindis.

—Por la familia —repetimos todos, y yo intento poner en mi voz todo el entusiasmo del que soy capaz.

—Tengo la sensación de que el nuevo año va a ser excelente, incluso para ti, Sophie.

Miro a mi cuñada y veo cómo se le cae el alma a los pies. Su negocio de *catering* se fue al traste a principios de año y, por el comentario

que acaba de hacer Roger, no parece que sienta mucha compasión por su hija ni que le importe mostrarse así de insensible ante todos. Más tarde hablaré con ella para ver si está bien.

—¿A qué te dedicas ahora, Soph? —Carla la mira.

—Creí que no hablaríamos de trabajo en Nochebuena —responde Sophie.

—Eso significa que no está haciendo gran cosa —se ríe Dominic—. Si tuviera algo entre manos, no dejaría de darnos la lata con eso.

—Lo haría si pudiera meter baza —replica Sophie—. Al fin y al cabo, sabemos que en esta casa casi siempre se trata de *ti*.

Dios mío, si esta primera cena juntos sirve de muestra, lo que queda de visita va a ser un suplicio.

—¿Despejo un poco la mesa? —Deslizo mi plato sobre el de Dominic y cojo una de las bandejas que están vacías.

—Sería estupendo, querida, gracias. Mientras lo haces, Roger puede ir a buscar los postres. La tarta de queso de Natalie está en el plato blanco, querido —le indica antes de volver a mirarme—. Me he asegurado de que el helado tampoco contenga trazas de frutos secos.

—Gracias. Siento haberte dado tanto trabajo.

—No es ninguna molestia.

Ann-Marie ya ha apilado algunos platos, así que, haciendo equilibrio con ellos y los que ya tenía en las manos, me dirijo hacia la puerta.

Al pasar junto a Carla al final de la mesa, ella se gira con su plato y me toma del brazo, lo que me pilla tan por sorpresa que se me resbala de las manos el más grande y pesado. El tiempo parece detenerse mientras este se estrella contra la esquina de la mesa. Observo horrorizada cómo se hace añicos en el suelo de madera. Me invade una sensación de *déjà vu* al revivir las mismas emociones que con la escena del vino unas horas antes.

—¡Dios mío, ese plato era de mi madre! —chilla Ann-Marie, que se

levanta de un salto de su silla y corre alrededor de la mesa. Se arrodilla y exclama—: ¡Era el que usaba en las barbacoas de los domingos!

—Lo siento mucho, Ann-Marie —le digo mientras apoyo los platos restantes que estaba cargando sobre la mesa—. Te lo repondré, por supuesto que lo haré. —Me arrodillo yo también en el suelo y empiezo a recoger los bordes dorados, intentando calcular cuánto costaría uno nuevo. Sin duda, el sueldo de una semana.

Dominic se une a nosotras en el suelo y también ayuda a recoger los trozos más grandes.

—No te preocupes, cariño. —Me da un empujoncito en el brazo.

—Solo es un plato —dice Sophie—. No le eches la bronca a Natalie.

—Es un plato *irremplazable*, pero no espero que *tú* lo entiendas. —El rostro de Ann-Marie se endurece mientras se retuerce las manos en el regazo y mira a su hija—. Nunca has sabido valorar nada importante. Ya ni siquiera los fabrican, era un Churchill.

Como si eso significara algo para mí. En lo que a mí respecta, solo era un plato pesado con un diseño elegante. Pero no cabe duda de que he roto una de las posesiones más preciadas de mi suegra, o, mejor dicho, que Carla la ha roto.

—Pero no vale la pena arruinar la Nochebuena por esto, ¿verdad, mamá?

—Voy a buscar la escoba y el recogedor —dice Carla, quien se levanta de la silla y pasa por encima de mí.

—¿Sabes dónde están? —pregunta Ann-Marie.

—Ya debería saberlo a estas alturas. —Carla se ríe mientras se dirige hacia la puerta—. He estado aquí suficientes veces.

—No sería tan grave si no hubiera sido de mi madre —se lamenta Ann-Marie cuando Carla sale de la habitación—. Lo siento, Natalie, sé que debe ser difícil de entender para ti, pero…

Me incorporo en toda mi longitud.

—¿Qué quieres decir? —Como si hiciera falta preguntarlo. Pero ya es suficiente, y por muy insegura que me sienta, voy a tener que empezar a plantarme.

—Oh, mamá. —Sophie deja sus cubiertos sobre el plato—. No puedo creer que hayas dicho eso.

—Solo me refería a que, obviamente, creciste sin tu madre, ¿no es…?

—¡Mamá! —Dominic se levanta de un salto—. Ya es más que suficiente con ese tema, ¿vale?

—Yo recojo los platos —murmuro mientras cojo la pila que he dejado sobre la mesa y me dirijo hacia la puerta antes de que me empiecen a brotar las lágrimas. No puedo creer lo que he hecho con el plato de Ann-Marie. Y tampoco puedo creer que ella considere aceptable sacar a relucir la pérdida de mi madre en Nochebuena.

Aparto la mirada de Carla al cruzarnos en el pasillo.

—Natalie, yo…

—Ni me hables —siseo al llegar a la puerta de la cocina, y la cierro de un portazo con el pie. He intentado ser amable con ella y sacar lo mejor de una situación ya de por sí incómoda, pero no puedo quitarme de la cabeza la sospecha de que ha provocado mis dos «accidentes» a propósito. Está claro que está intentando causarme problemas.

11

Dejo los platos en la isla de la cocina, me dirijo a la puerta exterior a través del lavadero, la abro y la empujo. Es más pesada de lo que aparenta y me quedo unos instantes de pie, dejando que el aire helado enfríe mi angustia mientras contemplo la oscuridad.

Es imposible distinguir nada ahí fuera, salvo los copos de nieve que caen densamente y no dan la menor señal de amainar. Llevamos aquí unas cuatro horas y parece que la nieve se ha triplicado con respecto a cuando llegamos.

—¿Estás bien, Natalie?

Me giro hacia Roger.

—Sí. Siento mucho lo del plato. Y lo del vino de antes. Gracias por venir a ver cómo estaba.

—Bueno, en realidad, solo estoy haciendo lo que me han pedido, trayendo los postres.

—Y a mí me han puesto a cargo del helado. —Dominic entra detrás de él, haciendo equilibrio con los pedazos de plato roto en el recogedor—. Oye, ¿qué estás haciendo ahí fuera? A mamá le va a dar un ataque si dejamos salir todo el calor. «No pagamos para calentar el jardín» —imita su voz de forma burlona.

—Solo necesito un momento —respondo—. Estaré bien. Dadme un par de minutos y volveré enseguida.

—¿Quieres que hablemos de esto?

—De verdad, estoy bien. Solo estoy tomando un poco de aire fresco.

—¿Te ha molestado que mencionara a tu madre? Sophie quería venir a buscarte, pero le he dicho que te echaría un vistazo.

Asiento sin volverme hacia él mientras nuevas lágrimas brotan de mis ojos. Esta noche soy un lío absoluto, pero no puedo volver allí hasta que recupere la compostura.

—Vuelve tú, no tardaré mucho, te lo prometo.

Me doy la vuelta y veo que Dominic y Roger se miran. Luego, cada uno coge lo que ha venido a buscar y ambos salen de la habitación. Ojalá Dominic hubiera dejado venir a Sophie. Ella habría sido mucho más comprensiva.

Apenas cierro la puerta trasera para resguardarme del aire gélido, me llega el murmullo de las voces desde el salón. Abro con delicadeza la puerta de la cocina y vuelvo al pasillo. Han cerrado la puerta, lo cual es extraño.

Camino de puntillas para escuchar lo que dicen. «Los fisgones nunca oyen nada bueno de sí mismos». La voz de mi madre resuena en mi cabeza. No quería pensar en ella hoy, pero desde que Ann-Marie la ha mencionado, sin duda pasará el resto de la Navidad dando vueltas por mi mente, como el año pasado.

—Te dejé muy claro *por qué* —dice Carla—. ¿De verdad tenemos que seguir con lo mismo?

—No puedes negar que está en los intereses de todos sacar esto adelante —responde Roger—. Lo antes posible.

—Te refieres a *vuestros* intereses —replica Carla—. No podéis traerme aquí para liarme así, no es justo.

—Por el amor de Dios, creí que no íbamos a hablar de este tema —dice Sophie.

—Solo esperamos que todo vuelva a ser como antes. —Ahora es Dominic quien habla.

¿A qué se refiere? No será a su primer matrimonio, ¿verdad? Dios mío, no puedo soportar más disgustos, no después de todo lo que ya ha pasado.

—No es tan sencillo como parece —dice Carla—. No podéis esperar que vuelva corriendo.

Debe estar refiriéndose a su matrimonio.

—Recurrir a esta forma de hacer las cosas tampoco nos hace

ninguna gracia, Carla —dice Ann-Marie—. Pero debes ser capaz de darte cuenta de lo que pasará si te empeñas en elegir el otro camino. Sería tan fácil cambiar las cosas aquí y ahora.

¿Hacer *qué* cosas? ¿Cambiar *qué* cosas?

—No puedo, todavía tengo que pensármelo.

—Ya has tenido tiempo suficiente para pensar. Tenemos que actuar ahora —dice Dominic.

—Es Navidad. —La voz de Sophie suena apagada—. Nadie puede hacer nada hasta que termine, al menos oficialmente, así que por ahora lo único es ir tirando como podamos, ¿vale?

—Pero te lo estás pensando, ¿verdad, Carla? —Ahora es Roger quien habla.

Me apoyo contra la pared. ¿Están hablando de que Dominic y Carla van a volver juntos? No tiene ni pies ni cabeza. Estoy harta de estar al margen de todo. Era exactamente igual en la familia de Kyle.

—No parece que tenga muchas opciones, ¿verdad? —Sea lo que sea, Carla no parece muy contenta.

—Natalie puede volver en cualquier momento. —Ahora es la voz de Dominic—. ¿Qué tal si cambiamos de tema?

«Dominic, tienes muchísimo que explicar cuando estemos a solas más tarde».

—Quizá sea mejor que vaya a ver cómo está y le pida perdón por haberme puesto tan borde por el plato —dice Ann-Marie a regañadientes, como resignándose a tener que venir a verme.

—Buena idea.

Al oír el ruido de la silla de Ann-Marie al arrastrarse por el suelo, vuelvo como un rayo a la cocina. Apenas entra, comienzo a llenar un vaso con agua, tratando de parecer lo más indiferente posible. Me muero por preguntarle de qué estaban hablando, pero dudo que confiese que estaban tratando de convencer a Carla de que vuelva con Dominic, y que ella misma estaría más que encantada de podar

para siempre la rama de Natalie de su árbol familiar, si es que a eso se referían.

—Siento mucho lo que te he dicho, querida. —Me coge del brazo—. No era mi intención herirte. Como Sophie ha señalado con mucha razón, esta época del año ya debe de ser bastante difícil para ti.

No estoy completamente segura, pero creo percibir un ligero tono de compasión en su voz.

—Ya lo creo, pero no pasa nada, sé que no lo has dicho con mala intención.

—¿Vienes a tomar el postre con nosotros? —Inclina la cabeza hacia un lado mientras espera mi respuesta.

—Sí. —Le dedico una sonrisa forzada—. Tengo muchas ganas.

—Ohh, ¡qué pinta, mamá! —Sophie vierte nata sobre su tarta de queso—. Yo no la habría hecho mejor.

—Quizá por eso fracasó tu negocio. —Dominic sonríe y yo le lanzo una mirada. Está yendo demasiado lejos con esos comentarios.

—Estoy de acuerdo, Ann-Marie. —Carla agita su cuchara—. Es la mejor tarta de queso que he probado en mi vida.

Puede que Ann-Marie no haya cocinado nada con sus propias manos, pero parece disfrutar de los elogios como si fuera obra suya.

—Era una receta de vuestra abuela. —Se frota las manos—. Bien, ¿tomo nata o helado?

—Puedes elegir las dos, como yo. —Dejo la cuchara sobre el plato.

—¿Te acuerdas de aquella tarta de queso que intentamos hacer una vez? —pregunta Carla, dándole un empujoncito a Dominic—. ¿La que fue un desastre total?

¿Por qué habla de cuando estaban casados delante de mí? Sé que intenta molestarme por la forma en que me mira furtivamente por el rabillo del ojo. Sabe muy bien lo que hace, pero no voy a picar.

—Parece que ha mejorado desde entonces —le digo—. Ha cocinado platos deliciosos desde que estamos juntos.

—¿Cocinas mucho, Natalie? —me pregunta Sophie con una sonrisa—. Creo que todos seguimos esperando una invitación para cenar en vuestra casa, ¿verdad?

—Sí, me encanta cocinar —respondo—. Tendremos que apuntarlo pronto en la agenda. —Aunque ya es hora de que vengan a nuestra casa, la idea de intentar impresionar a Ann-Marie me llena de pavor. Sin duda, le encontrará defectos a todo.

—Suena estupendo —dice Ann-Marie. Sin embargo, su expresión sugiere lo contrario—. En fin, espero que este año mantengamos nuestra tradición de Nochebuena.

—Oh, no —se queja Dominic—. Va a sacar las fotos.

—Otra noche más del espectáculo de Dominic —comenta Sophie, poniendo los ojos en blanco—, ya que todas son de él.

—También hay muchas tuyas, cariño. —Ann-Marie le da un golpecito en la mano.

—Las dos sabemos que eso no es cierto, ¿verdad? Tienes tres veces más fotos de él que de mí. —Su tono es suave, pero hay un deje de amargura en él.

—Tengo nombre, ¿sabes? —Dominic frunce el ceño en dirección a su hermana.

—¿De verdad hay que sacar las fotos, papá? No va a ser muy divertido para Natalie, ¿verdad?

—En realidad, a todos os encanta —dice Roger, mientras se termina el postre—. Sobre todo ahora que podemos verlas como diapositivas en la televisión. Voy a ponerlo en marcha, ¿vale?

—Espero que aún tengas muchas fotos mías —sonríe Carla, levantándose de la silla—. Te ayudo.

Estoy casi segura de que no habrá nada mío en su perfecto pase de diapositivas. Ya he buscado por la casa la foto de nuestra boda que enmarqué y les regalé, pero no la encuentro por ninguna parte.

12

—Si me disculpáis, tengo que hacer un par de llamadas.

—¿Ahora? —pregunta Dominic cuando me levanto.

Ni siquiera soy capaz de mirarlo. Solo quiero salir de aquí. Una hora fingiendo interés por esas malditas fotografías ha sido más que suficiente.

—¿Estás bien, Natalie? —me llama Ann-Marie mientras cierro la puerta detrás de mí y me refugio en la seguridad de mi habitación. Gracias a dios, tengo un lugar al que escapar.

De repente, alguien llama a la puerta.

—Adelante —digo, esperando ver a Sophie. Pero es Ann-Marie. Y ni siquiera he tenido tiempo de esconder los vasos de vino que he servido más temprano. Sin embargo, si se ha dado cuenta, no dice nada.

—Soy yo —dice—. He pensado en pasar a ver cómo estabas y pedirte perdón por haberte molestado, otra vez. —Hace una mueca.

—No me has molestado, es solo que… ya sabes. —Cruzo los brazos mientras me hundo más en la cama. No hay forma de escapar de la situación en la que me encuentro de repente. No me queda otra que afrontarla.

—¿Es por las fotos? —pregunta ella—. Es solo una tonta tradición familiar que tenemos de verlas en Nochebuena.

—No es una tontería, es solo que… —Mis palabras se van apagando —. No enseñaste todas en las que salía Carla la Navidad *pasada,* cuando estuve aquí.

—Oh, Natalie, solo intentamos que todos estéis contentos. Había algunas tuyas, ¿no? —Me aprieta el hombro—. ¿De tu boda?

—Dos. —Respiro hondo—. Mira, no importa. Siento haber estado tan sensible hoy.

Pero sé perfectamente que no es así. No solo había tropecientas fotos de Dominic y Carla juntos, sino también de Carla sola.

—No lo has estado en absoluto. —Se sienta a mi lado en la cama—. Pero tienes que entender que, aunque ahora estás aquí, sí que nos importaba mucho Carla, y todavía nos importa. Era mucho más que nuestra nuera y ahora…

—Y ahora yo soy tu nuera, te guste o no. —Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos mientras las palabras salen de mi boca—. Y fue culpa de Carla que yo derramara el vino y rompiera el plato. No quise decirlo en ese momento, pero…

—Mira, Natalie. —Se inclina hacia delante y me da una palmadita en el brazo—. Carla no se comportaría así, al margen de lo que pienses de ella. Sé que es la exmujer de Dominic, pero, sinceramente…

—¿Me estás diciendo que no me crees?

Se queda mirándome a los ojos.

—He sido una anfitriona terrible, Natalie, y lo siento mucho. He estado tan absorta en mis preocupaciones que no he sido todo lo hospitalaria que debería contigo.

Quisiera decirle: *«Has sido* muy hospitalaria con Carla», pero, probablemente, ya he dicho suficiente. En lugar de eso, espero a que Ann-Marie continúe.

—Roger y yo estamos bajo mucha presión. —Retira el brazo y se frota las manos como si estuviera retorciendo un trapo viejo—. Todo es muy complicado y…, bueno, probablemente Dominic ya te lo haya contado todo.

—Me ha contado algunas cosas. Sobre los problemas que habéis tenido con vuestro negocio.

«Problemas con vuestro negocio» es el eufemismo del siglo.

—Lo peor de todo es lo que la gente debe estar pensando de nosotros, pero bueno… —Baja la mirada hacia la alfombra—. A ti

tampoco te es ajeno tener que lidiar con las reacciones de los demás, ¿verdad?

Entonces vamos a meternos en este asunto, vale.

—¿Supongo que te refieres al artículo en el periódico de hace casi tres años? —Allá vamos. El tema que todos evitaban por fin ha salido a la luz. Sabía que tarde o temprano pasaría.

—Enseguida se corrió la voz de que Dominic se casaría contigo, así que, como puedes imaginar, el año pasado tuvimos que dar muchas explicaciones a nuestros amigos y clientes cuando descubrimos que eso en efectivo ocurriría. —Cruza los brazos sobre el pecho, como si intentara protegerse—. Pero ahora, con lo que nos ha pasado, parece que nos vamos a pique con rapidez. Mucha gente nos ha dado la espalda. Amigos y colegas que conocíamos desde hacía años.

—Solo descubres quiénes son los que realmente importan cuando las cosas se ponen difíciles —digo, sorprendida de lo mucho que sueno como mi madre. Ella siempre decía que algún día lo entendería—. Yo, desde luego, lo he comprobado en carne propia.

—¿Qué pasó en realidad, Natalie? —pregunta con voz suave; parece genuinamente interesada.

—Más o menos lo que has leído en el periódico —respondo. Es todo lo que necesita saber. Ya es suficiente—. Solo que lo han hecho tremendamente sensacionalista, como siempre.

Se la nota indecisa por un momento, como si estuviera deliberando si decir o no lo que pasa por su cabeza.

—¿Qué ocurre, Ann-Marie? —Quizá debería dejarlo pasar, pero quiero saberlo, *necesito* saber lo que piensa.

—Espero que entiendas por qué teníamos reservas sobre tu matrimonio con nuestro hijo. Además, en las redes sociales se dijeron cosas horribles.

Quisiera decirle que, mientras Dominic sea feliz, ella también debería serlo. En lugar de eso, respondo:

—Leí algo de eso en su momento, pero me hizo sentir tan mal y con tanto miedo que apenas podía salir de mi casa.

—Al menos ahora todo eso quedó en el pasado.

Quisiera decirle: «Aparte del hecho de que tú lo hayas mencionado», pero aprieto los labios con fuerza.

—Aunque nunca lo olvido del todo. —Intento mirarla a los ojos, pero ella aparta la vista de mí.

—Bueno, se está haciendo tarde, así que te dejo descansar, ¿vale?

Menos mal. Ya he hablado suficiente de mi pasado con ella por esta noche.

Me da otra palmadita en la mano y se levanta de la cama.

—Tengo algunas cosas que preparar para nuestro gran día mañana, así que será mejor que me vaya.

Me recuesto en la cama y cierro los ojos. Kyle ocupa todos mis pensamientos, lo cual no es ninguna sorpresa. Hoy he pensado en él mucho más de lo habitual y no puedo quitarme de la cabeza el recuerdo de una Nochebuena que pasé en casa de sus padres.

—No me ha gustado lo que has dicho sobre mí antes —me dijo mientras nos preparábamos para ir a la cama.

—¿A qué te refieres?

—A lo de Jekyll y Hyde. La diferencia entre cómo soy en el trabajo y en casa.

—Pero es verdad. Y no soy *yo* quien se queda con tu mejor versión.

Golpeó la cama con la palma de la mano.

—Nunca pierdes una oportunidad, ¿verdad? Por eso quiero que nos mantengamos al margen. No deberías hablar mal de mí con nadie, y mucho menos con mi familia.

—No lo estaba haciendo. Estaba bromeando. Yo… —En ese momento, supe que debía haber mantenido la boca cerrada. Conocía muy bien sus arrebatos de ira, pero, aun así, me había atrevido a desafiarlo.

—No deberíamos haber venido aquí.

—Por favor, Kyle. Déjalo ya, tus padres nos oirán. No nos arruines la Navidad. —Me quité el camisón por encima de la cabeza.

—Y por si eso no fuera suficiente… —Se giró hacia mí, con los ojos llenos de ira—. ¿En qué estabas pensando al decirle a mi madre que no te dejo salir a trabajar?

—Pero es verdad. Y si no me escuchas a mí, quizá la escuches a…

—Aléjate de mí. —Kyle tiró de la manta hacia su lado mientras yo intentaba meterme en la cama junto a él—. No quiero dormir contigo.

—¿Y dónde se supone que voy a dormir yo? —Intenté tirar de la manta—. No puedo bajar ahora, tus padres aún están despiertos. —Por un momento jugué con la idea de decirles a los padres de Kyle que estaba intentando echarme de la habitación, pero él lo habría negado y yo habría quedado como una idiota.

—Donde sea, pero no a mi lado. Puedes dormir ahí abajo. —Lanzó mis almohadas a la alfombra, junto a la cama.

—Pero me voy a congelar. Por favor, Kyle. Estás exagerando.

Y así fue como pasé la Nochebuena: sollozando en silencio, tumbada en la alfombra junto a la cama en la que el matón de mi marido roncaba suavemente, hasta que sus padres se fueron y pude escabullirme al sofá. Cuando miro hacia atrás, me cuesta creer que le permitiera tratarme tan mal, pero mi autoestima era tan baja que probablemente estaba convencida de que el suelo era el lugar que me correspondía aquella noche. Tengo claro que esta noche no dormiré en el suelo, pero no puedo evitar sentir que mi primera Navidad casada con Dominic no saldrá según lo planeado.

* * *

—Siento mucho lo de antes. —Dominic cierra la puerta detrás de sí y

me mira—. No te culpo por estar tan alterada. —Su tono está cargado de comprensión, lo que hace que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Ojalá pudiéramos irnos a casa. —Me seco los ojos antes de que las lágrimas empiecen a rodar por mis mejillas.

—Bueno, no podemos. —Se sienta en el borde de la cama y se quita los calcetines antes de desabrocharse los vaqueros para bajárselos—. Hasta que el tiempo no mejore, nadie se podrá ir a ninguna parte.

—No puedo creer que me hayan hecho aguantar eso. —Sacudo la cabeza—. ¿Por qué querría ver fotos de tu primera boda y de las vacaciones que pasaste con Carla?

—Al menos mi padre se disculpó —responde—. Y también pudiste ver todas las fotos vergonzosas de cuando Sophie y yo éramos niños. —Se quita el jersey por la cabeza y vuelve a levantar el edredón—. De todos modos, no tienes que preocuparte por Carla.

—Es solo que…

—Vamos a dormir, Nat. —Se desliza en la cama y se cubre con el edredón.

—Ojalá pudiera.

—¿Por qué no puedes?

—Porque mi cabeza no para de dar vueltas. ¿Puedo preguntarte algo?

—Hazlo.

—Quiero saber de qué estabais hablando antes, cuando creíais que yo estaba en la cocina.

—¿Cuándo? ¿Qué? —Se tensa, lo que deja ver que mi pregunta le ha pillado por sorpresa.

—Estabais en el salón de recepción, hablando de que Carla había regresado. Y luego alguien mencionó que no se podía hacer nada hasta que la Navidad terminara.

—Ah, eso. Es…

—No intentes engañarme. Luego te oí callar a todos y decir:

«Natalie volverá en un minuto». ¿Qué está pasando, Dom?

—Son solo los asuntos con los que mis padres están lidiando últimamente. Los impuestos y el tema del tribunal, ya sabes de qué te hablo.

—Entonces, ¿por qué tuviste que advertirles de que yo estaba a punto de regresar?

—Porque tú ya tienes bastante con lo tuyo como para quedar enredada en los dramas de mi familia. De todos modos, estoy hecho polvo, cariño, después del horrible viaje para llegar hasta aquí. ¿Vas a apagar la luz?

—No creo que pueda dormir.

—Inténtalo, acurrúcate conmigo y te quedarás dormida en un santiamén. —Me besa en la coronilla y se da la vuelta.

Me hacía tanta ilusión imaginar cómo pasaríamos nuestra primera Nochebuena de casados una vez que nos acostáramos, pero está visto que nada de eso no va a ocurrir.

—Tu madre ha venido a verme hace un rato. —Alargo el brazo para apagar la lámpara. Es una especie de oscuridad extraña cuando afuera todo está cubierto de blanco por la nieve.

—Sí, le pedí que te echara un vistazo. —Se gira hacia mí—. ¿Estuvo todo bien?

—Ha sacado el tema de mi pasado. Pero, cuando intenté hablar con ella con sinceridad, dio el asunto por terminado —digo, tumbada bocarriba, con la mirada fija en el techo.

—Fue bastante difícil de asimilar para ellos en ese momento, sobre todo cuando se enteraron.

—Pero me están juzgando por un artículo del periódico sin darme la oportunidad de explicar mi versión de los hechos. —Giro la cabeza para mirarlo, pero solo logro distinguir el contorno anguloso de su mandíbula—. Y en cuanto a la foto mía con Hayden que publicaron… —Cierro los ojos en un intento por expulsar la imagen que ha

aparecido en mi mente—. Ojalá pudiera borrarlo todo de Internet... Nunca dejaré de intentarlo.

—Si alguien debería haberse asustado por el artículo —dice él, buscando mi mano bajo el edredón—, ese soy yo. Así que deja de preocuparte por lo que puedan pensar mis padres.

No sé si su referencia a «asustarse» pretende brindarme tranquilidad o preocupación, pero, por ahora, lo dejo pasar. Las cosas ya están bastante mal tal y como están.

—Siento que, a sus ojos, no estoy a la altura de Carla. Sé que es una tontería, pero no puedo quitármelo de la cabeza.

—Enfócate en ti misma, Nat. Bueno, a dormir. —Se da la vuelta de nuevo.

Al cabo de unos minutos, su respiración se ha convertido en un suave y rítmico ronquido.

Sintiéndome desvelada, deslizo las piernas hacia el borde de la cama y me dirijo hacia la puerta. Iré al baño y luego intentaré relajarme. Dejaré atrás toda la tensión de hoy y empezaré un nuevo día mañana.

Avanzo sigilosamente por el rellano; la habitación de Carla está en silencio y se oye un murmullo de voces que proviene de la habitación de Ann-Marie o Roger. Según Dominic, llevan años durmiendo separados, pero, ahora que todos se han acostado, deben tener cosas que discutir. Me detengo cerca de la puerta, pero han de estar en el lado opuesto de la habitación, demasiado lejos para que pueda distinguir lo que dicen.

Mientras me cepillo los dientes, me miro en el espejo.

—No pasa nada, Nat —me digo a mí misma mientras enjuago el cepillo de dientes—. Puedes hacerlo.

Y puedo. Me los ganaré a todos, aunque sea lo último que haga.

No sirve de nada. No puedo dormir. Las palabras de Ann-Marie no dejan de dar vueltas en mi cabeza. Las *reservas* que dijo que ella y

Roger han tenido sobre mí. Quizá, si yo fuera madre, podría imaginar cómo se siente.

Me siento lentamente y con cuidado para no despertar a Dominic y, sin detenerme a pensarlo demasiado, escribo «Natalie Miller Yorkshire» en Google y ahí está: sigo apareciendo en primer lugar en los resultados de búsqueda. Solo he leído el artículo una vez, justo después de recibir la suspensión de la sentencia, hace casi tres años. Pero ahora, como quien arranca la costra de una herida, voy a volver a leerlo. Aunque solo sea para intentar ver la situación desde el punto de vista de mi suegra y todas las personas de su entorno que están al tanto de esto.

¿Es realmente tan condenatorio lo que se escribió sobre mi hermano y sobre mí como lo recuerdo?

13

DIEZ AÑOS DE CÁRCEL POR EL ASESINATO DE SU CUÑADO

Dos hermanos han sido condenados hoy por el asesinato de un hombre de veintiocho años en York.

El cadáver en descomposición de Kyle James Parkes fue encontrado por un ciudadano, abandonado entre unos arbustos en un lugar apartado de Danefield Park.

Tras el trabajo del Equipo de Investigación de Homicidios de Yorkshire, Hayden John Miller, de 34 años, y su hermana Natalie Ann Miller, de 28, quien inicialmente había denunciado la desaparición de su pareja, fueron finalmente detenidos.

Hayden Miller admitió haber apuñalado a Parkes en un estado de enajenación mental transitoria tras lo que describió como un incidente de violencia doméstica en el que, insistió, su hermana era la víctima. Durante todo el juicio, mantuvo que sus actos fueron para proteger a Natalie Miller y no por motivos económicos, como alegaba la Fiscalía. Esta afirmó que Miller le debía a su cuñado una importante suma de dinero que estaba enfrentando dificultades para devolver, lo cual desencadenó la violencia entre ellos.

En las horas posteriores al asesinato, los hermanos se dedicaron a encubrir las acciones de Hayden Miller, incluyendo el envío de mensajes de texto al teléfono del señor Parkes y el ocultamiento de su cuerpo.

Ambos negaron y mintieron sobre su participación en el asesinato del señor Parkes, pero la Fiscalía presentó pruebas convincentes que demostraron que el señor Miller fue responsable de la muerte del señor Parkes y que, aunque se alegó que Natalie Miller no estaba presente cuando su hermano atacó a su pareja, las imágenes de las cámaras de seguridad situadas a la entrada del parque

mostraron que ella también participó en el encubrimiento del cadáver.

Al dictar sentencia contra ambos en el Tribunal Penal de Yorkshire, el juez Peter Smythson afirmó: «Lo más llamativo de este caso es que, durante los cuatro días posteriores al asesinato, ustedes continuaron con sus actividades habituales, encubriendo de manera deliberada los actos cometidos y sin dar indicio alguno de tener conocimiento del paradero de la víctima. Y durante todo este proceso no han mostrado ningún arrepentimiento por sus actos, solo un escalofriante interés por su propia protección. Si bien se acepta que sus actos no fueron premeditados, lo que siguió al brutal apuñalamiento de este hombre fue un intento deliberado de eludir la responsabilidad por lo que le habían hecho».

En nombre de la defensa, Jonathan Jones afirmó que la señorita Miller sufrió a puertas cerradas durante varios años, situación que su hermano solo podía observar impotentemente a la distancia. Agregó que los desafortunados acontecimientos del 24 de marzo fueron la culminación explosiva de varios años de trauma no resuelto entre la pareja.

El señor Miller, sostuvo, solo estaba protegiendo a su hermana, quien había sido amenazada con un cuchillo por el fallecido. Castigarla también a ella, afirmó, demostraba la fragilidad de un sistema que debería existir para protegerla.

Esto fue refutado por la Fiscalía, que afirmó que no había pruebas de que Kyle Parkes hubiera ejercido violencia doméstica. No hay registros de antecedentes policiales ni testimonios de testigos; por el contrario, el fallecido era descrito como un pilar de la comunidad, respetado por sus compañeros docentes y por los padres de los niños a los que enseñaba. La Fiscalía alegó que el móvil de la violencia doméstica había sido inventado por Natalie Miller para proteger a su hermano.

El señor Miller fue declarado culpable de homicidio involuntario y, junto con su hermana, también fue declarado culpable de obstrucción a la justicia y de impedir un entierro legal y digno.

El juez Smythson dictó sentencias de diez, cuatro y dos años, que deberán cumplirse de forma concurrente para Hayden Miller, y en el caso de Natalie Miller, penas de dos años y dieciocho meses, con suspensión del cumplimiento de la pena durante dos años. Natalie Miller también fue condenada a realizar trescientas horas de trabajo no remunerado como reparación a las legítimas víctimas de violencia doméstica.

Activistas contra la violencia doméstica se manifestaron en las calles frente al tribunal y recurrieron a las redes sociales tras lo que consideraron una grave injusticia.

Jones, en nombre de los Miller, ha confirmado que se apelarán las sentencias.

Pero esas apelaciones no sirvieron de nada. Yo hice el trabajo comunitario, que por suerte terminé mucho antes de conocer a Dominic, y mi pobre hermano todavía tiene que cumplir tres años antes de completar dos tercios de su condena y poder acceder a la libertad condicional.

Todo por defenderme.

Vuelvo a mirar la nuca de mi marido, que duerme. Agradezco que Dominic haya aceptado mi versión de los hechos, pero tarde o temprano *tendré* que contarle la historia completa.

* * *

Volver a leer ese artículo fue un gran error. Si antes no podía dormir, ahora es imposible. Cada vez que cierro los ojos, veo el gesto arrogante que Kyle hacía las muchas veces que me arrinconaba, inmovilizaba o simplemente me decía cosas desagradables. Y luego,

por supuesto, aquella última vez, cuando pensó que podía salirse con la suya amenazándome con un cuchillo.

Hayden y yo fuimos los chivos expiatorios. ¿Con quién iba a simpatizar la policía? ¿Con mi hermano, con una larguísima lista de delitos juveniles, o con mi pareja, un honesto maestro de primaria, siempre comprometido en causas solidarias, un encanto de persona en todos los sentidos?

Hasta que se encontraba en casa a solas conmigo, claro.

Nunca me he sentido tan aislada y solitaria como en ese entonces. Durante el tiempo que estuvimos juntos, me aisló sistemáticamente de todo el mundo. Una vez, mientras daba un paseo, entablé conversación con una mujer que se sentó a mi lado en un banco del parque y terminé por contarle todo lo que estaba pasando en casa.

—La gente cree que es un tipo decente —le dije—, pero conmigo es horrible.

La sorpresa se reflejó en su rostro al tiempo que se aclaraba la garganta.

—¿Y por qué sigues con él?

—Tengo miedo de dejarlo —admití—. Me ha amenazado con todo tipo de cosas si lo intento.

—Hay lugares donde pueden ayudarte —me dijo—. No tienes por qué quedarte con él.

Hablamos durante más de una hora hasta que me dijo que tenía que ir a recoger a su hijo al colegio. En cuanto descubrí de qué colegio se trataba, supe que estaba perdida, a pesar de que me prometió que no repetiría nada de lo que le había contado.

Dos días después, Kyle entró furioso a casa después del trabajo y, sin decir una palabra, cruzó la cocina y me dio una bofetada tan fuerte que hizo que me golpeara la cabeza contra el armario.

—Esto es por ir por ahí difundiendo mentiras sobre mí —gritó—.

Alguien me ha denunciado al director. De puro milagro he podido convencerles de que eres inestable y propensa a llamar la atención.

—En otras palabras, has mentido.

Me abofeteó de nuevo, tan fuerte que me hizo ver las estrellas.

Caí deslizando la cabeza por el armario hasta el suelo.

—Aléjate de mí. —Lo que debería haber hecho era salir corriendo a la calle con la cara en carne viva por sus bofetadas, pero él nunca me habría dejado cruzar la puerta. ¿Y quién me habría creído?

De nada sirve recordar. Tengo que ponerme en movimiento. Me incorporo en la cama, deslizo los pies hasta el suelo y busco mi bata. Necesito salir de esta habitación antes de volverme loca.

Al salir al rellano, los ronquidos de Roger resuenan detrás de una de las puertas. No me extraña que Ann-Marie tenga un dormitorio separado. Bajo las escaleras de puntillas y me dirijo a la cocina. Una manzanilla quizá me ayude a calmarme.

Me sobresalto cuando veo a Carla aparecer de repente junto a la puerta del despacho.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto. Sin duda, parece muy sospechosa.

—Solo estoy buscando algo que se me ha olvidado aquí —responde —. Mi, eh…, cargador de teléfono.

—*¿Ahí adentro?* —susurro, señalando la puerta del despacho.

—Pensé que quizá habría un cargador en el despacho, pero está cerrado con llave.

—¿Qué estás haciendo en realidad?

—Mira, Natalie, sé que no hemos tenido el mejor comienzo, pero deberías saber…

—Déjalo, ¿quieres? De verdad que ya he tenido suficiente por hoy.

Al llegar a la puerta de la cocina, miro hacia atrás y veo a Carla subiendo las escaleras, envuelta en el mullido albornoz que Ann-Marie le ha dejado preparado.

Cierro la puerta de la cocina detrás de mí, maldiciéndome por no haberme puesto calcetines antes de bajar. Mientras cruzo la cocina de puntillas en dirección a la tetera, siento el helado suelo de piedra bajo mis pies descalzos.

Corro la persiana un poco, con la esperanza de que haya amainado la nevada, pero sigue cayendo con la misma intensidad que antes. Si acaso, más.

Será imposible salir de aquí, al menos por un buen rato.

14

Debí quedarme dormida en algún momento después de volver a la cama, porque cuando me despierto, la luz del día entra por la ventana. Estiro la mano esperando encontrar a Dominic, pero ya se ha ido. Miro el reloj y me doy cuenta de que he dormido hasta mucho más tarde de lo habitual, lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta la hora a la que me acosté.

Necesito una ducha y lavarme el cabello. Carla estará, sin duda, luciéndose por ahí, guapísima como siempre, mientras yo... Me incorporo y me topo con mi reflejo en el espejo. Uf. Tengo el pelo revuelto, las bolsas bajo los ojos alcanzarían para cargar la compra semanal y tengo líneas marcadas a ambos lados de la cara. No suelo sentirme tan mal conmigo misma, pero justo hoy tengo que controlarme. «Si no te quieres a ti misma, nadie más lo hará». Es mamá otra vez.

Me pongo la bata y me dirijo a la puerta, desde donde oigo la voz de Dominic nada más abrirla. Y la de Carla. Pero, en lugar de llegar desde el piso de abajo, sus voces provienen de la habitación de enfrente.

Está en la habitación de ella.

—Estamos dando vueltas en círculos, Dom —se oye decir a Carla.

¿Cómo se atreve a llamarlo Dom? Ese es el apodo por el que *yo* le llamo.

—¿Qué tal si hoy lo dejamos estar y mañana volvemos a hablarlo? —Su voz suena conciliadora.

¿El qué? ¿De qué están hablando ahora?

—Nada puede cambiar lo que siento, ya lo sabes.

No consigo descifrar a qué se refiere Carla con ese tono de voz. ¿Está hablando de lo que siente por Dominic? Maldita sea. Hasta que

llegamos aquí ayer, creía que su relación estaba muerta y enterrada. Ahora no estoy tan segura.

—Sé que probablemente pienses que solo he venido aquí para hablar de ese asunto, pero…

Ella lo interrumpe a mitad de la frase.

—No deberías estar aquí *en absoluto*, y no me importa lo que piense o diga tu madre; si Natalie te pilla… —El volumen de su voz se intensifica, como si se estuviera acercando a la puerta para echar a Dominic.

Me escabullo de regreso a nuestra habitación. ¿Qué demonios está pasando entre ellos? Por lo que vi ayer, parece que Carla nunca se ha ido del todo. Sin duda, forma parte de esta familia más de lo que yo lo he hecho jamás.

Me hundo en la cama. Después de todo el sufrimiento que pasé con Kyle, conocer a Dominic fue como si me hubiera tocado la lotería, al menos al principio.

Así que voy a luchar por él. Enderezo la espalda. Si Carla cree que voy a darme por vencida, se va a llevar una sorpresa.

Me siento mucho mejor para cuando bajo las escaleras. Me he rizado el pelo, me he maquillado un poco y hasta me he puesto mi vestido nuevo. En cuanto me lo probé en la tienda, supe que tenía que ser mío. Normalmente no soy muy de vestidos, pero este me queda perfecto e incluso hizo que Dominic comentara que resalta el color de mis ojos.

Respiro hondo al llegar al segundo tramo de escaleras. Probablemente, la conversación que acabo de escuchar no signifique nada. Confío en mi marido. Nunca ha hecho nada que me haya hecho desconfiar de él.

De todos modos, es la mañana de Navidad. Tengo que poner buena cara y afrontar el día lo mejor posible.

Ojalá las navidades fueran como antes de que murieran mis padres,

cuando hacíamos guirnaldas de papel y ayudábamos a mamá a hornear pasteles de carne y a esconder monedas en el pudín de Navidad. Aquellos días antes de que mi hermano se descarrilara, después de que nos separaran y nos dieran en acogida. No teníamos nada parecido al lujoso estilo de vida de esta familia, pero al menos en nuestra casa se respiraba el espíritu navideño, una sensación de alegría y un motivo para celebrar.

Los villancicos suenan en la televisión del salón y la casa se llena del aroma a pavo asado y fuego del hogar, pero yo no siento nada verdaderamente navideño. Por lo que se escucha, Roger ha encontrado una misa televisada para ver en el salón.

Las voces de Ann-Marie y Carla resuenan desde la cocina. Pronto iré allí para ofrecerles ayuda con los preparativos de la comida.

Al llegar al final de las escaleras, veo a Dominic, que avanza por el pasillo, justo cuando la puerta de la cocina se cierra tras él.

—Carla ha comentado que te has levantado durante la noche. —Me sonríe mientras me coge de la mano—. Así que he pensado en dejarte dormir esta mañana.

—Gracias, cariño. —Mi voz suena tensa—. Me alegro de haberte encontrado solo, tengo que preguntarte algo.

—Eso suena serio.

—Es solo que antes te he oído en la habitación de Carla.

—Ah, solo eran cosas de negocios —responde enseguida, pero se nota que mi franqueza lo ha tomado por sorpresa.

—¿Cómo que «negocios»? ¿Qué tipo de negocios?

—Perdón por interrumpir —dice Carla, que aparece detrás de él—. ¿Vamos a abrir los regalos o qué?

—Feliz Navidad. —Sophie sale del salón y se dirige hacia mí.

—Gracias, igualmente. —Mientras la abrazo, miro por encima de su hombro—. Feliz Navidad a todos. —Saludo con un gesto de la cabeza a mis suegros y luego a Carla, que ahora está sentada frente al árbol.

—Te estábamos esperando —dice Ann-Marie al pasar junto a mí. Al menos está sonriendo. Sin duda, es un hueso duro de roer y nunca sé muy bien cómo tengo que comportarme frente a ella.

—He traído nuestros regalos y los he puesto con los demás mientras estabas en el baño —dice Dominic.

Me siento en el círculo formado sobre la alfombra, sorprendida al ver seis montones de regalos. Si no esperaban a Carla en Navidad, como se suponía, ¿por qué hay regalos para ella debajo del árbol? La única explicación lógica es que lo tenían planeado desde el principio. Incluso sin la excusa de la nieve, estoy segura de que habrían encontrado otro pretexto.

Ann-Marie coge un regalo.

—¿Quién va a abrir el primero?

Recuerdo del año pasado el ritual de los Elmer de sentarse en círculo y abrir un regalo cada uno, por turnos. Nada que ver con las navidades de mi infancia, cuando mi hermano y yo nos desvivíamos por quitar el envoltorio de nuestros regalos lo más rápido posible.

—Siento no haber comprado nada para vosotros. —Carla cruza las piernas con cuidado, con su vestido escocés que le llega hasta los muslos y medias de lana. Está radiante, fresca y navideña, y entiendo qué fue lo que lo que hizo que Dominic se sintiera atraído por ella.

—Tú primero. —Roger señala a Ann-Marie.

Ella sostiene el regalo que le he comprado; lo sé por el envoltorio, por el que he pagado un extra al dependiente para que lo hiciera por mí. He gastado una pequeña fortuna en los regalos para esta familia, más de lo que suelo gastar en Hayden. En Navidad, nos preocupaba más reunirnos para cenar y tomar unas copas que los regalos caros.

—Oh, es un cuenco. —Suena casi decepcionada mientras lo coloca en la alfombra delante de ella—. Aunque es bonito recibir algo tan, eh, funcional. Gracias, querida.

—Es un cuenco Waterford —le digo, poniendo todo el entusiasmo

que puedo en mi voz—. A juego con tus vasos.

—Me toca. —Roger abre su regalo, que también tiene nuestro envoltorio—. ¡Es una cartera! —exclama.

—Puedes ponerla con todas las demás —dice Ann-Marie, riendo—. Vamos, Natalie, abre uno de los tuyos.

Miro la etiqueta. «Para Natalie, de Ann-Marie y Roger». No hay ninguna dedicatoria, pero es evidente que es su estilo, al menos conmigo. Por lo menos Ann-Marie ha ido a una tienda pensando en mí y tengo curiosidad por saber qué me ha comprado. Rasgo el papel.

—Gracias —digo, colocando el set de artículos de tocador delante de mí—. Son preciosos. —Caramba, no puedo creer que me haya regalado una caja de productos de aseo.

—Te toca, Carla.

Para darle algo de crédito, Carla parece muy incómoda cuando el papel cae y deja al descubierto un colgante de Pandora.

—Eh, bueno, es precioso —exclama, sosteniéndolo y girándolo entre sus dedos para que brille con las luces del árbol de Navidad.

—Pensé en ti en cuanto lo vi. Ahora te toca a ti, Sophie. —Sonríe a su hija justo cuando mi teléfono empieza a sonar.

—Lo siento, tengo que contestar. —Cojo el teléfono de la alfombra delante de mí y me apresuro hacia la puerta. No me importa lo que piensen de mí por salir corriendo. Es Navidad y quiero hablar con mi hermano. Puede que no logre volver a llamarme más tarde.

—Esta es una llamada desde el servicio penitenciario del Reino Unido. Si no desea continuar con la comunicación, cuelgue ahora. Todas las llamadas serán grabadas.

—Hayden —digo mientras subo corriendo las escaleras—. Feliz Navidad. Lo siento, sé que no lo es, pero tengo que decirlo.

—Bueno, en realidad no lo es, aquí es un día como cualquier otro, solo que estamos más atareados de lo habitual.

Algo dentro de mí se encoge ante sus palabras.

—Hubiera dicho que sería lo contrario —respondo—. ¿Crees que por una vez tendrás una cena de Navidad decente?

Él se ríe.

—Debes estar bromeando.

—Lo siento mucho, Hayden. —Cierro la puerta del dormitorio detrás de mí—. De verdad.

—De todos modos, solo me quedan dos años más y luego estaré comiendo pavo contigo de nuevo. Tengo que mirar el lado positivo, ¿no?

—No sabía que lo hubiera, y ya sabes lo mal que me siento porque estés allí, así que no tiene sentido intentar quitarle importancia. —Por muchas veces que tengamos esta conversación, nunca me siento menos culpable.

—Estoy sobreviviendo, en verdad no tengo otra opción.

—En serio, lo que hiciste por mí… —Me hundo en la cama mientras intento imaginarme la cara de mi hermano al otro lado del teléfono. Si la última vez que lo visité sirve de referencia, estará sin afeitar, pálido por la falta de aire fresco y con mucha necesidad de un corte de pelo.

—No hablemos de eso, hermanita, hoy no. No me queda mucho saldo en el teléfono, pero pensé en gastarlo contigo.

—Es un honor —respondo riendo—. No, en serio, me alegro de hablar contigo, las cosas han estado bastante tensas por aquí.

—¿En casa de tus suegros?

—Sí. No ayuda que la exmujer de Dominic esté pasando aquí la Navidad con nosotros por culpa del clima.

—Está bastante feo ahí fuera. Ni siquiera nos han dejado salir a hacer ejercicio hoy. ¿Y tú, lo estás llevando bien?

—La verdad es que no. He intentado ser amable y todo eso, ya me conoces. Pero no está funcionando.

—¿Cómo se llevan ella y Dominic?

—Demasiado bien para mi gusto, pero estoy intentando pasar eso por alto.

—Ya es hora de que conozca a tu nuevo marido, ¿no crees? Aunque no puede ser peor que el último tipo con el que estuviste. —Hay un tono amargo en sus palabras.

—Él aún no conoce toda la historia, Hayden.

—¿A qué te refieres?

—Sobre lo que pasó.

—Pero ha visto el artículo, ¿no?

—Todo el mundo ha visto ese maldito artículo. Pero mira, sí, hablaré con él sobre visitarte juntos la próxima vez que vaya; es que ha vivido bastante entre algodones. —Me viene a la mente la imagen de Dominic siendo escaneado y cacheado por los guardias de seguridad—. No me lo imagino sometiéndose a todo el rollo de seguridad del centro de visitantes.

—Maldita sea, acaba de sonar. Tengo aún menos tiempo del que pensaba. Te llamaré después del sábado que viene, cuando…

Pero se corta antes de que termine la frase. Ojalá las cosas fueran diferentes y pudiera pasar las fiestas con él, en lugar de saber que está encerrado entre las paredes de hormigón de su diminuta celda el maldito día de Navidad. Otra vez.

Todo por mi culpa.

15

Me hicieron pasar por fría, desalmada y capaz de inventarme una historia de violencia doméstica para salvarle el pellejo a mi hermano tras la muerte de Kyle. Pero nunca, jamás, olvidaré lo que Hayden hizo por mí y me siento abrumada por la culpa cada vez que me permito pensar en ello durante demasiado tiempo.

Después de que lo enviaran a prisión, las teorías y especulaciones alcanzaron su punto álgido en las redes sociales. Algunos de los comentarios quedarán grabados en mi memoria para siempre.

«Siempre supe que había algo frío y calculador en ella. Se le nota en los ojos».

«Pobre hombre. Qué final tan horrible. Ni siquiera le concedieron la dignidad de un entierro digno».

«Debería haber muerto ella, no un buen hombre como él. ¿Por qué demonios sigue libre?».

«¿De verdad queremos a gente como ella viviendo entre nosotros?».

Dominic ya sabía quién era yo cuando respondió a una publicación que hice en Facebook en el grupo de un pueblo cercano en busca de un agente inmobiliario, ya que necesitaba un nuevo lugar para vivir. Estaba lo bastante cerca de mi antigua casa como para no sentirme completamente desubicada, pero a la vez lo bastante lejos como para empezar de cero, lejos de las miradas acusadoras y de los dedos que me señalaban. Ya había tenido suficiente.

—Probablemente me reconozcas de los periódicos —le dije cuando me preguntó si nos conocíamos de algún sitio.

—Sí —respondió—, pero no tiene nada que ver con que estés buscando casa por aquí.

—Entonces, ¿no quieres que me largue?

—Estoy aquí para enseñarte la casa, eso es todo. —Me dio la espalda mientras caminábamos hacia la puerta, haciendo sonar las llaves. Quizá no quería mirarme, dada mi condena. O tal vez solo quería transmitir su indiferencia ante la situación.

—¿Inmobiliaria Elmer es tu empresa? —Lo seguí al interior de la casa adosada que fervientemente esperaba que pronto se convirtiera en mi hogar.

—No, pero algún día lo será. —Su pecho se hinchó de orgullo al decirlo y recuerdo haber pensado lo maravilloso que debía ser sentirse así—. Ahora mismo solo me estoy haciendo cargo del negocio de mis padres mientras están de viaje.

La casa estaba vacía, era una zona nueva y me resultaba más que conveniente. Incluso si la oportunidad hubiera sido tan solo la mitad de buena, la habría querido igualmente.

—Me la quedo. —Dejé de mirar por la ventana del salón y me volví hacia él—. ¿Cuándo puedo mudarme?

—Bueno, mis padres no suelen permitir que los inquilinos se muden enseguida —respondió—. No hasta que se completen todas las comprobaciones… —Sonaba indeciso, pero al menos no me estaba diciendo que no había ninguna posibilidad, como habían hecho otros potenciales propietarios.

—Ya conoces mi historia, así que sabes que no voy a pasar ninguna comprobación de antecedentes penales, pero, como te dije por teléfono, estoy dispuesta a pagar los seis primeros meses por adelantado. —Intuí que sería más fácil convencerlo a él que a sus padres, así que no iba a rendirme hasta que aceptara alquilarme el piso.

Habría agotado todos mis ahorros, pero tenía que alejarme de mi antiguo hogar. En los meses posteriores a la sentencia, me habían arrojado un ladrillo por la ventana, pintado la puerta de rojo y dejado mensajes violentos en el buzón. Como Kyle era maestro de primaria,

era muy conocido y querido en el pequeño pueblo donde enseñaba y ambos vivíamos, por lo que las horribles represalias hacia mí eran inevitables.

—Probablemente debería esperar a que mis padres tomen esa decisión. —Dominic seguía pareciendo indeciso—. Al fin y al cabo, no quiero que piensen que su empresa no estará en buenas manos cuando quede bajo mi responsabilidad. Pero hablaré bien de ti cuando vuelvan, te lo prometo.

—De verdad que necesito mudarme ya, con urgencia. —Le dirigí mi mirada más suplicante.

Habían pasado casi dos años desde la muerte de Kyle y nada había mejorado. Los fantasmas de la casa en la que habíamos vivido juntos me perseguían día y noche y yo vivía en estado de alerta, temiendo las represalias de la gente del pueblo.

Dominic me miró como nadie lo había hecho en mucho tiempo, como si de verdad me estuviera viendo.

—No sabes cuánto me ayudarías —insistí.

—Bueno, seguro que lo pagaré caro, pero supongo que, una vez que estés instalada aquí, ya no hay vuelta atrás, ¿verdad? No podrán hacer mucho al respecto.

—Hasta te daría un beso —declaré, y luego me sonrojé por lo que acababa de decirle a ese hombre atractivo y bien vestido que, a juzgar por el brillo de sus zapatos y el afectado acento aristocrático de sus palabras, era de una clase muy diferente a la mía, sobre todo teniendo en cuenta mis circunstancias.

—¿Qué tal si me invitas a una copa en agradecimiento? —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras esperaba mi respuesta.

—¿En serio? —No podía creer lo que estaba oyendo. En cuestión de minutos, había conseguido un nuevo lugar donde vivir y, al parecer, una cita.

—Sé lo que es que todo el mundo hable de ti —respondió—. Estoy

pasando por un divorcio bastante amargo en este momento. Para ser sincero, salir a tomar algo me vendría muy bien para distraerme.

Bien vestido, guapo y soltero. Vaya, las cosas estaban mejorando a lo grande.

Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, Dominic quizá ni se habría fijado en mí, pero, según él, vio algo en mí que nunca había visto en nadie más. Algo que le intrigaba. Así que se podría decir que los dos estábamos en el lugar correcto en el momento adecuado.

Dejé a un lado todas mis dudas sobre empezar una nueva relación. Después de mi horrible experiencia con Kyle, había jurado no volver a salir con hombres nunca más, pero desde la primera vez que fuimos a tomar un trago, quedó claro que Dominic estaba tan interesado en mí como yo en él. También albergaba la esperanza de que el hecho de estar juntos evitara que sus padres me sometieran a sus habituales controles de seguridad como nueva inquilina. Quizá confiaran en el criterio de su hijo. Pero no tuve esa suerte.

—Lo siento, pero a mi madre se le ha metido esto entre ceja y ceja —me dijo Dominic una tarde en la que fue a verme después del trabajo, apenas tres semanas después de que me mudara—. Está investigándote más de lo normal.

—¿Así que ya ha hecho *todas* las comprobaciones? —Ni siquiera había conocido a la mujer en persona, pero supe en ese momento que tendría que esforzarme más que nunca en ganármela cuando finalmente nos encontráramos.

—Insistió en hacerlo. La culpa es mía, en realidad. —Se subió los pantalones antes de sentarse en mi sofá nuevo—. En cuanto le dije que lo dejara, se puso a buscar información como loca, empezando por las redes sociales.

—Maldita sea. He intentado que eliminen algunos de esos comentarios odiosos, pero la mayoría siguen ahí, a la vista de todo el

mundo. Incluidos tus padres. —Me había partido el corazón leer todo eso, especialmente los comentarios sobre mi hermano. La sola idea de que los padres de mi nuevo novio los leyeran incluso antes de conocerme en persona me parecía horrible.

—No creo que a mi padre le importe demasiado. Él solo hace lo que le dicen.

—¿Querrán que me vaya de aquí? —Hice un gesto con los brazos para abarcar el salón. Había comprado cuadros y cojines nuevos para mi tan ansiado nuevo comienzo.

—Ya estás aquí, así que es demasiado tarde para que hagan nada al respecto hasta que se termine el contrato. —Me cogió la mano, lo que me tranquilizó.

Al menos eso era cierto. A los ojos de la ley, había pagado el dinero que correspondía y tenía un contrato de alquiler.

Y, para cuando ese tiempo terminó, Dominic ya se había mudado conmigo y habíamos empezado a planear nuestro futuro.

Cuando su madre comenzó a insistir en que había que cambiar el techo de la casa que yo alquilaba, Dominic me pidió que me mudara con él. Y nunca me he arrepentido de eso.

Hasta ahora.

Nunca supe exactamente a qué se refería Dominic cuando me dijo: «Sé lo que es que todo el mundo hable de ti». Guardaba todos sus documentos privados bajo llave en su maletín y siempre parecía más interesado en que habláramos de mí en cuanto nuestras conversaciones se desviaban hacia temas del pasado.

Ni siquiera seguir a Carla en las redes sociales me ayudó a entender nada. Me moría por saber por qué se habían separado. Lo que yo quería era comprender; necesitaba saber para no cometer los mismos errores, fueran cuales fuesen.

Dominic me había explicado que se habían separado «por diferencias económicas», pero la forma en que siempre cerraba la

boca cuando salía el tema de los ex y las relaciones anteriores me hacía sospechar que había una razón mucho más profunda de lo que dejaba entrever.

Y tengo la sensación de que estas navidades voy a conocer la historia completa.

16

—¿Puedo pasar? —pregunta Sophie con voz alegre desde el rellano.

—Claro que sí.

—¿Era una llamada importante? Nunca te había visto moverte tan rápido. —Se ríe mientras cierra la puerta detrás de ella.

—Era mi hermano. —Mi voz se apaga al imaginarlo con el uniforme de la cárcel—. Cuanto más tiempo pasa allí, más difícil se hace. Siempre pensé que sería al revés.

—Tu hermano el que…

—Ese es el único hermano que tengo. —Mi voz es brusca, pero todavía estoy conmocionada por la breve conversación que acabo de tener con él.

—Ah, claro, lo siento, no quería entrometerme.

—No pasa nada. Estoy bien. Es solo que… es duro, ¿sabes? En fin —intento cargar mi voz de un entusiasmo que realmente no siento—, habría sido mucho mucho más duro si tú no hubieras estado aquí estas navidades.

—Bueno, estoy aquí. Y te apoyo, no lo olvides.

—¿Qué opinas de lo del regalo de Carla?

—¿A qué te refieres?

—Quizá sea cosa mía, pero creo que esta situación estaba planeada desde el principio.

—¿Te refieres a que Carla pasara las navidades con nosotros?

—Sí, tu madre ya tenía regalos para Carla debajo del árbol. Debía estar esperándola.

—Quizá tenga algo que ver con cuando vi a mamá salir de la oficina de Carla. Si la han invitado aquí, solo será para ganársela. Al final, lo que quieren es que compre más acciones de su empresa, ¿no?

Esto es nuevo para mí. Dominic ha omitido esta parte, pero no voy

a revelarle a Sophie lo mucho o lo poco que sé. Solo quiero averiguar qué sabe ella.

—Deben estar más desesperados de lo que pensaba para poner toda su fe en que la exmujer de su hijo los saque del apuro.

—Sabes lo que pagan de impuestos, ¿verdad?

—Sé que es bastante, pero Dominic evita los detalles cuando hablamos de eso.

—Es un número de siete cifras. —Hace un mohín de disgusto.

Respiro hondo mientras recorro la habitación con la mirada y la detengo en el óleo de la pared del fondo. No estaba al tanto de que fuera esa cantidad. Quizá, si vendieran algunas de las obras de arte que han coleccionado, podrían reunir lo que les falta, pero es obvio que no puedo decirle eso a Sophie.

—¿Cuándo tienen que ir al juzgado por ese otro asunto?

—¿Qué otro asunto? —Me dirige una mirada que parece ser de recelo.

—Dominic me contó lo de la caldera averiada de una de las casas que alquilan.

—¿Sí? ¿Te contó *toda* la historia?

—Sé que el inquilino murió allí. ¿Por qué? ¿Hay algo más? —Mi mente vuelve al comentario que Ann-Marie hizo anoche sobre sus «problemas de negocios». Solo ella podría restarle importancia a lo ocurrido de esa manera.

Sophie traga saliva.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por supuesto. Ahora soy parte de esta familia, ¿no?

—Muy bien, escucha. Esta es la otra razón por la que le están dorando la píldora a Carla. Se supone que su firma va a representarlos.

—Eso sí que no lo sabía, Dominic no me lo ha contado. —Mis hombros se hunden de decepción, pero también de alivio. Decepción

porque no me lo había contado todo y alivio porque al menos ahora sé de qué iban todos esos cuchicheos. También confirma por qué están tan interesados en ganarse el favor de Carla.

Sabía que Ann-Marie y Roger tendrían que enfrentar unos gastos legales descomunales, además de pagar una indemnización a la familia del inquilino fallecido, pero no tenía ni idea de que Carla estaba tan involucrada en el asunto.

—Sin embargo, se rumorea —continúa Sophie, sentándose a mi lado en la cama— que la empresa de Carla no ha sido tan eficiente en el caso de mamá y papá como se esperaría de su reputación. El caso por negligencia se ha prolongado durante más de dos años.

Ya he buscado en Google el bufete de abogados que Carla y su hermano fundaron hace una década. Desde entonces, se ha convertido en una de las firmas más importantes del norte del país.

—¿A qué te refieres?

—Cartas perdidas, cartas retrasadas, montones de malentendidos, ese tipo de cosas.

—Pero lo de los impuestos es más reciente, ¿no?

Ella asiente.

—Sí, eso ha salido a la luz este año.

—¿Crees que tus padres podrían perder The Elms?

—Todo apunta a que sí. Pero Carla tiene recursos de sobra para sacarlos del aprieto si logran mantenerla de su lado.

Vuelvo a mirar alrededor de la habitación, deteniéndome en las vigas y los hermosos muebles rústicos. La luz reflejada por la nieve baña la habitación de un suave resplandor. Al parecer, la casa ha pertenecido a su familia durante varias generaciones. El riesgo de perderla debe partirle el alma a Ann-Marie. De todas formas, debe costar una fortuna mantenerla. Dos personas no necesitan todo esto.

—¿Y si no pueden? Mantenerla de su lado, quiero decir.

—Oh, lo harán, también la tienen pillada con algo.

—¿Como qué?

—Todo esto es un lío apestoso y tóxico. —Sophie mira por la ventana—. Como siempre con mi familia.

Es la primera vez que oigo a Sophie hablar así.

—¿Y cómo estás tú, a todo esto? —le pregunto—. Tienes mucho con lo que lidiar. Y anoche oí a tu padre criticarte por lo de tu negocio. No debe ser fácil para ti.

—Ah, eso. —Su rostro se ensombrece aún más—. Sí, nunca pierde la oportunidad de echármelo en cara —responde—. Para ser sincera, creo que ni se habrían dado cuenta si ayer no hubiera venido.

—No, eso no es cierto.

—Sí, lo es. Si fuera alguien importante, como Carla, quizá me prestaran más atención.

—Bueno, yo tampoco soy ningún pez gordo, me gano la vida pintando uñas. Entonces, ¿con qué tienen pillada a Carla?

—Mira, lo siento, probablemente ya he contado demasiado. —Se levanta de la cama, con aire de estar ansiosa por marcharse.

—Como te he dicho, puedes confiar en mí.

—Es un problema de mis padres. Para ser sincera, solo quiero mantenerme al margen. Me he pasado la vida cuidando de mí misma, sin meterme en sus asuntos, y no hay razón para que eso cambie ahora.

Le sonrío con amabilidad mientras sale de la habitación. Sin duda, es una familia con unos cuantos problemas que no parecen querer discutir delante de mí. Poco a poco, voy encajando las piezas y, al final, tendré toda la historia.

No cabe duda de que hay un enorme paralelismo entre mis suegros y yo, y quizá por eso me evitan tanto: mi historia quizá refleje de alguna manera lo que ellos están pasando. Tras la negligencia de su empresa, no soy la única que tiene una muerte en su haber.

Pero todavía tengo muchas preguntas dando vueltas en mi cabeza.

¿Por qué se separaron Dominic y Carla? ¿Ella quiere volver con él, y por eso sigue rondándolo? ¿Y por qué motivo la familia la tiene entre la espada y la pared? Claramente, debe ser algo lo bastante importante como para que haya aceptado pasar la Navidad con su exmarido y sus suegros, en lugar de con su propia familia. Sin duda, Carla habría venido aquí esta Navidad fuera como fuese; la nieve solo le ha proporcionado la excusa perfecta.

17

Me recuesto en la cama, pensando qué hacer a continuación. Debería bajar, pero no me apetece nada tener que fingir una sonrisa de agradecimiento cuando abra el resto de mis regalos. Solo quiero estar a solas un rato. Además, después de lo mal que dormí anoche, una ola de agotamiento invade mi cuerpo. Quizá cierre los ojos tan solo diez minutos. Nadie se dará cuenta de que me he ido. El único problema es que, cada vez que mi subconsciente toma el control, me invaden visiones y recuerdos que preferiría dejar en el pasado.

Desde que recuerdo, mi hermano me ha estado rogando que deje a Kyle, llegando incluso a pagar la fianza de un piso para que pudiera mudarme y alejarme de él. Pero, como una idiota, volví con él de todas maneras.

—Le prometí a mamá que te cuidaría —me recordaba Hayden una y otra vez—, pero ¿cómo voy a hacerlo si estás con ese maníaco?

Kyle tenía un lado bueno, aunque, con el paso del tiempo, me lo mostraba cada vez menos. Tras conocernos en el gimnasio, fuimos casi felices durante una temporada; quizá un poco dependientes el uno del otro, pero, en mi ingenuidad, pensaba que el hecho de que no necesitáramos a nadie más era muy romántico. Y me gustaba que él quisiera tomar el control de las cosas. Después de perder a mis padres a tan temprana edad y pasar mi adolescencia en hogares de acogida, me hacía sentir bien tener a alguien que no solo quisiera estar conmigo, sino también cuidar de mí.

Pero Kyle y la otra persona más importante de mi vida, Hayden, se detestaban. Cuando Hayden venía de visita, Kyle se quedaba en la otra habitación o abría la puerta y le decía que yo no estaba en casa.

—Mientras estés con *él*, no puedo volver a tu casa —terminó por

admitir Hayden—. Es un cabrón en toda regla y no soporto cómo te trata. No puedo seguir aguantándolo.

—Es que prefiere tenerme solo para él —le expliqué—. No tiene hermanos, así que no entiende lo unidos que estamos tú y yo.

—Ese es su problema.

—Solo está celoso, eso es todo.

—Celoso de tu hermano. —Hayden negó con la cabeza—. ¿Y tú estás dispuesta a aceptarlo, es eso lo que me estás diciendo?

Kyle se salió con la suya durante un tiempo y Hayden, fiel a su palabra, se retiró. Al principio, acordamos que yo lo visitaría o que quedaríamos para almorzar o tomar un café. Pero Kyle se volvió aún más controlador y cada vez me era más difícil salir de casa sin ser sometida a un interrogatorio. Activó la función de rastreo de teléfono desde su iPhone, así que yo comencé a apagar el mío cuando salía durante el día, pero eso terminaba por causarme un montón de problemas. Él mismo ponía a cargar mi móvil durante la noche para que no pudiera usar la excusa de que se había quedado sin batería.

Terminamos encerrados en un círculo vicioso de peleas y reconciliaciones, en el que él me acusaba y yo me resignaba o intentaba apaciguarlo, hasta que, al final, mi autoestima estaba tan deteriorada que pensé que nunca podría recuperarme. Me aferraba a su lado más amable, aquel que me había enseñado al principio y todavía mostraba de vez en cuando. Pero solo de vez en cuando.

«¿Te has mirado al espejo últimamente?» era uno de sus insultos más frecuentes. «¿Has visto en qué estado estás?».

Mis lágrimas parecían alimentar su sensación de poder.

Nunca nos casamos; él no creía en todo eso, pero deseaba desesperadamente tener hijos.

—Será igual que yo —dijo durante uno de sus episodios «amables», una noche que salimos a cenar—. Siempre he querido tener un hijo, alguien a quien llevar a todas partes y que lleve mi apellido.

—¿Y si es niña? —Pensé que era mejor seguirle la corriente, aunque no tenía ninguna intención de quedarme embarazada de él.

—Entonces sería cosa tuya y seguiríamos intentándolo hasta poder tener a *mi* niño.

Mes tras mes, eso no sucedía, lo cual se convirtió en uno de los detonantes de su mal genio. Pero ¿cómo iba a traer un niño al infierno en el que vivía? Por eso seguí tomando en secreto la píldora anticonceptiva. Hasta que un día, mientras estaba ocupada preparando la cena, Kyle, sin que yo lo supiera, revolvió entre mis cosas, como solía hacer, y encontró la tira de aluminio de mis píldoras, que había escondido en el forro de mi bolso.

—¿Qué demonios es esto? —me espetó Kyle, lazándome las píldoras a la cara mientras yo cortaba verduras. Había oído en alguna parte que, cuando tu pareja se comporta de forma amenazante, es mejor alejarse de la cocina, lejos de peligros como cuchillos y agua hirviendo, pero ya era demasiado tarde para salir de ahí.

—Debe… debe ser un blíster viejo —balbuceé mientras me alejaba de él. Llevábamos un par de días bien, lo que me había hecho sentir una falsa sensación de seguridad. ¿Cómo había podido dejar mi bolso sin vigilancia?

Sin embargo, echaba terriblemente de menos a mi hermano y el no verlo tanto me estaba haciendo abrir los ojos respecto a Kyle. Sabía que tenía que dejarlo, pero, como me había advertido tantas veces, fuera donde fuera, él siempre vendría a buscarme, otra razón por la que me quedé tanto tiempo. Tampoco tenía dinero para irme y no me atrevía a pedírselo a mi hermano otra vez, aunque estoy segura de que me habría ayudado si me hubiera tragado mi orgullo. Kyle insistía en que el dinero que ganaba haciendo la manicura se depositara en nuestra cuenta conjunta, así que la única forma de ahorrar un poco para mi libertad era que me pagaran en efectivo. Nunca lo descubrió.

Sostuvo la tira de píldoras a contraluz y leyó la fecha de caducidad: faltaban dos años.

—Mentirosa. —Me tomó del hombro para girarme y que lo mirara de frente, y me gritó en la cara—: *Un paquete viejo*. Inténtalo de nuevo, ¡anda!

—Por favor, Kyle —le supliqué, tratando de retroceder, pero ya estaba contra la encimera—. Tienes que creerme. De verdad que llevan ahí mucho tiempo.

—Si eres capaz de mentirme tan descaradamente sobre algo tan importante para mí —gritó—, ¿qué más me estás ocultando?

—Nada. —Intenté esquivarlo, pero me siguió.

—¿Por qué no quieres tener un hijo conmigo? Eso es lo que quiero saber.

Todos sus colegas del colegio estaban teniendo hijos y yo sabía que él estaba deseando tomarse un buen periodo de baja por paternidad, sobre todo porque nos permitirían dividir el tiempo entre los dos. Las madres de su colegio le decían en las reuniones que sería un padre maravilloso y, obviamente, eso se le había subido a la cabeza.

—Es… solo que no creo que sea el momento adecuado. —Me encogí todo lo que es posible hacerlo cuando se tiene la espalda contra la encimera de la cocina.

—Entonces tenía razón, ¿no, vaca mentirosa? Y todavía te preguntas por qué no puedo confiar en ti fuera de casa, si ni siquiera puedo hacerlo dentro. Debería buscar a otra, Natalie, alguien que me dé lo que quiero.

—Sí, quizá deberías. —Mi voz era débil, pero lo bastante firme como para enfurecerlo aún más.

—¿Es eso lo que quieres? —Me agarró por el cuello y me inclinó hacia atrás sobre la encimera. Entonces empezó a apretar.

—Suéltame. Por favor, suéltame.

Mientras me ahogaba con sus manos, busqué a tientas a mi

alrededor hasta que mi mano encontró lo único que podía ayudarme en ese momento: el cuchillo que había estado usando para cortar las verduras.

Cuando se lo clavé en el omoplato, lanzó un alarido de dolor. Pero al menos me soltó el cuello. La sangre comenzó a brotar en cuanto saqué el cuchillo de su carne, sin poder creer lo que había hecho. Pero volvió a abalanzarse sobre mí, y entonces fui yo quien gritó al clavarle el cuchillo en la espalda por segunda vez. Más sangre me salpicó y, aunque sabía que ya no tenía salida, comprendí que no podía arriesgarme a que se levantara de nuevo. Ni en ese momento quería que lo hiciera.

Cuando cayó al suelo a cuatro patas, aullando de dolor, perdí el control por completo. Volví a arrancarle el cuchillo de la carne antes de apuñalarlo por tercera vez, gruñendo por el esfuerzo, y luego una y otra y otra vez, hasta quedar exhausta.

Recubierta de su sangre, de repente tomé conciencia de lo que estaba haciendo y retrocedí tambaleándome, horrorizada. Se encontraba tumbado bocabajo en el suelo, con la camisa blanca que había planchado el día anterior perforada por al menos una docena de puñaladas. Me acerqué a él a gatas, estremeciéndome ante el roce de su piel, mientras le buscaba el pulso. En retrospectiva, no sé por qué sentí la necesidad de comprobarlo: nadie habría podido sobrevivir a lo que acababa de infligirle.

Tal como esperaba, no tenía pulso. Mientras lloraba de pánico, lo único que se me ocurrió fue llamar a mi hermano.

Hayden vomitó en el fregadero al ver a Kyle tirado en el suelo: el cuchillo todavía estaba enterrado en su espalda y había sangre por todas partes.

—¿Qué demonios has hecho, Natalie? —susurró finalmente.

—Él… Él iba a estrangularme —respondí mientras me desplomaba en el suelo junto al cuerpo de Kyle—. Fue en defensa propia.

—Pero ¿cuántas veces le has apuñalado?

Tosió y se giró hacia el fregadero, invadido por más arcadas.

Cuando recuperó la compostura, levantó la cabeza y dijo:

—Dios mío, Natalie. Está la legítima defensa y está…

Nunca llegó a decir la palabra *«asesinato»*, pero pude entender a qué se refería.

18

—Todos esos meses de acoso —le expliqué a Hayden— y sus constantes abusos pasaron por mi mente como en una película: fue como si entrara en una especie de trance. Una vez que cogí el cuchillo, no pude detenerme.

—¿Has estado bebiendo? —Llenó un vaso con agua y volvió a mirar a Kyle—. Dios mío, Natalie. ¿Qué demonios vamos a hacer?

—No lo sé. Lo siento, lo siento muchísimo, Hayden, no podía soportarlo más. —Evitando mirar a Kyle, fijé la mirada en Hayden, que se limpiaba la boca.

—El problema es que le has apuñalado demasiadas veces. —Observó el cuerpo de Kyle y entrecerró los ojos—. ¿Cómo vamos a argumentar que fue en defensa propia?

—¿*Vamos*? —pregunté. Había utilizado esa palabra dos veces. Iba a ayudarme, realmente iba a ayudarme.

—Bueno, no voy a dejar que te enfrentes a esto sola, ¿verdad? —Se sentó a mi lado y me alcanzó el agua—. Sigues siendo mi hermanita.

—¿Incluso después de lo que he hecho? —Señalé a Kyle, aún convencida de que me despertaría en cualquier momento, empapada en sudor frío por la pesadilla que acababa de tener.

Pero no, aquello era real.

—Si Kyle hubiera sido un buen tipo, si hubiera habido algún rastro de bondad en él, me sentiría diferente, pero después de lo que he visto…

Entonces me di de bruces con la realidad: no debería haber involucrado a mi hermano.

—Lo siento mucho, Hayden, no tendría que haberte llamado, esto es culpa mía…

—Voy a ayudarte, por supuesto que lo haré.

—Deberías marcharte ya, Hayden. Todo esto es problema mío, yo lo he causado y no puedo involucrarte.

No parecía estar escuchándome.

—Si no se nos ocurre algo rápido, acabarás con cadena perpetua por esto. Mira el estado en el que está.

De repente, tomé conciencia de lo que había hecho. Ni siquiera había pensado en la cárcel. No había pensado en nada.

—No duraría ni cinco minutos en la cárcel. —Mi respiración se tornó aún más rápida que antes—. Recuerda cómo eran las cosas en el hogar de menores en el que estuvimos. Si no hubiera sido por ti, me habrían hecho picadillo. —De pronto, el gran retrato del día de la graduación de Kyle, colgado sobre la mesa de la cocina, atrajo mi mirada—. Su reputación de superhéroe tampoco me va a ayudar, ¿verdad? Ya me imagino los titulares: «Mujer depravada con antecedentes en hogares de acogida apuñala brutalmente a un maestro de primaria, pilar de la comunidad».

—Es probable que tengas razón —dijo él.

—Pero la cárcel es lo menos que me merezco, ¿no? —Miré el resultado de mis actos—. Mira lo que he hecho, no es de extrañar que me odiara tanto. Merezco que me encierren para siempre, merezco pudrirme en el infierno, yo…

—Natalie. —Hayden me cogió por los hombros con ambas manos—. Contrólate, por el amor de Dios. Vamos a resolverlo, ¿de acuerdo? Tú y yo, juntos, como siempre. Ahora estoy aquí, ¿no? Así que, me guste o no, estoy metido en esto.

—¿Cómo vamos a resolverlo? En cuanto la policía lo vea, se acabó. Seré historia.

Hayden se puso de pie y se quedó pensativo por un momento.

—Déjame pensar.

—No veo qué otra cosa puedo hacer, más que entregarme.

—Bien, vamos a sacarlo de aquí —dijo Hayden después de un

instante—. Eso es lo que vamos a hacer.

—Pero ¿cómo? No podemos…

—Hay un terreno baldío, justo en el límite de Danefield Park: está cubierto de maleza y nunca hay nadie ahí.

—¿Y cómo es que *tú* sabes eso?

—Mi perro se perdió allí una vez. En fin, hay un tramo con setos muy espesos por los que podremos pasarlo. Lo rodearemos con troncos y cosas así y lo dejaremos pudrirse allí.

—Así, sin más. —En mi estado de delirio, sentí una chispa de esperanza ante la propuesta de mi hermano. Quizá era posible evitar que me descubrieran y me enviaran a la cárcel.

—Es el mejor plan que se me ocurre. El único, de hecho.

—Pero suponiendo que, por algún milagro, logremos llevarlo allí sin que nadie nos vea, ¿qué le diremos a la gente? Su trabajo, su…

—Que se ha ido a algún sitio y no sabemos dónde está. Sucede todo el tiempo. La gente desaparece, se va por su cuenta, ¿no? La policía tiene archivos llenos de casos así.

—Lo haces parecer tan fácil. No creo que podamos…

—Lo más difícil será meterlo en el maletero de mi coche sin que nos vean y luego… —Miró a su alrededor—. Limpiar muy bien todo esto antes de denunciar su desaparición en un par de días. Tendremos que desinfectar el lugar a fondo, hasta el último rincón, y también el coche. Además —señaló sus rodillas ensangrentadas y luego, a mí—, tendremos que quemar la ropa que llevamos puesta y todo lo que usemos para limpiar.

Con la ayuda de mi hermano, empecé a creer que podríamos lograrlo. Hayden se pegó a mí como una lapa durante los días siguientes a la «desaparición» de Kyle. Intentamos borrar nuestras huellas durante un día o dos, enviando y recibiendo mensajes de texto desde su teléfono en diferentes lugares y utilizando su tarjeta bancaria. Luego, delante de la familia de Kyle, la policía y los medios

de comunicación, intenté actuar como alguien cuya pareja había desaparecido, pero al cuarto día encontraron su cuerpo.

Como probablemente siempre supe que pasaría. La gente no se sale con la suya cuando comete un asesinato.

Sobre todo la gente como yo.

La culpa me atormentaba y las pesadillas eran implacables. Cada noche me despertaba empapada en sudor frío tras revivir lo que había pasado.

«¡Suéltame! Por favor, suéltame».

«Iba a estrangularme».

«Fue en defensa propia».

«No pude detenerme».

«Lo siento. Lo siento muchísimo».

—Natalie, ¿qué pasa? ¿A qué vienen esos gritos? —El fuerte apretón que sacude mi hombro me obliga a volver en mí y entrecierro los ojos contra la luz para mirar a Dominic, cuya silueta se recorta contra la ventana que tiene detrás.

Me sobresalto al despertar.

—¿Eh? Debo haberme quedado dormida. —Siento el corazón martilleándome con fuerza en el pecho mientras recupero la conciencia y me doy cuenta de que estoy aquí, ahora, y no allí.

—Estás empapada. —Me mira y luego aparta la vista.

—¿Qué he gritado?

Dominic se levanta de la cama, dándome la espalda.

—Será mejor que te des una ducha. Te espero abajo.

—Pero ¿qué he dicho?

Ese es el problema. ¿Qué demonios he dicho?

19

—¿Natalie? —Sophie me llama desde el pie de la escalera—. ¿Estás bien? La cena estará lista en un momento.

Me froto el pelo con una toalla, sabiendo que tarde o temprano tendré que bajar a dar la cara. Si Dominic hubiera sacado algo en claro de mis gritos en sueños, seguro que alguien ya habría subido para echarme de aquí. No creo que Sophie quisiera venir a ver cómo estoy si supiera de lo que fui capaz.

—¿Natalie? —Su voz se acerca. Debe estar subiendo.

Su preocupación me hace saltar lágrimas de emoción. Me levanto de la cama y arrastro los pies hacia la puerta.

—Bajo en un momento —grito en dirección al rellano—. Acabo de salir de la ducha.

—Bien, antes de empezar a comer, quiero deciros algo.

—Allá vamos. —Sophie me da un codazo.

—Ya ha habido suficientes riñas y susurros en los rincones desde que llegasteis ayer. —Roger frota el cuchillo de trinchar contra el tenedor de servir mientras preside la mesa, frente al pavo—. Sé que esto no es convencional —me mira a mí y luego a Carla, que está al otro lado de la mesa—, pero intentemos sacar lo mejor de la situación y disfrutar de una comida de Navidad civilizada, ¿de acuerdo?

—Yo no he estado peleando ni susurrando en los rincones. —La voz de Sophie tiene un deje de indignación al mirar a su padre.

Mis ojos se encuentran con los de Dominic y él me sostiene la mirada durante un instante. Me encantaría saber con certeza qué he gritado antes, pero probablemente no tendremos oportunidad de volver a hablar hasta más tarde.

Si la gente pudiera comprender la miseria en la que vivía y la

amenaza a la que estaba sometida constantemente, no creo que me juzgaran con tanta dureza como lo han hecho hasta ahora.

—Adelante, servíos —dice Ann-Marie, señalando los cuencos que hay en el centro de la mesa—. ¿Queréis champán con la comida?

Soy la primera en extender mi copa. Esta comida tan *civilizada* será mucho más llevadera si consigo meter en mi cuerpo todo el alcohol posible.

—Por la familia. —Roger levanta su copa—. Por muy poco convencionales que seamos. Que siempre permanezcamos unidos y sepamos proteger nuestros secretos. —Le guiña un ojo a Carla.

Presto atención a su reacción; ella desvía la mirada hacia el otro lado, en dirección a Dominic.

—Me acuerdo, Dom —dice Carla mientras se sirve zanahorias—, de aquella vez que quemaste tanto las zanahorias que tuvimos que tirar la sartén.

Ann-Marie se ríe.

—Cocinar nunca ha sido tu fuerte, ¿verdad, cariño?

Carla me mira por encima de la vela encendida que hay entre nosotras.

—¿Me pasas la sal, por favor?

Pincho un trozo de brócoli con ímpetu.

—Tienes que esperar a que hayamos dado las gracias. —Ann-Marie me mira con el ceño fruncido.

Ahí está ella, en libertad bajo fianza, esperando a que la juzguen por *homicidio involuntario*, creyendo que es perfectamente aceptable mirarme con desprecio por no dar las gracias antes de comer. Ayer intenté mantener una actitud positiva sobre estar aquí, pero hoy se ha esfumado del todo.

Al menos yo tenía una buena razón para lo que le hice a Kyle. Pero en su caso simplemente ha sido descuidada, egoísta y negligente.

—Quizá te gustaría dar las gracias por todos nosotros, Natalie.

—Eh..., no creo. No soy muy de esas cosas.

—Claro que no —responde Roger—. Carla, ¿quieres hacer los honores, por favor?

Mientras me pregunto qué demonios ha querido decir Roger con eso, Carla deja su copa junto al plato.

—Bendícenos, Señor, y bendice estos alimentos que por tu bondad vamos a recibir.

—Amén —dicen todos al unísono. Todos menos yo.

La cena es insoportable. Apenas pruebo bocado mientras Sophie hace todo lo posible por animar la conversación.

—Bueno, ¿qué hacemos esta noche? —pregunta—. ¿Una velada de juegos, como es nuestra tradición?

Dominic pone cara de disgusto.

—Prefiero que veamos una película o algo así. ¿Qué os parece a los demás?

—Por mí, perfecto —digo.

Y es verdad. Puedo sentarme en la oscuridad y compadecerme de mí misma. Lo único que me haría sentir mejor en este momento es la confianza y el apoyo de mi marido.

—Esto está delicioso, mamá —dice Sophie.

—Sí, de verdad —comento mientras como las verduras con desgana. No sería tan terrible si al menos hubiera algo de música para tapar el silencio incómodo cuando nadie habla.

—Estás comiendo como un pajarito —comenta Ann-Marie—. ¿Quieres un poco más de pavo?

—No, estoy bien —respondo, irritada por su comentario sarcástico —. Estoy dejando sitio para el postre.

De repente, suena un pitido y la mirada de Sophie vuela rápidamente hacia el teléfono que está al lado de su plato. Su rostro se suaviza mientras reprime una sonrisa. Solo puede significar una cosa.

—¿Quién es el afortunado? —le pregunto con un guiño.

—Shh. —Me mira con el ceño fruncido.

—¿Tienes novio? —pregunta Ann-Marie, arqueando una ceja—. No lo habías mencionado.

No me extraña que Sophie esté molesta. Está claro que no quería que su madre lo supiera y parece que, sin querer, la he delatado.

—No me lo has preguntado —responde—. Nunca lo haces. Siempre te ha interesado más tu *hijito adorado*.

—¿Yo? —La voz de Dominic se eleva—. ¿De qué estás hablando?

El teléfono de Sophie vuelve a sonar.

—¿Qué hace eso en la mesa, eh? —pregunta Roger con expresión severa.

—A *él* no se lo preguntarías, ¿verdad? —Sophie señala con la cabeza el teléfono de Dominic, que también está junto a su plato—. Siempre ha habido unas reglas para mí y otras para él.

—Eso no es cierto —replica Dominic.

—Sí, lo es —contraataca ella—. Solo porque soy la mayor y no la que pasará el apellido, y…

—Ya basta, Sophie. —Ann-Marie frunce el ceño—. Es Navidad.

Vuelvo a cruzar miradas con Dominic y me parece que me sonríe, aunque es una sonrisa que no llega a sus ojos. Siempre ha dicho que soy la única persona que «lo entiende» y es cierto. Él también es la única persona que «me entiende» a mí.

Nunca he tenido una cena de Navidad más seria en mi vida. Recuerdo mi infancia, aquellos tiempos en que abríamos *crackers* navideños, contábamos chistes malos y nos poníamos los obligatorios gorros de fiesta, y sonrío para mis adentros.

Tal vez mi vida haya ido de mal en peor desde entonces, pero nadie puede arrebatarme mis recuerdos.

—¿En qué piensas? —dice Sophie—. ¿Por qué sonríes?

—Solo estoy pensando en los chistes malos que venían en los

crackers de cuando era niña —respondo—. Esos cilindros de cartón que hacen un estallido al abrirse. ¿Vosotros no acostumbráis a hacerlo en Navidad?

—Son una pérdida de dinero hortera —responde Roger, y yo me aguanto las ganas de reírme de su respuesta. De repente, mi anterior tristeza parece haber sido sustituida por una especie de manía retorcida.

—¿Qué hay de postre, mamá? —pregunta Dominic.

—*Gâteau* —responde Ann-Marie.

—*¿Gâteau?* —repito. Me muero por preguntar si un *gâteau* es solo una tarta pija, pero probablemente sería la única persona en reírse de mi propio chiste. Así que, en lugar de eso, opto por atiborrarme de patatas para contenerme.

—Sí, es de chocolate y nueces. Y se puede elegir entre nata fresca o helado.

—Mmm. Entonces, tomaré de los dos —dice Sophie.

—Te hemos hecho un trozo sin nueces, Natalie. Es de chocolate y naranja, ¿te parece bien?

—Perfecto —respondo—. Gracias.

—Oh —dice Ann-Marie, haciendo un gesto con la mano—, no puedo atribuirme el mérito. Todo es obra de Polly y Charmaine.

—Seguro que este es el que no lleva nueces, ¿verdad?

Ann-Marie recorre la mesa con la mirada.

—Sí, el tuyo es el único que está en un plato blanco, los demás tenemos platos negros.

—Buen provecho. —Roger coge una cucharada y se la lleva a la boca, y yo hago lo mismo.

Por suerte, el ambiente parece haber cambiado durante la cena. Todos parecen más relajados ahora; debe ser por el champán.

Saboreo el delicioso *gâteau* en mi boca, dándole vueltas antes de tragarlo.

—Está realmente delicioso —digo, mientras tomo una segunda cucharada del plato.

—Gracias, cariño.

Mientras saboreo el bocado, de repente noto el inconfundible entumecimiento que presagia que se avecina un problema. Pero, cuando intento escupir el *gâteau* en el plato, la sensación ya se ha apoderado de mis labios y mi lengua.

—¡Natalie! ¿Qué demonios…?

—Debe estar reaccionando a algo que hay en su plato. —Dominic se levanta de un salto y corre hacia mí, dándole la vuelta a la mesa—. ¿Dónde está tu autoinyector?

Ya he puesto mi bolso sobre mis rodillas y estoy intentando abrirlo. Pero me siento muy mareada. Mierda. Necesito encontrar el autoinyector, y rápido. Le paso el bolso a Dominic.

—¿Dónde está? —Se arrodilla junto a mi silla y rebusca en su interior.

—¿Deberíamos hacer algo? —grita Ann-Marie—. ¿Llamo a una ambulancia?

—No sirve de nada, querida. —La voz de Roger suena lejana—. Es imposible avanzar con toda esta nieve.

Me deslizo de la silla al suelo.

—No. Me. Encuentro. Bien. —Al caer junto a Dominic, me llevo los dedos a los labios, que se están hinchando con rapidez—. Por favor. —Estiro la mano hacia el bolso.

Él le da la vuelta, se oye un tintineo cuando el contenido se esparce por el suelo y empieza a revolver entre los objetos.

—No está aquí, Nat. —Me cuesta concentrarme, pero veo algo en sus ojos que nunca había visto antes. Pánico, creo—. ¿Dónde demonios está?

—Debería. Estar. Ahí. —Ya me cuesta articular palabra y sé por experiencia que solo tengo entre cinco y diez minutos antes de estar

verdaderamente en peligro—. Sophie. —Consigo articular el nombre de mi cuñada y señalar hacia el techo, cuando su rostro aparece sobre mí—. La bolsa… arriba.

—Creía que solo tenías en este bolso —dice Dominic—. ¡Voy a buscarlos!

—Yo voy. —Sophie lo esquiva de un salto y da un portazo al salir. Sus pasos resuenan mientras sube las escaleras.

—Intenta mantener la calma, cariño. —La cara de Ann-Marie aparece ahora sobre mí—. Volverá enseguida. Pronto estarás como nueva.

—Me. Siento. Mal. —Intento tragar saliva, pero mi garganta se siente como si me hubiera tragado un melón—. Ayudadme.

—Quédate quieta. Tu EpiPen debe estar de camino. ¿Seguro que tienes uno en la otra bolsa? —pregunta Dominic.

Intento asentir con la cabeza. Ahora todos se agolpan a mi alrededor, incluso Carla, y sus caras podrían ser lo último que vea si Sophie no se da prisa. Intento respirar por la nariz, pero me resulta igual de difícil. Siento que me quedan unos dos minutos antes de no poder respirar más. Tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho. Esto es horrible, y probablemente la peor reacción alérgica que he tenido jamás. Pero es que nunca antes había estado sin mi EpiPen encima. Normalmente llevo dos en el bolso, uno en el coche y dos en otra bolsa, vaya donde vaya. Mi madre me inculcó desde pequeña la importancia de tenerlos siempre a mano, y estoy segura de que llevaba al menos uno en el bolso que me he traído al comedor.

De repente, la puerta del salón se abre de golpe y Sophie entra corriendo.

—Lo tengo. ¿Qué hago? Dime qué hago.

Señalo mi pierna.

—¿A través de la ropa?

Empleo todas mis fuerzas en asentir con la cabeza. Me cuesta horrores respirar.

—Aprieta mientras lo introduces —le dice Roger—. Una vez tuvimos que practicar esto con naranjas en un curso que hice.

Sin perder tiempo, Sophie clava el autoinyector en mi piel y un gran alivio invade mi cuerpo en el momento en que el medicamento entra en mi cuerpo.

En pocos minutos, la hinchazón de mis labios y garganta empieza a disminuir y puedo respirar con mayor facilidad.

—Gracias. —Le agarro la mano a Sophie. No se ha movido de mi lado desde que me ha administrado el EpiPen—. Probablemente me has salvado la vida.

—¿En serio?

—En serio. —La idea me inquieta, aunque no es algo en lo que quiera detenerme demasiado. Me echo hacia atrás y levanto las piernas contra la silla en la que estaba sentada—. Solo necesito quedarme así un rato —le digo a Ann-Marie, que también está arrodillada a mi lado. Sin duda, debo ofrecer un espectáculo extraño en su salón de recepción, tumbada de espaldas, con las piernas levantadas y apoyadas en una silla. Dominic está ocupado guardando todas mis cosas en mi bolso, mientras que Carla sigue ahí de pie, como ha hecho durante todo el episodio.

—¿Dónde demonios están mis EpiPens? —Giro la cabeza hacia él—. Estoy segura de que tenía dos aquí.

Él niega con la cabeza mientras cierra la cremallera de mi bolso sin mirarme.

—¿No necesitas que te revise un médico después de esto?

—Como ha dicho tu padre —dice Ann-Marie—, nadie puede salir ni llegar a ningún lado con esta nevada. Está cayendo con otra vez, mirad.

Definitivamente, la habitación se ha oscurecido desde que

empezamos a cenar. Algo se oscurece también dentro de mí. Sé muy bien que, sin la rápida actuación de Sophie, estaría en serios problemas y no habría forma de que una ambulancia hubiera podido llegar a tiempo.

—Entonces, tendrás que descansar, ¿no? —dice Dominic—. Quizá deberías ir a tumbarte un rato.

—Estará recuperada por completo para el día después de Navidad —añade Sophie.

Me doy cuenta de que Carla parece haber desaparecido misteriosamente de la habitación.

Quizá sepa algo sobre mis EpiPens desaparecidos.

20

—¿Crees que puedes moverte ya? —pregunta Dominic, poniéndose de pie cuando abro los ojos. Debo haberme quedado dormida. Estoy muy débil, por no hablar de lo agotada que me siento.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos veinte minutos desde que te pusimos el EpiPen.

—Ya debería estar bien. Empiezo a sentirme entumecida en este suelo tan duro.

—Siempre le digo a Roger que necesitamos una alfombra aquí. —La voz de Ann-Marie suena sorprendentemente vivaz, dadas las circunstancias.

—¿Para que tu nuera tenga un aterrizaje suave cuando sufra un *shock* anafiláctico? —Me esfuerzo por reír, aunque lo que acaba de pasar no tiene nada de gracioso. De verdad, por unos instantes, he llegado a creer que no saldría de esta. Dominic, Ann-Marie y Sophie no se han separado de mi lado desde que he entrado en *shock*, así que es obvio que pensaron lo mismo.

—Voy a ver dónde está Carla, ¿de acuerdo? —Escucho una silla que se arrastra y el chirrido de la puerta cuando Roger sale de la habitación.

—¿Me ayudas a levantarme? —Le extiendo la mano a Dominic para que me ayude a sentarme.

—¿Cómo te encuentras? —Es la primera vez que Ann-Marie se muestra tan atenta conmigo. Es una pena que haya tenido que pasar por una experiencia cercana a la muerte para que me brinde algo de calidez. ¿Será culpa lo que siente? ¿Podría ser ella la responsable del supuesto malentendido?

—Me siento mucho mejor, gracias. Espero haber tragado un bocado con muy pocas nueces.

—¿No te has asegurado de que la tarta de Natalie de verdad era la suya, mamá? —Sophie se dirige a ella—. Si quieres mi opinión, hay que echarles la bronca a tus empleados. El trozo de Natalie estaba en un plato de otro color, ¿no?

—Lo siento mucho. —Ann-Marie se hunde en su asiento—. Debería haberlo comprobado dos y tres veces. Pero, con todo lo que ha estado sucediendo últimamente, quizá he bajado la guardia.

—No pasa nada, mamá. —Sophie posa la mano sobre la de su madre.

«Por muy poco no ha pasado nada», quiero decir. Pero, obviamente, no lo hago.

—Mira, sé que estás molesta, pero quedarse descansando no es el fin del mundo. —Dominic corre las cortinas contra el fondo nevado mientras yo me recuesto sobre unas almohadas.

Parpadeo con fuerza para contener las lágrimas. No había llorado tanto en Navidad desde... Bueno, no puedo permitir que mi mente vuelva a ese momento.

—¿Puedes buscar bien mis autoinyectores? Quizá se me cayeron en el coche.

—¿Has visto cómo está ahí fuera? Los buscaré mañana. —Dominic menea la cabeza mientras señala la ventana—. Además, ya te encuentras bien, ¿no?

—¿Crees que alguien podría haber cambiado los platos, Dominic? Tu madre insistió en que el trozo sin frutos secos estaba en el plato blanco.

Está claro que ambos sabemos a quién me refiero cuando digo *«alguien»*.

—No. Ha sido un error, eso es todo. Será culpa del personal, como ha dicho Sophie.

Asiento con la cabeza. Sin embargo, cuanto más pienso en lo que ha

pasado, más perturbada me siento. Todos se han apresurado a culpar al «personal».

—Pero ¿qué hay de mis EpiPens? Si me preguntas a mí, es demasiada coincidencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que se mezclaran las tartas y desaparecieran mis EpiPens al mismo tiempo. Alguien lo ha hecho a propósito, Dominic. Y tú sabes bien lo que estoy pensando, ¿verdad?

—Descansa un poco. Volveré en un par de horas.

—Solo quiero que te quedes conmigo *ahora*.

—Dominic —llama Carla desde el rellano—. ¿Estás ahí?

—¿Qué pasa? —responde él.

—Tu padre va a poner una película.

—Ya voy. —Me mira de nuevo—. No tardaré mucho.

Cierro los ojos en cuanto sale de la habitación. No puedo creer que me deje sola después de lo que ha pasado, sobre todo porque le he pedido que se quedara conmigo. Quiero que hablemos de todo esto. ¿Dónde se ha metido Carla? Estoy convencida de que ella es tan responsable de haber cambiado los postres como de haber derramado el vino tinto y roto el plato ayer, sobre todo porque ha desaparecido poco después de que me haya comido el *gâteau*.

Pero no tengo ninguna prueba de que haya sido ella y, si empiezo a hacer acusaciones, solo lograré verme como una rencorosa y paranoica. Como dijo Ann-Marie más temprano, los errores ocurren, aunque también ha reconocido que no es habitual que su personal no preste tanta atención a los detalles, sobre todo con algo tan serio como una alergia a los frutos secos.

Intento leer un rato, pero no consigo concentrarme. Todo lo que oigo son disparos y gritos de la planta de abajo. Me pregunto qué estarán viendo, desde luego no parece mi tipo de película. Y lo que es más importante, me pregunto dónde estarán sentados. Sin duda,

Carla se habrá arrimado a Dominic en el sofá. Casi puedo verla con una expresión arrogante dibujada en la cara. Quizá esté dispuesta a hacer cualquier cosa para recuperar a Dominic. ¿Eso incluye hacerme daño a mí?

De repente, su voz flota desde el otro lado del rellano. ¿Con quién está hablando? ¿Con Dominic, otra vez?

Me quito las mantas de encima y me acerco de puntillas a la puerta. Desde aquí la oigo con bastante claridad y solo se escucha su voz, así que debe estar hablando por teléfono.

—Sí, bueno, son tres contra uno, ¿no?

¿Qué significa eso?

—No, ella no tiene ni idea.

Debe estar refiriéndose a mí.

—Estoy de acuerdo. No quisiera ir tan lejos, pero, para ser sincera, puede que no tenga otra opción.

¿Ir tan lejos? ¿No me ha causado ya suficiente daño?

—Tienes que confiar en mí. De alguna manera saldremos de esto, cueste lo que cueste.

¿A quién le está hablando? ¿A qué se refiere? ¿Salir de qué?

—Lo sé. No debería haberme implicado tan a fondo. Pero ya sabes, ¿cómo se suele decir? Todo pasa por *algo*.

Desde que estoy aquí, no he parado de oír fragmentos de conversaciones, pero todas son enigmáticas. Tendré que intentar presionar a Sophie de nuevo para ver si suelta algo más de información. El vino parece ayudar. Se mostró bastante abierta al venir a contarme que había visto a su madre salir de la oficina de Carla a principios de semana, así que vale la pena preguntarle.

Hola, Sophie. Gracias de nuevo por todo lo que has hecho por mí. ¿Puedes pasar a verme cuando tengas cinco minutos? Me vendría bien un poco de compañía.

El aviso de «leído» no aparece enseguida, como suele suceder. Quizá ya se haya acostado. O tal vez esté absorta en la película.

Me recuesto otra vez sobre las almohadas, tratando de calmar mi respiración ansiosa, pero el constante bum-bum-bum que resuena en los altavoces de la planta baja solo intensifica mi ritmo cardíaco y mis pensamientos acelerados. No hay posibilidad de que me duerma, eso es seguro. Así que busco mi Kindle y me obligo a seguir leyendo.

De repente, oigo unos golpes en la puerta.

—Adelante —digo, esperando ver a Sophie. Pero es Ann-Marie.

—Voy a acostarme, pero quería ver cómo estabas después de lo que ha pasado.

—Gracias —respondo—. Ya estoy bien. Aunque un poco preocupada por dónde pueden estar mis EpiPens, pero, gracias a Dios, tenía algunos aquí arriba. —Señalo mi bolso.

—¿Son estos lo que buscabas? —pregunta, alzando dos autoinyectores.

—¿Dónde los has encontrado?

—Se te debieron caer del bolso cuando saliste corriendo para contestar el teléfono.

—Ah, claro, vale. —Me gustaría decirle que estaban guardados bajo cremallera en un compartimento interior, pero no quiero que parezca que no la creo. De todos modos, sea lo que sea que haya pasado, estoy bien, pero he tenido una suerte enorme.

—Si Sophie no hubiera reaccionado tan rápido —dice Ann-Marie—, la historia habría sido muy diferente.

No hace falta que me lo recuerde. Le estoy inmensamente agradecida a Sophie. La prematura muerte de mis padres y las secuelas de mi relación con Kyle me han enseñado a valorar cada nuevo día que tengo la fortuna de vivir.

—¿Sabes si Dominic vendrá pronto a la cama? —Echo un vistazo hacia la puerta.

—Creo que se ha quedado dormido en el sofá —responde—. Su padre lo despertará antes de subir.

Mientras veo a Ann-Marie retirarse hacia la puerta, me invade una extraña sensación. Ella fue quien me dijo que el pastel estaba en un plato blanco. También es ella quien milagrosamente ha encontrado mis EpiPens perdidos. ¿Y si es ella, y no Carla, la culpable de lo que me ha pasado antes? Sé bien que no soy la nuera que ella deseaba.

Quizá Ann-Marie esté haciendo en secreto todo lo posible para que Dominic y Carla vuelvan a estar juntos.

Lo cual probablemente implica deshacerse de mí.

21

Me despierto sobresaltada al escuchar a Dominic roncar a mi lado. Genial. En algún momento ha venido a la cama y ni siquiera hemos tenido oportunidad de hablar.

Me quedo mirando las sombras en las paredes, intentando volver a dormirme, pero es inútil: estoy completamente despierta. Tendré que hacer lo mismo de anoche e intentar relajarme con una manzanilla. Solo espero no volver a toparme con Carla esta vez. No creo que pueda evitar acusarla.

Por suerte, no hay nadie cuando bajo las escaleras. Mientras espero a que hierva el agua, mi mirada recorre la cocina, con la esperanza de encontrar unas zapatillas tiradas por ahí para mis pies helados. Sin embargo, mi atención se centra en lo que parece una cámara en la esquina de la habitación. Con la cantidad de dinero que debe haber en The Elms, no es de extrañar que haya un sistema de seguridad instalado. Me sorprende no haberla visto antes, aunque tampoco es que haya pasado mucho tiempo en la cocina. Además, es la primera vez que miro a mi alrededor con detenimiento. Sin embargo, lo que más me interesa es que apunta a la isla que hay en el centro de la cocina. Ahí fue donde se pusieron los platos de postre y también donde dejé mi bolso sin vigilancia por un momento mientras ponía la mesa.

Observo más de cerca la cámara. Allí, en letras grandes y negras en el lateral, está la palabra *«Teko»*. Da la impresión de ser una cámara que graba la actividad de la habitación, algo más que un simple sensor de movimiento. Si es así, las grabaciones podrían estar conectadas a los teléfonos u ordenadores de los Elmer, a los que obviamente no tengo acceso; pero, por otra parte, el sistema de cámaras podría estar conectado al televisor.

Al salir al pasillo, veo que hay otra cámara en la esquina y otra más en el salón de recepción. Pruebo la puerta del despacho de Roger, pero está cerrada. ¿Qué puede haber detrás de esa puerta que sea necesario cerrar bajo llave? Me pregunto si Carla sabrá la respuesta, ya que anoche intentó entrar allí.

Solo necesito descubrir a qué están conectadas todas las cámaras y entonces quizá pueda averiguar si en efecto se intercambiaron los platos y si alguien ha metido la mano en mi bolso y cogido mis EpiPens.

Vuelvo a la cocina a por mi taza y luego me dirijo al salón. Hay otra cámara Teko en la esquina, apuntando a la puerta. Me arrodillo y abro con cuidado las puertas del mueble de debajo del televisor, tranquilizada por la vibración continua de los ronquidos de Roger en el piso de arriba. Eso quita a alguien de la lista de los que podrían bajar y pillarme husmeando. Dominic también parecía estar fuera de combate.

Bingo. Ahí está. Una consola Teko con un mando a distancia apoyado encima. Solo tengo que…

—¿Qué estás haciendo, Natalie?

Vuelco la bebida sobre mi pierna al oír la voz de Ann-Marie detrás de mí.

—¡Ay! Qué susto me has dado. —Me froto la pierna con la manga de la bata.

—Menos mal que no hemos puesto la alarma aquí abajo. ¿Estás bien?

—Es que, eh, no podía dormir. He pensado en prepararme algo de beber.

—¿Y qué estás buscando ahí, exactamente?

Me giro hacia ella, que está de pie con los brazos en jarras, envuelta en una bata floreada. Su expresión es la misma que tendría si hubiera pillado a un ladrón en su casa.

—Solo iba a encender un rato la televisión. Me ayuda cuando estoy en casa. Sufro bastante de insomnio, ¿sabes?

—Si no te importa, preferiría que volvieras arriba —dice—. Sinceramente, al oír abrir y cerrar todas las puertas aquí abajo, he pensado que teníamos intrusos. —La forma en que me mira me hace preguntarme si sabrá lo que estaba haciendo aquí en realidad.

—Eh, se me ha olvidado por completo cuál era el salón —le digo—. Creo que todavía estoy un poco aturdida después de lo que ha pasado.

—Entonces, más razón todavía para que intentes volver a dormirte. —Mantiene la puerta abierta para mí, como queriendo decirme «vamos, por favor».

—Sí, tal vez tengas razón. Me llevaré la manzanilla arriba.

—Buenas noches, otra vez —me dice cuando paso por su lado—. Nos vemos por la mañana.

—Sí, buenas noches. —Puede que esta vez haya frustrado mis planes de ver las grabaciones de la cámara, pero lo conseguiré.

Estiro el brazo en busca de mi teléfono. Maldita sea, me he acostado aún más tarde que ayer. Me doy la vuelta, con la esperanza de encontrar a mi marido todavía dormido a mi lado. Pero se ha ido. Probablemente hace rato.

Al final, anoche me serví el vino tinto que quedaba de la botella que abrí con Sophie, con la esperanza de dormirme profundamente después de que Ann-Marie me pillara en el salón.

¡Mierda! Debo haberme quedado dormida con el vaso en la mano. Hay vino tinto por toda la colcha blanca, la sábana y la funda de la almohada. ¡No me lo puedo creer! Debía ser todavía de noche cuando Dominic se ha levantado y ha salido de la habitación. Por supuesto, me habría avisado del desastre que he montado si lo hubiera visto.

Así que hoy, además de seguir avanzando con las cámaras, tengo

otra tarea: arreglármelas para cambiar la ropa de cama y meterla en la lavadora sin que Ann-Marie se entere. Aunque dudo que pase mucho tiempo en el lavadero, ya que tiene personal que se ocupa de hacer la colada.

Si todos están fuera de en medio, puedo lavarla, secarla y volver a ponerla en la cama antes de que llegue la noche, sin problema.

Quito las sábanas de la cama y las meto todas en mi mochila. En este momento, casi me da un infarto cuando Sophie asoma la cabeza por la puerta sin previo aviso.

—Siento no haber venido a hablar contigo anoche. Me quedé dormida. La verdad es que estaba muerta después de todo el vino que bebí ayer.

—Está bien, solo quería un poco de compañía. Pero yo también me quedé dormida, así que no pasa nada.

No voy a decirle que, en realidad, lo que quería era bombardearla a preguntas. Pero eso era antes de encontrar la cámara de seguridad. Una vez que vea las imágenes, tendré las respuestas que busco.

—¿Cómo te sientes después de lo que pasó ayer? —Se adentra en la habitación y deja que la puerta se cierre detrás de ella.

—Todavía estoy un poco conmocionada, pero sin lo que hiciste...

—Solo hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar.

Quiero decirle que no vi a nadie más levantarse para buscar mi EpiPen, pero me callo.

—Vale, ¿qué ha pasado aquí? —Señala la cama.

—Un pequeño derrame de vino. Espero poder entrar en el lavadero sin que me pillen.

—En serio, mamá no es tan ogro como crees. Si quieres, puedo meter todo en la lavadora por ti.

—No, está bien, lo haré después de ducharme. —Le sonrío—. Pero gracias.

Al bajar las escaleras, echo un vistazo al salón y veo la nuca de Ann-

Marie por encima de uno de los sillones, por lo que revisar las cámaras de seguridad sigue estando fuera de mi alcance. En algún momento podré demostrar lo que pasó con mis EpiPens y descubrir quién fue el responsable de intercambiar los postres. Sigo creyendo que fue obra de Carla, pero bien podría haber sido Ann-Marie.

Debería darle los buenos días, pero no quiero llamar su atención. Solo quiero meter las sábanas en la lavadora.

Se oyen voces masculinas detrás de la puerta del despacho, lo que responde dónde están Roger y Dominic. Espío el salón de recepción, pero no hay rastro de Carla: o está al otro lado del salón, donde no puedo verla, o está arriba, en su habitación. Dudo que esté sola en la cocina.

Pero sí que lo está. Sentada en la isla, bebiendo a sorbos un café, da un respingo cuando entro.

—¿A dónde vas? —pregunta, mirando mi mochila—. No vas a llegar muy lejos con este tiempo.

—Tengo que meter algunas cosas en la lavadora —le respondo mientras me dirijo al lavadero.

—Parece que son más que solo algunas cosas. —Se levanta del taburete y me sigue—. De verdad, ¿qué te traes entre manos?

—Estoy metiendo unas sábanas en la lavadora, ¿vale? He derramado un poco de vino. —Ni siquiera sé por qué me molesto en responderle. ¿Quién demonios es ella para interrogarme?

—¿Otra vez? —Arquea una ceja.

—Déjalo, ¿quieres? Al menos anoche conseguiste librarte de mí, aunque no fuera todo lo que esperabas.

Sé que debería esperar a ver las imágenes de la cámara para tener pruebas, pero las palabras salen de mi boca antes de que pueda detenerlas. Sé que fue ella. En verdad, debería intentar por todos los medios no enfadarla. ¿Quién sabe qué más es capaz de hacerme?

—¿De qué estás hablando?

—Bueno, alguien tiene que ser el responsable de lo que me pasó ayer.

—Lo siento, Natalie. —Se apoya en el marco de la puerta—. Pero intentar cargarme a alguien no es mi estilo. Estás dando palos de ciego.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Deberías fijarte más en lo que tienes cerca, eso es lo que quiero decir.

—Todos sabíais, *tú* incluida, que soy alérgica a los frutos secos. Alguien cambió los platos y sacó los EpiPens de mi bolso.

—No fui yo, Natalie —dice, y cuando levanto la vista para mirarla a los ojos, siento que realmente la creo.

—Entonces, ¿quién fue?

—Debes tener cuidado, Natalie. —Baja la voz—. De hecho, las dos deberíamos tener cuidado.

—¿De qué estás hablando?

—Sí, ¿de qué hablas? —Dominic aparece detrás de Carla, haciendo que se sobresalte.

—Déjame en paz —murmura mientras lo aparta de un empujoncito, y sale de la cocina con paso firme.

—¿Qué demonios está pasando entre vosotros dos? —La sigo con la mirada, y luego lo observo a él. Qué extraño. Un momento son uña y carne, y al siguiente parecen odiarse.

Él se apoya en el marco de la puerta.

—Está nerviosa por todo este asunto del negocio de mis padres. —Echa un vistazo por encima del hombro—. Y como yo me encargaba de la contabilidad de su empresa, estoy al tanto de cosas que ella preferiría que no supiera, eso es todo.

—Entonces… —Me inclino y meto las sábanas en la lavadora—. ¿Eso que sabes tiene algo que ver con las acciones que vosotros la estáis

obligando a comprar? ¿O debería decir que «necesitáis» que compre?

—¿Qué te ha estado contando Carla? Aparte de lo que acabo de oír, digo.

No voy a responder a eso. No hasta que haya tenido oportunidad de interrogar a Carla sobre lo que me ha querido decir.

—¿Sabes cómo funciona esta lavadora? —Me alejo unos pasos y miro por la ventana. Está nevando otra vez, aunque no tan fuerte como anoche.

Se inclina para toquetear los botones.

—¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?

—He derramado un poco de vino.

—Te has vuelto bastante propensa a los accidentes desde que llegamos aquí. —Su rostro se ilumina con una especie de sonrisa—. Incluso más de lo habitual.

—¿Por qué no me has despertado esta mañana?

—Parecía que habías pasado otra mala noche. Mamá dijo que te había encontrado aquí abajo.

—No he estado durmiendo bien —empiezo a decir—. Y después de lo de ayer…

—No hagas caso a mi exmujer —dice, y pulsa el botón de encendido de la lavadora.

—¿Por qué no dejas de hablar de ella?

—Si te digo la verdad, Natalie —me mira directamente a los ojos—, Carla me ha dejado claro que quiere volver conmigo. —Señala con la cabeza en la dirección por la que ella se ha marchado—. De hecho, quiere que volver a estar juntos sea una de las condiciones para comprar las acciones de nuestra empresa.

—¡Pero si tú estás casado conmigo! —Un aroma a jabón inunda el aire cuando el agua comienza a sisear dentro de la máquina. Lo sabía. Lo que Carla me ha dicho antes sobre tener cuidado era una

especie de cortina de humo para ocultarme lo que realmente quiere: volver con Dominic. Intenté darle el beneficio de la duda cuando llegamos a The Elms. Incluso sentí lástima por ella.

—Es duro, ¿verdad? —Se apoya contra la lavadora—. Nada les gustaría más a mis padres que Carla y yo volviéramos a estar juntos, pero, como les he dicho un millón de veces, eso no va a pasar.

—¿Qué sucede? —pregunta Ann-Marie desde la cocina—. ¿Qué hacéis ahí?

Empujo a Dominic a un lado y salgo del lavadero.

—¿Qué le ocurre a Carla, por el amor de Dios? —Nos mira a mí y a Dominic—. ¿Quién la ha fastidiado de nuevo?

—¿De nuevo? —pregunto.

—No es nada. —Ann-Marie despacha mi pregunta con un gesto de la mano.

Parece querer decir que eso no ha tenido nada que ver conmigo.

—Natalie lo sabe todo sobre el dinero de la inversión que queremos de Carla —dice Dominic con voz apagada.

—¿Cómo?

Él se encoge de hombros.

—¿Cómo? —ella repite la pregunta, esta vez en dirección a mí.

—Estoy aquí, ¿no? Es inevitable que me entere de cosas. —No le diré que su propia hija ha sido mi principal fuente de información todo este tiempo. Me lo guardaré como un as bajo la manga en caso de que lo necesite.

—Olvidemos todo eso por ahora, ¿de acuerdo? —Su voz se suaviza —. Estamos sirviendo un brunch continental en el salón de recepción.

22

Mordisqueo un cruasán. Probablemente tenga tan poco apetito como Carla. Ella está haciendo exactamente lo mismo.

—¿Qué os pasa a las dos? —Sophie se ríe—. Si no tenéis cuidado, vais a ofender a mi madre.

—No me encuentro muy bien —respondo—. Quizá sea por lo de anoche, siempre tengo náuseas durante uno o dos días después de una reacción. —No es del todo mentira. Pero es más bien todo lo que está pasando lo que me revuelve el estómago.

—Pobrecita. —Sophie me lanza una mirada de compasión—. Bueno, no tienes que obligarte a comer si no tienes hambre, ¿verdad, mamá?

—Por supuesto que no.

—¿Os importa si me voy al salón a ver la tele mientras termináis?

—Bueno, en realidad… —comienza Roger.

—No hay ningún problema —sonríe Ann-Marie—. Ve y ponte cómoda.

* * *

Cierro la puerta del salón detrás de mí y cruzo rápidamente la alfombra hasta el mueble de la televisión, donde rebusco entre los mandos a distancia hasta que encuentro el que tiene el logotipo de Teko. Mi respiración se agita cuando lo dirijo hacia la televisión, pero no pasa nada. Probablemente hay que cambiar el modo de entrada. Ojalá sea tan sencillo como eso, porque si es algo más técnico, estaré en apuros.

Con el corazón martillándome en el pecho, miro por encima del hombro y busco el mando a distancia del televisor; con cada segundo, mi corazón late cada vez más rápido. Por suerte, es un

Samsung, una marca de televisores con la que estoy familiarizada, así que sé lo que hay que hacer para cambiar la fuente de la señal.

Bingo. La pantalla muestra de inmediato una imagen de todos ellos, aún sentados a la mesa en el salón de recepción. Probablemente estén contentos de que los haya dejado solos; si ya me sentí una paria en Nochebuena, *ahora*, aún más.

Cuando la siguiente imagen muestra el despacho, pulso el botón de parar en el mando y luego el de rebobinar. Vaya, realmente, eso es todo; ha sido más fácil de lo que pensaba. Siempre que nadie entre aquí y me pille.

Rebobino hasta pasar a Ann-Marie viendo la televisión más temprano, luego a Roger y Dominic hablando en el despacho. Continúo retrocediendo a través de las horas de tranquilidad de la noche, con excepción de cuando me levanté para prepararme una manzanilla antes de ser pillada por Ann-Marie. Me llevará uno o dos minutos llegar al momento que estoy buscando, así que, aún aferrada al mando a distancia, me acerco sigilosamente a la puerta. Estoy lista para volver a cambiar de canal en cualquier momento si es necesario. Solo tengo que pulsar «fuente» y luego «TV». Espero ser lo bastante rápida.

Vuelvo a observar la pantalla, que ahora muestra la escena de la cena de ayer, y luego pasa a la cocina.

Es aquí: rebobino un poco más, hasta llegar a la escena en la que estábamos todos en el comedor en la cena de Navidad, y desde allí avanzo y retrocedo hasta encontrar lo que busco.

Entonces lo veo. Primero, a velocidad cuádruple y luego, a cámara lenta. Mientras rebobino la escena en cuestión, parpadeo con fuerza, incapaz de creer lo que ven mis ojos, mientras un escalofrío me recorre la espalda.

Quizá me estoy equivocando.

Le doy a reproducir otra vez y saco mi móvil, lista para grabar la

evidencia y guardarla a salvo.

Me froto los ojos por si acaso me estuvieran jugando una mala pasada. Pero no. No es así. Las lágrimas me queman los ojos mientras pulso el botón de grabar en mi teléfono.

23

Allí, en todo el esplendor del blanco y negro, Dominic merodea cerca de mi bolso antes de sacar lo que parecen ser mis autoinyectores. Carla se precipita hacia él y parece como si estuviera diciéndole algo, pero él la espanta como si fuera una mosca.

Sin embargo, por la cara que tenía, parecía que intentaba averiguar qué estaba haciendo él más que tener algo que ver con mi *shock* anafiláctico. Definitivamente no fue ella quien metió la mano en mi bolso.

Fue Dominic. Oh, Dios mío.

Pero ¿por qué? Creía que me quería. Mi marido, el que me puso un anillo de oro blanco en el dedo y me prometió amor eterno hace tan solo unos meses, ha intentado asesinarme. O quizá sus padres tengan algo que ver. Tal vez ellos le han empujado a hacerlo.

Mientras lucho contra el impulso de ir a la otra habitación y enfrentarme a él, me doy cuenta de que tengo que seguir visualizando las imágenes. Es la única forma de averiguar más. Y grabarlo.

A continuación, cuando Carla sale de la cocina, Dominic tira a la basura el trozo de *gâteau* que era para mí, coge otro del refrigerador y lo pone en el plato, mirando a su alrededor mientras lo hace. O no se ha dado cuenta de las cámaras, o se ha olvidado de ellas.

No se puede ver más allá de la isla que está en el centro de la cocina, por lo que no sé si hay alguien más allí con él. Si alguien más sabía lo que me estaba haciendo.

—Te advertí que debías tener cuidado.

Casi me muero del susto al oír una voz inesperada detrás de mí y pulso el botón de pausa en mi teléfono. Ni siquiera he oído entrar a Carla. Me giro para mirarla mientras ella cierra la puerta. De todas

las personas que podrían haber sido, en realidad me alegra que sea ella quien me haya encontrado aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El suficiente para ver lo que tenía que ver. No pasa nada —dice con voz suave—, los he dejado discutiendo entre ellos. Les he dicho que necesitaba unos minutos para tomar la decisión que están esperando.

—Fue *él*. —Mi voz es solo un susurro. Señalo la pantalla del televisor —. Mis autoinyectores, los frutos secos… No puedo creerlo.

Se acerca a mí, con cautela al principio, como si temiera que fuera a atacarla. Luego se sienta en el brazo del sofá más cercano a donde estoy de pie.

—En ese momento, lo vi sacar algo de tu bolso, pero no estaba segura de qué era.

—No puedo creer lo que ha intentado hacerme.

—No tenía ni idea de que también estaba cambiando los platos del postre. —Se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro y me mira fijamente—. Si lo hubiera sabido, habría intervenido.

Su voz y su rostro son sinceros. La creo.

Qué pesadilla. Miro la nieve que sigue cayendo a través de la ventana. El cielo amenaza con más aún y me está empezando a parecer que nunca podré salir de aquí. Solo quiero irme, no sé a dónde ni qué haré después, pero necesito alejarme de mi marido.

Todo esto es por los gritos que di en sueños ayer por la mañana. Que Dominic haya decidido hacerlo justo después no puede ser simple casualidad.

—¿Crees que intentaba matarme de verdad?

—Desde luego, eso parece.

—Ya fue bastante grave que tirara los EpiPens. —Trago saliva—. Pero cambiar los postres…

—Apágala antes de que entre alguien. —Señala la televisión y luego

mira hacia la puerta.

—No puedo permitir que sepan que me he enterado, no mientras siga aquí con ellos.

—¿Has hecho una copia del vídeo? —Hace un gesto con la cabeza hacia mi teléfono.

—Por supuesto que sí. —Levanto el teléfono—. Pero espera, ¿cómo sé que puedo confiar en ti con todo esto?

—Simplemente puedes, ¿vale? Tienes que hacerlo. —Su voz se reduce a un susurro mientras me agarra del brazo y me lo aprieta—. Sé que esto puede parecer raro, pero tenemos que permanecer unidas mientras estemos aquí.

Con el pulgar tembloroso, pulso el botón de reproducir en el móvil y repito la grabación, asegurándome de haber capturado todo lo que necesitaba. Esta podría ser mi única oportunidad. Luego me giro hacia Carla. Si ya me ha dicho todo esto, quizá ahora esté dispuesta a contarme aún más.

—Desde que llegamos aquí, he estado creyendo que querías volver con él.

—Ni en un millón de años. —Me mira directamente a los ojos—. Lo que he dicho antes iba en serio, Natalie. Las dos estamos en peligro si no nos alejamos de esta gente.

No sé bien por qué, pero el hecho de que me llame por mi nombre me ayuda a confiar un poco más en ella. Sin embargo, sigo sin poder asimilarlo.

—Creí que me quería.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Creo que aún no lo he procesado. Debería estar furiosa por lo que ha intentado hacerme, pero ahora mismo solo puedo sentirme como si me hubieran arrancado el corazón. Apenas puedo creer lo que he visto y, si no hubiera presenciado esas imágenes con mis propios ojos, habría sido imposible convencerme de que Dominic fuera capaz de algo así.

—Como empiezas a descubrir, en el fondo es un cabrón de cuidado. Espera un momento, se han quedado muy callados ahí dentro. —Se levanta del brazo del sofá, se acerca sigilosamente a la puerta y escucha. Mientras la observo, me siento como en trance. Como si de repente estuviéramos en el mismo bando. Nosotras contra ellos—. No pasa nada, he vuelto a oír la voz de Ann-Marie.

—¿Por qué te separaste de Dominic, Carla?

Respira hondo.

—Probablemente caí en una trampa similar a la tuya.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, al principio era encantador conmigo —responde—. Hasta que empezó a cambiar.

—¿En qué sentido? —Mi corazón se hunde un poco más.

—Estaba celoso del éxito de mi firma; eso fue lo principal, al menos al comienzo. No soportaba que me fuera mucho mejor que a él.

—Nosotros claramente no tenemos ese problema: yo me gano la vida pintando uñas. —Me sorprende que Carla compare su experiencia con la mía. Ella y yo somos como el día y la noche en todos los sentidos.

—Se volvió muy muy controlador —continúa—. ¿Ha sido así contigo?

—No mucho —respondo—. Sinceramente, pensaba que las cosas iban bien entre nosotros. Llevamos poco tiempo casados.

—Yo pagaba *todo* en nuestra relación. —Se retuerce un mechón de pelo entre los dedos, como si estuviera nerviosa—. Nuestra boda, nuestra casa, todo nuestro nivel de vida. Él odiaba que las cosas fueran así, pero se vio obligado a aceptarlo. Quería darse la buena vida, pero se sentía claramente humillado en su masculinidad porque era el dinero de mi empresa el que la financiaba. —Hace una pausa, como si estuviera comprobando que quiero seguir escuchando su relato.

—Continúa.

—Se volvió cada vez más desagradable con el paso de los meses. —Baja la mirada al suelo—. Estaba convencido de que, por haber sido el contable desde los inicios de la firma que llevábamos mi hermano y yo, eso le daba algún tipo de derecho a convertirse en director.

—¿Cómo que se volvió más desagradable?

—Cuando mi hermano y yo no cedimos a su deseo de ser director, intentó todo lo posible para obligarme a cambiar de opinión. Para empezar, me dijo que me dejaría si no le nombraba director; obviamente, me reí de eso.

—¿Y qué pasó entonces?

Su rostro se ensombrece.

—En realidad, no tenía ninguna intención de separarse de mí, así que se volvió violento.

—¿Te pegaba? —Me cuesta mucho relacionar al hombre que conozco con la persona que ella describe. Pero, después de lo que he visto con mis propios ojos en ese vídeo, ya nada me sorprende de él.

—No exactamente, pero ya sabes, me empujaba, me arrinconaba contra las paredes, me agarraba, ese tipo de cosas.

Violencia. No importa cómo se disfrace, sigue siendo violencia, yo lo sé bien. La miro fijamente mientras empiezo a encontrar paralelismos entre esta mujer aparentemente relajada y con mucha confianza en sí misma y yo.

—Fue una auténtica pesadilla, ni siquiera podía contarle a mi hermano lo que estaba sucediendo.

Después de todo lo que pasó con Kyle, el hecho de que mi hermano también estuviera involucrado en mi propia relación violenta me parece la coincidencia más escalofriante entre nosotras.

—¿Por qué no? —Antes he exagerado cuando he dicho que me sentía indispuesta, pero ahora empiezo a sentirme mal de verdad. Carla debe saber algo sobre mi historia.

—Eso solo hubiera empeorado todo. Si le hubiera pedido ayuda, mi hermano probablemente lo habría matado.

—Pero ahora parecéis llevaros bien, Dominic y tú. Os he visto. Nadie sospecharía jamás que él te maltrató en el pasado.

—Las cosas han cambiado —responde ella—. ¿Seguro que quieres oírlo?

24

Debería arriesgarme y marcharme de aquí. Aunque tenga que arrastrarme por la nieve hasta la comisaría más cercana para pedir ayuda, me da igual. Quizá alguno de los vecinos me vea y me acoja en su casa si le digo que estoy huyendo de mi marido violento y su familia.

Marido violento. Hasta hace unos minutos, creía que conocía todos sus defectos. Sí, a veces podía ser brusco, pero no lo consideraba alguien capaz de hacerme daño.

—¿Por qué estás aquí, Carla? ¿Pasando la Navidad con ellos?

—¿Crees que yo habría elegido pasar la Navidad así? ¿Con ellos? —Se retuerce las manos y sus pulseras tintinean con el movimiento.

—Eso es lo que no entiendo.

—Me están chantajeando. —De repente, recuerdo mi conversación con Sophie. Me dijo que tenían algo contra ella. Estaba diciendo la verdad.

—¿Con qué podrían chantajearte? Eres la directora general de un bufete de abogados, ¿no?

—Es mi posición lo que les permite chantajearme.

—Pero seguro que tienes el poder y los conocimientos necesarios para demandarlos a todos hasta el siglo que viene.

Se oye el chirrido de una silla en la otra habitación. Carla y yo nos miramos, y corro hacia la televisión, apagando ambos mandos a distancia. Luego los lanzo al sitio en donde estaban originalmente y cierro la puerta del mueble de un puntapié.

—¿Carla? —La voz de Ann-Marie resuena a través del pasillo.

Me tiro en el sofá; al fin y al cabo, se supone que estoy aquí porque no me encuentro del todo bien. Así que, aunque pueda llamar la atención que Carla y yo estemos siendo tan educadas la una con la

otra, el hecho de que yo esté aquí no debería suscitar ninguna sospecha.

—Enseguida voy —responde Carla—. Estoy buscando algo.

—¿Aquí? —pregunta Ann-Marie, asomando la cabeza—. Has tardado una eternidad.

—Solo quería encontrar el hermoso regalo que me diste. No recuerdo dónde lo puse.

Mantengo la mirada fija en el suelo; no quiero darles ninguna pista que pueda hacerles sospechar que Carla me ha confiado algo. Al fin y al cabo, creen que nos odiamos.

—Ahí está —dice Ann-Marie, señalando el aparador que hay en la esquina—. Pero ¿por qué estaba cerrada la puerta? —Me observa—. Antes estaba abierta.

—Para poder oír la televisión y no molestaros mientras comíais.

—Qué detalle. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a la televisión—. Entonces, ¿por qué no está encendida?

—Oh, Dios mío, quizá me senté encima del mando. —Busco a tientas donde estoy sentada, sabiendo perfectamente que lo he guardado en el mueble de la televisión. Ni siquiera estoy segura de haber vuelto a poner la fuente de señal que debería. Si Ann-Marie decide de repente encenderla por su cuenta, estoy perdida. Me sonrojo tanto que me arden las mejillas.

Cuando estoy a punto de estallar de ansiedad bajo la mirada escrutadora de Ann-Marie, ella vuelve a centrar su atención en Carla.

—¿Vas a volver o qué? Estamos esperando para servir el café.

—Enseguida, primero voy al baño —responde ella—. Estaré ahí en unos minutos.

—De acuerdo.

Miro a Ann-Marie para asegurarme de que vuelve con los demás, pero no, sigue ahí, observando cómo Carla cruza la sala con paso

firme hacia el aparador. Solo quiero que se vaya. Quiero que Carla me diga con qué la han estado chantajeando.

—Como te he dicho, no tardaré mucho.

—¿Va todo bien aquí? —La desconfianza se lee claramente en el rostro de Ann-Marie.

—Por supuesto. —Carla le dedica a Ann-Marie lo que probablemente sea su sonrisa más radiante—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada. Te esperaremos para empezar a servir el café. —Ann-Marie finalmente deja que la puerta se cierre y yo exhalo un largo suspiro de alivio.

—Natalie, necesito que me cubras urgentemente —susurra Carla mientras los pasos de Ann-Marie se alejan por el pasillo—. Si puedes hacerme este favor, te lo contaré todo después.

—¡Cubrirte! ¿De qué estás hablando?

—Tengo la oportunidad de entrar en el despacho de Roger. —Señala con la cabeza en esa dirección—. Ha dejado la llave aquí, en el aparador. —La sostiene en alto—. Pero tengo que darme prisa, puede que sea mi única oportunidad.

—¿Por qué quieres entrar ahí?

—¿Puedes vigilarlos mientras yo busco lo que necesito? Luego nos vemos en la cocina.

—¿Qué necesitas?

—Te lo contaré todo cuando lo haya encontrado. —El pánico se refleja en su rostro mientras se guarda la llave en el bolsillo.

—¿No puedes decírmelo ahora? Si algo sale mal o te pillan entrando allí, puede que no tengas otra oportunidad.

—Ya has visto cómo está Ann-Marie —responde ella—. Todos están cada vez más impacientes.

—¿Impacientes por qué?

—Si puedes entretenerlos, te lo contaré todo después, te lo prometo.

De repente, resulta que la exmujer de mi marido depende de mí. Teniendo en cuenta lo que pensaba acerca de ella hace apenas quince minutos, no puedo creer que la situación haya dado tal giro.

—No va a gustarles nada que sea yo quien se una a ellos para tomar el café.

Me imagino sus caras: «Oh, tú».

—Lo haré lo más rápido que pueda —dice Carla—. Tengo una idea bastante clara de dónde debo buscar, así que, como te he dicho, hablaremos en cuanto podamos escabullirnos de ellos.

25

Respiro hondo antes de empujar la puerta del comedor. El murmullo de la conversación se detiene de inmediato y todos se giran a mirarme. Definitivamente tienen esa expresión de «Oh, tú». Todos menos Sophie, que me sonríe.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, gracias. —Le devuelvo la sonrisa—. Debe ser el delicioso aroma a café. —Señalo la cafetera de porcelana que hay en el centro de la mesa.

—¿Dónde está Carla? —Anne-Marie señala la puerta.

—Continúa en el baño —respondo—. Dijo que tenía el estómago un poco revuelto y que siguiéramos sin ella. —Se me hace un nudo en el estómago al darme cuenta de que no la van a dejar en paz: dependerá de mí evitar que vayan a controlarla.

—Será mejor que vaya a ver si está bien. —Ann-Marie empieza a levantarse.

—Yo la dejaría sola unos minutos —respondo—. Ya sabes cómo es cuando te sientes así.

—¿Cómo es que de repente sois mejores amigas? —pregunta Dominic, frunciendo el ceño.

—Solo estoy cuidando de alguien que no se siente bien. —Le dirijo la mirada más inocente que soy capaz de poner y vuelvo a sentarme a la mesa, luchando por reprimir la ira que me invade por lo que ha intentado hacerme—. Como haría con cualquiera.

—Un momento te escapas al salón diciendo que no te encuentras bien —su ceño se frunce aún más—, y al siguiente vuelves aquí diciendo que es Carla la que está enferma. —Se endereza en su asiento—. ¿Qué está pasando, Natalie?

Dominic me mira con frialdad. Sus ojos llevan así desde ayer, o

quizá siempre han sido así. Cuando empezamos a salir, me sentía tan sola que creo que solo veía lo que deseaba ver. Una parte de mí todavía no se puede creer que vaya a volver a aquellos días. Noches interminables, pasando por delante de bares y restaurantes, sabiendo que no podía entrar porque me sentaría sola…

—Así son las mujeres. —Roger sacude la cabeza mientras llena una taza de café y me pasa la cafetera. Agradezco que haya dicho algo, aunque sea tan despectivo como siempre—. Que me enseñen una que tenga claro lo que piensa y siente…, y me lo creo cuando las ranas críen pelo.

—Vale, papá. —Sophie niega con la cabeza.

—No podemos dejarla ahí. —Ann-Marie sigue en vilo al borde de su asiento, claramente debatiéndose entre ir a buscar a Carla al baño o no.

—Me dijo que no tardaría mucho —digo. Tengo el estómago totalmente revuelto. Supongo que lo que Carla ha ido a buscar tiene algo que ver con lo que la están chantajeando. Solo espero que lo encuentre y pueda sacarnos de aquí.

—Tomemos el café, mamá, y si no ha salido del baño para entonces, una de nosotras puede ir a ver cómo está. —Pero, cuando Sophie le pasa la jarra de leche a su madre, se oye un ruido sordo procedente del despacho.

Toso tan fuerte como puedo para intentar taparlo y luego digo:

—¿Qué tipo de café es este, Ann-Marie? Huele muy…

—¿Qué demonios ha sido eso? —Roger se limpia la boca con una servilleta y se levanta de un salto.

Dominic llega a la puerta antes que él.

—Está en el maldito despacho. —Se gira hacia mí—. ¿Por qué nos has dicho que estaba en el baño?

—Es a donde me ha dicho que iba. —No entiendo cómo consigo comportarme civilizadamente con él después de lo que he

descubierto en ese vídeo. Por ahora, tengo que hacerlo, pero no durante mucho tiempo más. Solo rezo para que Carla haya logrado encontrar lo que fuera que estaba buscando y se le ocurra una buena excusa para justificar su presencia allí.

—¿Quién ha dejado la puerta sin cerrojo? —ruge Roger.

—¡Entra de una vez! —chilla Ann-Marie.

Roger pasa a toda velocidad junto a ella, apartando de un codazo a Dominic de su camino.

Dominic parece avergonzado mientras sale disparado tras su padre, seguido por Sophie y luego por mí. Mientras todos avanzamos dando tumbos por el pasillo, se escucha un inconfundible ruido sordo detrás de la puerta. El sonido de una trituradora de papel.

Roger abre la puerta de un tirón.

—¡No! ¡Detente!

Una carpeta de archivador está abierta de par en par sobre el escritorio junto a Carla, que nos mira con una expresión de alegría en el rostro mientras continúa deslizando hojas en la trituradora.

Dominic se lanza hacia ella y agarra las hojas que están a medio entrar en la máquina.

—¡Zorra! —grita, sonando exactamente igual a su padre—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo?

La trituradora hace un ruido sibilante cuando Dominic intenta tirar de las hojas.

—Y esas eran las últimas. —Ella señala el escritorio—. Así que podéis coger las amenazas de lo que pasará si no recompro mis acciones de vuestra empresa de mierda y metéroslas por donde os quepan.

—Claro que no has… —En un segundo, Roger está frente a ellos, mete la mano en la carpeta vacía y le arrebata a Dominic los restos de papel que tiene agarrados con fuerza.

—Se acabó, Roger —sonríe Carla—. Ya no puedes hacerme nada.

Todos sabemos que lo que hizo mi hermano estuvo mal, pero la forma en que nos has tenido a los dos entre la espada y la pared durante todo este tiempo es mucho peor que cualquier cosa que él haya hecho jamás.

—Él manipuló el sistema —escupe Ann-Marie mientras deja que la puerta se cierre detrás de ella—. Los dos deberíais estar en la cárcel.

—En realidad, no fui yo —responde Carla—. Como sabes bien.

—Fue tu maldita empresa —grita Roger—. Te lo advierto, Carla, si no sueltas el dinero que necesitamos…

—¿Q*ué* harás? —Se acerca a él—. Ya no os tengo miedo. A ninguno de vosotros. —La mirada que le lanza a Dominic lo dice todo: está llena de odio y desprecio. Pensar que yo temía que lo quisiera de vuelta. Esto demuestra lo mal que juzgo a las personas.

Miro a Sophie, tratando de captar su atención, pero ella no me devuelve la mirada. Es difícil saber qué está pasando por su cabeza.

—Debería haberte denunciado a la Junta de Asistencia Jurídica cuando tuve la oportunidad. —La boca de Dominic se curva en una mueca de desdén—. Todos estos años he sabido lo que el corrupto de tu hermano hizo y…

—Era joven y estúpido, y tú lo sabías —le grita ella de lleno a la cara —. También sabías lo mucho que lamentaba haber hecho esas declaraciones. Pero estábamos sacando a la empresa del apuro…

—Aunque nada puede justificar robar dinero a los contribuyentes, ¿verdad? —La voz de Ann-Marie tiene un tono de desesperación que nunca le había oído antes—. Sin embargo, aún puedes enmendar tu error y revertir todo esto.

—Tu familia no sacará ni un penique más de mi empresa. —Carla se vuelve hacia ella—. Se acabó, Ann-Marie. No sabes cuánto tiempo he esperado para tener ese expediente en mis manos.

—Tenías copias de todo, ¿no? —dice Dominic, volviéndose hacia Roger.

La expresión de su padre lo dice todo. Estaba convencido de que lo tenía a buen recaudo bajo llave.

—¿Cómo puedes tratarnos así? —continúa Ann-Marie—. Te hemos cuidado como a una más de la familia. Hemos…

—¿Quieres saber cómo me *cuidaba* tu hijo antes de dejarlo? Lo violento y controlador…

—Ya basta —dice Roger con el rostro crispado y pálido—. Ya has causado suficiente daño. Lo único que te pedimos es que vuelvas a poner tus acciones en nuestra empresa.

—Sin tu ayuda, Carla —dice Ann-Marie—, sabes a lo que nos enfrentamos: cárcel y ruina financiera.

—Os merecéis la cárcel y la ruina financiera —responde ella con dureza—. Después de vuestra negligencia absoluta. Podéis sentaros aquí, en vuestra torre de marfil, pero ese pobre hombre al que *vosotros dos* matasteis era un ser humano, uno más decente que todos vosotros juntos. Alguien con un futuro y una familia.

Creo que todos se han olvidado de que estoy en la habitación. Me quedo en un rincón, observando cómo los reproches rebotan entre ellos como pelotas en una máquina de *pinball*. Es la misma sensación que tenía cuando era niña y no quería que me mandaran a la cama: si me quedaba callada el tiempo suficiente, al final se olvidaban de que estaba allí.

Carla cruza la habitación con paso firme y algunas hojas del escritorio se agitan con el soplo creado por su movimiento. Se para frente a Roger.

—Quítate de en medio, ¿quieres?

—¿A dónde crees que vas? —Roger no se mueve.

—Voy arriba a por mis cosas. Y luego me marcho.

Me mira a los ojos y el mensaje tácito parece ser una invitación a unirme a ella. Lo único que sé es que, si ella consigue marcharse, yo me voy con ella.

Sin embargo, un vistazo rápido a la ventana me dice que, con la nieve cayendo como ahora, tanto Carla como yo debemos tener cuidado. A menos que el temporal amaine, no creo que podamos salir de aquí.

¿Y quién sabe de qué sería capaz esta familia que está a punto de perderlo todo?

26

—No tan rápido, jovencita. —Ann-Marie acorrala a Carla en el pasillo —. Aún no hemos terminado.

—No tengo nada más que decirte.

Y no, no tendría por qué hacerlo. Carla ha hecho lo que vino a hacer: destruir las pruebas con las que la tenían controlada. Pero la familia Elmer no está dispuesta a dejarla escapar, eso está muy claro. Y quién sabe qué papel me tocará desempeñar a mí en todo esto.

—Me gustaría hablar contigo en privado, si no te importa. —Ann-Marie agarra a Carla por el hombro e intenta empujarla hacia la cocina.

—No hay nada que puedas decir o hacer para que cambie de opinión, Ann-Marie. Dominic y yo estamos divorciados, y cortaré los lazos con todos vosotros a partir de ahora. —Carla levanta el dedo en el aire—. Y punto.

Intenta liberarse del agarre de Ann-Marie, pero, con Roger y Dominic justo detrás de ella, no puede ir a ninguna parte. ¿Quién sabe cómo va a terminar esto? Sophie está de pie junto a la puerta principal, como si estuviera vigilando la entrada en caso de que Carla intentara salir por ahí. Aunque seguramente no lo hará. No creo que Sophie esté de acuerdo con la forma en que su familia ha estado chantajeando a Carla.

—Estás en *mi* casa. Así que se acaba cuando yo digo que se acaba, ¿entiendes? —El tono de Roger es tranquilo pero amenazante.

Nunca me ha caído bien este hombre, y con razón. Carla y yo podríamos estar metidas en un buen lío. Y después de lo que he visto en la grabación, tengo todo el derecho a estar preocupada.

Pero Sophie está aquí y estoy segura de que intervendrá si las cosas

se descontrolan aún más. Aunque ya no sé muy bien cuánto puedo fiarme de ella.

—Déjame ir a mi habitación, Ann-Marie.

—No vas a ir a ninguna parte hasta que esto se aclare. Ya ni siquiera hace falta que sean las acciones, podemos solucionarlo simplemente transfiriendo el dinero necesario a nuestra cuenta. —Ann-Marie intenta llevarla de regreso hacia el despacho—. Entonces podrás marcharte en cuanto mejore el tiempo, todos volveremos a lo nuestro y no habrá más malos rollos entre nosotros.

—Tu familia ya ha tenido más que suficiente de mi dinero. —Mientras Carla intenta abrirse paso a la fuerza a través de la barrera formada por ellos tres, intento recordar si nuestras habitaciones tienen cerrojos, pero no lo creo. Quizá tengamos que atrincherarnos en uno de los baños. Sin embargo, a juzgar por la furia en sus rostros, probablemente derribarían la puerta para agarrarnos. Solo Sophie parece mantener la calma.

De repente, Dominic se abalanza hacia delante y empuja a Carla contra la puerta de la cocina.

—¡Quítate de encima! —Su voz es un jadeo: el impacto de su espalda contra la madera parece haberla dejado sin aliento.

—¡Dominic! ¡Detente! —Me lanzo hacia ellos, pero Roger me bloquea el paso. No puedo creer lo que mi marido le está haciendo a Carla.

Busco mi teléfono en el bolsillo. ¡Mierda! Debo habérmelo dejado en el salón después de grabar el vídeo. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Por suerte, Carla consigue girarse y parece pillar a Dominic desprevenido. Aprovecha la oportunidad para darle un fuerte rodillazo entre las piernas y observa cómo él se tambalea hacia atrás, lo que le permite empujar la puerta de la cocina.

—¡Sal de aquí! —le grito—. ¡Sal por la puerta trasera! —Espero que

esté abierta, y si no, que hayan dejado la llave en la cerradura. La otra noche estaba allí.

Pero Roger y Ann-Marie salen corriendo tras ella.

—Menuda zorra. —Dominic hace una mueca de dolor y se agacha contra la pared, agarrándose la entrepierna—. ¿Qué te pasa? —Es como si acabara de darse cuenta de que sigo aquí—. ¿Te vas a quedar ahí plantada mirándome?

Me abro paso hasta la cocina, donde Roger agarra a Carla por el brazo como si le fuera la vida en ello. Ella intenta zafarse de él, tratando de soltarse, pero sin éxito.

—Solo necesitamos esa transferencia ban… —Él aparta bruscamente el brazo de ella—. Maldita… —Bajo el borde de la manga de su camisa, se ve que con las uñas le ha hecho sangrar. Pero ha vuelto a liberarse. Con suerte, esta vez podrá salir por esa puerta. Y yo iré directamente tras ella.

Se tambalea por la puerta trasera hacia el jardín, si es que puede llamarse jardín a las dos hectáreas de terreno que hay ahí fuera.

Lo ha conseguido.

Ann-Marie y Roger vuelven a ir tras ella. Los sigo. Daré la vuelta a la casa y me reuniré con Carla en la parte delantera. Aunque llevemos zapatillas, la juventud está de nuestro lado y deberíamos ser más veloces que los Elmer.

Pero entonces, cuando llego a la puerta, Dominic se me adelanta, se lanza sobre Carla y la hace caer de bruces contra la nieve, donde le presiona la nuca con todo su peso durante varios segundos.

—¡No, detente! —grito, lanzándome en su dirección hasta que Sophie tira de mí hacia atrás.

—No te metas —me insta—. Esto no es cosa tuya.

—Pero no puedo quedarme aquí sin hacer nada mientras ellos…

—¡Suéltame! —chilla Carla, agitando brazos y piernas en todas direcciones. Tira del tobillo de Dominic, haciéndole perder el

equilibrio en la nieve y caer al suelo. Ese instante es suficiente para que ella se levante tambaleándose y haga otro intento de escapar. Pero quién sabe hasta dónde podrá llegar con vaqueros, jersey y zapatillas en esta espesa nieve. Aunque quizá logre alcanzar la propiedad más cercana y pedir ayuda.

Mierda, la ha vuelto a atrapar. Y Roger también. Depende de mí ir a buscar ayuda mientras ellos están ocupados con Carla. Regreso corriendo a la casa y me dirijo hacia la puerta de la cocina, lista para escapar por la entrada principal. Al menos tendré tiempo de coger mi abrigo y mis botas al pasar.

Sin embargo, Sophie aparece en la puerta de la cocina.

—Déjame pasar.

—Te he dicho que no te metas en esto.

—Entonces, déjame pasar. —Intento abrirme paso a la fuerza. Probablemente no debería dejar a Carla a merced de ellos, pero una de nosotras tiene que salir de aquí y buscar ayuda. No sé hasta dónde llegaré, pero tengo que intentarlo.

—Soltadme, quitadme las malditas manos de encima. —La han arrastrado de vuelta a la cocina. No puedo abandonarla ahora, tengo que intentar calmarles y luego las dos nos iremos cuando ellos estén dormidos o algo así. Está cubierta de nieve y el maquillaje le corre por las mejillas mientras lucha por liberarse de Dominic—. Por favor, parad, todo esto ha ido demasiado lejos.

Ann-Marie coge el mango de la cuchilla del robot de cocina que está sobre el escurridor y lo agita frente a la cara de Carla.

—Lo que va a pasar ahora es que vas a volver al despacho y nos vas a transferir ese dinero. ¿Me oyes?

Contengo la respiración. He visto con qué facilidad esas cuchillas trituran la fruta y el hielo para los batidos matutinos de Dominic: esa cosa podría causar un daño terrible.

Carla también lo sabe, porque su voz tiembla cuando mira a Ann-

Marie.

—Puedes amenazarme con lo que quieras, pero no me sacarás ni un penique más.

—Yo en tu lugar lo pensaría muy bien —responde ella.

—Ann-Marie. —Me acerco sigilosamente por un lateral, intentando mantenerme a cierta distancia de mi suegra. Bajo ningún motivo quiero estar al alcance de ese filo—. Esto ya ha ido demasiado lejos.

—No puedo creer que sea capaz de hacerle daño a Carla. Ann-Marie será muchas cosas, pero seguro que no querrá empeorar aún más su situación. Ya se está arriesgando a ir a la cárcel. Pero, si ataca a Carla con esa cuchilla, probablemente la encierren y tiren la llave.

—Tiene razón, mamá. —Sophie se para a mi lado y me sorprende verla plantarle cara a su madre por fin—. ¿Por qué no intentamos calmarnos todos?

Carla se ríe, pero puedo percibir el miedo en su voz.

—Vamos, Ann-Marie, las dos sabemos que no me harías nada con eso. Déjalo, por el amor de Dios.

—Entonces, haz lo que ella dice. —Dominic parece apretar más fuerte el brazo de Carla.

—Suéltala. —Ann-Marie hace un gesto con la cabeza a su hijo—. Esto ahora es entre ella y yo. —Se vuelve hacia Carla—. Te he acogido en nuestra familia, te he tratado como a una hija, te hemos confiado *todo,* ¿y así es como nos lo pagas? —Su voz se eleva.

—Me *obligasteis* a venir aquí estas Navidades.

—Y solo has venido porque estabas esperando el momento oportuno para entrar en el despacho de Roger. ¿Quién te dijo dónde estaban esos documentos?

—Era obvio dónde estaban.

—Ah, vamos. Habrías tardado una eternidad en encontrar el cajón y el archivo correctos. Solo has estado allí unos minutos. —Su tono y su rostro se endurecen—. Te he preguntado quién te lo dijo.

—Nadie.

—Por favor, Ann-Marie. —Quizá solo yo pueda ver la intención en sus ojos mientras blande la cuchilla hacia Carla. Sé la desesperación que se siente por no querer ir a la cárcel, pero, si mutila a Carla o algo peor, el asunto de la caldera y los impuestos serán el menor de sus problemas.

El enfrentamiento entre ellas continúa como si se estuvieran retando mutuamente a dar el siguiente paso. Pero una de ellas no puede defenderse. Carla estará completamente indefensa contra ese objeto si Ann-Marie se decide a atacarla. Sin embargo, no creo que lo haga. Solo está intentando asustar a Carla para que haga lo que ella quiere.

—Entonces, ¿qué va a pasar? —Roger se coloca junto a su mujer—. ¿Vas a solucionarnos el problema con ese dinero o qué?

—No hará nada con… ¡Ay! —Carla grita cuando Dominic la agarra del cabello por detrás. Vuelve a chillar cuando él le tira del pelo, torciéndole la cabeza hacia atrás con fuerza.

—Harás lo que dice mi madre —gruñe él—. Arreglarás esto, o si no…

—¡Suéltala! —grito—. Esto ha ido demasiado lejos.

—¿Y tú de qué lado estás? —Roger me mira como si fuera un bicho que se ha colado en la casa desde fuera—. Siempre supe que había algo extraño contigo.

—¿Me estás acusando *a mí*?

Podría reírme, pero la situación no tiene nada de gracioso. Carla está literalmente a punta de navaja, Dominic ya ha intentado matarme —aunque él aún no sabe que lo sé— y han dejado muy claro que ninguna de nosotras se irá a ninguna parte. Sigo sin tener claro qué papel juega Sophie en todo esto. Parece bastante neutral, así que ¿por qué no me deja marchar?

Ann-Marie sigue sin apartar la mirada de Carla.

—Lo único que me importa es recuperar nuestro dinero. —Acerca la

hoja a la cara de Carla. Sigo sin creer que vaya a usarla.

—No. Es. Vuestro. Dinero —sisea Carla entre dientes.

Si estuviera en su lugar ahora mismo, haría lo que me piden. Antes de morir, mis padres siempre nos dijeron a Hayden y a mí que, si alguien nos amenazaba con un cuchillo u otra arma, debíamos entregarles lo que nos pidieran. Por desgracia, no vivieron lo suficiente para enterarse de la ironía de sus palabras.

Ann-Marie sostiene la navaja a un centímetro de la cara de Carla y no puedo creer que Carla se esté arriesgando a que la use. Un movimiento y quedará desfigurada para siempre, en el mejor de los casos.

—¡Haz lo que te piden, Carla! —chillo—. Ni todo el oro del mundo merece que te la juegues así.

—Tiene razón —dice Sophie.

Carla mira a Sophie y luego vuelve a fijar la mirada en Ann-Marie.

—Como si fuera a dejar que esta vieja amargada me gane.

—Pequeña zorra asquerosa. —Mientras escupe las palabras, Ann-Marie lanza un tajo vertical con la cuchilla, y Carla levanta el brazo para protegerse la cara. En el preciso momento en el que salto hacia ellas, la hoja le abre la piel en una línea curva, con la misma facilidad de un cuchillo cortando mantequilla.

El miedo se apodera de mi garganta cuando la sangre salpica por todas partes.

—¡Nooo!

Carla se presiona el brazo. Pero, una fracción de segundo después, la sangre brota a borbotones de entre sus dedos.

Contengo la respiración, todo parece ir a cámara lenta. Ann-Marie la ha apuñalado, la ha apuñalado *de verdad*, y por lo que se ve, en un sitio bastante delicado. Se va a desangrar, probablemente, muy rápido.

—Ayúdame. —Carla se tambalea hacia la encimera, con los ojos

desorbitados, implorándome—. ¡Por favor! ¡Por favor, no me dejes morir!

—Dios mío. —Sophie se lleva la mano a la garganta.

Pero no puedo moverme, es la sangre. No veo a Carla; estoy viendo a Kyle. No oigo los gritos angustiados de Carla pidiendo ayuda, oigo *los suyos*. Es como si estuviera en estado de *shock*, igual que cuando *él* se estaba muriendo. Y ahora Carla también va a morir, haga lo que haga cualquiera de nosotros para intentar ayudarla. Por la cantidad de sangre que está chorreando por todas partes, Ann-Marie debe haberle seccionado una arteria principal.

Se desliza por el armario hasta el suelo, con la cara tan blanca como las sábanas que siguen dando vueltas en la lavadora detrás de nosotros. No hay absolutamente nada que pueda hacer, salvo salir de aquí.

Si no lo hago, probablemente yo seré la siguiente.

27

En medio del caos que se desata, consigo volver al pasillo, pero no hay rastro de mi abrigo ni de mis botas. No me queda más remedio que salir corriendo vestida como estoy. Jadeando, lucho con el pomo de la puerta. Dudo que pueda salvar a Carla ahora, pero aún puedo salvar mi propio pellejo. Se me pasa por la cabeza volver a por mi teléfono, pero eso me haría perder unos valiosos segundos. Segundos que no tengo.

—Natalie. —Dominic se interpone entre la puerta y yo y me empuja de nuevo hacia dentro—. No puedes salir ahí fuera.

—Por favor, déjame ir, Dom. —Si uso el apodo con el que siempre le he llamado, quizá pueda despertar algo en él. Al fin y al cabo, alguna vez debió sentir algo por mí.

Vuelvo a girar el pomo, pero está cerrado con llave. No puedo creerlo. Está cerrado con llave, joder.

—Mi padre está al teléfono, pidiendo ayuda para Carla. Ven y siéntate. —Señala hacia el salón.

—«¡Ven y siéntate!». Tu madre acaba de seccionarle el brazo a tu exmujer, que está ahí desangrándose, ¿y lo único que se te ocurre decir es «Ven y siéntate»?

—Todo va a salir bien. —Me tira de la manga.

—¿Cómo sé que yo no seré la siguiente? —Echo un vistazo a mi alrededor, tratando de ganar tiempo. ¿Dónde está la llave? ¿Dónde está la maldita llave?

—No dejaría que nadie te hiciera daño, ya lo sabes, Nat. Por favor, tienes que confiar en mí.

Casi me echo a reír. *¿Confiar en él?* Pero no tiene ni idea de que he visto la grabación de lo que intentó hacerme.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Tu exmujer está al borde de la

muerte en la cocina. —Señalo hacia allí—. Tienes que volver y ayudarla.

—Ha sido un momento de locura. —Sophie se une a nosotros para alejarme de la puerta y escoltarme al salón—. Mamá no tenía intención de que las cosas llegaran tan lejos.

—Suéltame, ¿quieres? —Aparto el brazo de ella—. Soy perfectamente capaz de caminar sola. —Quiero entrar allí sin ellos para poder coger mi teléfono.

—Mamá está destrozada —continúa Sophie—, pero está haciendo todo lo posible por vendar a Carla hasta que llegue la ambulancia.

—Entonces, ¿la ayuda está en camino? —Miro hacia abajo y la bilis me sube por la garganta al ver que estoy empapada con la sangre de Carla. Cualquiera diría que he sido yo quien la ha acuchillado.

—Por supuesto que sí.

—Aunque estés diciendo la verdad, sabes tan bien como yo que es imposible que nadie llegue hasta aquí.

—Ha dejado de nevar, mira. —Dominic señala la ventana del pasillo. Sigo la dirección de su dedo y la visión del mundo exterior me devuelve a la realidad, pero también me hace consciente de la magnitud de lo que acaba de pasar—. Deberían poder despegar la ambulancia aérea, ahora está bastante despejado.

Todas las fuerzas me abandonan cuando miro a uno y luego a otro. No van a dejarme marchar, así que tendré que quedarme y seguirles el juego hasta que pueda escapar y contar la verdad sobre lo que ha pasado. Al menos alguien ha pedido ayuda. Aunque no puedo imaginar que llegue a tiempo para salvar a Carla.

—No puedo creer lo que le ha hecho. —Me apoyo contra la pared, sintiéndome mareada. «O lo que tú has hecho», quiero decirle a Dominic. Lo observo tratando de leer su expresión. Después de lo que le he visto hacer en el vídeo, sé el riesgo que corro en esta casa.

Intento convencerme de que Ann-Marie realmente actuó en un

arrebato de locura. No me hará lo mismo a mí; después de todo, ¿qué ganaría con eso? Yo no tengo dinero ni estatus, que es lo único que querían de Carla.

Sin embargo, ahora que sabe que ha perdido *toda* posibilidad de conseguir el dinero que quería, Ann-Marie se sentirá aún más desesperada por su situación de lo que ya estaba.

Por no decir desquiciada.

Sale de la cocina, seguida por su marido.

—¿Qué está pasando? —Intento echar un vistazo por detrás de ella antes de que se cierre la puerta—. No deberíais dejar sola a Carla hasta que llegue la ambulancia aérea.

—¿Quién ha dicho algo de una ambulancia aérea?

—Tú has dicho… —Me giro para enfrentar a Sophie.

—Creía que él estaba…

—No hay nada que podamos hacer —dice Dominic. Está tan salpicado de sangre como yo, ya que estaba justo al lado de Ann-Marie en el momento del acto—. Sabes tan bien como yo que se va a desangrar en el suelo.

—Parece que ya ha muerto —dice Roger, con la voz más suave que le he oído jamás.

Me quedo mirando la expresión pasiva de su rostro. Aunque se llenaban la boca diciendo que Carla era parte de su familia, ahora actúa con total frialdad, aparentemente indiferente ante lo que su mujer ha hecho.

—Dios mío, creía que habías intentado vendarla. —Me estoy aferrando a un clavo ardiendo. No han tenido intención alguna de ayudarla. Y ahora simplemente van a dejarla morir en el suelo de la cocina. ¿Qué demonios voy a hacer?

—Aléjate de ahí. —Roger me agarra del brazo cuando intento pasar.

—Estoy involucrada en todo esto, te guste o no. —Miro a mi audiencia—. No me importa de quién fuera esposa ni lo que haya

hecho, no voy a dejar que se muera ahí. No sin al menos intentar ayudarla.

—Ya es demasiado tarde para eso. —Ann-Marie se desliza contra la pared del pasillo hasta quedar en cuclillas.

—Mamá, ¿estás bien? —Sophie corre hacia ella.

—No puedo creer lo que he hecho. Se acabó todo para nosotros, se acabó todo para mí.

La miro fijamente.

—¿Eso es lo único que te importa? ¡Tú misma!

—No debería haberlo hecho —se lamenta.

—Entonces, por favor, déjame entrar y ayudarla. Quizá aún tengamos oportunidad de salvarla.

—Estoy acabada —solloza aún más fuerte—. Yo y mi estúpido carácter. ¿Qué he hecho?

—Contrólate, por el amor de Dios —le espeta Roger.

—Las cámaras —grita Ann-Marie y desvía la mirada por encima de mí—. Tenemos que borrarlas, rápido, deshacernos de las pruebas de lo que he hecho.

Miro a Dominic, tratando de evaluar su reacción a la mención de las cámaras, pero permanece impasible. Supongo que lo que intentó hacerme ayer no será su mayor preocupación en este momento.

—Tienes razón —dice Roger, dando media vuelta y dirigiéndose hacia el salón. Atraviesa la habitación corriendo y se arrodilla frente al televisor.

—¿Y Carla? —sollozo—. No podemos dejarla así.

—Quédate ahí —me indica Dominic, señalando el umbral del salón.

—¿Por qué? —Diviso mi teléfono, pero no puedo cogerlo hasta que no haya nadie mirándome.

—Porque hasta que decidamos qué hacer, tenemos que permanecer juntos.

—Tiene razón —dice Sophie, y yo la miro fijamente. Pensaba que

ella era diferente, que era de fiar, pero, al fin y al cabo, también es una Elmer.

—¿Quién ha estado mirando esto? —Roger se gira desde donde está arrodillado. El tiempo se detiene y todas las miradas se dirigen hacia la televisión—. Tú. —Me señala—. ¿Es esto lo que estabas haciendo mientras comíamos? ¿Es por eso que estabas tan desesperada por estar aquí?

Ann-Marie se pone de pie y me empuja para pasar por la puerta. Los tres miran fijamente la imagen congelada en la pantalla, justo el momento en que Dominic está sirviendo un trozo de *gâteau* en otro plato.

—Maldita víbora de… —De repente, Dominic me agarra por el hombro, clavándome los dedos con fuerza en el músculo. El miedo se apodera de lo más profundo de mi ser. ¿Qué me va a hacer ahora?

—¡Ay, suéltame! —grito.

—¿A qué demonios estás jugando?

—Cambiaste los platos —jadea Sophie, volviéndose hacia él—. Pero ¿por qué?

—Yo podría preguntarte lo mismo —dice Ann-Marie.

—Soy yo la que debería estar haciendo las malditas preguntas. —Intento zafarme del agarre de Dominic, pero me sujeta con más fuerza. Tiene una de mis manos atrapada en la suya, y con la otra me sujeta por el hombro.

—Es una pena, la verdad. —Sus dedos se hunden aún más en mi piel —. A pesar de lo que le hiciste a mi amigo, al principio me caías bien. Hasta que ayer me enteré de la historia completa, claro.

—¿Qué le hice a qué amigo? No te entiendo.

—Kyle —dice.

—¿Eras amigo de *Kyle*? —Lo miro con incredulidad.

—¿Kyle, el de la universidad? —Sophie parece desconcertada.

Debieron conocerse antes de que Kyle y yo nos conociéramos. ¿De

verdad me lo ha ocultado durante toda nuestra relación? ¿Todo lo que creía sobre él, sobre *nosotros*, ha sido una farsa?

—Fue *ella* quien lo apuñaló hasta matarlo. —Me clava el dedo en el hombro con tanta fuerza que me hace retorcerme del dolor—. Ayer la oí gritarlo en sueños. Y ha dejado que su hermano cargue con la culpa y cumpla condena por ella.

—¿Qué ha hecho *qué*? —Ann-Marie me mira con la boca abierta—. ¿Estás seguro de esto?

—¿Y te lo ha admitido? —Roger sacude la cabeza—. ¿Qué haces viviendo bajo el mismo techo que ella?

—Debes estar bromeando —dice Sophie, y el tono de su voz sugiere que he perdido a mi aliada.

—No fue hasta ayer que me enteré de toda la historia —responde Dominic—. Por eso intenté ocuparme de ella a mi manera.

Roger se acerca a mí.

—Incluso sin todo eso, se ha convertido en un lastre.

—Por favor, no. —Intento retroceder, pero, con Dominic detrás de mí, no tengo a dónde ir—. No diré nada, no haré nada, lo prometo. Solo déjame salir de aquí.

Si consigo escapar, podré pedir ayuda para Carla; quizá aún no sea demasiado tarde. Mis ojos se posan una vez más en mi teléfono. Tengo que cogerlo y luego salir de aquí.

—Pásame ese teléfono, papá. —Dominic ha de haber seguido mi mirada, porque suelta una de las manos que me sujeta y la extiende hacia su padre, señalando con la cabeza el brazo del sofá—. Es el suyo. Hay que deshacerse de él.

Roger lo coge y lo lanza al suelo delante de Dominic.

—¡No! *¡Por favor!*

No puedo hacer nada para evitar que lo pisotee. Una, dos, tres veces.

Dios mío, es un maníaco. ¿Qué demonios voy a hacer ahora?

Probablemente Carla esté muerta, todos se han vuelto contra mí y no tengo teléfono para pedir ayuda. Mientras Dominic está ocupado pisoteando mi teléfono, me abalanzo hacia la cocina. Es ahora. Esta podría ser mi última oportunidad para escapar de ellos.

Intento agarrar el pomo de la puerta de la cocina, pero Dominic me atrapa el brazo en pleno movimiento y me lo retuerce a la espalda. Suelto un alarido de dolor.

—No vas a ir a ninguna parte. —Dominic me aplasta contra la puerta.

—Suéltame. Quítate de encima. —Me retuerzo y me contorsiono, pero no tengo posibilidades contra el peso que ejerce sobre mí.

—¿Qué demonios vamos a hacer con ella? —La presión de su cuerpo contra el mío se intensifica.

—Sophie, ayúdame, por favor. —Ella se queda ahí parada, mirando. Pero sé que no va a ayudarme. Es su hija, hermana de Dominic, y es poco probable que se ponga en su contra.

—Podría asumir la culpa de lo que le ha pasado a la otra, para empezar. —La voz de Roger suena detrás de mí.

—No es mala idea.

—¿De qué estáis hablando? —jadeo, quedándome repentinamente sin fuerzas, atrapada entre los brazos de Dominic.

—Era obvio lo celosa que estabas de ella —dice Dominic, su voz está tan cerca que me hace cosquillas en la oreja—. Era inevitable que acabaras estallando.

—No tienes forma de cargarme eso a mí —grito—. Además, los forenses demostrarán lo contrario.

—Lo habremos limpiado todo antes de que ellos lleguen —dice Roger.

—Esto ha ido demasiado lejos, papá, mamá. Vamos. —Al menos Sophie por fin está intentándolo—. Tiene que haber una forma mejor de salir de esto.

Sigo intentando zafarme de Dominic.

—Por favor, escúchala y déjame ir a ver a Carla. Luego me largaré. Si me dejas marchar, no diré ni una palabra de esto.

—Claro que no —se ríe Dominic—. Como si fuera posible.

—¿De verdad crees que podemos culparla de lo que he hecho, Roger? —dice Ann-Marie desde algún lugar detrás de mí.

—Siempre y cuando nos pongamos de acuerdo con nuestras versiones y nos mantengamos unidos. Al fin y al cabo, ¿a quién va a creer la policía? ¿A gente de buena familia, como nosotros, o a alguien con sus antecedentes?

Dominic me aprieta con más fuerza.

—Depende de nosotros asegurarnos de que la condenen por asesinato —dice—. Como debería haber sido desde un principio.

—Carla podría seguir viva ahí dentro. —La voz de Roger se endurece de nuevo.

—Lo dudo, pero ve a echar un vistazo. —La voz de Ann-Marie tiembla—. No puedo soportar volver allí.

A pesar de estar presionada contra la puerta, no he oído ni un solo ruido procedente de la cocina. Lo único que sé es que, después de la cantidad de sangre que la he visto perder frente a mis ojos, es imposible que Carla siga viva.

—Sujétala. —Roger asiente con la cabeza en dirección a Dominic—. Y déjame pasar.

Lucho por mantenerme en pie mientras Dominic tira de mí hacia atrás. Roger se acerca a la puerta de la cocina, la empuja y se asoma.

Aguanto la respiración.

—No vais a creer esto —comienza mientras se gira hacia nosotros—. No está.

28

—No puede haberse ido. —Ann-Marie corre hacia la cocina tras él—. Estaba prácticamente muerta. Ni siquiera estaba consciente.

—Es imposible que haya podido levantarse después de algo así. —Sophie entra tras ellos.

Dominic me lleva a rastras hacia la puerta, supongo que para verlo por sí mismo. No soporto estar tan cerca de él y todavía estoy conmocionada por el hecho de que fuera amigo de Kyle. Era tan convincente cuando nos conocimos. Sigo sin entender nada. Necesito saber, necesito que me lo cuente, pero ahora mismo quizá haya otras prioridades.

Espero que la conmoción por la desaparición de Carla le haga aflojar su agarre para poder volver a escaparme, pero no lo hace. En cambio, me aprieta con más fuerza que nunca.

—Tú has visto lo que ha pasado aquí. —Ann-Marie, con el rostro más demacrado y pálido de lo habitual, está de pie junto a la isla, inspeccionando el charco de sangre sobre el que dejó a Carla. Hay más sangre salpicada por los armarios junto al fregadero, el sitio donde Ann-Marie arremetió con la cuchilla.

Sophie sale disparada por la puerta trasera.

—¿Habrá salido por la puerta de atrás?

Roger sale corriendo tras ella.

—En ese caso, debería haber sangre por todas partes.

Miro la distancia que hay entre el charco de sangre en el que estaba tumbada y la puerta trasera, esperando ver un rastro. Pero no hay nada.

—No puede haber llegado muy lejos, ¿verdad? —La voz de Dominic suena muy fuerte junto a mi oído.

—Que alguien vaya tras ella —grita Ann-Marie—. Aunque imagino

que solo la encontraréis tumbada bocabajo en algún sitio.

—¿Y qué hacemos con esta? —Dominic me empuja hacia delante, pero sigue sujetándome con fuerza—. En cuanto la suelte, intentará escapar.

—Yo iré tras Carla.

—¿Vas a salir *así*? —Ann-Marie mira a Sophie de arriba abajo.

—Voy a coger mi abrigo y las botas.

—Pues date prisa. —Señala hacia la puerta justo cuando un montón de nieve se desliza desde un alféizar, cubriendo cualquier huella que hubiera quedado de la pelea anterior—. El solo hecho de que Carla haya conseguido salir de aquí demuestra que va a por todas.

Sophie se abre camino de un empujón y sale corriendo al pasillo.

—Llámanos cuando la encuentres —grita Dominic.

La puerta se cierra de golpe detrás de ella.

—Pensándolo bien —dice Roger, resbalando sobre la sangre al volver hacia nosotros—, enciérrala en una de los cobertizos hasta que lo aclaremos todo y decidamos cómo vamos a manejar esto. El más alejado de la casa, que es el más seguro.

—¡No, por favor!

—Está bien, entonces vendrás conmigo. —Dominic me patea en el hueco detrás de la rodilla, doblándome así la pierna antes de empujarme hacia la puerta abierta.

—No, no, me moriré congelada ahí fuera. —Lucho por liberarme de su agarre. El frío que emana a través de la puerta de la cocina es tan agudo como la cuchilla que ha causado tanto daño—. Por favor, ¿no puedes encerrarme en el dormitorio? Por favor, Dominic, no me encierres fuera.

—Solo será hasta que limpiemos todo y llegue la policía —dice Ann-Marie con una voz más suave, como si con eso se borrara lo que ha pasado—. Vamos, Dominic, sácala de aquí.

—Luego podrás ir a una comisaría agradable y calentita. —

Desengancha una llave del estante cuando llegamos a la puerta—. Que es donde deberías haber estado todo este tiempo.

El aire helado me deja sin aliento.

—Por favor, te lo ruego, Dom, no me hagas esto. Sabes lo mal que lo paso con el frío. —La nieve llena mis zapatillas tras dar unos pocos pasos.

Miro a mi alrededor en busca de rastros de sangre o huellas de Carla, pero no hay absolutamente nada aquí afuera.

Después de lo que le ha hecho Ann-Marie, ¿cómo puede siquiera seguir viva? No puede haber desaparecido sin dejar rastro. Debería haber un reguero de sangre extendiéndose desde el charco en el que la dejaron inicialmente. Recuerdo demasiado bien cómo la sangre se expandía después de lo que le hice a Kyle.

Dominic no responde, parece concentrado en mantenerse estable en la nieve mientras me lleva al cobertizo que comienza a divisarse a través de la niebla.

—Por favor, Dominic, no tenía ni idea de que conocías a Kyle. Pero tú no conocías su verdadero yo. Ni lo que me hizo pasar y lo abusivo que era.

—Cállate, ¿quieres?

Nunca me habría acercado a Dominic si hubiera tenido la más mínima sospecha. Solo sabía que él conocía la versión del periódico sobre mi historia cuando nos conocimos, pero, bueno, casi todo *el mundo* la conocía.

Me retuerzo entre los brazos de mi marido, tratando de mirarlo a los ojos; tiene que existir alguna forma de hacerle cambiar de opinión sobre lo que me va a hacer.

—Lo que no entiendo es cómo has podido siquiera acercarte a mí si Kyle era tu amigo y estabas tan afectado por su muerte.

—Pensaba que había sido tu hermano. Eso ya era horrible de por sí.

—Pero ¿casarte conmigo? —Simplemente no puedo creerlo.

—Me gustabas, Natalie. Lo que hiciste estuvo muy mal, pero decidí que ya habías sido castigada lo suficiente. Pero resulta que no es así.

—Sinceramente, Dom, él me pegaba, me insultaba…

—Es imposible que Kyle te maltratara como dices. Imposible. Yo compartía habitación con él.

—Estoy diciendo la verdad.

—Es fácil mentir cuando alguien ya no está aquí para defenderse. Pero no pasa nada, ahora sí vas a recibir tu merecido.

—No tienes ni idea de lo brutal que era conmigo cuando no había testigos. —Mis lágrimas son lo único que mantiene el calor de mi rostro. Después de todo lo que Hayden sacrificó por mí, debería haberme quedado sola. Fui una estúpida al arriesgarme a que alguien descubriera la verdad. Ahora sé que salté de la sartén al fuego. Por lo que Carla ha llegado a contarme, sumado a lo que vi en la grabación, Dominic es tan maltratador como lo era Kyle.

—Siempre supe que había más de lo que contaste en el juicio.

—Espera, ¿estabas en el juicio? —No es que yo sea capaz de recordar las caras de la tribuna del público. Todo era una completa nebulosa. Los asientos estaban abarrotados de partidarios de Kyle, y su odio se propagaba por toda la sala, envolviéndonos por completo todo el tiempo. Me sorprende que no estallaran en aplausos cuando finalmente nos sentenciaron.

—Por supuesto que estuve en el juicio.

—Lo apuñalé en defensa propia, Dominic —sollozo—. Era él o yo.

—Doce veces —gruñe él.

Hayden le romperá los huesos a Dominic cuando salga de la cárcel, independientemente de si consigo salir de este edificio en el que está a punto de encerrarme. Antes de que nuestra madre muriera, le prometió que *siempre* me cuidaría, pasara lo que pasara. Me anteponía constantemente a sí mismo cuando éramos adolescentes, a lo largo de los sucesivos hogares de acogida en los que vivimos. Sus

amigos se reían de él por dejar que su hermana pequeña, nada guay, le siguiera a todas partes, pero a él no le importaba. Trabajaba los fines de semana para darnos algún extra, me protegía de los matones del colegio y estaba ahí para mí día y noche cuando las cosas se ponían difíciles. Como solía ser el caso.

Luego hizo el mayor sacrificio por mí, anteponiéndome a sí mismo.

Dominic me empuja hacia delante.

—Es la hora, hemos llegado. —Aunque ahora estamos lejos de sus padres, sigo sin lograr convencerlo—. Al menos, encerrándote ahí, puedo darte la justicia que nunca te dio el tribunal.

—¿Me traerías mi abrigo y unas mantas? —Giro la cabeza, intentando una vez más mirar a Dominic a los ojos. Tiene que haber un atisbo de conciencia en algún lugar—. Por favor, Dom.

—No me llames así nunca más. Y ni siquiera te atrevas a mirarme —espeta—. No después de lo que has admitido. —Me empuja contra la puerta, presionando su cuerpo contra mi espalda. Me raspo la cara contra la madera astillada mientras él forcejea con la llave y el candado, que parece de lo más pesado. Será imposible romperlo de una patada, desde luego. Probablemente tendré más posibilidades de éxito pateando las paredes interiores para ver si alguna cede, una vez que se haya ido.

Desliza el candado del gancho.

—Entra ahí. —Intenta empujarme hacia delante, pero clavo los talones en el suelo.

—No me hagas esto, Dom. Alguna vez tuviste que quererme, si no, no te habrías casado conmigo.

—Nunca te he querido. Me casé contigo para vengarme de Carla —responde—. Tú estabas ahí. Eras conveniente. Pensé que la pondría lo bastante celosa como para que quisiera volver conmigo.

—Pero si me dijiste que te gust*aba* —grito—. Entonces, ¿cuál de esas dos cosas es verdad?

—Ambas —responde—. Qué idiota fui.

—No tenías ninguna oportunidad de recuperar a Carla —le grito—. Me ha contado la suerte que tuvo de escapar de ti. Ojalá me lo hubiera dicho antes. Pero tú me engañaste por completo, ¿verdad? Con tus mentiras y tus promesas vacías.

—No estás en posición de ir repartiendo insultos, Natalie. Vamos, entra ahí. —Me empuja hacia delante con la intensidad del primer impulso de un niño en un columpio.

Grito al caer al suelo.

—Por favor, por favor, no me dejes aquí.

—Hago esto por Kyle. —Cierra la puerta de golpe y luego forcejea con la cerradura hasta que hace clic, lo que indica que estoy encerrada a cal y canto. Una parte de mí agradece que me haya dejado sola para poder aclarar mis ideas y pensar en cómo escapar. La otra parte está aterrorizada. Morir congelada es una posibilidad real.

Solo puedo esperar que, dondequiera que esté, Carla siga viva y esté de camino a ayudarme.

Temblando, miro cómo la luz del día se cuela por las esquinas de la construcción. Está completamente vacía y recuerdo haber oído a Ann-Marie hablar con una de sus amigas en la barbacoa sobre cómo pensaba convertirla en una sala-jardín donde poder trabajar, para salir un poco de casa.

Camino dando tumbos de un rincón a otro, buscando en el suelo algo, *cualquier cosa*, que pueda usar para salir de aquí, o alguna tela o saco viejo con los que envolverme para entrar en calor. Pero no hay absolutamente nada.

Me castañetean los dientes del miedo y el frío y no tengo idea de qué hacer. Si me dejan aquí fuera, en unas horas oscurecerá y la temperatura volverá a caer, sin duda, a varios grados bajo cero.

—¡Sophie! —Golpeo las paredes. Ella está ahí fuera, buscando a

Carla. Seguro que ella me dejaría salir. Puede que sea una Elmer, pero es la más decente de todos ellos.

Grito y grito hasta quedarme ronca. Pero, en realidad, sé que no hay nadie fuera que pueda oírme. La casa más cercana está a cinco minutos en coche. Y este cobertizo está lo bastante lejos de The Elms como para que, incluso cuando Sophie regrese, no pueda oírme. Podrían decirle que me he ido por mi propia voluntad y ella no se enteraría de nada.

Vuelvo a dar vueltas por el espacio, esta vez tanteando y presionando todas las paredes con mis dedos, ahora entumecidos. No parece haber ningún punto débil por el que abrirme paso, pero las dos paredes más bajas ceden ligeramente cuando las empujo.

Le doy una patada a una de ellas, gruñendo por el esfuerzo. Luego otra vez, y otra más. Con cada empellón, la pared se desplaza ligeramente, pero aún queda mucho para que se derrumbe. Al menos lo que estoy haciendo me mantiene caliente. Esto es lo que tengo que hacer: seguir moviéndome, dando saltos de tijera, lo que sea, hasta que alguno de ellos me deje salir.

Ann-Marie lo hará tarde o temprano, ella misma ha dicho que mi estancia aquí sería solo temporal hasta que limpien las pruebas. Luego llamará a la policía y dirá que fui yo quien apuñaló a Carla.

No me importa si intentan echarme la culpa de lo que ha hecho ella; los forenses no tardarán en demostrar lo contrario, ya que es imposible que puedan limpiar *todos* los rastros de evidencia. Me froto la cara, rascándome las gotas de sangre seca de Carla. Ann-Marie tiene razón: a primera vista, probablemente parecerá que fui yo quien lo hizo, ya que estaba justo en la línea de fuego de ese primer borbotón de sangre. Le dirán a la policía que yo era la esposa celosa que arremetió contra su adversaria en un ataque de ira, pero de alguna manera conseguiré que la policía me crea.

En cuanto a lo que pasó con Kyle, si Dominic empieza a soltarle

todo a la policía, mi hermano, como ya ha demostrado incontables veces, me respaldará hasta el final. Y después de todo lo que ha pasado en esta casa en los últimos días, no debería ser tan difícil desacreditar a Dominic. Sobre todo, si consigo salir de aquí y unirme a Carla.

El rostro de Carla vuelve a aparecer en mi mente. «Por favor, dime que estás bien», susurro en el silencio. Espero por Dios que haya conseguido llegar a algún sitio y dar la señal de alarma.

Dondequiera que haya acabado después de lo de la cocina, y si es que sigue viva, no tendrá ni idea del lío en el que estoy metida.

29

Tengo tanto frío que no recuerdo cómo es estar caliente. Cierro los ojos e intento recordar algunas comodidades hogareñas: una taza de té humeante, un abrazo acogedor, una chimenea encendida, un jersey mullido… Pero, cada vez que cierro los ojos, lo único que veo es sangre brotando a chorros. Y ya no sé si es de Kyle o de Carla.

¿Estará muerta? ¿Va a volver para ayudarme? ¿Me merezco que me dejen aquí fuera, congelándome hasta morir?

Me levanto del suelo, soplándome las manos mientras salto de un pie a otro. No puedo rendirme, tengo que luchar. Puede que la vida haya sido una mierda hasta ahora, pero las cosas pueden mejorar. Todavía me queda tanto por vivir que esto no puede acabarse aquí, al menos no así.

Reuniendo todo lo que me queda de fuerzas, vuelvo a hacer saltos de tijera. Si cierro los ojos y uso mi imaginación, casi puedo imaginarme que estoy haciendo el calentamiento de piernas, glúteos y abdominales. «Vamos, chicas, a moverse».

Solo consigo hacer unos diez antes de tener que parar, agotada. Pero no logro entrar en calor. Me froto los brazos y miro fijamente la puerta. Ann-Marie debía volver a por mí, o eso dijo que haría. Pero ¿qué hará conmigo después?

Corro hacia la puerta otra vez, y la golpeo y la pateo con todas mis fuerzas.

—¡Sophie! ¡Sophie! ¡Por favor! ¡Ayúdame! ¡Déjame salir de aquí!

No sé cómo su conciencia les permite tenerme encerrada aquí fuera. Quizá esperen que a estas alturas ya me haya muerto congelada y estén inventándose alguna historia para justificarse. La verdad es que, a menos que consiga volver adentro en las próximas dos horas, moriré congelada.

Tras el escaso almuerzo, que es todo lo que he comido hoy, se me está acabando la energía para seguir haciendo saltos de tijera. Pero, sin ellos, no puedo mantener la circulación sanguínea. Sin embargo, más que comida, lo que necesito es algo de beber. Necesito beber con desesperación, con verdadera desesperación. Hay tanta nieve ahí fuera que podría derretir para saciar mi sed, pero no puedo alcanzarla.

Miro fijamente las grietas por las que se filtra la luz moribunda en las esquinas de lo que se ha convertido en mi celda. De verdad voy a morir aquí y no hay nada que pueda hacer.

Levanto la cabeza del suelo. Debo haberme quedado dormida. Estoy entumecida de la cabeza a los pies, pero ya no siento frío. Ni siquiera tiemblo, así que quizá ya esté muerta. Me clavo las uñas en la parte carnosa de la palma de la mano, pero no siento nada en absoluto.

¿Dónde demonios está Carla? ¿Está tirada en algún sitio, desplomada sobre la nieve, un cadáver congelado esperando a que lo encuentren?

Llevo aquí tanto tiempo que no tengo ni idea de qué hora es ni si ha nevado más. De ser así, podrían pasar días antes de que encuentren el cuerpo de Carla y, en cuanto al mío, quizá no lo encuentren nunca. Quizá me pudra aquí, sola, sin que nadie lo sepa ni se moleste en venir a comprobarlo. Solo mi hermano notará mi ausencia, y eso no será hasta dentro de dos o tres semanas, cuando no haya ido a visitarlo. Incluso entonces, no es que él pueda hacer nada desde donde está. Ni siquiera sé si podrá denunciar mi desaparición. Quizá algunas de mis clientas se pregunten dónde estoy cuando intenten reservar su próxima cita para hacerse la manicura, pero, sin duda, se encogerán de hombros cuando no les responda y buscarán a otra persona.

Nadie me buscará. Carla, si sigue viva, es mi única esperanza.

Solo puedo culparme a mí misma. Es culpa mía, por estúpida, por

haber dejado que alguien se me acercara demasiado.

Me dije a mí misma que la intensidad inicial de Dominic era parte de su personalidad, que era porque me deseaba mucho; en verdad, había un brillo en sus ojos y un tono en su voz al hablarme que nunca pude definir muy bien. Era como si me quisiera, pero al mismo tiempo, todo lo contrario.

Así que la última cosa que jamás esperé oír de su boca eran las palabras: «¿Quieres casarte conmigo?».

Levanté la cabeza de golpe, aturdida, mientras pelaba patatas en el fregadero.

—¿Qué demonios te ha hecho decir eso?

Él sonrió, me tomó la barbilla con los dedos y la alzó hacia su rostro.

—¿Vas a responder a mi pregunta o no?

Dudé, por supuesto que lo hice. Solo llevábamos juntos unos pocos meses, aunque él pasaba en la casa que yo alquilaba a sus padres mañana, tarde y noche antes de que nos mudáramos a la suya. Su presencia era tan intensa que, a veces, me sentía asfixiada; sobre todo después de todo lo que había ocurrido con Kyle. Y tampoco es que Dominic se hubiera puesto de rodillas delante de mí: más bien me dio la impresión de que la propuesta ni siquiera había sido planeada.

Pero, desde que Hayden había entrado en la cárcel, detestaba estar sola. De verdad, lo odiaba con todas mis fuerzas, incluso le tenía miedo, así que quizá me lancé demasiado rápido a los brazos del primer hombre que mostró un mínimo interés por mí.

—Vamos, Natalie, nos mudaremos juntos de verdad y podremos hacer que esto funcione.

—Pero ¿qué pasa con tus padres? No me soportan. —Era el eufemismo del siglo. Incluso antes de siquiera haber posado los ojos sobre mí, ya se habían hecho una opinión. A decir verdad, no puedo

culparlos; mi historial no me convierte precisamente en la nuera ideal.

—Te casas conmigo, no con mis padres.

—¿Acaso me has comprado un anillo? —Bajé la mirada hacia sus manos.

—Bueno, no, no exactamente, pero eso lo podemos arreglar después, ¿no? De hecho, di que sí y nos vamos ahora mismo a elegir uno.

Y así lo hicimos. Me compró un precioso zafiro. Ahora está tan oscuro aquí que no lo puedo hacer brillar al girarlo en todas direcciones. Probablemente nunca volverá a ver la luz del día. Como yo.

Un búho ulula en la distancia. Las palabras de Ann-Marie, aquellas a las que me he estado aferrando, fueron en vano. Ninguno de ellos volverá a buscarme. Probablemente estén durmiendo, calentitos en sus camas, con la esperanza de que yo ya haya muerto. No puedo creer que Sophie esté de acuerdo con todo esto, pero quizá le hayan contado algo más. Quizá ni siquiera sabe que estoy encerrada aquí.

Ya he dejado de temblar: es como si mi cuerpo se estuviera rindiendo. Al fin y al cabo, no tiene mucho sentido que siga intentando mantener el calor. Probablemente vaya a morir aquí, haga lo que haga. Ya no me quedan fuerzas para levantarme del suelo, así que hacer más saltos de tijera no tiene sentido. Estoy fuera de combate y solo quiero dormir. Si duermo, seré menos consciente de mi situación y no quiero estar despierta cuando llegue el final. Solo quiero deslizarme en paz de este mundo al siguiente. Pero ¿me lo permitirán? ¿Después de lo que hice?

Mientras intento volver a dormirme, siento calor alrededor de la pelvis. Por un momento, lo agradezco, aunque mi cerebro desorientado no me permite entender qué lo ha provocado. Pero, cuando el hedor a orina invade mis fosas nasales, me doy cuenta de

que me lo he hecho encima. El olor me hace levantar la cabeza para vomitar, aunque no sale nada. No hay nada que vomitar.

Nadie vendrá a ayudarme y este será el lugar de mi descanso final. Aquí, en un suelo duro y asqueroso, tumbada en un charco de mi propia orina, mientras la oscuridad avanza lentamente hacia un nuevo día que no tendré oportunidad de ver.

Entonces la cara de Hayden aparece en mi mente, como instándome a presentar batalla.

«Vamos, hermanita. Hazlo por mí. Levántate del suelo y muévete».

Mi hermano lo sacrificó todo por mí, ¿y para qué? ¿Para que acabara con otro hombre que solo quería hacerme daño?

Una cosa es segura: si alguna vez salgo de aquí, voy a confesar lo que le hice a Kyle y por qué. Me aseguraré de que mi hermano sea liberado, que es lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. No puedo creer que haya tenido que pasar por todo esto para darme cuenta.

Cumpliré mi condena, por supuesto que lo haré. Pero al menos mi conciencia estará limpia por fin.

No sirve de nada, no puedo levantarme. Y el charco en el que estoy tumbada ha comenzado a enfriarse. Pronto se congelará y probablemente acelerará mi muerte. Mi respiración es lenta y dolorosa.

No creo que tarde mucho en librarme de este sufrimiento.

CARLA

30

—Mamá, papá, ella es Carla. Carla, te presento a mis padres.

—Hola —dije—. Gracias por invitarme.

—Me alegro mucho de conocerte al fin. —Ann-Marie me envolvió en sus brazos y, al separarse, extendió la mano hacia atrás y sacó un regalo envuelto—. Es un pequeño detalle para darte la bienvenida a la familia —dijo.

Roger se quedó atrás, aunque la mirada expectante en su rostro delataba que esperaba recibir él también algo de atención.

—Hola, Roger —dije—. He oído hablar mucho de ti.

—Espero que todo bueno —rio—. Ven, déjame hacerte una visita guiada a The Elms y luego terminaremos en nuestro pequeño bar del salón de recepción.

Dominic hizo una mueca a su espalda y yo luché contra mis ganas de reírme. ¿Quién demonios dice «salón de recepción» hoy en día?

—Si juegas bien tus cartas, Carla —dijo Roger cuando lo seguimos a la cocina—, si Dominic y tú os casáis, algún día todo esto será vuestro. —Abrió los brazos en un gesto amplio, como queriendo abarcar la casa.

—Oh, yo tengo mi propio negocio —reí—. Mi hermano y yo tenemos un bufete de abogados. No estoy con Dominic por lo que pueda aportar a mi matrimonio.

—Eso hemos oído —replicó Ann-Marie con entusiasmo—. Dominic nos ha contado lo bien que le va a tu empresa. ¡Enhorabuena!

—Siempre y cuando no firmes uno de esos ridículos acuerdos prenupciales —añadió Roger—. Como puedes ver —dijo, recorriendo la habitación de un lado a otro con la vista—, no es necesario.

—Bueno, en realidad aún no hemos llegado a…

—¿Quieres decir que aún no le has pedido matrimonio? —Roger

sacudió la cabeza—. Dominic Elmer, no la dejes escapar.

Era la tercera vez que conocía a los padres de uno de mis novios, pero aquello no podría haber sido más incómodo. Ann-Marie y Roger me trataban como si fuera de la realeza: nada les parecía demasiado, pero su atención era sofocante. Estaban demasiado entusiasmados por que Dominic y yo diéramos el siguiente paso y, cuando dos semanas más tarde me regaló un precioso anillo, aunque mi lado sensato me decía «No, no, no», no podía dejar de pensar en todas las personas a las que decepcionaría si rechazaba su propuesta. Además, nada nos impediría disfrutar de un largo compromiso.

—Está moviendo los ojos, fíjate. Estoy seguro. ¿Has visto cómo se mueven sus dedos?

No reconozco las voces, pero escucho ruidos de máquinas pitando a ambos lados de donde estoy tumbada. Debo estar en el hospital, y no puedo creer que, de alguna manera, haya sobrevivido. No tengo ni idea de cómo; después de todo, ni siquiera pude llegar a la casa que divisaba a lo lejos. Cuando el mareo me impidió dar un paso más, me desplomé de bruces en la nieve y, en cuanto aterricé y el frío me caló hasta los huesos, supe que no volvería a levantarme.

La sangre había empapado el mantel con el que me había vendado el brazo antes de escapar por la puerta trasera de The Elms y pensé que moriría allí. Era una lotería saber qué me mataría primero: la pérdida de sangre o el frío glacial.

—Estás bien ahora —dice una voz amable a mi lado—. Duerme un poco más si lo necesitas. Uno de nosotros se quedará cerca para cuando te despiertes.

Las lágrimas brotan de mis ojos al sentir el calor de una mano sobre la mía. Dondequiera que esté, me siento arropada y a salvo. En la calidez de esta habitación, rodeada de gente que cuida de mí, puedo volver a dejarme ir, aunque, por desgracia, tengo poco control sobre a dónde...

—Tendré que hablar con él —le dije a mi asistente personal cuando me avisó de que Dominic había llamado por quinta vez en una hora —. Es la única forma de deshacernos de él.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Pásamelo a mi despacho, ¿quieres?

—¿Quieres que avise a Liam de que te está molestando? —Se levantó de su escritorio.

—Todavía no. —Lo último que necesitaba era que mi hermano se metiera en el asunto. Si se enteraba de lo que estaba haciendo Dominic, lo solucionaría a su manera. Y, después de todo lo que había pasado, probablemente terminaría recurriendo a un palo de golf o un bate de críquet.

—¿Qué quieres? —Me hundí en mi silla de oficina y miré por la ventana a la gente que pasaba apresurada con sus bolsas de compras navideñas. Anhelaba su normalidad: esperar con ilusión las fiestas con la familia y que las mayores preocupaciones fueran dónde dormiría cada uno o cuántas verduras habría que pelar.

—¿Por qué demonios has vendido tus acciones, Carla?

No podía fingir que no me esperaba esa pregunta.

—Dominic, estamos divorciados y tú te has vuelto a casar.

—Eso no explica por qué te has retirado.

—¿Por qué no querría una salida limpia? Además —para ese momento ya me había puesto en modo jurídico—, ya no quiero tener nada que ver con lo que ocurre con tus padres.

—¿Y tu promesa de seguir representándolos en los tribunales? He oído que también te has echado atrás con eso.

—No quiero ser…

—Pero ellos cuentan contigo, como bien sabes. Tienes que reconsiderarlo todo, Carla, por su bien, si no por el mío. Sabes que siguen considerándote parte de la familia.

—Lo siento, Dominic. He tomado una decisión, en ambos aspectos.

—Sabes tan bien como yo —ahora su voz había adquirido el tono que yo solía temer— que no tienen *ninguna* posibilidad de defenderse en el juicio, no con lo que tienen en contra. ¿Y cómo van a pagar esa deuda tributaria sin tu inversión?

—Ese ya no es mi problema, Dominic. Lo lamento mucho. —No era cierto, pero intentar apaciguarlo seguía siendo mi reacción instintiva.

—No tanto como lo lamentarás si no das marcha atrás, Carla.

—Espera un momento, ¿me estás amenazando? ¿No crees que ya aguanté bastante de eso cuando estábamos casados?

—Está bien, si no son las acciones, ¿qué tal un préstamo? Papá ya te ha llamado para comentártelo, ¿no?

¿Es que esa maldita familia nunca me iba a dejar en paz?

—Le dije que no y también te digo que no a ti.

—Por el amor de Dios, lo que te piden no te costaría mucho. ¿Cinco millones de libras y un par de días de tu precioso tiempo en los tribunales?

—He dicho que no.

—Después de todo lo que han hecho por ti…

—¿Como qué?

—Mamá te ha tratado como a su propia hija, ya lo sabes.

—Eso es por lo que *tengo*, no por lo que *soy*, como muy bien sabes.

—No solo estás poniendo en peligro su patrimonio y su libertad, también estamos hablando de mi herencia y de la de Sophie. Vamos, Carla, estuvimos casados, eso tiene que significar algo para ti. ¿Y por qué querrías castigar también a mi hermana?

Así que esa era la única razón por la que Dominic se jugaría el pellejo. *Su herencia*. Esa de la que se había quejado tanto. Aunque, con los problemas que los acechaban, los Elmer tendrían que usar todo el valor neto de su casa y lo que quedara de su negocio tan solo para saldar deudas. Pero, incluso así, podrían seguir debiendo dinero.

—Tendrás que buscarte otra fuente de ingresos, Dominic. Yo no quiero saber más nada.

—Está bien, de acuerdo. Esperaba no tener que tomar este camino, pero no me dejas otra opción.

—¿Qué camino? ¿De qué estás hablando?

—Seguro que no hace falta que te recuerde las..., ¿cómo las llamamos?, indiscreciones legales de Liam.

—¿Perdón?

—¿No me has escuchado?

Era la primera vez que mencionaba lo que Liam había hecho desde que comenzaron las acciones legales contra los Elmer. Siempre lamentaré haberles permitido que me tuvieran entre la espada y la pared, pero lamento aún más el día en que acepté que Dominic se hiciera cargo de la contabilidad de nuestra empresa. Fue en los primeros tiempos, cuando tenía la falsa ilusión de que podía confiar en él. Pero la cláusula de confidencialidad que había firmado en ese momento resultó no significar gran cosa. Aun así, no iba a permitir que pensara que me había inquietado.

—Haz lo que quieras, Dominic. De todos modos, no tienes forma de probar nada. —Era cierto. Sí, tal vez él supiera de nuestra situación en aquel entonces, pero todo había sido meticulosamente barrido bajo la alfombra. Las irregularidades de nuestra empresa habían desaparecido sin dejar rastro: ojos que no ven, corazón que no siente.

Aunque hacer correr la voz con sus acusaciones y comentarios a otras empresas y clientes sería muy perjudicial para nuestra reputación.

—Oh, creo que descubrirás que sí puedo.

—¿Cómo? —le pregunté, aunque en ese momento supe exactamente cómo. Qué ser tan retorcido.

—Lo tengo todo documentado por escrito. Llámalo mi seguro.

—No te creo.

—Ya me conoces. —Su voz rezumaba petulancia—. Siempre he sido de los que no dejan cabos sueltos. Al fin y al cabo, nunca se sabe cuándo pueden ser útiles estas cosas.

Fue entonces cuando conocí el verdadero significado de la expresión «se me heló la sangre». Había hecho copias de los documentos que creía destruidos hacía tiempo. Mi exmarido me estaba chantajeando.

—Por eso te estoy llamando, Carla. Y, si no te hubieras desvinculado por completo de lo de mis padres, no me vería obligado a hacer esto.

—¿De verdad hiciste copias de los documentos?

—¿Creías que no iba a aprovechar el acceso que tenía a tus archivos?

Entonces supe que tendría que ganar tiempo con él y con sus padres, no solo con lo del dinero, sino también con lo de seguir representándolos en el cargo por negligencia. Había estado con ellos en las primeras audiencias, pero sabía que no podía seguir adelante. De ningún modo podría afrontar su defensa cuando llegara el juicio.

Quizá podría seguirles el juego y mantener las apariencias hasta que, de alguna manera, consiguiera los documentos que Dominic tenía guardados. Sin esas pruebas, no tendría poder suficiente para hundir nuestra empresa.

Así es como acabé en el último lugar en el que hubiera querido estar en Nochebuena.

31

Sí, Liam había defraudado a la Junta de Asistencia Jurídica. Sin embargo, sus acusaciones se habían presentado varios años antes y yo pensaba que toda esa pesadilla había quedado atrás. De alguna manera, él creía que estaba haciendo lo correcto mientras montábamos nuestra empresa. Para él, todo aquello de la asistencia jurídica representaba dinero fácil.

Consideré ceder a las demandas de dinero de los Elmer y seguir representándolos legalmente, pero no soportaba seguir teniendo ninguna relación formal con mi ex o su familia. No cuando aún podía hacer algo para quitarles el control que ejercían sobre mí.

Si Dominic hubiera sido un marido normal, si no hubiera sido tan abusivo cuando estábamos juntos, quizá habría habido margen para la negociación, incluso después de nuestro divorcio. Pero, después de cómo me había tratado cuando estábamos casados, lo quería lo más lejos posible de mi vida. Sin embargo, para ello tendría que hacer una última incursión en su familia y cobrarme un último favor.

Dominic no me veía como su mujer, sino como su rival. Y estaba consumido por unos celos como pocos podrían imaginar. Pero había crecido así. Él y Sophie siempre habían estado celosos del tiempo, la atención o los regalos que sus padres le dedicaban al otro. Dominic, en particular, no soportaba que nadie fuera considerado mejor que él o que recibiera más cosas.

—Ya no te crees tan importante, ¿verdad? —me gritó una vez a la cara—. He visto la forma en que mirabas a ese idiota esta noche.

—Solo es un socio —dije, o más bien balbuceé, como haría cualquiera a quien lo tuvieran agarrado por el cuello contra una pared.

—Solo porque tú ganes la mayor parte del dinero —quizá me estaba

poniendo morada, porque de repente aflojó la presión— no tienes *ningún* derecho a tratarme como a un imbécil. He oído tus pullas sobre que soy un «mantenido». Yo tengo mi propio maldito negocio, ¿se lo has dicho?

—En ese caso, ¿por qué no te dedicas a él, en lugar de vivir siempre a mi costa?

Entonces fue cuando realmente me agarró con fuerza, rompiéndome el collar y rasgándome la blusa al golpearme la cabeza contra la pared.

—Te crees demasiado importante, joder —gritó—. Y estoy harto de que me mires por encima del hombro.

—No puedo respirar, Dominic. —Luché por quitármelo de encima, arañándolo para liberarme de la presión en mi cuello. Pataleé, contorsionándome, desesperada por liberarme, desesperada por…

—No pasa nada, ya estás a salvo. —El peso de una mano se posa sobre mi brazo—. Estás en el hospital, querida. Creo que estabas teniendo una pesadilla.

Al abrir los ojos con esfuerzo, la cara borrosa de una enfermera de aspecto amable aparece lentamente ante mí.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí? —Entrecierro los ojos ante la luz.

—No te muevas, cariño. Voy a buscar a alguien.

Al salir, se oyen voces apagadas fuera de la habitación y entra otra enfermera.

—Soy la hermana Leonard —dice—. Me alegro de que te hayas despertado. ¿Cómo te sientes?

—No estoy segura —respondo, y consigo abrir un poco más los ojos. Es cierto. Me siento un poco mareada y agotada, pero aún no he intentado moverme ni levantarme. ¿Cómo puedo saber cómo me siento? Supongo que solo agradecida. Pensé que había llegado mi hora.

—¿Qué hacías ahí fuera con esta nieve? —pregunta con voz suave, y

se gira para mirar la máquina que está a mi lado—. Tienes muchísima suerte de seguir con vida.

Cierro los ojos al tiempo que los recuerdos vuelven a mi mente. Los papeles, la cuchilla, la sangre, el frío, el agotamiento.

—¿Quién me encontró? —Giro la cabeza hacia la otra enfermera, que ha entrado apresurada en la habitación y ahora está de pie al otro lado de la cama.

—Aún no tenemos detalles —comienza—. Ni siquiera sabemos tu nombre.

Abro los ojos de nuevo.

—Me llamo Carla.

—No llevabas ninguna identificación. De hecho, ni siquiera llevabas abrigo ni zapatos. —Su voz se eleva—. ¿Qué ha pasado?

—Salí de donde estaba con mucha prisa.

Lo curioso es que no recuerdo los detalles de cómo me encontraron. ¿Quién estaba allí? ¿Una mujer? ¿Por qué no me funciona la mente?

—Es un milagro que hayas sobrevivido después la cantidad de sangre que perdiste —dice la hermana Leonard.

Intento levantar el brazo para ver el daño, pero está todo vendado.

—¿Cuánta he perdido?

—Intenta no moverte mucho, Carla. Todavía te están transfiriendo la tercera bolsa. —Mira detrás de mí—. Más de un litro y medio. ¿Puedo preguntarte tu nombre completo, por favor?

—Thwaites. Carla Thwaites. —Cada vez que lo digo, me siento agradecida. Una de las primeras cosas que hice después de divorciarme de Dominic fue volver a cambiarme el apellido. Me siento muy aliviada de no ser más una Elmer.

—Soy el doctor Taylor. —Un hombre que no puede ser mucho mayor que yo entra en la habitación, seguido por la primera enfermera—. Carla, ¿he oído bien su nombre?

Asiento con la cabeza.

—¿Cómo se encuentra?

—No estoy muy segura. Para ser sincera, aún sigo en *shock* por estar aquí. Y me siento muy afortunada. ¿Quién me trajo aquí? ¿Quién me encontró?

—La trasladaron en helicóptero ayer por la tarde —responde, y sus ojos bondadosos se arrugan ligeramente en las esquinas—. Ha tenido mucha suerte de que, incluso con el tiempo horrible que hacía, algunas personas se atrevieran a sacar a pasear a sus perros. Ese perro en concreto no llevaba correa y consiguió alertar a su dueño de que había alguien tirado en la nieve.

—En tal caso, le debo a ese perro más que un par de galletas. ¿Me voy a poner bien?

—Por lo que podemos ver hasta ahora, sí. —Sonríe—. Está claro que es dura de pelar. Le hemos dado unos puntos en el brazo —señala mi vendaje—, así que le quedará una cicatriz, como es de esperar. Probablemente la salvase el frío. Impidió que la sangre circulase con rapidez por su cuerpo y ralentizó la hemorragia.

—Entonces, ¿he tenido hipotermia?

—Hipotermia aguda. —Asiente con la cabeza—. Sin embargo, le tomamos la temperatura hace alrededor de una hora y parece que ha vuelto a la normalidad.

—Muy bien. Pero mi brazo… Esperaba sentir más dolor. —Mi mente se ve invadida por la imagen de Ann-Marie cortándome con la cuchilla y luego, la sangre. Toda esa sangre. Sinceramente, pensé que era mi fin.

—Es que ha recibido la máxima dosis de analgésicos —responde.

—¿Cuándo me dieron los puntos?

—La pusimos bajo anestesia general cuando llegó ayer. Era una de nuestras prioridades más urgentes: evitar infecciones y comenzar el proceso de curación.

—¿Cuándo podré irme? —Intento incorporarme. Solo quiero volver

a casa.

—Por ahora tiene que descansar, Carla, y recuperarse. Es evidente que no lo ha tenido nada fácil los últimos días.

—Lo sé, pero usted mismo me ha dicho que me voy a poner bien.

—Solo si se cuida. Ha sufrido una herida grave en la cara interna del antebrazo, pero, por suerte —señala la herida—, parecía mucho más grave de lo que era en realidad. Sin embargo, debo decirle —se acerca a mi cama— que, si el giro del corte hubiese sido de unos veinte grados más, le habría seccionado la arteria y, sin duda, ahora no estaría aquí.

—Suena a que, si fuera un gato, hubiera gastado dos o tres de mis nueve vidas.

—Y algunas más —dice él—. Lo que me lleva a la pregunta más importante ahora que sabemos que se va a recuperar: ¿cómo diablos acabó en ese estado? ¿Qué recuerda de lo ocurrido?

—Todo es un poco confuso en este momento. —Hay algo que me ronda la cabeza. Algo que necesito recordar.

—La policía está esperando para hablar con usted. —Asiente con la cabeza hacia la puerta, pero sigo su mirada y no veo a nadie ahí fuera. Supongo que no les permitirán entrar en la unidad de cuidados intensivos.

—Para ser sincera, no recuerdo exactamente lo que pasó. Pero veré a la policía y les contaré todo lo que pueda.

No voy a contar toda la historia, todavía no. Necesito hacer esto a mi manera.

—Aún no puede ver a nadie, Carla. —El médico me empuja con suavidad el hombro hacia atrás para que me recueste de nuevo sobre las almohadas—. Durante las próximas una o dos horas, deberá quedarse en la unidad de cuidados intensivos.

—¿Y luego podré irme?

—Una vez que haya terminado la transfusión de esta última bolsa —

la mira—, podremos trasladarla a una sala normal para dejarla en observación.

—¿Y cuánto tiempo tendré que quedarme allí?

—Al menos una noche. Escúcheme, Carla: ha pasado por una experiencia terrible y necesita darle tiempo a su cuerpo para descansar y recuperarse. —Escribe algo en una pizarra al pie de mi cama y añade—: Volveré dentro de más o menos una hora para ver cómo está.

Necesito que la policía me lleve de vuelta a la casa. En primer lugar, necesito mis cosas, pero sobre todo quiero enfrentarme a los Elmer, obviamente con la protección de la policía. Si la policía acude sin mí, intentarán librarse de lo que me hizo Ann-Marie.

Entonces el recuerdo me golpea como un tren. De repente, recuerdo el dato que me faltaba.

Dios mío. Hago todo lo posible para no sentarme de golpe y bajar las piernas al suelo para salir de la cama. ¿Cómo ha conseguido mi mente ignorar el hecho de que Natalie sigue allí? Necesita mi ayuda. Pero no puedo dejar que nadie sepa del peligro, o no me dejarán ni acercarme al lugar.

Me dirijo a la enfermera jefe.

—Empiezo a recordar lo que me pasó. Necesito hablar con la policía *ahora mismo*.

32

El sargento Alec Rowland me mira con los ojos cargados de duda.

—¿Me está diciendo que no recuerda cómo se lesionó el brazo? ¿Ni cómo acabó inconsciente en la nieve?

—Quizá me golpeé la cabeza —digo. Ojalá pudiera contárselo todo ahora. Pero tengo que volver allí en persona. Ya llevo dos horas esperando a que llegue la policía desde que la transfusión terminó.

—Por lo que nos han dicho, no hay signos de ninguna lesión en la cabeza.

—Quizá volver al lugar donde estaba me refresque la memoria.

—¿Ha dicho que estaba alojada en casa de sus exsuegros?

Asiento con la cabeza.

—Me parece una situación un poco extraña, si me lo permite. No puedo imaginar nada peor que pasar la Navidad con mi exmujer, su nuevo marido y mis exsuegros. —Sonríe.

—Me quedé varada por la nieve en Nochebuena —respondo—. Estar allí era mejor que pasarla la noche sola en mi oficina.

Una mentira descarada, por supuesto. Tenía pensado ir a la oficina de los Elmer y destruir los documentos de asistencia jurídica en cuanto tuviera oportunidad, para luego salir de esa casa lo antes posible. Pero no puedo contarle nada de esto al agente. Si se entera de que ha habido algún tipo de enfrentamiento entre nosotros, no me dejará volver a poner un pie en esa casa. Y tengo que regresar. Tengo que hacerlo.

—¿Y todo iba bien entre ustedes? —Frunce el ceño—. ¿Cómo se lleva con su ex?

—Más o menos —respondo—. Hemos acordado dejar el pasado en el pasado.

—¿Y cómo se lleva con su nueva mujer?

—No la conozco mucho. Pero supongo que bien.

—Supongo que alguno de ellos podrá contarnos cómo se hizo esa herida y acabó en la nieve.

—Espero que sí. —Lo miro fijamente—. ¿Irá allí enseguida?

Quizá ya sea demasiado tarde.

—Sí. Ese es el plan.

—Entonces, iré con usted, si le parece bien. —Aparto las mantas, pero me detengo al recordar que llevo una bata de hospital y que la última persona frente a la que quiero exponer mi trasero es este sargento de policía tan guapo.

—Me temo que eso no será posible. —Sacude la cabeza—. Tengo entendido que le han hecho una transfusión de sangre bastante importante. No soy experto, pero seguramente habrá un tiempo de recuperación, ¿no?

—Han pasado un par de horas desde que terminó. Y ahora me siento bien, de verdad. Llevo en la cama desde ayer por la tarde, ¿no?

Busco el timbre, dispuesta a pedir que me ayuden a conseguir algo de ropa. Está claro que no puedo ponerme lo que llevaba ayer. Además, probablemente lo necesitarán como prueba. Ojalá pudiera contarle al agente lo que pasó en realidad, pero tengo que volver allí en persona y asegurarme de que no se salgan con la suya. A estas alturas, ya se habrán puesto de acuerdo en una versión de la historia y quién sabe en qué situación estará Natalie. Sobre todo después de lo que Dominic intentó hacer con ella en Navidad. La única forma de aclararlo todo es volver allí en persona.

—Incluso si el hospital estuviera dispuesto a darle el alta…

—Todas mis pertenencias siguen en The Elms —digo—. Mi teléfono, mi ropa, incluso mis llaves… No puedo irme a casa sin mis llaves.

Lo único que sé es que, a menos que Natalie haya conseguido escapar de The Elms, está tan en peligro como lo estaba yo. Pero no

puedo decírselo hasta que lleguemos allí. Nada me impedirá volver allí con ellos.

Su rostro aparece en mi mente o, más en concreto, la miseria que vi reflejada en él durante las últimas veinticuatro horas que pasamos juntas. A menudo me he debatido entre advertirle en qué se estaba metiendo, especialmente justo antes de que ella y Dominic se casaran. Pero ella habría interpretado mi intromisión como un gesto de despecho y eso solo habría logrado meterme en más problemas. Así que me contuve. Pero jamás me he arrepentido tanto de algo como ahora.

—Si quiere esperar aquí mientras hablamos con los Elmer, podemos recoger sus cosas, si nos indica dónde están. —Saca el bloc de notas del bolsillo.

—De verdad, quiero ir con ustedes, si no les importa.

—No creo que…

—Encontraré otra forma de llegar si usted no puede llevarme. Pero sería mucho más fácil si lo hiciera.

Lo miro a los ojos para que sepa que hablo en serio. Estoy segura de que el cliente que me dejó allí en Nochebuena estaría encantado de ayudarme de nuevo, sobre todo si le prometo descontarle algo de la próxima factura.

—¿Puedo recordarle que está ingresada como paciente y que se encuentra bajo observación médica?

—También soy una mujer adulta que puede darse de alta si quiere. —Me siento más erguida—. Además, The Elms está en medio de la nada y es muy difícil de encontrar. El camino no está señalizado y ni siquiera aparece en el GPS.

—Seguro que nos las arreglaremos. —Su expresión parece entre irritada y divertida mientras se pone la gorra y se acerca a la puerta.

—Por favor, déjeme ir con usted. —No puedo permitir que se vaya sin mí. Me volveré loca si me quedo preocupándome por lo que

pueda estar ocurriendo allí—. Solo quiero salir de aquí, coger mis cosas y volver a casa. —Le lanzo lo que espero que sea mi mirada más suplicante—. Parece un hombre capaz de mover unos cuantos hilos por mí. —Ya ha mencionado a una ex, así que espero que no pueda resistirse a mi papel de damisela en apuros.

También quiero estar ahí para Natalie. Ayer le prometí que nos mantendríamos unidas, y no lo hemos hecho. No quería agitar demasiado las aguas hasta haberme deshecho de esos papeles, pero, en verdad, debería habernos sacado a ambas de allí en cuanto supe lo que Dominic le había hecho a su postre. Necesito decirle lo mucho que lo siento, si es que quiere escucharme. Si es que es capaz de escucharme.

—Está bien, espere aquí. Voy a hablar con los responsables. —Pone los ojos en blanco—. Pero no le prometo nada.

En contra de las recomendaciones del médico, me he dado de alta. La enfermera de la unidad de cuidados intensivos ha encontrado unos pantalones y un jersey en objetos perdidos para que me los ponga, ya que mi ropa está completamente ensangrentada y, sin duda, formará parte de las pruebas contra Ann-Marie Elmer cuando la policía sepa lo que me hizo.

La verdad es que les he mentido a los dos agentes con los que estoy viajando cuando les he dicho que me encontraba bien. Ahora que he salido de la cama, me siento tan mareada como si me hubiera bebido un par de botellas de vino y cada bache que pasa este todoterreno hace que me duela el brazo. Quizá el efecto de los analgésicos esté empezando a desaparecer. Me han dado más, además de una buena cantidad de antibióticos, pero no quiero tomarlos aún; necesitaré tener todos los sentidos bien despiertos cuando lleguemos allí.

Las carreteras están mucho más despejadas de lo que creía. Hace solo tres días, en Nochebuena, todo Reino Unido estaba prácticamente paralizado; pero, ahora que ha dejado de nevar y las

máquinas quitanieves han podido salir, se puede volver a transitar con normalidad. Quizá Natalie ya haya podido salir de The Elms. Lo deseo con todas mis fuerzas.

Pasamos por delante de la iglesia donde Dominic y yo nos casamos, la hilera de tiendas a las que solía ir, el colegio al que pensábamos llevar a nuestros futuros hijos porque *él* había ido allí y el parque por el que solíamos pasear juntos. Tiempos en los que su verdadera naturaleza apenas se intuía, en lugar de mostrarse en todo su esplendor.

Sigo sin poder explicarme cómo fue capaz de quedarse de brazos cruzados y permitir que su madre me hiciera lo que me hizo. El dinero, o la amenaza de perderlo, ejerce un poder extraño sobre algunas personas.

Podría ser un viaje en coche como cualquier otro mientras atravesamos el pueblo en dirección a The Elms. Sin embargo, con cada curva, sé que nos estamos acercando y se me revuelven las tripas de ansiedad. ¿Quién sabe con qué nos vamos a encontrar cuando lleguemos? Al menos ahora tengo protección y ninguno de los Elmer puede hacerme daño. Ojalá pudiera decir lo mismo de Natalie.

—¿Está bien? —El sargento Rowland se gira en el asiento del copiloto para echarme un vistazo.

—Estoy bien —respondo.

Conducir ya no parece tan fácil una vez que llegamos al largo camino de entrada. La nieve de Nochebuena y Navidad se ha derretido un poco, pero no han esparcido sal en el camino privado y el agente parece estar sujetando el volante con todas sus fuerzas. No me haría ninguna gracia tener que conducir por ahí.

—¿Ahí arriba? —pregunta el sargento Rowland cuando señalo—. No se equivocaba cuando dijo que era difícil de encontrar. Yo habría pasado esa entrada de largo.

—¿Qué le dije? —A pesar de lo nerviosa que estoy, sonrío para mis adentros.

Mis niveles de pánico empiezan a crecer a medida que nos acercamos a la casa. En cuestión de minutos, es muy posible que me encuentre cara a cara con todos ellos otra vez. Quizá dos agentes de policía no sean suficientes. ¿Y si los Elmer consiguen convencerlos con sus mentiras? Tal vez debería haberle dicho la verdad al sargento Rowland para que hubieran enviado a más agentes. ¿Quién sabe en qué nos estamos metiendo?

Incluso en un todoterreno, resbalamos por la carretera y, mientras me agarro a la manecilla de la puerta con mi brazo sano, tratando de proteger los puntos, me pregunto si lograremos llegar a la entrada de la casa. Cuanto más nos acercamos, más nieve acumulada tenemos que sortear, gran parte de la cual ha sido arrastrada por el viento desde los setos que flanquean ambos lados de la entrada.

Debo ser la última persona que los Elmer esperan ver. Han de estar deseando que esté muerta, tumbada en algún lugar, cubierta de nieve, sin que nadie haya notado mi ausencia. Así que esta cauta estrategia de llegar de improviso con la policía es, sin duda, la mejor. Si le hubiera contado toda la historia al sargento Rowland, el sonido ensordecedor de un helicóptero les hubiera dado a los Elmer la posibilidad de escapar.

—La entrada principal está en la siguiente curva —señalo.

Mi corazón late a mil por hora y me siento aturdida al pensar que el litro y medio de sangre nueva que bombea mi cuerpo ha sido donado por otra persona. Es una sensación extraña.

El Range Rover se detiene. Ahora que estamos fuera de la casa, las imágenes de ayer pasan por mi mente a toda velocidad y el miedo que me invade es como un tsunami. Ninguno de los Elmer podrá pasar por encima de la policía y llegar hasta mí, pero mi mayor temor es por el bienestar de Natalie.

El sargento Rowland se gira en su asiento.

—Ahora que estamos aquí —pregunta—, ¿recuerda algo más de lo que pasó?

Niego con la cabeza.

—Quizá cuando entremos.

Mientras caminamos hacia la puerta, miro de ventana en ventana. Si Natalie ha oído el timbre, sin duda estará mirando desde alguna de ellas.

La habitación en la que se alojaba está en la parte trasera. Sin embargo, sigo teniendo la esperanza de que haya conseguido escapar.

La puerta se abre y Ann-Marie, con toda la pinta de no ser capaz de haber cometido el delito por el que será arrestada, aparece en el umbral. Incluso lleva un delantal sobre sus pantalones y blusa hechos a medida.

—¡Carla! —exclama cuando nuestras miradas se encuentran.

33

—Soy el sargento Alec Rowland y él es mi compañero, el agente Tom Dunhelm. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro —responde ella con voz agradable, mirando hacia atrás por encima del hombro—. Roger, ha venido la policía con Carla. ¿Dónde estabas, cariño? Estábamos muy preocupados por ti.

Me dan ganas de reír, pero me contengo.

Sigo a los agentes hasta el pasillo y nos quedamos todos de pie, frente a frente.

Ann-Marie parece más nerviosa que nunca.

—Oh, pasen, por favor —dice finalmente, señalando hacia el salón —. Y muchas gracias por traer a nuestra nuera sana y salva.

—Natalie —grito hacia las escaleras—. ¿Natalie?

—¿Quién es Natalie? —pregunta el sargento Rowland, girándose hacia mí mientras nos acercamos a Roger, que se encuentra en el umbral del salón.

Miro hacia la cocina, cuya puerta está bien cerrada. Hay un ligero olor a lejía y líquido limpiador, tal y como sospechaba. Habrán hecho todo lo posible por borrar las huellas.

—Carla. —Roger no puede ocultar su sorpresa cuando nos encontramos cara a cara.

—Sí, soy yo, vivita y coleando.

—Señora Thwaite. —El sargento Rowland entrecierra los ojos—. ¿Ha recordado algo?

—Ann-Marie y Roger podrán ponerles al corriente de lo sucedido —digo con amabilidad—. ¿Por qué no nos sentamos todos? ¿Dónde está Dominic?

—Yo... no estoy segura. —Ann-Marie se sienta en el borde del sofá.

El fuego crepita en la chimenea y las luces del árbol de Navidad

siguen titilando alegremente en un rincón. Me dieron por muerta y siguieron adelante como si nada. Pero no se saldrán con la suya.

—¿Y Natalie?

Roger y Ann-Marie intercambian miradas. Roger está pálido como un cadáver, algo que no ha pasado desapercibido para los dos agentes.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta el sargento Rowland.

—Díganoslo usted —responde Roger.

Es como jugar al gato y el ratón: nadie sabe quién va a atacar primero. En cuanto alguien lo haga, se va a armar una buena.

—Los agentes quieren saber qué me pasó ayer en el brazo —empiezo yo—. Cómo acabé tan gravemente herida e inconsciente en la nieve.

Roger traga saliva.

—Bien. De acuerdo. —Mira al agente Dunhelm y luego al sargento Rowland—. La verdad es que no sabíamos qué hacer, pero nuestra nuera atacó a Carla allí mismo, en la cocina. —Señala hacia allá.

—¿Quién es su nuera? ¿Es la Natalie que Carla está buscando? —El agente Dunhelm saca su libreta del bolsillo—. ¿Pueden contarnos exactamente lo que pasó?

Ann-Marie me lanza una mirada y estoy segura de que no le pasa desapercibida la diversión que se refleja en mi rostro mientras los escucho mentir descaradamente. Dejaré que se luzcan durante unos minutos. Cuando estaba tumbada en la cama del hospital, no me imaginé que esto me haría tanta gracia.

—Se pelearon en la cocina —comienza Roger—. Ya sabe, ella estaba celosa, así fue como empezó todo, y…

—¿Se refiere a Natalie? —El sargento Rowland inclina la cabeza hacia un lado mientras espera la respuesta.

—En realidad, estar aquí me ha ayudado a recordar lo que pasó —suelto de repente. De pronto, no puedo seguir escuchando más

chorradas. Permanecer aquí sentados no garantiza que Natalie esté a salvo. Encontrarla es mucho más importante que quedarme a ver cómo los Elmer intentan librarse—. ¿Dónde está Natalie? —pregunto.

—Se ha escapado —responde Roger—. Después de lo que hizo, no pudimos detenerla.

—¿Después de lo que *ella* me hizo, quieres decir? —digo, señalando a Ann-Marie.

—Un momento. —El sargento Rowland abre mucho los ojos—. *Ella* la atacó. —Intercambia una mirada con su colega.

—Con la cuchilla de un robot de cocina —respondo, más tranquila de lo que jamás hubiera imaginado. Al fin y al cabo, ahora no pueden hacerme nada, no delante de dos agentes de policía—. Todo porque no les di el dinero que me pedían, *ella* me atacó y luego todos me dejaron allí tirada, moribunda.

—Eso no es cierto —dice Roger, aunque se oye un temblor de inquietud en su voz—. Debes estar confundida, Carla. No recuerdas bien las cosas.

—Más suerte la próxima vez. —Me levanto de mi asiento—. Oh, pero no habrá una próxima vez, ¿verdad? Porque, para cuando salgáis de la cárcel, seréis demasiado viejos y decrépitos para hacerle daño a nadie más.

—No fuimos nosotros, agente, de verdad que no. —Ann-Marie cruza los brazos mientras se dirige al sargento Rowland—. Fue Natalie quien la atacó. —Señala hacia la cocina.

—Están mintiendo. —Me giro hacia el sargento Rowland—. Fue *ella*. —Señalo directamente a Ann-Marie—. Y ya lo creo que han intentado hacerle daño a Natalie también.

—Si pueden esperar un momento… —El sargento Rowland se acerca la radio de la solapa a la boca—. Aquí 4020, sargento Rowland —

comienza—. Solicito más unidades para ayudar en The Elms, North Yorkshire.

Una voz le responde, confirmando su solicitud.

—Solicito también dos salas de interrogatorios para el señor y la señora Elmer.

—¿Quieren interrogarnos? —pregunta Ann-Marie sin aliento.

—Por supuesto —responde el agente Dunhelm.

—Pero no hemos hecho nada. Como ya hemos dicho, es a Natalie a quien deberían estar buscando.

A pesar de las circunstancias en las que se encuentra, Roger sigue pareciendo bastante relajado.

—Solo es para hacer una declaración, querida. Cuando hayamos terminado, podremos volver a casa. —Le da una palmadita en la mano a su mujer desde donde está sentado, a su lado.

—Si pensáis por un momento que vais a salir impunes de lo que habéis intentado hacerme, estáis locos, los dos —digo—. De todos modos, lo tienen todo grabado en sus cámaras de vídeo. —Me dirijo al sargento Rowland—. Se lo enseñaré. Por eso quería volver aquí. Hay algo más que debo mostrarle.

Él mira hacia donde estoy señalando, la televisión.

—¿Qué?

—Natalie es alérgica a los frutos secos. Dominic cambió los postres para que Natalie comiera uno que le provocara una reacción alérgica.

—¿Y cómo lo sabe?

—Está todo en las cámaras. Y también lo vi con mis propios ojos. —Me inclino hacia delante en mi asiento—. Luego metió la mano en el bolso de Natalie y le quitó los EpiPens.

—¿Por qué haría eso?

—Eso no es cierto —grita Ann-Marie.

—Sí que lo es —respondo—. Quería asegurarse de que no se recuperara del *shock* anafiláctico que sabía que sufriría. Intentó

asesinar a Natalie, de la misma manera que esos dos —señalo a Ann-Marie y a Roger— quisieron asesinarme a mí.

—No encontrarás nada en las cámaras. —Ann-Marie sonríe y, en ese momento, su rostro lo dice todo. Debe haberlas borrado. Pero Natalie grabó algunas imágenes con su teléfono. Al menos eso demostrará lo que Dominic le hizo. En cuanto a lo que Ann-Marie me hizo a mí, Natalie podrá testificar.

—¿De verdad tenemos que ir con ustedes a la comisaría? —pregunta Ann-Marie—. ¿No podemos hablar aquí?

—Hay alguien más a quien también deberían interrogar —digo—. A Dominic, obviamente, pero también a Sophie, su hermana —añado.

—Ella no podría decirles mucho —dice Ann-Marie—. Se fue a casa ayer.

—Aun así, tenemos que hablar con ella si ha estado aquí durante las navidades. ¿Podría darme sus datos de contacto, por favor? —El agente Dunhelm apoya el bolígrafo sobre su bloc.

No puedo creer que se haya ido a casa sin más. Tal vez no supiera nada de lo que Dominic le hizo a Natalie, pero vio todo lo que me hicieron a mí.

—Entonces, suponiendo que estemos dispuestos a hablar con ustedes en la comisaría —comienza Roger—, podremos ir en nuestro coche para poder volver a casa una vez que lo hayamos aclarado todo, ¿no?

—Me temo que tendremos que llevarlos nosotros —responde el sargento Rowland.

—Tienen que encontrar a mi exmarido y detenerlo a él también. —Dirijo la mirada a uno de los agentes—. Él participó en lo que pasó. Me sujetaba mientras ella… —Mi voz se extingue.

—¿Dónde está su hijo ahora?

—Ha salido a correr. Suele hacerlo a esta hora.

—¿En la nieve? —pregunta el sargento Rowland, levantando una

ceja. Es una tontería y él probablemente lo sabe.

—Sale a correr haga el tiempo que haga.

—Cuando lleguen nuestros compañeros, tendremos que registrar bien la casa —dice el sargento Rowland.

—No van a husmear en mi casa mientras no estamos —dice Ann-Marie.

—Podemos conseguir una orden fácilmente —responde él—, pero será mucho menos intrusivo para usted dejarnos entrar sin necesidad de forzar la entrada.

Cuando llegan los otros dos agentes, los Elmer se miran y puedo ver la derrota pintada en sus rostros. Parece que van a ceñirse al guion de *que fue Natalie*, pero estoy segura de que habrá alguna prueba en esta casa que demuestre lo que ocurrió aquí ayer.

En cuanto las cuatro puertas del coche se cierran tras los Elmer, me dirijo hacia el televisor.

—Tengo que comprobar si realmente han borrado las cámaras —digo—. Puede que solo lo haya dicho por decir.

—Carla —dice el agente Dunhelm desde la puerta—. Tendrá que esperar en el coche. Ahora que ha acusado a su exsuegra de causarle las lesiones, esta casa se ha convertido en la escena de un crimen.

—Pero necesito mis cosas, mi teléfono y mis llaves —digo.

—La acompañaré a buscarlos. —Vuelve a entrar en la habitación, acariciando lo que ha de ser su pistola táser con la punta de los dedos, como comprobando que sigue ahí—. Cogeremos sus pertenencias y luego volveremos directamente al coche. Por cierto, ¿qué coche conduce su exmarido?

Echo un vistazo por la ventana. El único coche en la entrada es el SUV de Roger y no hay huellas de neumáticos en la nieve que indiquen que se haya movido recientemente. Sin embargo, no tengo ni idea de cuándo cayó la última nevada. He perdido todo un día ingresada en el hospital.

—No sé qué coche conduce Dominic ahora —respondo—. Pero tienen garaje, podría estar allí.

Nos dirigimos hacia el dormitorio por el pasillo, el mismo pasillo que he recorrido cada vez que nos hemos alojado aquí. Jamás de los jamases me hubiera imaginado que las cosas llegarían a este punto. Ojalá me hubieran dejado en paz y me hubieran permitido seguir con mi vida después de divorciarme de Dominic.

—¿Están todas sus cosas ahí? —pregunta el agente Dunhelm desde el umbral de la puerta.

—Sí.

Todo está tal y como lo dejé. Como suponía; al fin y al cabo, nadie esperaba que volviera a recogerlo.

Me hubiera encantado ver sus caras cuando regresaron a la cocina y descubrieron que había desaparecido. Hacerme la muerta resultó más fácil de lo que pensaba; si no lo hubiera intentado, nunca hubiera salido de allí. Los Elmer me habrían dejado desangrándome en el suelo.

Atravieso la habitación y cojo mi teléfono. Hablé con mi hermano ayer por la mañana, así que aún no habrá sospechado nada fuera de lugar. Pronto tendré que ponerle al corriente de lo ocurrido. Mientras recojo mis cosas, me viene a la mente la conversación que mantuvimos por teléfono hace unos días sobre nuestros planes para Navidad.

—No puedo creer que no vayas a pasarla con nosotros, Carla. Mamá tampoco está muy contenta.

—Lo sé. Ya he hablado con ella.

—¿Ni siquiera vendrás a cenar? No puedes pasarla completamente sola.

—He decidido que solo quiero relajarme delante de la tele y atiborrarme de comida. —Por supuesto, estaba mintiendo: Liam se

habría puesto furioso de haber sabido dónde iba en realidad. Y mis padres también. Ninguno de ellos me lo habría permitido.

—¿Por qué has cambiado de opinión tan de repente? Creía que ibas a venir.

—Sí, pero una persona puede cambiar de opinión, ¿no?

—¿Y qué pasa con el día después de Navidad?

—¿Has visto el pronóstico del tiempo, hermanito? —le pregunté—. Mira, te prometo que pasaré el Año Nuevo con todos vosotros, ¿qué tal?

Quizá para Año Nuevo podría haberme sincerado con él y haberle contado dónde había estado y por qué.

Pero, dadas las circunstancias, no podré posponer mucho más el momento de contarle lo que ha estado ocurriendo.

34

Meto la ropa esparcida por la cama en mi bolso de fin de semana, parpadeando con fuerza para espantar los recuerdos de los momentos que pasé con Dominic aquí, en esta habitación. Ahora parece como si hubiera sido en otra vida.

Tanteo el bolsillo lateral para sentir las llaves y el monedero; al menos he conseguido lo que quería, gracias al soplo sobre la ubicación exacta de esos documentos comprometedores. Solo necesito saber que Natalie está a salvo. Y cuando Dominic esté entre rejas, como sus padres, seré mucho más feliz.

«Se ha ido a correr». Sí, claro. Habrá visto el coche cuando hemos llegado y habrá salido disparado, dejando a sus padres para que se las arreglen solos. Eso es lo único que lo habría motivado a salir a correr. O eso, o se está escondiendo en algún sitio. Hasta que no sepa exactamente dónde está y, lo que es más importante, dónde está Natalie, no podré descansar.

Miro por la ventana, tratando de recordar si había otro coche en la entrada cuando llegué en Nochebuena, pero la verdad es que tenía demasiado frío y estaba concentrada en no caerme en la nieve como para fijarme mucho.

—¿Puede echar un vistazo ahí, por favor? —Al salir de la habitación, señalo la puerta que hay frente a nosotros—. Natalie se alojaba ahí. Puede que la hayan encerrado dentro.

—Seguro que nos habría llamado si estuviera ahí. —Pero el agente Dunhelm llama a la puerta de todos modos—. Natalie, ¿está ahí?

Sus palabras son recibidas por un silencio sepulcral. Debo admitir que empiezo a ponerme nerviosa. Sin señales de Dominic ni de Natalie, no puedo evitar imaginar que ha pasado algo más. Después

de lo que descubrió sobre él en las imágenes de la cámara, no hubiera accedido a irse con él a ningún lado por voluntad propia.

El agente Dunhelm abre la puerta y ambos miramos dentro. Sus pertenencias siguen en la habitación, pero no hay ni rastro de ninguno de los dos. Todo se vuelve cada vez más extraño a cada segundo que pasa.

—Bien, ya tiene sus cosas, regresemos al coche —dice—. No se preocupe —me mira—, mis compañeros no dejarán de buscar hasta encontrarla. Y a él también.

El sargento Rowland y tres de sus agentes están junto al árbol de Navidad en el pasillo cuando bajamos las escaleras. Las luces parpadeantes hacen un extraño contraste con los agentes, vestidos de oscuro y con rostro sombrío.

—Creía que estaban esperando en el coche.

—Necesitaba coger mi teléfono —digo—. Quiero llamar a mi familia. También quiero saber qué va a pasar ahora que han arrestado a Ann-Marie y Roger.

—En realidad, no están arrestados —responde el sargento Rowland —. Aún no. Todavía tenemos que atar cabos, y parte de eso será tomarle una declaración completa cuando la llevemos a casa. Entonces continuaremos desde ese punto.

—No hay rastro del hijo ni de ningún otro coche aparte del SUV que hay fuera —dice otro agente, agachándose bajo el marco de la puerta —. Tampoco de su mujer. Parece que se han marchado juntos.

—Pero no hay huellas de neumáticos.

Con los dedos que parecen a punto de reventar los guantes azules que los envuelven, el sargento Rowland cierra la puerta del salón de recepción, donde sigue sonando música clásica. Son aún más fríos y calculadores de lo que pensaba. Han estado ocupados eliminando todas las pruebas y sus huellas desde que hui mientras escuchaban Classic FM.

—También he echado un vistazo a las imágenes de las cámaras, pero, a primera vista, parece que las han borrado.

—Ya me lo imaginaba, lo supe por la expresión de satisfacción de Ann-Marie. —La última parte de mi frase queda ahogada por el sonido del reloj de pie, que da las doce.

Todos nos miramos mientras esperamos a que termine.

—La señora Elmer niega todas sus acusaciones —dice otro agente—. Ambos insisten en que fue Natalie quien le hirió el brazo y que usted está confundida o intentando, con mala intención, añadir más cargos a los que ya se les imputan. —Su expresión es de disculpa—. Son las palabras de ellos, no las mías.

—No fue Natalie. —Dejo escapar un largo suspiro mientras miro hacia la entrada—. Y no estoy confundida en absoluto.

—Pero no puede negar que al principio su memoria era confusa, Carla. No recordaba lo que había pasado cuando hablamos con usted esta mañana.

Ojalá pudiera admitir ante el sargento Rowland que mentí solo para volver aquí, pero no lo haré. Ya tengo bastante con lo que lidiar.

—Sinceramente, nunca he tenido nada más claro.

Al menos ahora me siento a salvo, ya que Ann-Marie y Roger están lejos de mí, y también de Natalie, dondequiera que esté. Pero conozco el sistema legal lo bastante bien como para saber que, si no puedo demostrar lo que hicieron, podrían salir bajo fianza en lugar de quedar bajo prisión preventiva; y eso si es que llegan a ser arrestados y acusados, sobre todo si contratan a alguien medianamente competente para que los represente.

—Le mostraré el lugar exacto donde ocurrió todo, ¿quiere? Seguro que queda algún tipo de prueba allí. —La imagen de la sangre brotando de mi brazo vuelve a aparecer en mi mente, provocándome náuseas—. Ann-Marie debía estar cubierta de mi sangre y Roger

estuvo junto a su mujer todo el tiempo, así que también debió salpicarle.

—No puede entrar ahí, Carla, hemos acordonado la zona —dice otro de los agentes en cuanto comienzo a caminar hacia la puerta—. Aunque parece que lo han limpiado *y* desinfectado a fondo, así que no sé cuánta información, si es que hay alguna, podremos extraer de la cocina.

—¿Y su ropa?

El sargento Rowland niega con la cabeza.

—Hay una lavadora llena de ropa que podría ser la que llevaban puesta ayer. Lo hemos guardado todo en bolsas como prueba, pero, si han lavado en frío, puede que ni siquiera queden manchas. Lo que realmente necesitamos es el testimonio de Natalie. Como usted ha dicho, ella lo vio todo. Sin duda, será lo más conveniente para la Fiscalía. También tenemos que hablar con los dos hijos.

—¿Y luego serán arrestados y acusados? —No quiero ni pensar en la alternativa. No tengo ninguna duda de que los Elmer me perseguirán hasta los confines de la tierra si quedan libres. Y todavía me queda Dominic. No puedo seguir viviendo con él continuamente atosigándome.

—No puedo afirmarlo con certeza, pero incluso si lo fueran, sin pruebas concluyentes, la decisión de condenarlos quedaría en manos de un jurado.

—Probablemente su hija también los apoyará, lo que hará que condenarlos sea aún más difícil.

—Si hay pruebas aquí, las encontraremos.

—¿Dónde han buscado a Natalie y Dominic?

—Hemos registrado toda la vivienda, pero hasta ahora no hay rastro de ninguno de los dos.

—¿Les han preguntado a los Elmer otra vez al llevarlos al coche? Aunque es poco probable que digan la verdad.

—Solo nos han dicho lo que ya ha escuchado —continúa—. Que Natalie escapó ayer después de «lo que le hizo». —Hace comillas con los dedos al pronunciar las últimas palabras—. Y siguen insistiendo en que Dominic ha salido a correr. Si hay algo de verdad en eso, debería regresar pronto.

La imagen de la cara de mi exmarido, contorsionada de rabia, invade mi mente. Si Natalie está en su compañía, lo más probable es que haya sido obligada.

—Natalie hace la manicura —espeté—. Quizá pueda encontrar su número en Internet.

—Déjelo en nuestras manos —responde él—. Mire, tendremos que asegurar el edificio para que pueda entrar el equipo forense. —Echa un vistazo a nuestro alrededor—. La llevaremos a casa y prepararemos la declaración.

—¿Y qué ocurrirá con Dominic y Natalie? ¿Y si definitivamente no están aquí?

—Ya hemos enviado a varios agentes a su domicilio.

—¿Y Sophie?

—Al suyo también. Tenga algo de paciencia, no tardará mucho en tener noticias.

—¿Sigue sin recordar nada del coche de Dominic? —El agente Dunhelm me observa mientras saco mi abrigo del perchero.

Parece increíble recordar cómo fue todo cuando llegué a la casa y Ann-Marie lo colgó por mí. Cuando todos fingíamos estar alegres y yo intentaba apartar de mi mente la verdadera razón por la que había venido.

—No, lo siento. No me fijé cuando llegué.

—¿Cree que podría seguir conduciendo el mismo vehículo que cuando se separaron?

—No, yo lo pagué, así que me lo quedé. —Tiro de los otros abrigos que hay colgados en los ganchos—. Este ha de ser el abrigo de

Natalie. No me imagino a Ann-Marie usando ropa de Superdry. —Abro la puerta de par en par—. Tengo que coger mis botas.

Tiro de la puerta del armario de los zapatos, saco mis botas y echo un vistazo. Allí, justo al fondo, hay un par muy parecido al mío.

—Estas deben ser de Natalie. Tampoco se parecen en nada a lo que llevaría Ann-Marie.

El sargento Rowland y el agente Dunhelm intercambian miradas. Sé que están pensando lo mismo que yo. Natalie no se habría marchado de la casa dejando todas sus pertenencias, especialmente su abrigo y sus botas.

Lo que significa que sigue aquí, en algún lugar…

35

Con sensación de derrota, me dejo llevar fuera de la casa a regañadientes, con un terrible presentimiento que me corroe por dentro.

—¿Lo registrarán todo? —Ahora hay dos coches de policía más, uno a cada lado del que me ha traído aquí—. ¿Incluso todos los armarios? Cabe esperar cualquier cosa de ellos.

—Dondequiera que hayan ido, nuestros colegas los encontrarán —responde el agente Dunhelm tras darse la vuelta—. Es solo cuestión de tiempo.

—¿Arrestarán a Dominic? —Me abren la puerta del coche y me meto dentro.

—Sin duda se lo llevarán para interrogarlo, pero dependerá en gran parte de si su mujer quiere presentar cargos contra él por el incidente con sus EpiPens —responde el sargento Rowland, que se sube también y deja la gorra en el salpicadero.

—Por lo que nos ha contado de él —dice el agente Dunhelm—, es capaz de coaccionarla para que no diga nada.

El sargento Rowland lo mira con el ceño fruncido, como si hubiera dicho algo inapropiado.

—Existe el concepto de enjuiciamiento sin víctimas. —Me abrocho el cinturón de seguridad, esperando no parecer condescendiente.

—Lo sé muy bien, pero no estoy seguro de que la Fiscalía pueda presentar cargos contra Dominic sin las imágenes de la cámara de vídeo que ha mencionado o sin que Natalie presente una denuncia. —El sargento Rowland también se abrocha el suyo—. Necesitan pruebas concretas.

—Bueno, como he mencionado antes, Natalie grabó parte de las imágenes con su teléfono.

—Si conseguimos esas imágenes, será mucho más fácil demostrar su culpabilidad.

—Subiré al estrado y contaré ante cualquier tribunal lo que Dominic le hizo —digo—. Yo estaba allí, ¿no?

No puedo imaginar que Natalie no quiera facilitarles las imágenes como prueba, pero la naturaleza de mi trabajo me ha demostrado una y otra vez lo fácil que es que las mujeres maltratadas cambien de opinión y se pongan del lado de sus maridos maltratadores, en lugar de tomar las medidas necesarias contra ellos.

—Usted es la exmujer de Dominic —dice el sargento Rowland—. Siento decirlo, pero, a la hora de la verdad, su versión de los hechos no tendrá ni de lejos el mismo peso que las pruebas visuales de un vídeo.

—Ustedes me creen, ¿verdad?

—Por supuesto. —El agente Dunhelm arranca el motor.

—Pero todo se reduce a la probabilidad de obtener una condena en los tribunales —continúa el sargento Rowland—. Sabemos lo difícil que puede ser sin pruebas concretas. Es prácticamente imposible de sostener.

Me dan ganas de soltarle un «no me digas».

—Lo sé, me dedico a eso.

—Pero ahora mismo —continúa, sin indagar más en mi profesión—, lo más importante es encontrar a Dominic y Natalie y asegurarnos de que ella está a salvo.

Me recuesto en el asiento. No puedo creer que vayamos a irnos de aquí sin ella. Entonces, cuando el agente Dunhelm pone el coche en marcha, veo de reojo un movimiento fugaz que me llama la atención.

—¡Allí! —grito mientras me desabrocho el cinturón de seguridad—. Acabo de ver algo moverse.

—Será uno de nuestros colegas —dice el sargento Rowland,

volviéndose para mirar hacia la dirección que le señalo—. Les han ordenado que peinen minuciosamente los terrenos.

—Incluso podría ser un animal salvaje —añade el agente Dunhelm —. Por aquí hay ciervos, zorros y todo tipo de animales.

—¿Podemos ir a ver? Necesito asegurarme. —Abro la puerta del coche.

—Mire, Carla, vamos a llevarla a casa para que pueda descansar y la mantendremos informada. Sé que quiere ayudarla, pero nuestro equipo se está encargando de todo.

Ya tengo un pie fuera del coche. No puedo irme así como así, simplemente no puedo.

Se oye el crujir de una rama en la distancia. Es un sonido muy débil, pero es suficiente para helarme la sangre.

—No arranque todavía, ¿ha oído eso?

Estoy segura de que es Dominic; de hecho, casi puedo sentirlo. Y si no lo atrapan pronto, no tengo ninguna duda de que vendrá a por mí en cuanto llegue a casa y me quede sola, quizá para terminar lo que empezó su madre. No debería haber vuelto aquí, debería haber dejado que me llevaran a casa, como me han insistido. Mejor aún, debería haberme quedado en el hospital, al menos allí estaba a salvo y cuidaban de mí.

Pero si yo no cuido de Natalie, ¿quién lo hará? Me tambaleo, indecisa, por un momento. Debería irme a casa y descansar, pero, de verdad, necesito echar un último vistazo por mi cuenta. Empezando por donde he oído ese ruido.

La radio del sargento Rowland pita y él la levanta a la altura de la barbilla.

—Adelante, Rob.

—Solicitamos permiso para forzar la puerta de un cobertizo cerrado que está en el perímetro de la propiedad —dice la voz—. Es lo único que está cerrado.

Me quedo paralizada mientras el sargento Rowland y el agente Dunhelm intercambian miradas. ¿Qué significa esto?

—Adelante —responde él—. Tenemos el ariete en el maletero si lo necesitáis.

Mi corazón se acelera y un escalofrío me recorre la espalda.

—Lo intentaremos sin él. No parece que vaya a costar mucho.

—¿Podemos esperar aquí hasta que entren? —pregunto—. Necesito saber qué está pasando y si ella está a salvo.

El sargento Rowland se remueve en su asiento, pero asiente con la cabeza. Él también se ha puesto nervioso. Probablemente querrá estar allí con sus compañeros cuando derriben la puerta. Baja la ventanilla.

Contengo la respiración mientras los intentos por abrir la puerta suenan en la radio. Una, dos, tres veces. Luego, una vez más.

—Quizá debería ir allí con el… —El agente Dunhelm saca las llaves del contacto al oír otro golpe.

—Han entrado —dice el sargento Rowland. Se oye un grito de «¡Policía!». Deben estar entrando en el cobertizo.

—¿Vamos, sargento?

—Esperemos un minuto hasta saber si han encontrado algo.

Pasan unos minutos angustiosos. Me envuelvo con mis propios brazos, todavía medio dentro y medio fuera del coche. Entonces la radio vuelve a sonar.

—Hemos localizado lo que podría ser el cadáver de una mujer —dice la voz.

—Dios mío. —Me llevo la mano a la boca. La han matado. ¡Han ido y la han matado!

—Un segundo, está… no estamos seguros. ¿Le has tomado el pulso, Rob?

—Dios mío. Dios mío.

—Estoy en camino. —El sargento Rowland abre la puerta y se gira

hacia el agente Dunhelm—. Necesitamos una ambulancia aérea y más unidades para localizar a Dominic Elmer. Y Carla —continúa, desviando rápidamente la mirada hacia mí—, tiene que esperar aquí.

Intento consolarme pensando que están pidiendo ayuda a la ambulancia aérea. No tendría sentido movilizarla si Natalie estuviera muerta, así que debe haber alguna esperanza, por remota que sea.

Mientras el agente Dunhelm comienza a seguir instrucciones, abro la puerta y sigo al sargento Rowland. Tengo que ver por mí misma qué está pasando. ¿Qué demonios le han hecho? El agente Dunhelm ha echado a correr en dirección al lugar de donde procedían los golpes, levantando nieve a su paso.

Todo es culpa mía, nunca tendría que haber venido aquí en Navidad. He vuelto a permitir que los Elmer me controlaran y me desprecio por ello. Perder nuestra reputación y nuestra empresa es infinitamente preferible a que alguien pierda la vida. Mi presencia aquí lo ha arruinado todo.

—Me alegro de que no sea uno de mis subordinados —me espeta el sargento Rowland cuando lo alcanzo en la parte trasera de la casa—. No es precisamente una persona muy obediente, ¿verdad?

—¿Creen que está muerta? ¿Han dicho algo más por radio? —Me veo obligada a correr para seguirle el paso. Pero al menos el mareo que sentía antes ha sido sustituido por una descarga de adrenalina. Casi puedo oír la voz de mi padre mientras corro: «Nuestra Carla es un hueso duro de roer». Es increíble pensar que fue anoche cuando estaba aferrándome a la vida mientras yacía allí, sola en la nieve. Definitivamente, tengo que darle las gracias al dueño del perro que me salvó.

—Vamos directos allí, ¿vale?

Al menos ha accedido a que vaya con él y aceptado que no puedo quedarme sentada en el coche, esperando como si fuera una mera

espectadora. No cuando siento que es culpa mía que Natalie esté donde está.

Si tan solo hubiera logrado llegar a esa casa en lugar de desplomarme como lo hice, si tan solo hubiera podido enviarle algo de ayuda.

36

El cobertizo aparece a la vista con dos agentes de policía patrullando fuera; es la construcción que Ann-Marie quería convertir en una oficina para la inmobiliaria. Antes de que las cosas comenzaran a irse a pique, a principios de este año.

Un agente sale corriendo del cobertizo.

—Tiene el pulso muy débil, señor. Sigue viva, pero no parece prometedor. No creo que vaya a sobrevivir. He dejado al agente Bamford monitoreándola.

—La ambulancia aérea ya debería estar en camino —responde el sargento Rowland—. Echémosle un vistazo a ver si podemos hacer algo. —Se dirige rápidamente hacia la puerta.

—No creo que haya nada que hacer, señor. Aparte de intentar mantenerla caliente.

—Espere ahí —me ordena cuando llego a la puerta detrás de él.

Al asomar la cabeza, el hedor a orina invade mis fosas nasales. Al principio, lo único que veo es un bulto en el centro del edificio. Rayos de luz se filtran por las cuatro esquinas y caen sobre Natalie en diferentes ángulos. Mis ojos se acostumbran a la penumbra y puedo ver que alguien le ha echado una chaqueta encima. Debajo, se ve la ropa que llevaba puesta ayer, el vestido que había elegido para el día después de Navidad, antes de siquiera sospechar que su marido era capaz de hacerle tanto daño.

—Debe haber pasado toda la noche aquí. —Se me revuelve el estómago. Apenas puedo creer lo que estoy viendo; solo quiero correr hacia ella—. ¿Cómo han podido hacerle esto?

—Si no la hubiéramos encontrado a tiempo, sarge… —La voz del agente Bamford se va apagando.

—Está aguantando. —El sargento Rowland le toma el pulso—. Pero

su pulso es muy lento. ¿Tenemos el tiempo estimado de llegada de la ambulancia aérea?

—Espere, lo averiguaré —dice el agente Bamford, y toma su radio.

—Informa a la central de que procedan a la detención de los Elmer, por favor. —El sargento Rowland cubre las piernas de Natalie con su chaqueta y se levanta de donde estaba agachado junto a ella—. Han declarado que Natalie había huido.

—¿Qué delito se les imputa?

—Detención ilegal, para empezar.

—Dos minutos, señor —dice el agente Bamford.

—Si yo hubiera muerto, podrían haberse salido con la suya al culparla de mi asesinato. —Un escalofrío me sube por la nuca. Es inconcebible pensar que podrían haberla condenado a cadena perpetua si yo no hubiera sobrevivido para contar la verdad de lo que pasó.

—Hay muchas posibilidades de que no sobreviva —me dice el sargento Rowland—. Probablemente debería prepararse.

—¿Puedo quedarme con ella hasta que llegue la ambulancia? —pregunto—. Parece que lleva demasiado tiempo sola aquí dentro.

—Lo siento, pero no. Necesitamos que haya la menor cantidad de gente posible aquí. —El sargento Rowland apoya la mano en mi hombro al pasar junto a mí para salir—. Tenemos que preservar la escena para tomar pruebas. —Se vuelve hacia uno de los agentes, que levanta nieve con las botas mientras va de un lado a otro—. Por favor, asegúrate de que toda la zona está acordonada. —Luego se dirige a otro—: ¿Puedes llamar a la Agencia de Permisos de Conducir y Vehículos y averiguar qué vehículos están a nombre de Dominic Elmer? —Y le indica al último agente—: Ve a la comisaría y pídeles la foto más reciente de Dominic Elmer. Debe haber algo en Internet, quizá en la página de su empresa. Necesitamos difundirla y que aparezca en los próximos boletines informativos.

El estruendo de un helicóptero ruge en la distancia. Miro a mi alrededor, en busca de más señales del movimiento que he visto desde el coche. Puede que solo haya sido uno de los agentes que estaban peinando la zona, aunque mi intuición me dice lo contrario. Pero, por más que intento calmarme, sigo sintiendo la presencia de Dominic aquí.

Cuando estábamos casados, solía poder percibir la presencia de Dominic en la casa, incluso cuando él dormía. Era una sensación negativa, un presentimiento que me ponía en estado de alerta. Y ahora mismo es más fuerte que nunca. Por supuesto, no hay forma de saber exactamente quién de ellos la encerró en este cobertizo, a menos que Natalie se despierte y pueda decírselo a la policía. Y, como ha dicho el sargento Rowland, tengo que estar preparada. No tiene muy buen aspecto.

—Creo de verdad que Dominic podría estar escondido por aquí —le digo.

—Si sigue aquí —responde él—, lo encontraremos.

El zumbido del helicóptero es ensordecedor mientras sobrevuela la zona, levantando nieve con el viento antes de aterrizar en un campo justo al otro lado de la propiedad de los Elmer. Bueno, la que todavía es su propiedad. Quién sabe qué pasará después de que los impuestos y las acciones legales hagan mella en sus bienes.

Mucho parece depender de que Natalie sobreviva. Se necesita la grabación que hizo de Dominic manipulando sus EpiPens y cambiando los platos. Su testimonio sobre cómo los Elmer me atacaron también es vital. Y, por último, tiene que poder decirle a la policía quién la encerró en el cobertizo. Sin su versión de los hechos, todo podría parecer como la obra de una exmujer vengativa. Sé muy bien que cualquier defensa que contraten los Elmer intentará hacerme picadillo.

Los sanitarios se apresuran desde el campo. Uno de ellos quita la

nieve de la valla y ayuda a otro a saltarla. Se acercan medio corriendo, con el equipo que, con suerte, salvará la vida de Natalie, atado a sus espaldas. Probablemente les resulte imposible ir más rápido, sobre todo porque la nieve sigue intacta en esa zona. Me siento impotente aquí de pie, sin poder hacer nada más que esperar, creer y rezar.

Me aparto para dejar pasar al sargento Rowland, que los guía a través de la puerta hacia Natalie. Uno de ellos deja una linterna en el suelo mientras el otro se agacha a su lado.

—Quédese ahí fuera —me ordena el sargento Rowland—. Asegúrate de que así sea —le dice al agente Dunhelm, que se ha unido a nosotros.

Los demás agentes han sido enviados a acordonar la zona y seguir buscando a Dominic hasta que lleguen los perros. Sin embargo, la opinión general parece ser que probablemente haya huido y se esté escondiendo en algún otro lugar.

—¿Cómo se llama?

—Natalie Elmer, treinta y un años —responde el sargento Rowland —. Y podría llevar encerrada aquí desde ayer por la tarde.

—Hola, Natalie. —Un sanitario le toma el pulso mientras la otra saca el equipo de la caja que llevaba a la espalda—. Me llamo Paul, soy sanitario y ahora vamos a atenderla. Le daremos oxígeno para ayudarla a respirar mejor. —Extiende la mano en dirección a su colega.

—¿Se va a poner bien? —pregunto desde la puerta, pero nadie me responde. Probablemente porque no tienen forma de saber la respuesta.

—Deberíamos esperar en el coche —dice el agente Dunhelm, apoyando la mano en mi brazo—. Ya ha sufrido bastante como para que además esté aquí fuera, pasando frío. —Sus palabras están teñidas de amabilidad, que es lo que necesito en este momento.

Tiene razón, lo sé: he pasado por mucho en las últimas veinticuatro horas, pero eso no es nada en comparación con lo que debe haber sufrido Natalie. Al menos yo he pasado la noche arropada en una cama caliente en el hospital, con gente cuidándome.

—No quiero dejarla —digo, sin añadir que deberíamos habernos quedado juntas desde el principio. En cuanto vi el vídeo de Dominic, debería habernos sacado de allí. Mantenernos a salvo era un millón de veces más importante que destruir esos documentos, pero en ese momento no fui capaz de verlo.

Me aparto para dejar pasar a otros dos sanitarios, que deben haber aparcado cerca de nosotros en la entrada.

—Levantémosla de este suelo frío y pongámosle la camilla debajo, ¿de acuerdo?

Casi parece cómoda cuando la envuelven en una manta de lana, y luego le echan una manta isotérmica encima.

—Tenemos que ponerle una vía antes de levantarla. Luego le pondremos el MEQU de camino al hospital. ¿Cómo están sus signos vitales?

—Su frecuencia cardíaca es de veinte y su temperatura corporal… —el otro sanitario se inclina sobre ella— es de veintinueve.

—¿Su frecuencia cardíaca es de veinte? —chillé, pensando en mi propia frecuencia cardíaca cuando voy al gimnasio. Si eso es todo lo que late su corazón, debe estar prácticamente muerta.

—Tenemos que llevarla al helicóptero, rápido.

—¿Qué es el MEQU? —le pregunto al agente Dunhelm.

—No soy experto, pero creo que por eso le han puesto la cánula en la mano, le inyectarán algo para calentarle la sangre poco a poco. Lo he visto antes, pero fue con una anciana.

—¿Sobrevivió? —pregunto, sin querer saber la respuesta en realidad, pero necesitando un atisbo de esperanza a la que aferrarme.

—No, por desgracia, no —responde—. Pero Natalie es más joven y

está en mejor forma, y además ya ha aguantado todo este tiempo.

—Pero no parece muy prometedor, ¿verdad?

—Sigue viva, así que todavía hay esperanza. —Me aprieta el hombro.

—No puedo creer que le hayan hecho esto. —Me libero de su mano sacudiendo el hombro, todavía dolorido por cómo me agarraron y empujaron ayer. En lugar de eso, empiezo a dar vueltas por donde ya hemos aplastado toda la nieve; no puedo estarme quieta—. Y tampoco puedo creer lo que intentaron hacerme a mí. Si se hubieran salido con la suya, Natalie y yo estaríamos ahora mismo tumbadas la una junto a la otra en la morgue.

—Abran paso, por favor. —Los cuatro sanitarios se dirigen hacia la puerta, cada uno sujetando una esquina de la camilla. En circunstancias normales, les preguntaría si puedo acompañarla en la ambulancia, pero estas no son circunstancias normales.

—Cuidarán de ella —dice el sargento Rowland cuando el helicóptero despega—. Harán todo lo posible por revivirla.

Revivirla es la palabra adecuada. Cuando pasaron con la camilla junto a mí, parecía muerta. No solo por su inmovilidad, sino también por su color. Gris, apagado y, bueno, muerto. Que es claramente lo que mi exmarido y sus padres querían. En cuanto a Sophie, su papel en todo esto sigue siendo un misterio. Otro asunto pendiente.

—La llevaremos a casa —continúa—. Le dejaremos descansar y volveremos más tarde para tomarle una declaración detallada.

A regañadientes, me dejo conducir por el lateral de la casa, de regreso al coche. Dentro de las botas, mis pies están entumecidos por el frío, a pesar de que hace rato que me he deshecho de los zapatos prestados del hospital. Tengo que admitir que la idea de encender la chimenea y acurrucarme delante de ella me parece muy acogedora.

—Luego volveré a la comisaría para ver si hay noticias de sus suegros.

—Exsuegros. ¿Me mantendrá informada?

—Por supuesto.

Cuando llegamos al coche, una furgoneta de la Unidad de Investigación Criminal se desliza sobre la nieve detrás de uno de los coches de policía.

El sargento Rowland me abre una de las puertas traseras.

—Solo será un momento. —Se dirige hacia los dos agentes que están saliendo del coche—. Empezad por la cocina —dice, señalando la casa —. Lo hemos precintado todo y hay un par de agentes de uniforme esperándoos allí. La unidad canina debería llegar en cualquier momento para peinar los terrenos en busca de Elmer.

Cuando su compañero abre la boca para responder, rebusco en mi bolso y luego me palpo los bolsillos.

—Se me han caído las llaves —digo, jadeando—. Me ha parecido oír algo que caía cuando me he apartado para dejar pasar a los sanitarios. Vuelvo en dos minutos. —Hago a un lado al sargento Rowland y me dirijo a paso ligero hacia el lugar de donde hemos venido, antes de que pueda detenerme.

—Espere un momento, Carla.

—Estaré bien —respondo por encima del hombro—. Después de todo, no queda ninguno de ellos aquí, ¿verdad?

Al llegar al lateral de The Elms, echo un vistazo hacia atrás para asegurarme de que el sargento Rowland sigue hablando con sus compañeros y que ninguno de ellos me ha seguido.

Sé a dónde voy. Directa al lugar donde he visto que algo se movía. No siento los pies mientras corro por la nieve; tampoco siento la cara ni las manos. Tiemblo de frío, aunque también podría ser por el miedo a lo que estoy a punto de hacerle frente.

En efecto, Dominic sale de su escondite. Está sonriendo, de hecho, me está sonriendo a mí. Pero entonces su expresión cambia y sé que solo uno de los dos saldrá vivo de este enfrentamiento.

37

—¡Ayuda! —grito—. Que alguien me ayude, por favor.

—¡Carla! —El grito del sargento Rowland resuena en el aire. Ha tardado más tiempo del que pensaba en venir a buscarme, pero sabía que al final lo haría.

—No, no, suéltame —chillo—. ¡Que alguien me ayude!

—¡Carla! —Esta vez es un grito más desesperado—. ¿Dónde está?

Pasa un momento hasta que el sargento Rowland se detiene derrapando a mi lado, con el agente Dunhelm pisándole los talones. Entonces, con los rostros desencajados por el horror, observan la escena que se presenta delante de ellos.

Dominic yace en el suelo, con los ojos vidriosos, muy abiertos, y la boca abierta, aún jadeando mientras su cabeza herida tiñe la nieve de sangre.

—Ha intentado estrangularme. —Me llevo la mano al cuello. No puedo creer lo que acaba de ocurrir. Sin embargo, sabía que él estaba por aquí: no me equivoqué al confiar en mi instinto, aunque quizá sí en lo que hice a continuación.

—¿Está bien? Intente respirar despacio y con calma, eso es, inspire y espire, despacio y con calma. —Siento el peso de la mano del agente Dunhelm en mi espalda.

—No quería hacerlo, pero era él o yo.

—¿Qué demonios creía que estaba haciendo? —El sargento Rowland no parece tan comprensivo como su compañero—. ¿Qué le he dicho antes?

Jadeo con tanta fuerza que me duele el pecho.

—Pensé que se habría marchado lejos cuando encontramos a Natalie. De verdad creí que era seguro regresar.

Se gira sobre la nieve, se agarra un mechón de pelo y mira al cielo,

exasperado. Su rostro lo dice todo cuando se deja caer en cuclillas junto a Dominic.

—Creo que será mejor que la llevemos a que la revisen de nuevo —me dice el agente Dunhelm.

—*Es* él, ¿verdad? —pregunta el sargento Rowland, mirándome con rostro sombrío—. ¿Dominic Elmer?

Asiento con la cabeza.

—Llama a una ambulancia, Tom —le ordena a su compañero—. Y, viendo el estado en el que está, mejor diles que se den prisa. —Se inclina aún más hacia delante—. Dominic, soy el sargento Rowland, ¿me oye?

Él emite un extraño sonido gutural.

El agente Dunhelm se inclina sobre su radio.

—Aquí el agente Dunhelm, 4092. Necesitamos una ambulancia en The Elms, Farndale, Yorkshire. —Da otra referencia y luego agrega—: Tenemos un hombre con una lesión grave en la cabeza, potencialmente mortal.

Dominic ha dejado de gorgotear. Ahora no me atrevo ni a mirarlo.

—Ha sido en defensa propia —digo, mientras el sargento Rowland le toma el pulso.

—Lo sabemos —responde—. Oímos sus gritos de auxilio. Pero eso no la exime de responsabilidad, ya que no debería haber estado aquí.

—¿Le golpeó usted? ¿O se cayó y se golpeó la cabeza?

—Tenía que detenerlo. —Señalo la piedra que hay en el suelo—. Tenía que quitármelo de encima y no sabía qué otra cosa hacer. —Sin duda, la cogerán y se la llevarán como evidencia. Pero, pase lo que pase, saldré de esta, lo sé—. ¿Está muerto?

—No pinta muy bien. —Se levanta y coge la radio para dar instrucciones a su equipo de control para que aceleren la llegada de la ambulancia.

—Necesito sentarme. —Me apoyo contra la pared del cobertizo y me

deslizo para quedar en cuclillas—. No me encuentro bien.

El agente Dunhelm se apresura a ayudarme de nuevo, tomándome del brazo para guiar mi descenso.

—Avíseme cuando se sienta más estable —dice—. Entonces la llevaremos al coche.

Mientras una sirena suena en la distancia, me armo de valor para mirar al hombre al que una vez juré amar y proteger, e intento ignorar la sangre que brota, tiñendo la nieve, de un lado de su cabeza. Del otro lado, su cabello ondea con la brisa invernal, igual que lo hacía cuando nos tomaron las fotos al aire libre en nuestra boda. Antes de eso, era el encanto personificado. En cuanto me tuvo donde quería, todo cambió.

—Yo los guiaré —dice el agente Dunhelm, echando a correr hacia la unidad que acaba de llegar.

El sargento Rowland sigue mi mirada y luego vuelve a agacharse junto a Dominic para palpar una vez más su muñeca.

Aguanto la respiración.

—No te molestes —le grita a su compañero—. Está muerto.

—Dios mío, no puedo creerlo —jadeo—. No quería matarlo. De verdad que no. —He matado a alguien. Soy una asesina. Dios mío.

El sargento Rowland se pone de pie.

—Lo siento, pero vamos a tener que llevarla a la comisaría, Carla.

—Pero… pero… usted ha dicho que me llevaría a casa para que me recuperara. Ha dicho que necesitaba descansar.

—Primero tendremos que grabar un interrogatorio con los detalles de todo lo que ha pasado aquí.

—Pero habría sido yo, si…

—Lo sabemos —responde él—. Es solo una formalidad.

—Quizá deberíamos ir a otra comisaría. —El agente Dunhelm se une a nosotros, sin apartar la vista de Dominic—. Los Elmer están en la del norte.

—No me van a arrestar, ¿verdad? —De repente, me invade el pánico. Puedo responder a preguntas generales o incluso dar mi versión de los hechos, pero arrestarme significa que sospechan de mí.

—No por ahora —responde, y me desplomo, aliviada. No es un no definitivo, pero de momento me sirve.

Cuando me llevan de regreso al coche, la adrenalina que me mantenía en marcha comienza a abandonarme. He matado a alguien. Sí, puede que fuera el matón de mi exmarido, pero aun así, lo he matado.

—Tengo que irme a casa. —Me giro hacia el sargento Rowland—. No me encuentro nada bien, de verdad.

—Haremos lo que tengamos que hacer lo más rápido posible —responde—. Necesitamos fotos de las marcas en su cuello mientras aún sean visibles. También para ver si hay otras lesiones. Es para ayudarla.

—Pero ¿después podré irme a casa?

—Eso creo. —Me abre la puerta del coche y me hace señas para que suba—. Veamos qué pasa.

Esta vez obedezco. No hay nada más que hacer ni que buscar aquí.

38

Los últimos días han sido un infierno. Me han tratado bastante bien en la comisaría, pero lo que más me pesa es la culpa que siento. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de Dominic. Me han dado un número de asesoramiento a víctimas, pero temo que quizá ellos consideren que Dominic ha sido la víctima, y no yo. Al fin y al cabo, yo lo maté a él, en defensa propia o no. Aunque, gracias a Dios, no he sido arrestada ni imputada, y los dos agentes declararon que me habían oído gritar pidiendo ayuda cuando vinieron a rescatarme.

No querría estar en ningún otro sitio que no fuera aquí esta mañana. Necesito saber qué pasa y necesito enterarme de primera mano. El juez se ha retirado para tomar una decisión con respecto a los Elmer y no puedo creer que necesite tiempo para pensarlo. Me sorprende que Sophie no esté aquí. Debe saber que sus padres tienen la audiencia que decidirá si podrán salir bajo fianza esta misma mañana, sin embargo, no ha dado señales de vida. La policía tampoco ha hablado con ella: es como si se la hubiera tragado la tierra.

—Los están trayendo de vuelta —dice mi hermano—. El juez debe haber tomado una decisión.

Es extraño ver a mis exsuegros esposados a los agentes de custodia mientras los llevan de regreso al tribunal. Al fin y al cabo, estoy más acostumbrada a verlos pavonearse por su enorme casa mientras hacen de anfitriones de cenas y fiestas en el jardín. De alguna manera, parecen más pequeños, como si se hubieran encogido por las circunstancias que los rodean.

Crece el murmullo en la tribuna del público y todas las miradas se dirigen hacia el frente de la sala.

—Mira la cara de ella. Es que cuesta creerlo, ¿verdad?

—Ya no se los ve tan engreídos, ¿a que no?

—Crees que conoces a alguien…

Sus voces me envuelven y, por un momento, me siento ajena a la situación, como si no estuviera aquí presente.

—¿Estás bien, hermanita? —Liam me da un codazo. No se ha separado de mí desde que le llamé desde la comisaría. Por supuesto, se volvió loco cuando supo que había intentado arreglar la situación sin involucrarle y aún más cuando supo cómo había acabado todo.

—Sí, estoy bien, pero estaría incluso mejor si el juez no les concediera la libertad bajo fianza y, en su lugar, los mantuviera en prisión preventiva.

—Los mantendrá en prisión preventiva, estoy seguro. Como mínimo, siguen siendo un peligro para ti y para Natalie, ¿no? Es muy probable que intenten terminar lo que empezaron. —Tras haber pasado la noche en mi sofá, Liam parece tan agotado y deshecho como yo. Pero me alegro mucho de que esté aquí y no tener que enfrentarme sola a nada más—. Fíjate, están esposados a los agentes de custodia —Liam los señala—: en mi experiencia, eso significa que no hay posibilidad de que les concedan la libertad bajo fianza.

—Ojalá.

—Después de lo que te hicieron, deberían reconsiderar restablecer la horca. Hoy podríamos haber estado identificando tu cadáver en la morgue.

—No te librarás de mí con tanta facilidad. —Le doy un codazo mientras el secretario judicial carraspea.

—Todos en pie.

Ann-Marie y yo intercambiamos miradas a través de la sala. Sé que le gustaría gritarme «asesina» o algo similar por lo que le hice a Dominic, pero tendrá que comportarse lo mejor posible hasta saber si van a salir de aquí hoy. Le habrán dicho que fui yo quien mató a su hijo y no puedo imaginármela aceptando que fue en defensa propia.

—Deja de mirarla tan fijamente —sisea Liam, y me empuja hacia atrás.

Hago callar a mi hermano cuando el juez vuelve a la sala. Estudio su rostro, buscando alguna pista sobre lo que ha decidido hacer con los Elmer hasta el juicio, pero no deja entrever nada.

—Por favor, siéntense.

Me dejo caer en mi asiento de la tribuna del público, sin apartar la mirada de la mujer que estuvo a veinte grados de seccionarme la arteria de la muñeca y matarme. A su lado está el hombre que la acompañó mientras lo hacía. Antes de que me dejaran allí, dándome por muerta.

Puedo imaginar la magnitud del odio que sienten por mí después de lo que les he quitado. Sin embargo, no tienen ningún derecho: después de lo que nos hicieron a Natalie y a mí, se merecen todo lo que les espera.

—En primer lugar, me gustaría dar las gracias a los representantes legales tanto de la defensa como de la acusación —comienza el juez— por presentar las alegaciones con respecto a si se debe permitir a los acusados salir de este tribunal bajo fianza hasta la próxima audiencia.

Hay una pausa exasperante mientras revisa sus papeles. «Solo díganos lo que queremos saber», tengo ganas de gritar. Quiero salir de aquí. Estar tan cerca de ellos me pone los pelos de punta.

—Roger y Ann-Marie Elmer —dice, dirigiéndose a ellos—, ya están en libertad bajo fianza por dos cargos muy graves: uno por evasión fiscal y otro por homicidio por negligencia. —Mira a uno y luego, al otro—. Por lo tanto, los siguientes cargos, aún más graves, deben unirse a los que ya se les imputan y juzgarse todos a la vez.

Hace una pausa mientras se inclina hacia delante para consultar con un funcionario que está sentado en el banco frente a él; asiente

mientras deliberan, antes de aclararse la garganta y volver a mirar hacia la sala. La espera es angustiosa y apenas puedo estarme quieta.

—Tranquila, hermana. —Liam me pone la mano en el brazo.

—También voy a remitir este tercer conjunto de cargos al Tribunal Penal —añade el juez.

Vuelve a surgir un murmullo entre el público. Cuando el secretario se levanta, con intención de decir algo para callar a todo el mundo, automáticamente se hace de nuevo el silencio.

—Dada la gravedad de los cargos que se les imputan —continúa el juez—, y el considerable riesgo de que intenten interferir con los testigos de la acusación, no puedo permitirles que salgan bajo fianza.

La expresión en el rostro de Ann-Marie se petrifica y se oyen varias voces de nuevo.

—Por lo tanto… —su tono se endurece aún más que antes—, quedan en prisión preventiva hasta la audiencia.

—¿No cree que ya hemos sido castigados lo suficiente? —grita Roger —. *Ella* mató a nuestro hijo. —Señala con el dedo en mi dirección y puedo distinguir, incluso desde aquí, cómo le tiembla.

—Fue en defensa propia —grito yo—. Estaba loco.

Liam me aprieta el brazo.

—Te vas a meter en problemas si no tienes cuidado.

—Les ruego que se controlen —ladra el juez—. Tendrán muchas oportunidades de expresar su opinión en la audiencia. Roger y Ann-Marie Elmer, se ha decidido que permanecerán bajo la custodia de este tribunal hasta que su caso esté preparado para la audiencia de declaración e instrucciones. Se levanta la sesión.

—Bueno, para ser sincero, no esperaba otra cosa. —Liam exhala un largo suspiro—. ¿Cómo te sientes? —Se gira hacia mí.

Observamos durante unos instantes el forcejeo que tiene lugar al sacar a Ann-Marie y Roger por donde han entrado.

—¡Vas a pagar por lo que le hiciste! —grita mientras la arrastran

hacia la salida. Solo hay una persona a quien pueden estar dirigidas sus palabras: a mí.

—Vamos, salgamos de aquí. —Liam me tira del brazo—. Ya sabemos de qué va esto.

—Es verdad —respondo—. Y una vez que termine el juicio, con suerte, no volveré a verles la cara a ninguno de ellos, nunca más.

Sin embargo, Sophie sigue siendo una incógnita, ya que ha ignorado todos los intentos de la policía por hablar con ella hasta ahora.

—¿Qué tal una copa para celebrarlo? —sugiere Liam.

—No sé si para celebrarlo, pero me vendría bien una copa después de haberme encontrado cara a cara con ellos —admito—. Me he puesto muy nerviosa.

—Podemos celebrar que están donde deben estar y que tú estás a salvo. —Liam me coge del brazo mientras volvemos a salir a la luz del sol. La nieve ya ha desaparecido; como tantas cosas en la vida, se ha ido tan rápido como llegó.

—Sigo sin poder creer que te hayas metido en todo eso —dice Liam mientras me sirve una copa de vino—. No deberías haberte acercado a esa casa jamás.

—¿Habrías preferido que me hubiera rendido y les hubiera dado el dinero que exigían? —Bostezo. Lo único que quiero ahora es dormir —. ¿Y seguir representándolos a ellos y a sus negocios turbios en los tribunales? —Hago una seña con la cabeza en dirección al juzgado que acabamos de dejar al otro lado de la calle.

—Por supuesto que no —dice alzando la voz por encima del bullicio de la hora del almuerzo—. Pero ojalá me lo hubieras dicho; se supone que estamos juntos en esto.

—¿Y cómo habrías reaccionado si hubieras sabido que me estaban chantajeando? —Echo un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie nos ha oído. Nuestra conversación no es precisamente común y corriente para un miércoles después de Navidad—. ¿Además de con

qué me estaban chantajeando? Podríamos haberlo perdido todo fácilmente. De verdad, no sabía qué hacer.

—Habría preferido perder nuestra firma antes que a mi hermana. —Bebe un sorbo de su pinta.

—Ya he escuchado todo esto de mamá y papá. —Doy un largo trago a mi vino.

—A decir verdad, solo están aliviados de que estés a salvo. El dinero y los objetos se pueden reemplazar. —Pasa un dedo por el vidrio condensado de su pinta—. Tú, sin embargo, no. Sé que pensabas que estabas tomando la mejor decisión, pero mira la magnitud que ha alcanzado todo esto ahora.

—Están entre rejas y Dominic está muerto —respondo—. Podría haber sido peor. Lo importante es que Natalie va a estar bien.

Él asiente.

—Y al menos ahora puede testificar contra ellos —dice—. Es un gran alivio. Además de que no se tomarán más medidas contra ti.

—No podían acusarme después de todo lo que he pasado. —La imagen del rostro retorcido de Dominic se cuela en mi mente—. Ese cabrón me tenía agarrada por el cuello.

39

La mayoría de la gente odia los hospitales con toda su alma. Sin embargo, nunca olvidaré lo segura que me sentí al despertar en esa cama de la unidad de cuidados intensivos la mañana después de Navidad, rodeada de las personas que me habían salvado la vida. Al fin y al cabo, aquellos a quienes alguna vez consideré mi familia, mis suegros, me habían atacado y dado por muerta.

Atravieso las puertas dobles y entro en el acogedor vestíbulo, donde pacientes y visitantes se agolpan en la tienda o se sientan con bebidas bajo el techo iluminado por el sol. El año nuevo está a la vuelta de la esquina y, aunque no suelo darle mucha importancia a la sensación de nuevo comienzo que suele respirarse en el aire, este año lo intentaré. Lo único que quiero es dejar todo atrás y seguir adelante con mi vida.

Me dirijo a la tienda, ya que no puedo presentarme en la habitación de Natalie con las manos vacías. Por lo que sé de ella, sus padres han fallecido y su hermano está cumpliendo una larga condena en prisión, así que no sé cuántas visitas habrá tenido, si es que ha tenido alguna. Dudo que alguien le haya traído algún detalle, así que me ocuparé yo.

Lleno una cesta con chocolate, frutas, artículos de aseo y revistas y me dirijo a la caja.

Como sospechaba, no hay nadie junto a su cama cuando llego a su habitación, situada al final de la sala. Al llegar a la puerta, me detengo un momento, indecisa. ¿Querrá verme? ¿La exmujer de Dominic, la mujer a la que miraba con tanto rechazo y desconfianza hace solo unos días? Era obvio que pensaba que solo había ido allí para arrebatarle a su marido.

En ese entonces, habría querido contarle por qué estaba allí en

realidad, y también averiguar cómo la estaba tratando Dominic. No podía más que desear que se hubiera esforzado en mejorar como persona y que no cometiera los mismos errores que cuando estaba casado conmigo. Pero presenciar su comportamiento hacia Natalie el día después de Navidad disipó por completo mis dudas.

—Hola. —Debe notar que alguien está merodeando en la puerta, porque se gira hacia mí. Su cabeza apenas se hunde en la almohada y parece tan frágil como una anciana bajo las sábanas del hospital.

—Hola. —Me acerco a su cama y le ofrezco la bolsa con los regalos. Señalo la silla—. No te importa que me siente, ¿verdad?

—Adelante. Y gracias. —Señala la bolsa—. Es un detalle muy amable de tu parte.

—Pensé que te vendría bien algo de comida distinta a la que te han estado dando en el hospital.

—En realidad, no he podido comer nada. —Señala el gotero—. Hace solo unas horas que he recuperado la consciencia.

—Lo sé —respondo—. Me han mantenido informada. He estado muy preocupada por ti.

—¿De verdad? —A pesar de su agradecimiento y de que ha accedido a recibirme, sus ojos siguen brillando con recelo. Creí que habíamos forjado una especie de alianza, aunque quizá, en realidad, no sea así.

—¿Cómo te sientes?

—Débil, cansada. Afortunada. —Intenta sonreír, pero es solo eso, un intento. Está claro que lo ha pasado mal. No puedo imaginar cómo debió ser estar todo ese tiempo en un edificio oscuro y helado. Lo más parecido que he vivido fue la vez que Dominic me encerró en el garaje durante dos horas, lo que fue realmente horrible. Tuve que golpear la puerta con un martillo hasta que, al final, el vecino de al lado me oyó mientras aparcaba el coche por la noche. Dominic bromeó diciendo que me había encerrado por accidente, pero yo sabía que no era así. Quería impedirme asistir a una importante

reunión de negocios y, si no hubiera sido por el vecino, no quiero ni pensar cuánto tiempo podría haber estado allí.

Por suerte, poco después conseguí echarlo de la casa para siempre. Recogí todas sus pertenencias y las metí en su coche mientras él estaba fuera, corriendo. Mi hermano estaba allí, conmigo, para ayudarme a cambiar las cerraduras. Durante un tiempo, Dominic siguió regresando, lanzando amenazas y ultimátums mientras golpeaba puertas y ventanas, hasta que finalmente, cuando la policía ya no hacía nada al respecto, tuve que pedirle a Liam que se quedara en mi casa. Al menos Dominic ya no está aquí para molestar a Natalie de la misma manera.

—En verdad eres afortunada.

—La policía me dijo que sospechabas que había dejado The Elms para irme a algún sitio con Dominic.

—Movió el coche y lo aparcó en el barrio residencial, quizá para que pareciera que os habíais ido los dos.

—Creo que también habría trasladado mis cosas, si eso era lo que pretendía.

—¿Quién sabe? —Me encojo de hombros—. Irónicamente, encontraron su coche cerca de donde me encontró el hombre que paseaba a su perro.

Ella extiende la mano y la posa sobre la mía.

—Las dos hemos tenido suerte, ¿verdad?

—Gracias a Dios por ese perro y gracias a Dios por que la policía registró bien el terreno, es todo lo que puedo decir.

—Cuando estaba tumbada en ese suelo helado —se le ponen los ojos vidriosos, llenos de tristeza—, al cabo de un rato, ya ni siquiera sentía frío: fue entonces cuando acepté que iba a morir. Ni siquiera tenía fuerzas para intentar levantarme de nuevo.

—Debes haber hecho algo bien. —Acerco la silla a su cama—. El

sargento Rowland dijo que pasar toda la noche a esa temperatura, sin abrigo ni zapatos, habría matado a la mayoría de la gente.

—¿Estabas allí cuando me encontraron?

—Sí. Todo el tiempo. Esperé hasta que te subieron a la ambulancia aérea.

Supongo que, después de esto, mi relación con Natalie solo puede tomar uno de dos caminos. O esto nos unirá para toda la vida y acabaremos teniendo una amistad sólida, aunque inesperada, o vernos se volverá demasiado doloroso, un recordatorio constante de un momento que preferiríamos dejar atrás. Espero que sea lo primero y espero que ella quiera lo mismo.

—No recuerdo nada.

—Estabas tan cerca de la muerte como nunca he visto a nadie.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Quizá me lo merecía. Morir, quiero decir.

—Oye. —Le pongo la mano en el brazo—. Ni de broma.

Una lágrima se escapa de uno de sus ojos, se desliza por el contorno de su mejilla y cae en la almohada.

—No sabes lo que…

—Natalie. —Le sacudo suavemente el brazo—. De verdad que todo ha terminado ya.

40

—Gracias. —Sonrío a la señora que deja dos tazas de té y unas galletas en la mesa de Natalie—. No hay muchas cosas que un té con galletas no puedan arreglar. ¿Te sientes con fuerzas para sentarte?

Ayudo a Natalie con las almohadas mientras se incorpora lentamente y luego empujo la mesa hacia su cama. Sigue estando muy pálida y frágil.

—¿Estás bien?

—Solo estoy un poco mareada, eso es todo. A ver si esto me ayuda un poco. —Coge una galleta.

—No puedo creer que te encerrara allí, ese maldito bastardo.

—Siempre he tenido el presentimiento de que había algo raro en Dominic, pero jamás de los jamases… —Su voz se apaga y vuelve a dejar la galleta en el plato.

—Ya no puede hacerte daño. —Le acerco su taza de té—. No puede hacernos daño a ninguna de las dos.

Doy un sorbo a mi té y el líquido cálido y reconfortante se desliza por mi garganta. Envuelvo la taza con mis dedos. Si algo me ha enseñado la experiencia de estar al borde de la muerte, es a apreciar las pequeñas cosas de la vida, a estar agradecida por lo cotidiano.

Si hace un tiempo alguien me hubiera preguntado cómo me sentiría si matara a alguien, habría respondido que consumida por la culpa, incapaz de vivir conmigo misma. Pero, en el caso de Dominic, estoy en paz con lo que hice. No puedo decir que no sienta culpa alguna, pero no es tan grave como pensé que sería al principio. Con la terapia adecuada, lo superaré. El perdón y la comprensión de Natalie serían un buen comienzo; al fin y al cabo, independientemente de quién o qué fuera Dominic, no dejaba de ser su marido y, hasta que me conoció en Nochebuena, ella no sabía quién era él en realidad.

—¿Estás bien? —Ahora es ella quien me escrudiña con la mirada.

Respiro hondo y me armo de valor para llevar la conversación por otro rumbo. Uno que podría salvar o romper la delicada armonía que ahora existe entre nosotras.

—¿Cómo te sientes con respecto a mí después de lo que le hice a Dominic?

—Te entiendo perfectamente —responde, aunque sus ojos se ensombrecen—. Hiciste lo que tenías que hacer. El sargento que vino a verme me dijo que Dominic había intentado estrangularte. —Baja la mirada hacia mi cuello, como buscando rastros del daño causado por él.

Mi mano se posa en mi bufanda.

—La llevo puesta desde entonces, cubre una buena cantidad de desgracias. —Sonrío con tristeza.

—Sinceramente —continúa Natalie—, tuve un mal presentimiento sobre esta Navidad desde el momento en que Dominic me dijo a dónde iríamos. —Deja la taza sobre la mesa—. Ya sabía que Ann-Marie y Roger no me tenían mucho cariño y, cuando me enteré de que tú también ibas a ir…

—Espero que ahora puedas ver que no soy el ogro que Dominic te hizo creer.

—Estaba más preocupada por que aún pudiera haber algo entre vosotros. —Resopla por la nariz—. Ann-Marie intentó que las cosas fueran por ahí, ¿verdad?

—Lo sé, pero la idea en sí resulta ridícula. —Sonrío—. No lo habría tocado ni con un palo. Ya he aprendido la lección con creces.

—¿A qué te refieres?

—La gente como él no suele cambiar. Una vez maltratador, siempre maltratador.

—Solo pensaba que, a los ojos de Ann-Marie y Roger, tú no tenías ni un solo defecto. Y que tenías el perfil de nuera perfecta mucho más

que yo. —Desvía la mirada. Sentirse así de rechazada por ellos parece haberla herido profundamente.

—Solo querían sacarme lo que podían —respondo—. Llevaban tiempo chantajeándome con esos documentos y el dinero que querían.

Ella mira el reloj.

—Me han dicho que iban al juzgado esta mañana, ¿no? ¿Les han concedido la libertad bajo fianza?

Niego con la cabeza.

—No, no tenían ninguna oportunidad.

—Gracias a Dios.

—Han quedado en prisión preventiva hasta el juicio y, sumado a todo lo otro, creo que pasarán bastante tiempo entre rejas.

Natalie exhala un largo suspiro.

—Por lo que sé, puede que a Roger le hayan llevado a la prisión donde está Hayden. —Su voz se apaga.

—¿Hayden es tu hermano? —Bebo un sorbo de té y me hundo más en la silla. Yo también me siento bastante agotada. Cuando salga de aquí, me iré a casa y probablemente dormiré hasta mañana por la mañana.

Ella vuelve a apoyar la cabeza en la almohada y cierra los ojos.

—Sí. Y ni siquiera debería estar allí.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, no importa. Lo hecho, hecho está. Es la historia de mi vida, en realidad.

—Puedes contarme lo que pasó, Natalie. —Me acerco más a ella.

Ella me mira a los ojos, una buena señal de que está dispuesta a hablar.

—Pero ¿cómo sé que puedo confiar en ti?

—Bueno, ahora que técnicamente soy una asesina, quizá pueda entenderlo.

—Tú *no* eres una asesina. —Su voz se suaviza—. Él te tenía agarrada por el cuello, igual que mi ex a mí. Solo hay un par de diferencias importantes entre nosotras. —Ahora parece realmente incómoda y aparta la mirada de mí.

—¿Como cuáles?

—¿Va todo bien aquí? —pregunta una enfermera, asomando la cabeza.

—Sí, gracias —responde Natalie.

—No te quedes mucho tiempo más —me dice, mientras vuelve a su carrito—. Natalie necesita descansar. —Sus palabras se desvanecen mientras avanza por el pasillo.

—No eres la única —le digo—. Yo podría dormir una semana seguida. Bueno, volviendo a lo que decías, sobre tu ex, que te tenía agarrada por el cuello.

—Podrás utilizar el argumento del uso razonable de la fuerza en legítima defensa.

Parece tan deprimida que me dan ganas de abrazarla. Yo tengo a mi hermano, a mis padres y a mis amigos, pero, por lo que sé, cuando le den el alta, Natalie no tendrá a nadie que la espere.

—No estoy segura de estar entendiendo a qué te refieres.

—Me refiero a las doce puñaladas que le di a mi ex. —Ahora me mira directamente—. Mi hermano fue a la cárcel. —Su voz es muy baja—. Pero mi hermano ni siquiera estaba allí.

41

—Espera… Pero yo creía que…

—Fui yo quien apuñaló a Kyle una docena de veces. Perdí completamente el control. Meses y meses de acoso y control me hicieron perder la cabeza, aunque eso no es excusa.

—Pero es un motivo.

Maldita sea. Miro a Natalie y me parece incapaz de infligir tal violencia a otra persona, pero, habiendo vivido yo misma con un narcisista abusivo, sé muy bien hasta qué punto pueden empujar a cualquier persona cuerda y cómo la acorralan sin escapatoria. De eso se nutren los narcisistas.

—Cuando nos arrestaron a los dos —continúa—, después de que finalmente encontraran el cuerpo de Kyle donde lo habíamos dejado, Hayden y yo acordamos que no haríamos ninguna declaración.

Espero a que continúe.

—Nos lo aconsejó el abogado de oficio. Así que allí estaba yo, sin decir nada, sin responder a una sola de las preguntas, mientras Hayden les decía que había sido *él*. Que *él* había apuñalado y matado a Kyle.

—Pero ¿por qué haría eso si no fue él?

Su rostro se ensombrece.

—Después de la muerte de nuestros padres, mi hermano y yo éramos toda la familia que quedaba. Hemos pasado por muchas cosas juntos.

—No puedo imaginar a mi hermano haciendo eso por mí. —Entonces pienso en Liam y, en realidad, creo que él sí lo haría. Odiaba a Dominic con todas sus fuerzas, y cuando pienso en lo que he arriesgado por Liam, quizá la lealtad de Hayden me resulte más comprensible. No solo quería salvar nuestra empresa y nuestra

reputación; también estaba desesperada por evitar que Liam fuera a la cárcel por asistencia jurídica fraudulenta. Por lo que sé, le habrían caído al menos tres años. Mi hermano es bastante bravucón, pero le costaría mucho sobrevivir entre rejas. En cuanto me di cuenta de que era una posibilidad, supe que haría lo que fuera para evitarlo.

—Lo único que quería era sentir que pertenecía a algo —dice Natalie —. Después de pasar mi adolescencia en hogares de acogida, estaba deseando formar mi propia familia, por eso me lancé a los brazos del primer hombre que mostró algún interés por mí. Pero me busqué a alguien como Kyle. Puede que los demás lo vieran como un pilar de la comunidad, con su trabajo de maestro y sus tan públicas buenas acciones, que siempre se aseguraba de que todo el mundo conociera, pero conmigo era terrible.

—La idea de que algo así ocurre a puerta cerrada es muy cierta —digo—. Nadie sabe nunca nada de lo que está pasando.

—Nadie lo sabía. —Entrelaza los dedos alrededor de la taza—. Solo Hayden, y ni siquiera él conocía toda la historia. Pero sabía lo suficiente como para estar muy preocupado por mí. —Le tiembla el labio y vuelvo a cogerle la mano. Tiene que saber que no está sola en esto.

—Por lo que sé... —mi voz se vuelve más autoritaria al entrar cómodamente en mi modo legal—, habrías tenido muchas posibilidades de ser absuelta por responsabilidad atenuada.

—Pero en ese momento los árboles no me dejaban ver el bosque. —Se queda mirando su taza—. Y a Hayden tampoco. Los dos entramos en pánico.

A través de la ventana que hay al fondo de la habitación, miro el cielo azul y las nubes que se vislumbran más allá, que me recuerdan la vida y la libertad que podremos disfrutar una vez que superemos esto.

—¿Dónde está Dominic ahora? —pregunta Natalie con voz

temblorosa.

Mis ojos se posan en su dedo anular. Se ha quitado la alianza de boda y el anillo de compromiso.

—Sigue aquí, en el depósito de cadáveres del hospital. Al parecer, tienen previsto trasladarlo hoy.

—¿Trasladarlo?

—A la funeraria.

—¿Lo has visto?

—No, no podría soportarlo; después de todo, yo lo puse ahí. —La imagen de su mirada vidriosa se me viene a la mente—. ¿Tú lo harás?

—Quizá. Solo para asegurarme de que está muerto. —Me mira a los ojos, con una voz tan segura que deja ver que es más fuerte de lo que parece.

—¿Me perdonas, Natalie? —Le sostengo la mirada—. ¿Por lo que le hice? —Si ella es capaz de eso, entonces hay muchas más posibilidades de que yo también consiga dejarlo atrás.

—Por supuesto que sí. —Es su turno de apoyar la mano en mi brazo —. No me entra en la cabeza lo que te hicieron. Para ellos, estabas muerta, tumbada en un charco de tu propia sangre. No me dejaron entrar ni salir de la casa para pedir ayuda. Sinceramente, pensé que habías muerto en esa cocina.

—Según el médico de la UCI, estuve muy cerca. —Señalo hacia arriba, en dirección a la unidad de cuidados intensivos, en la planta superior—. Ann-Marie estuvo a punto de seccionarme la arteria principal. —Levanto el brazo, que tenía apoyado en el regazo.

A Natalie se le llenan los ojos de lágrimas.

—Fue aterrador, Carla. —Es la primera vez que me llama por mi nombre; espero que sea una señal de nuestra recién formada alianza —. Intenté acercarme a ti, pero los tres hicieron todo lo posible para detenerme. Luego pisotearon mi móvil para que no pudiera pedir ayuda.

—Supongo que, cuando superemos todo esto, nos quedará mucho por vivir. Al fin y al cabo, las dos estamos vivas por los pelos, ¿no?

—¿Cómo puedo pensar en vivir? Mi pobre hermano está encerrado por algo que hice yo. —Se da golpecitos en el pecho con el dedo—. Así que una cosa que decidí cuando estaba tirada en el suelo del cobertizo fue… —Su voz se apaga y parece indecisa, como si de repente dudara de si seguir contándome lo que estaba a punto de decir.

—¿Qué?

—Esa noche decidí que, si sobrevivía encerrada en ese edificio, si lograba salir de allí, lo confesaría todo.

—¿Y lo vas a hacer?

Asiente lentamente.

—Es hora. ¿Cómo puedo quedarme de brazos cruzados y permitir que Hayden cumpla casi tres años más por algo que hice yo? —Su voz se quiebra—. La verdad es que no puedo. Ya lleva casi cuatro años allí. No puedo creer que le haya hecho esto.

—¿Y qué vas a hacer?

—El sargento Rowland dijo que volvería para tomarme declaración completa sobre lo del día después de Navidad cuando me sintiera con más ánimos, y entonces le contaré todo.

—¿Has hablado con tu hermano sobre lo que piensas hacer?

—Ni siquiera sabe que estoy aquí. Pero debería haber confesado desde el principio. Para cuando salí de la comisaría, después de que Hayden y yo fuéramos arrestados, él ya había sido trasladado y puesto bajo custodia judicial.

—¿No tuviste oportunidad de hablar con él antes de que eso ocurriera?

Ella niega con la cabeza.

—No, no me dejaron. Cada vez que lo visito, se me parte el alma. Nunca entenderé por qué lo sacrificó todo por mí.

—¿Llegó a conocer a Dominic? —Tan solo pronunciar su nombre me resulta horrible y escupo la palabra como si fuera un chicle viejo.

—No, gracias a Dios.

—No creo que pueda volver a confiar en otro hombre nunca más. —Meneo la cabeza.

—Yo tampoco, solo mira mi historial. He ido de mal en peor. Estaba tan desesperada por no estar sola después de que condenaron a Hayden… Quiero decir, estaba pasando por un momento muy difícil. Probablemente fui presa fácil para alguien como Dominic.

—Sabía cómo mostrarse muy convincente con quienes no lo conocían bien. —Al menos ya estoy hablando de él en pasado, quizá es una señal de que estoy empezando a aceptarlo todo.

—Para ser sincera, creo que estaba tan atormentada por la culpa que me lancé a los brazos del primer hombre que mostró un mínimo interés por mí. Creo que en el fondo estaba buscando algún tipo de distracción.

—No da la impresión de que vuelvas a cometer ese error. —Me esfuerzo por reír.

—No estaré aquí, ¿verdad? Probablemente me caerá una condena muy dura después de lo que he hecho. No solo por lo que le hice a Kyle, sino también por permitir que Hayden cargara con la culpa.

—No, no la tendrás. Me aseguraré de ello, te lo juro. Estaré a tu lado en cada etapa del proceso.

Busco su mano y sus dedos se enroscan en los míos. Nuestras miradas se cruzan y una oleada de solidaridad nos recorre. No necesitamos decir nada más. Estamos unidas por nuestro pasado, nuestro presente y, ahora, parece que también por lo que nos depara el futuro.

42

TRES MESES DESPUÉS

—En conclusión, Su Señoría… —La voz de nuestra abogada adquiere un tono de mayor autoridad al pasar a la fase final de su alegato.

Yo, sin embargo, me siento fatal. Ya casi hemos llegado. Estamos a punto de afrontar el momento que hemos temido con la misma intensidad con que lo hemos deseado. Mis ojos se encuentran con los de Natalie e intento transmitirle un mensaje con la mirada, desde el otro lado de la sala, lo más claramente que puedo: «Podemos con esto».

Pero ¿es así?

—Como hemos escuchado de la acusada, de su hermano y, ahora, de un vecino que ha tenido el valor de dar un paso al frente, lo que tenemos aquí es el caso de una mujer desesperada —señala a Natalie —, una mujer tan alienada tras meses de aislamiento, meses y meses de humillaciones, abusos y agresiones que finalmente perdió el control. Hemos oído que esto no fue sin motivo. No: su pareja, de complexión y fuerza notablemente superiores, reaccionó con violencia mucho antes y, si ella no hubiera actuado en defensa propia, no estaría hoy aquí, en esta sala.

El juez no aparta la mirada de Natalie mientras la abogada habla. Ella debe sentir su mirada taladrándola. Pero ¿qué estará pasando por la cabeza del juez? ¿Le estarán convenciendo las palabras de la abogada o ya habrá tomado una decisión?

—Por desgracia, como ya hemos escuchado de boca de la propia Natalie, la ira se apoderó de ella, lo que la llevó a comportarse de una manera que, incluso ahora, le cuesta comprender. Pero ¿quién sabe cómo reaccionaría cualquiera de nosotros si nos hubieran humillado

tanto en una relación que sintiéramos que ya no tenemos nada más que perder? ¿O si alguien nos estuviera estrangulando?

»Como sabemos —su voz vuelve a bajar—, Natalie Elmer ya se ha declarado culpable del homicidio de su entonces pareja, Kyle Parkes. Sin embargo, Su Señoría, lo insto a que, en su sentencia, la declare culpable de homicidio con responsabilidad atenuada. Hemos escuchado numerosos ejemplos de cómo la trataba su pareja, hemos escuchado cómo él logró aislarla del mundo para que todo esto pudiera suceder a puerta cerrada.

Se me llenan los ojos de lágrimas al escuchar la descripción de cómo vivía Natalie. Hay tantos paralelismos con la forma en que Dominic me trataba. Las dos nos hemos liberado de esos hombres horribles, pero llevaremos las cicatrices para siempre.

—Por supuesto, como personas ajenas, nunca podremos saber con certeza lo que ocurrió, no solo ese fatídico día, sino también en los días previos.

La abogada hace una pausa y se dirige a Hayden, que está sentado en la tribuna del público. Espero que tener a su hermano aquí ayude a que Natalie se sienta más positiva. Solo rezo para que pueda salir de este tribunal junto con él en breve.

—Pero lo que sí tenemos es el testimonio del hermano de Natalie, que lo insto encarecidamente a que tenga en cuenta. Un hermano tan desolado por no haber podido proteger a su hermana de un hombre maltratador que le ofreció el sacrificio definitivo: su libertad.

»Su Señoría, me gustaría añadir que no se obtendría beneficio alguno enviando a esta mujer a prisión. La culpa que ya ha soportado ha sido castigo suficiente. Considero que una pena de prisión solo serviría para agravar aún más su ya frágil salud mental.

Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos: no le falta razón.

—Aunque es cierto que sus acciones fueron en defensa propia, la propia Natalie ha dicho que quiere expiar su comportamiento, en

particular, sus acciones tras la muerte de Kyle al no denunciar la verdad de lo sucedido, y también el tiempo que su hermano ha pasado en prisión como consecuencia de lo que se descubrió después.

»Ante usted, Su Señoría, se encuentra una mujer que lamenta profundamente sus actos, que nunca antes había cometido ningún tipo de delito y que es poco probable que reincida. Por estos motivos, recomendaría imponer una orden de servicios comunitarios y confío en que se le permitirá compensar el daño causado por su delito de esta manera.

Nos miramos y asentimos con la cabeza mientras ella vuelve a sentarse. He hecho todo lo posible por Natalie durante los últimos meses para conseguirle la sentencia más indulgente posible y espero que el hecho de haber designado a una abogada del King‘s Counsel para su defensa haya marcado la diferencia.

Miro fijamente al juez, tratando de adivinar qué está pensando. ¿La enviará a prisión? Dejo caer las manos a los lados y cruzo los dedos. «Por favor, por favor, no la envíes a prisión». Ella es muy consciente de que lo que hizo, sobre todo después de matar a Kyle, es más que suficiente para que la condenen a una pena severa, pero, con suerte, las circunstancias atenuantes, como siguen llamándolas, serán lo que la salve.

—Me retiraré para deliberar sobre mi veredicto. —Hace una seña con la cabeza hacia el banco de la defensa—. Todos en pie.

Me pongo de pie, algo mareada, y miro a Natalie. Ella también parece a punto de desmayarse. Al menos no está esposada al agente de custodia; como tantas veces ha comentado Liam cuando hemos estado juntos en el tribunal, eso es siempre una buena señal.

El oficial le dice algo mientras el juez sale de la sala por la puerta que está detrás de sí. Ella se desploma en su asiento y parece buscar a su hermano entre el público. Miro a Hayden, a quien ahora se le

permite sentarse en la sala después de haber prestado declaración esta mañana.

No estoy segura, por la distancia a la que estamos, pero creo que le guiña un ojo. Está sentado al fondo, y es comprensible que se haya ubicado lejos de los que piden justicia por Kyle: sus padres, su hermano y algunos conocidos del colegio en el que trabajaba. Su odio se dirige hacia nosotros; sin duda, pensarán que nos han contado un montón de mentiras sobre Kyle.

Cuando el juez sale de la sala, Hayden se levanta de su asiento y viene hacia donde estoy sentada en el banco de la defensa, subiéndose las mangas de la chaqueta, que le queda un poco grande después de todo el peso que dice haber perdido en la cárcel. Probablemente está ansioso por alejarse del ambiente hostil que lo rodea en la tribuna del público. Me levanto y camino hacia él.

—¿Cómo crees que va a ir? —me pregunta con voz temblorosa.

—Como todo —respondo—, podría salirnos bien o fatal. Solo nos queda esperar y ver qué pasa.

—Todo dependerá de si el juez cree lo que hemos contado sobre los abusos que ha sufrido. O si les cree a ellos. —Gira la cabeza en dirección a la tribuna del público.

Ambos miramos en esa dirección. Según lo que se ha dicho, Kyle era una persona muy diferente en el trabajo y en su comunidad. Sin embargo, apuesto a que, si su familia se hubiera visto obligada a prestar juramento y decir la verdad ante el tribunal, tendríamos una versión de Kyle muy diferente a la que se ha descrito. Alguien capaz de tratar así a quien se supone que ama, sin duda, también debe haber mostrado su verdadero yo a su familia mientras crecía.

—Según la abogada —digo—, el juez tiene fama de ser firme y justo. Tiene hijas, así que quizá la presencia de violencia de género influya en su decisión. Al menos eso es lo que esperamos.

—Me ha contado que no apelará si esto no sale a su favor. —Mira a

su hermana—. Dice que no podría soportar tener que pasar por todo esto otra vez.

—No nos adelantemos a los acontecimientos. —Le pongo la mano en el brazo—. Pero escucha, Hayden, como ya te he dicho, el hecho de que le concedieran la libertad bajo fianza tras su confesión es una muy buena señal. Si hubiera supuesto algún tipo de riesgo, nunca se la habrían dado, para empezar.

Los dos miramos fijamente la puerta por la que se ha ido el juez.

—Bien, lo único que nos queda hacer es esperar y, con un poco suerte, pronto saldremos todos de aquí, incluida Natalie. Por esa puerta y no por esa otra. —Señalo la salida detrás de ella, la que daríamos cualquier cosa para que no tuviera que atravesar. Pero ella sabía a lo que se arriesgaba cuando decidió contar la verdad. Y sigue manteniendo que ha valido la pena correr el riesgo con tal de hacer, por fin, lo correcto.

—Todos en pie.

La sala se queda en silencio cuando vuelve a aparecer el juez. Ha tardado menos de diez minutos. Oh, Dios mío.

Ha llegado el momento.

43

—Salud. —Los tres chocamos nuestras copas sobre la mesa—. Por la libertad.

—Y los nuevos comienzos —añade Hayden—. Dios, cuando el juez empezó a soltar su discurso, pensé… —Su voz se apaga y sus ojos, exactamente del mismo azul que los de Natalie, se abren como platos.

—Yo también. —Natalie da un sorbo a su copa—. Se me heló la sangre cuando… ¿Qué fue lo que dijo? Que, «independientemente de las circunstancias, la violencia no debe engendrar más violencia».

—Para mí, fueron las palabras «no tengo más remedio que imponer…».

—Casi dejo de respirar en ese momento —digo—. Pero, en fin, trescientas horas de servicios comunitarios es una pena bastante dura, de hecho, es lo máximo que te pueden dar, pero es un millón de veces mejor que la alternativa.

—Piensa que podría haber compartido celda con mi exsuegra —dice ella—. Al menos no tendré que verla en cinco años.

—Aunque a *él* solo le han condenado a tres —dice Hayden—. Deberías mudarte lejos de aquí, hermanita. Si quieres empezar de cero de verdad. Yo también me lo estoy planteando.

—Aún no puedo pensar tan a largo plazo. Hasta hoy, todo ha sido intentar sobrevivir a esto y mantenerme fuera de la cárcel.

—Hoy podría haber sido yo la que estuviera ahí arriba —digo, antes de dar un largo sorbo a mi copa de vino.

—No, como siempre hemos dicho, solo hiciste un uso razonable de la fuerza en legítima defensa.

—Y al menos tú no intentaste ocultar lo que le habías hecho a Dominic después. —Hayden cierra los ojos—. Lo que hicimos fue una

locura absoluta. Lo único que puedo decir es que nunca había sentido tanto pánico como cuando entré en la cocina ese día.

—Ya te han castigado bastante. —Me inclino sobre la mesa y le doy un apretón en el brazo—. Como te dijeron cuando te juzgaron, cuatro años de prisión es más que suficiente por el papel que has tenido en todo esto.

En cuestión de minutos, nuestras copas están vacías. Después de los últimos días, no es de extrañar.

—¿Otra ronda? —Hayden recoge las copas vacías y se levanta.

—Estaría genial. —Lo vemos abrirse paso hacia la barra entre los demás bebedores vespertinos.

—Qué alegría tenerlo de vuelta —dice Natalie—. Nunca me perdonaré el haberme mantenido al margen y permitir que hiciera lo que hizo por mí.

—Tienes que perdonarte —le respondo—. O nunca podrás seguir adelante.

—Lo sé. —Se mira las manos—. Pero a veces me parece imposible.

—Si no lo haces, tu vida estará tan acabada como la de ellos. ¿Te está ayudando la terapia?

—Más o menos. —Tiene la mirada perdida. Pero es una mirada de desolación—. Obviamente, fue en defensa propia y siempre creeré que las dos primeras puñaladas estaban justificadas, pero…

—Espera, no sigas.

—No, déjame terminar. El resto de lo que le hice a Kyle no estaba justificado, me refiero a las otras diez puñaladas. Como tampoco lo estuvo permitir que Hayden cargara con la culpa por mí. —El dolor en su rostro es evidente.

Y yo tengo el poder de aliviarlo un poco.

—Responsabilidad atenuada. —La miro fijamente—. A diferencia de mí.

Ella levanta la cabeza con brusquedad.

—¿Qué quieres decir con «a diferencia de ti»?

—No tenía pensado confiárselo a nadie, pero puede que te haga sentir mejor.

—¿El qué? —Hay un temblor en su voz y, por un momento, vacilo. ¿Estoy haciendo lo correcto al decírselo? Al fin y al cabo, Dominic era su marido y, hasta Nochebuena, ella sentía algo por él—. Dímelo, por favor.

—Está bien. —Hago otra pausa. Tengo que decírselo ahora. Ya he empezado, no hay vuelta atrás—. Nadie sabe lo que voy a contarte. Ni siquiera mi hermano.

Ella permanece en silencio, esperando a que continúe.

—Lo que le hice a Dominic fue planeado. —Sigo mirándola a los ojos.

—¿Qué quieres decir? —Sus ojos no se apartan de los míos.

Para todos los demás aquí, en este bar, podríamos ser simplemente un par de amigas íntimas manteniendo una conversación intensa; nunca imaginarían que somos la exmujer y la viuda del segundo hombre al que hemos matado entre las dos.

Respiro hondo y espero que entienda lo que estoy a punto de contarle.

44

Mientras los sanitarios intentaban estabilizar a Natalie en el cobertizo, el tiempo se me hizo interminable, y nunca me había sentido tan impotente en mi vida. Lo único que podía hacer era caminar de un lado a otro para mantener a raya mi ansiedad y conservar el calor en la nieve.

Recorrí el lugar y, al llegar al rincón más alejado del cobertizo, no tuve ninguna duda sobre a quién vi escondido detrás de otro edificio anexo. No era un policía. Al principio, el miedo se apoderó de mí ante la visión de mi exmarido, pero pronto fue sustituido por una determinación férrea.

Abrí la boca para dar la alarma, pero la cerré de nuevo. Probablemente, Natalie moriría.

Y, sin sus pruebas, Dominic podría salir impune de todo esto.

Dependía de mí asegurarme de que eso no sucediera.

Así que, para cuando regresé al coche de policía, ya sabía que tenía que inventar una excusa para volver y ocuparme de él a mi manera. La presencia de la Unidad de Investigación Criminal y la distracción que supuso para el sargento Rowland resultaron muy oportunas.

Mientras el sargento Rowland hablaba con sus colegas, escribí a Dominic por Snapchat, sabiendo que esos mensajes se borran automáticamente después de ser leídos. Aun si el mensaje no le llegara, yo volvería allí de todos modos.

Espera donde estás, volveré en unos minutos. Tengo una propuesta para ti.

Me respondió enseguida. Evidentemente, no tenía mucho más que hacer mientras se escondía en los límites del terreno de sus padres.

Suena interesante. Ya sabes dónde encontrarme.

Con las voces de los agentes resonando en mis oídos, ordenándome que me detuviera y regresara, corrí —o, mejor dicho, me deslicé,—tan rápido como me lo permitía la nieve, de vuelta hacia el lateral del edificio, con la excusa de que se me habían caído las llaves.

En cuanto me alejé de su vista, rebusqué entre la nieve hasta que encontré una piedra que parecía del tamaño adecuado y la evalué en la palma de mi mano. Era lo bastante pequeña como para esconderla en el bolsillo de la sudadera que me habían dado en el hospital, pero lo bastante grande como para causar el daño que necesitaba. Luego continué hacia el lugar donde había visto a Dominic.

Tardó unos momentos en salir de su escondite, pero, finalmente, la curiosidad por mi propuesta fue más fuerte que él.

—Así que has vuelto —sonrió Dominic—. Lo sabía, no podrías resistirte a verme.

—¿De verdad es eso lo que crees?

—Venga ya. —Su sonrisa desquiciada se amplió aún más—. Estamos hechos el uno para el otro, tú y yo.

—No sé qué vi en ti. —No podía creer cómo se comportaba, tan despreocupado, tan descarado, como si nada hubiera ocurrido.

—Todo esto, supongo. —Dominic abrió los brazos, como queriendo abarcar tanto el terreno como la casa—. Lo único que te ha interesado siempre es el dinero.

—Mira quién habla —respondí—. Como tú y tu familia habéis demostrado, sois capaces de matar para conseguirlo.

—Técnicamente, eso no es del todo cierto, ¿verdad? —Se ajustó más el abrigo—. Para ser fieles a la verdad, nadie ha muerto. —Había un tono cortante en su voz mientras me miraba y noté que se había contenido para no decir la palabra «todavía».

—¿Por qué le hiciste eso, Dominic? ¿Por qué encerraste a Natalie allí toda la noche?

—¿Cómo sabes que fui yo?

—Es exactamente el tipo de cosa que tú harías. —No podía parar de temblar, pero también me mantenía firme: sabía lo que había ido a hacer y no iba a dejar que me dominara. Ni por un segundo—. Estás mal de la cabeza. —Metí las manos en el bolsillo de la sudadera prestada, sintiendo cada relieve y cada saliente de la piedra bajo mis dedos. Ya casi era hora de averiguar si la piedra podía causar el daño que esperaba. Tendría que aturdirlo rápidamente para que no tuviera tiempo de defenderse.

—No hay cámaras tan lejos de la casa, ¿verdad? Así que ¿quién se va a enterar?

El muy cabrón. Cerré los dedos alrededor de la piedra, sintiendo el filo de su punta presionando la palma de mi mano. Si solo hubiera querido que arrestaran a Dominic, habría informado al sargento Rowland de que seguía por allí, que lo había visto con mis propios ojos. El equipo lo habría rodeado en cuestión de segundos. Pero yo quería algo más permanente. Dependía de mí asegurarme de que Dominic Elmer recibiera lo que se merecía. Pero tenía que hacer que pareciera defensa propia.

—Sé lo que le hiciste con su alergia a los frutos secos. Se lo he contado a la policía.

—¿De verdad? —Su voz se elevó como si lo hubiera sorprendido, como si se sintiera traicionado de alguna manera. Luego, su expresión se relajó—. Pero ¿puedes demostrarlo?

—¿Qué demonios te pasa? No me puedo creer que llegase a pensar que te conocía.

Se acercó a mí, con una expresión que me erizó el vello de la nuca.

—Tenía mis razones para lo que hice. —Se me acercó tanto que las nubes de vapor de nuestras respiraciones se fundieron en una sola en el aire frío.

—Solo tengo que gritar y enseguida vendrá la policía. De todos

modos, vendrán a por mí en unos minutos.

—Entonces, ¿por qué no lo haces? Vamos, ¿cuál es tu plan, Carla? —Apoyó una mano en la pared, junto a mi cabeza—. Has dicho que tenías una *propuesta*. Antes, cuando te he visto, he pensado que me ayudarías.

—Como si fuera posible. —Le sostuve la mirada.

—Y yo que creía que aún te importaba. —Apoyó la otra mano al otro lado de mi cabeza.

—He regresado para asegurarme de que no puedas volver a hacerle daño a nadie. Ni tú ni tu retorcida familia.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Su sonrisa burlona apareció otra vez.

—¿Crees que voy a dejar que te salgas con la tuya, Dominic, muera Natalie o no? —Mi voz temblaba; después de todo, sabía lo que estaba a punto de hacer. Y, una vez hecho, no habría vuelta atrás.

—No sé cómo piensas detenerme.

Si no actuaba en ese mismo instante, era muy probable que él se saliera con la suya. Si Natalie moría, y sin pruebas concretas de nada, era posible que la policía no pudiera siquiera presentar cargos contra Dominic.

Así que, manteniendo el contacto visual y devolviéndole la sonrisa, levanté la rodilla lo más rápido y fuerte que pude y le di entre las piernas. Observé con cierto placer cómo gritaba y se tambaleaba, alejándose de mí.

Luego, metí la mano en el bolsillo, cogí la piedra y, con todas mis fuerzas, le golpeé con ella en un lado de la cabeza. El sonido de la roca contra el cráneo me provocó náuseas, pero no era hora de andarse con delicadezas.

No cayó al primer intento. En cambio, se abalanzó sobre mí y trató de agarrarme por el cuello, pero su intento fue tan débil que rozaba lo ridículo. Apreté con más fuerza los dedos alrededor de la piedra que se había convertido en mi salvadora, sujetándola con más

firmeza contra mi palma antes de estrellarla contra su cráneo por segunda vez.

Entonces me soltó y se tambaleó hacia atrás, llevándose la mano a la cabeza ensangrentada y torciendo aún más el gesto. Pero seguía en pie.

—¡Carla! —La voz del sargento Rowland retumbó hasta mí. Se escuchó lo bastante cerca como para adivinar que estaba rodeando la casa. Debía haber oído el grito de Dominic.

Lo que hiciera a continuación marcaría la diferencia entre que Dominic Elmer siguiera seduciendo a otras mujeres, sumiéndolas en una falsa sensación de seguridad, como había hecho conmigo y con Natalie, o que, en ese momento, yo tuviera el poder de impedir que volviera a arruinarle la vida a nadie más.

Si le dejaba escapar, posiblemente se recuperaría de la herida en la cabeza y volvería a por mí, y también a por Natalie, si lograba salir de esta. Así que tenía que terminar lo que me había propuesto.

—Esta es por Natalie —dije en la voz más baja posible, mientras golpeaba su cabeza con la piedra por tercera vez. La sangre salió disparada al aire y él se derrumbó en el suelo con un aullido.

—No, no, suéltame —chillé—. ¡Que alguien me ayude! —Me rasguñé y agarré la garganta para hacerme algunas marcas.

—¡Carla! —Esta vez, el grito de llamada sonó más desesperado.

Dominic se retorcía en el suelo. Sentí la tentación de darle un cuarto golpe, solo por asegurarme, pero eso sería arriesgarse demasiado, sobre todo con el sargento Rowland de camino.

Lo miré fijamente durante un momento. Mi exmarido. ¿Sería capaz de vivir con lo que le había hecho? Por supuesto que sí.

—¡Ayuda! —grité—. Por favor. —Me alejé tambaleándome del lateral del cobertizo, con la piedra aún en la mano.

—Entonces, ¿no lo sabían? —Natalie se queda mirándome.

—¿El qué, exactamente?

—¿Que tenías esa piedra en el bolsillo desde el principio?

Niego con la cabeza.

—Les dije que estaba en un reborde de la construcción, junto a mí. Que la había cogido cuando él me tenía agarrada por el cuello.

—Pero ¿él no te agarró por el cuello?

—No. Creo que lo que he hecho nos deja a ti y a mí en igualdad de condiciones, ¿no crees?

—Algo así. —Sus ojos siguen muy abiertos. Probablemente por la conmoción.

—Entiendes por qué lo hice, ¿verdad? —Ahora estoy balbuceando—. Para impedir que volviera a meterse con ninguna de las dos.

Ella asiente despacio.

—Por supuesto que lo entiendo. —Mira hacia la barra—. Ya vuelve Hayden. No quiero cargarle con todo esto después de lo que ya le he hecho pasar.

—Teniendo en cuenta lo que Dominic te hizo —digo—, creo que lo entendería.

—Lo sé, pero dejemos el pasado atrás. Es hora de que todos miremos hacia el futuro. —Me toma la mano.

EPÍLOGO

No puedo entender cómo he acabado aquí hoy. Mientras mis pasos crujen sobre los guijarros, camino a las tumbas más nuevas en el límite del cementerio, sigo intentando comprenderlo. ¿He venido para asegurarme de que Dominic ha desaparecido definitivamente o es que la culpa por haber acabado con la vida de otro ser humano empieza a carcomerme?

Cuando me dirijo hacia la parcela que busqué en la página web del cementerio, me detengo en seco. Reconocería esa figura en cualquier parte, aunque han pasado cinco meses desde la última vez que la vi.

No asistió al juicio cuando condenaron a sus padres ni nos hemos cruzado en ningún otro sitio desde entonces. Al principio, intenté contactar con ella, pero, al final, desistí al ver que no respondía.

Avanzo un poco más y me detengo a más o menos un metro detrás de ella. Quién sabe qué tipo de reacción me espera ahora.

—Sophie.

Se da la vuelta.

—¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —Su tono no es ni amistoso ni acusatorio, así que es imposible saber cómo acabará este encuentro fortuito.

Nunca la había visto con el pelo tan descuidado y sin maquillaje, lo que me hace sentir aún más responsable. Consciente de que la estoy mirando fijamente, echo un vistazo a las flores que ha depositado delante de la cruz de madera. Claveles. Baratos. Nunca ha sido una familia muy dada a los claveles, así que me sorprende bastante. Pero Sophie siempre se ha diferenciado del resto.

—Nunca pensé que vendría aquí, para ser sincera.

—¿Y entonces por qué has venido? —Me mira, entrecerrando los ojos por la luz del sol.

—Supongo que tiene que ver con… cerrar un capítulo. —Ahí está, he respondido a mi propia pregunta. Desahogarme con Natalie hace dos meses no fue suficiente para dejarlo todo atrás y seguir adelante. También necesitaba venir aquí. Cuando haya terminado, espero poder marcharme sin mirar atrás nunca más.

—Cerrar un capítulo —repite ella, con aire desconcertado. Al menos, desconcertada es mejor que enfadada—. Pero, si no fuera por lo que *tú* le hiciste, no necesitarías cerrar un capítulo, ¿verdad?

—Mira —la interrumpo—. Sé que debes de culparme, pero sabes bien…

—Sé mejor que nadie cómo era él.

Se gira para mirar la tumba y me pregunto quién habrá asistido a su funeral. Sophie, obviamente, y tal vez sus padres, aunque habrían estado esposados a los guardias de la prisión. Quizá algunos socios comerciales o supuestos amigos, aunque pasó la mayor parte de su vida tan lleno de sí mismo que dudo que tuviera a alguien que lo llorara de verdad. Yo no habría asistido ni en un millón de años, ¿cómo podría haberlo hecho si fui yo quien acabó con su vida?

Sigo la mirada de Sophie hacia la cruz de madera, agradecida por el momento de silencio para recomponerme. Su presencia aquí es algo con lo que realmente no contaba.

Dominic Elmer, 34 años. Amado hijo de Ann-Marie y Roger y hermano de Sophie. Aquellos que amamos no se van nunca. Caminan a nuestro lado todos los días.

Me estremezco. La idea de que él camine junto a alguien no me resulta precisamente agradable.

—Lo siento mucho, Sophie.

—¿Por qué lo sientes? —Su mirada es casi acusadora.

—Todo esto, ya sabes. He intentado hablar contigo, Sophie. Pero has ignorado todas mis llamadas y mensajes.

—Iba a contestarte tarde *o temprano* —dice ella—. Solo estaba intentando resolver algunas cosas.

—¿Qué cosas?

Me mira y, por un momento, veo los ojos de Dominic. Los mismos ojos que miré cuando estábamos frente a frente, junto a ese cobertizo. Justo antes de golpearle la cabeza con esa piedra. Pero no veo en Sophie la misma mirada desdeñosa de su hermano ni ninguna intención de hacerme daño. En cambio, lo que veo es un rostro que también necesita cerrar este capítulo.

Señala la tumba.

—Me hizo la vida imposible cuando era pequeña, ya lo sabes.

—Me lo imagino. Solo pasé un par de años con él y fueron más que suficientes.

—No suelo hablar nunca del pasado —continúa.

—Quizá deberías. Podría ayudarte. —La miro fijamente. No sé si recibe algún tipo apoyo de sus amigos o de la pareja que mencionó en Navidad, pero, en lo que respecta a su familia, ahora está completamente sola. Por mi culpa.

—Vengo aquí todos los meses con flores, ¿sabes? Soy la única que viene a visitarlo.

Estoy a punto de decirle que no me extraña, pero, en lugar de eso, le digo:

—Lo siento, Sophie. De verdad.

Aun así, se queda delante de mí, sin moverse, sin reaccionar. Pero se trata de una mujer que ha perdido a toda su familia y toda su existencia tal y como la conocía. Va a necesitar más que los cinco meses que han transcurrido para superarlo.

—¿Visitas a tus padres? —No sé por qué le pregunto eso. ¿Acaso quiero saberlo? Supongo que estoy intentando mantener la conversación. Sería muy grosero irme sin más. Me quedaré un par de minutos más y luego me iré.

Ella niega con la cabeza.

—He intentado distanciarme de ellos desde que tengo uso de razón.

—Al menos no estás cortada por la misma tijera.

—¿No?

—Por lo que yo veo, no.

—Bueno, sea lo que sea lo que ves, eso no les ha impedido intentar controlarme durante todos estos años, ¿no? Siempre diciéndome que debería estar más orgullosa de *mis orígenes*. —Hace comillas con los dedos al pronunciar las últimas dos palabras.

—En mi opinión, deberías estar más orgullosa de ser diferente.

—Pero no puedo dejar de sentirme culpable. —Rompe nuestro contacto visual y vuelve a fijar la mirada en la tumba de Dominic—. Puede que no quisiera mucho a mi hermano, pero no lo quería muerto. Tampoco quería que nadie resultara herido.

—¿De qué demonios te sientes culpable? Tú no hiciste daño a nadie. —Vuelvo a fijar la mirada en la placa fijada a la cruz de madera hasta que las palabras se empiezan a difuminar ante mis ojos. A menudo me pregunto a dónde habrá ido Dominic después de esto, si un alma tan malvada tendrá permitido descansar en paz. Sin duda, aquí se está en paz, entre el canto de los pájaros y el susurro de las hojas.

También me pregunto a dónde iré yo cuando muera después de lo que he hecho. Puede que tuviera mis razones para hacerlo, pero aun así jugué a ser Dios con la vida de otra persona y, si no fuera por mí, Dominic seguiría vivo y, sin duda, dando guerra.

—Si yo no me hubiera involucrado, para empezar, nada de esto habría pasado. —Ella baja la mirada hacia sus pies, y sus hombros se hunden aún más. Con sus vaqueros oscuros y su camiseta negra, encarna a la perfecta doliente en este lugar.

—Tú me dijiste dónde estaban esos documentos —me acerco a ella —, cuando te habría resultado mucho más fácil no hacerlo. Por eso, y

por haberme dado la oportunidad de destruirlos antes de que pudieran causar más daño, te estaré eternamente agradecida.

—Es que no fueron solo los papeles. —Levanta los ojos para mirarme. Se ven pequeños y cansados; probablemente no haya estado durmiendo bien en todos estos meses—. ¿Quién crees que alertó a las autoridades sobre la evasión fiscal de mis padres? —pregunta.

—¿A qué te refieres?

—¿Y quién crees que informó a la policía de que habían falsificado las revisiones de seguridad del gas?

—*¿Tú?* —La miro fijamente—. ¿En serio? Pero ¿por qué?

—Estaba harta de vivir a la sombra de Dominic. Cada vez que mis padres se iban a algún lado, le dejaban todo el control del negocio. La última vez que se fueron, hice las llamadas. Mi propio negocio había fracasado y mi padre había hecho algún comentario sarcástico sobre que no se podía confiar en mí para llevar el suyo.

—¿Así que fue algo impulsivo?

—Fue mucho más profundo que eso.

—Vaya. —Nunca hubiera imaginado que Sophie tuviera las agallas de enfrentarse a su familia de una forma tan espectacular.

—Pero todo salió mal. Si no los hubiera denunciado, no habrían ido a por ti para pedirte el dinero que necesitaban, ¿verdad? Nunca habrías estado allí en Navidad.

—Los días de Natalie habrían estado contados, incluso sin mi presencia.

—No tenía ni idea de que Dominic había sido amigo del ex de Natalie —dijo ella—. Se fue a estudiar a la universidad lejos, así que no conocí a ninguno de sus amigos.

—Entonces, ¿sabías lo que ella había hecho cuando la conociste?

—Solo lo que había leído en el artículo de periódico que salió cuando condenaron a su hermano.

—No puedo creer por todo lo que pasó —digo—. Pero al menos ahora puede seguir con su vida.

—A diferencia de mi hermano —responde ella, con el rostro ensombrecido. Vuelve a parecerse bastante a Dominic.

—Lo siento. —Es mi turno de bajar la mirada. Como si las palabras «lo siento» cambiaran algo.

—En fin, como me he repetido una y otra vez, todo sucede por una razón. —Su voz se anima—. Quizá todos estábamos exactamente donde debíamos estar en el momento correcto. Como ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos algo que discutir.

—¿Tú y yo? ¿De qué tenemos que hablar? ¿Qué?

—Dinero.

—Oh, no, no creo… —La miro entornando los ojos; ahora soy yo quien tiene el sol de frente.

—El dinero de mi familia prácticamente se ha acabado. —Se acerca más a mí—. Pensaba que recibiría al menos diez veces más de lo que voy a terminar recibiendo. Algunos dirán que es culpa mía, pero creía que The Elms se vendería por muchísimo más.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —De repente, algo cambia en el ambiente entre nosotras. Debería haberme dado cuenta de que nuestra conversación inicial estaba yendo demasiado bien.

—El dinero que se suponía que ibas a darles a mis padres.

—No se suponía que yo fuera a darles nada.

—Bueno, pues ahora puedes enviármelo a mí. —El tono de su voz sugiere que se trata de una orden más que un pedido.

—Espera un momento, ¿de qué estás hablando? —Nunca había visto este lado de Sophie, pero claro, como cuñadas que fuimos, apenas llegamos a conocernos, y nunca en profundidad. Ella se mantuvo siempre al margen, observando y esperando su oportunidad para dar un paso al frente.

—Hice copias de todos los documentos de asistencia jurídica que destruiste —dice de manera pasiva, serena, como si lo que me estuviera contando fuera algo común y corriente—. En ese momento, no estaba segura de si los usaría alguna vez, pero después de lo que tú…

—¿Así que ahora es tu turno de chantajearme? ¿Es eso lo que estás diciendo? —Me alejo de ella. Debería haberme marchado en cuanto la he visto, pero, por lo que parece, ella tenía la intención de venir a por mí de todos modos.

—Mataste a mi hermano. Págame, destruyo las pruebas de la asistencia jurídica y quedamos en paz.

No me lo puedo creer. O quizá sí; después de todo, Sophie es una Elmer.

—Creo que me estás subestimando, Sophie. Estás olvidando a qué me dedico.

—También está el asunto de la grabación de la cámara de seguridad.

—¿Qué grabación de la cámara de seguridad?

—En la que se te ve cogiendo esa piedra en el lateral de la casa —continúa—. Se ve claro como el agua.

Mi respiración se agita. Creía que me había salido con la mía. Dios mío, debía haber una cámara por ahí.

—Las cosas fueron un poco más premeditadas de lo que has dado a entender, ¿no es así, Carla?

—La policía no me dijo nada sobre ninguna cámara de seguridad.

—No la vieron.

—Entonces, ¿cómo es que tú sí?

—Tenía acceso remoto desde mi teléfono. Lo estaba viendo todo.

—Pero ¿cómo…? ¿Qué…?

—Borré el servidor principal.

—Supongo que has hecho una copia, ¿verdad?

En realidad, no hace falta que le pregunte esto. Qué pregunta más

ridícula, claro que sí.

Miro fijamente a los ojos a la última Elmer que queda.

La que posiblemente sea más la peligrosa, porque finge no serlo.

UNA CARTA DE MARIA FRANKLAND

Querido lector:

Quiero darte las gracias por elegir leer *Su exmujer*. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimos lanzamientos, solo tienes que registrarte en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/maria-frankland

Fue un accidente que tuvo mi marido, Michael, lo que me inspiró para escribir esta historia. El año pasado, compró un robot de cocina con todas las funciones imaginables que parecía capaz de hacer casi todo, excepto cocinar la cena. Mientras lo estaba probando, se le cayó la cuchilla y le hizo un corte bastante feo en la pierna, que requirió atención hospitalaria urgente y un largo tratamiento en el hospital.

Por supuesto, cuando le contamos lo sucedido a nuestra familia, todos dijeron «Sí, sí, claro» y empezaron a bromear sobre «la autora de *thrillers* psicológicos» y el hecho de que, en algún momento, la cuchilla de un robot de cocina acabaría formando parte de una de mis historias. Y, por supuesto, ¡así fue! ¿Quién iba a imaginar que un aparato de cocina podría causar tanto daño… o tanta inspiración?

Añádele una exmujer y una nueva esposa, ambas con un pasado, una suegra venenosa, un suegro que tiene mucho que perder y un hombre misógino y manipulador que hace que todos se enfrenten entre sí. Pon como telón de fondo la Navidad durante una tormenta de nieve de la que nadie puede escapar y añade el robot de cocina. ¡Tachán!

Me encantaría saber qué opináis sobre la historia y agradecería enormemente una reseña en Amazon o Goodreads, o en ambos, si os sentís generosos. O mejor aún, buscadme en las redes sociales o en mi página web.

www.mariafrankland.co.uk
facebook.com/writermariafrank
instagram.com/writermaria_f
tiktok.com/@mariafranklandauthor

AGRADECIMIENTOS

Gracias, como siempre, a mi maravilloso marido, Michael. Es mi primer lector y su opinión es fundamental en el proceso de edición de cada una de mis novelas. Su fe en mí significa más de lo que puedo expresar con palabras.

Mi siguiente gran agradecimiento es para Susannah Hamilton, mi editora en Bookouture, con quien es un placer trabajar. Me encanta intercambiar ideas con ella, y lo que no sepa sobre el género del thriller psicológico ¡es porque no merece la pena ser sabido! También me gustaría reconocer el arduo trabajo de Jade Craddock, mi editora de estilo, y Becca Allen, mi correctora, así como a David Grogan, de Head Design, por su increíble diseño de la portada.

Quiero expresar un especial agradecimiento a mi maravillosa comunidad de lectores, especialmente a los miembros de mi grupo de lectores FrankFans, que me brindan muchísimo apoyo y aliento.

Siempre le estaré agradecida a la Universidad Trinity de Leeds y a mis tutores del máster en Escritura Creativa, Martyn, Amina y Oz. Mi máster en 2015 fue el trampolín que me permitió dedicarme a la escritura profesional.

Y gracias especialmente a ti, lector. Tanto si mi obra te resulta nueva como si has leído todos mis libros, gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia. Espero de verdad que la hayas disfrutado.